

dijas en las sombras del atardecer, esperando la oscuridad de esas noches eternas. Tuvo, entonces, la necesidad de hablar con su esposa.

— Mira, Elodia: hace más de veinte años, la Iglesia nos prometió justicia y nos pidió paciencia. Nos ilusionaba con la frase «el reino de los cielos será de los más humildes; que Dios es justo; que se desvela por nosotros los humildes; que la vida es una prueba permanente». Pero cada vez que fuimos a pedir ayuda, sólo nos ofrecieron la comunión -dijo Perfecto, dolido y reflexivo

— Y es así, Perfecto, ¿por qué dudas ahora? -respondió Elodia-. Alimenta nuestro espíritu, Perfecto, nos permite vivir resignados, en paz -agregó.

— Pero seguimos bajando de peso, Elodia. El espíritu no basta. Las hostias no engordan a nadie y ¿qué paz puede haber con lo que nos ha pasado?; el desalojo y el hambre han cambiado mi vida, Elodia — razonó Perfecto, angustiado y vencido-. No es que dude, Elodia, es que estoy cansado de esperar. Por otra parte, si es justo, ¿por qué somos nosotros siempre los condenados a la pobreza? Sin trabajo, sin comida, sin techo, sin futuro. ¿Para qué quiero el Reino de los Cielos, si hoy padecemos hambre y sufrimos el maltrato sólo por ser pobres? -respondió Perfecto.

— Tal vez porque somos los elegidos por el Señor, Perfecto -comentó Elodia, dubitativa.

— Si lo fuésemos... no estaríamos así, Elodia -retrucó Perfecto-. Si hay un Dios, habrá también un demonio, o algo más poderoso. Por eso quería hablarte y que pienes sin enojarte -apuntó-. No podemos seguir en esta situación, Elodia. Estuve conversando con un amable señor que puede cambiar nuestras vidas -titubeó, esperando una señal de esa mujer que había enlazado su vida a la suya para siempre.

— ¿Quién es? -preguntó Elodia, sin levantar la vista de la prenda que cosía.

— Se llama Tiburcio. Y es un hombre respetable y mayor -respondió Perfecto.

— Eso no tiene validez. La tierra no es de quien quiere, sino de quien puede -contestó ahora el Petrolero, desafiante.

— Para nosotros, sí- respondió Elodia.

— Para la justicia, no- remató el oficial.

Oficial y Petrolero cruzaron una mirada cómplice. Si Perfecto o Elodia hubiesen pensado que sus repuestas iban a tener este efecto, tal vez habrían cambiado su posición, pero esos hombres tomaron nota y se retiraron sin despedirse.

Perfecto plantó su bandera nacional hecha con los jirones de tela olvidada en ese loteo de miserias, afirmando así su propiedad definitiva en ese espacio vacío de alimañas. La humilde casa de Perfecto Del Manchón y Elodia Sulfida estaba envuelta de vida, dolor, miseria y niños. Receta infalible de las desgracias sociales. Y también de injusticias.

Una puerta rústica, desteñida por el tiempo, taponaba la entrada colgando de una bisagra herrumbrada y ruidosa. La abertura mira al sur, como buscando tener una esperanza en lugar de esa rutinaria vida oscura. Dos ventanas disfrazadas en los días de calor y sol intenso con cartones sucios, permitían que el dolor cotidiano no escapase. La mesa de madera emparchada dominaba durante el día el centro de la única habitación, donde seis sillas viejas y descuadradas adosaban sus espaldas contra las paredes manchadas, despulidas y descascaradas por el tiempo.

Cuatro colchones se levantaban rutinariamente en las madrugadas, apilándose contra la pared ciega del oeste, cuando nueve personas se ponían de pie para el trabajo. Eran el fiel reflejo de una familia condenada al destierro, la desesperanza y la búsqueda de alternativas de sobrevivencia. No importaba cuál fuera su precio.

Perfecto es un hombre delgado, alto, curtido, buscador eterno de trabajos negados, sobreviviente de una vida condenada a esa incertidumbre que hoy lo derrumba. Está sentado, mirando cómo huye el silencio por las ren-

minutos todo lo que Perfecto y Elodia -su esposa- habían construido durante tantos años de esfuerzo y trabajo.

Un oficial de justicia acompañado del gerente de la empresa petrolera, se habían presentado una tarde en la vivienda.

—¿Sus documentos?- requirió el oficial de justicia bañado de seriedad.

—¿Qué documentos?- preguntó Perfecto mirando con curiosidad a su interlocutor.

—De identificación personal, y también de propiedad de estas tierras- respondió el oficial.

—No usamos esos papeles- respondió Elodia inquieta y desconfiada.

—Nos identificamos entre nosotros. Nunca nos equivocamos. Tenemos un cuaderno donde anotamos las intimidades de nuestra familia. Pero eso es para uso personal-, agregó disgustada.

— Eso no tiene validez. Vea, señor Perfecto o como se llame, uno no es lo que quiere, sino lo que el papel dice que es-, apuntó el oficial seguro de sus conocimientos.

— Para nosotros, no- aseguró Perfecto ofuscado.

— Pero el mundo es así, señor. Sin esos documentos ustedes no han nacido; viven sin pasado ni futuro. Ni hablar del presente -dijo el oficial, orgulloso.

Perfecto y Elodia jamás habrían pensado que ellos hubieran dejado de ser personas. Por otra parte, Perfecto hacía muchos años había tomado la decisión de vivir como él creía: en libertad, en absoluta y total libertad.

— ¿Y el dominio de las tierras?- preguntó el oficial.

— La dominamos nosotros- respondió Elodia, orgullosa.

— No, me refiero a la escritura, al documento de compra -respondió ofuscado el oficial.

—En nuestro cuaderno el día que nos hicimos dueños de esta tierra- intervino Perfecto.

«Quién sabe, en esta debilidad de soñar, cuántas veces hemos despedido el ensueño de los que vuelven, hemos descreído, negado la visita plena y entera que nos brindaba alguien que volvía de la ocultación.»

Macedonio Fernández

Es una calle sin límites, abierta a una barranca irregular, donde perros, ratas y alacranes, transitan sobre desechos de alimentos descompuestos; impactados entre plásticos secos, retorcidos, deformes; custodiados por restos de papeles, cartones y latas envueltos en el tiempo del olvido. En esa calle vivía una familia marginal, y abandonada.

Atrapados al final del otoño en una choza hecha casa, con cartones y chapas de zinc, se habían apropiado de un espacio público, cercando la miseria con camas y palos secos atados con alambres oxidados, prolijamente colocados para decirle al mundo que ese terreno invadido, era de Perfecto Del Manchón. El hombre marginado, que había decidido buscar la vida en la ciudad y un trabajo digno para mantener su prolífica familia, ya que habían sido obligados a abandonar la selva virgen por el pecado original de: “no poseer título de propiedad que exigía la empresa petrolera”, que no tardó en avanzar con sus gigantescos monstruos mecánicos, borrando en

le perteneció siempre, y se preguntaba en las noches qué pasaría cuando ella recuperara la razón. Se preguntó, que haría de su vida sin ella. Se preguntaba si alguna vez podrá olvidarla y si el calvario de su futuro se perfiría como una vida de solitaria amargura. Supo más tarde que el amor es parte de la locura del alma que la envuelve. Obnubila. Cierra toda reflexión. El amor cierra la razón. Enciende un torbellino de pasión y enfrenta osadamente las barreras artificiales del tiempo. Inés es su ejemplo.



El libro de los sueños

Gustavo A. Vaca Narvaja

N a r v a j a E d i t o r

Vaca Narvaja, Gustavo Adolfo
El libro de los sueños. - a ed. - Unquillo : Narvaja Editor, 2010.
508 p. ; 23x15 cm.

ISBN 978-987-530-102-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 15/06/2010

EL LIBRO DE LOS SUEÑOS

© Gustavo Vaca Narvaja

Impreso en Córdoba Argentina

ISBN:978-987-530-102-3

© Narvaja Editor
Año 2010

**Ilustración de tapa: Gustavo A. Vaca Narvaja
(acrílico)**

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723

Narvaja Editor
narvaja@arnet.com.ar
www.narvaja_editor.com.ar

sí, para irse a vivir con este buen hombre que tanto la cuidó en esas interminables horas de locura. Inés pidió a su esposo Aníbal, como regalo de casamiento, cinco perros. Era un sueño anterior. No supo por qué. Pero Aníbal estaba destinado desde pequeño a ser piadoso, porque creció pegado a los rugidos de la montaña, lamiendo fantasías en rocas brillantes. Se bañaba sin limitaciones en aguas tibias y calientes saturadas con algas vivas de santas limpias que dan aguas termales, surgidas de la misma profundidad de la tierra. Acostumbraba a cantar suavemente melodías al silencio del día y la noche. Apoyaba sobre su piel las escamas y espumas de agua del volcán, para ser reconocido desde lejos y de cerca. Aprendió a querer la montaña tal cual se mostraba, con sus misterios y leyendas vomitadas cada cien años y escritas en letras de piedra negra. En las tardes, buscaba el baño de algas, donde sumergir su cuerpo. Aguas y algas que atrapan cada centímetro de la piel mientras el vapor busca el último rincón de su pulmón para limpiarlo dándole nuevas fuerzas. Tantas, que con solo gritar en el interior del volcán, hace caer la nieve de las puntas de las cumbres. Nieve que acude solo a su llamado, para evitar que el calor convierta su cuerpo en alma.

Aníbal es fuerte, humilde, piadoso. Tal vez, las aguas de los volcanes hayan dado a ese hombre, el amor que pide Inés. Trajo de la montaña cinco perros. Ninguno sobrevivió. Aníbal había cuidado con delicada ternura la locura de Inés. También en esas largas noches de verdad donde se enteraba de la vida sufrida de Inés, de sus amores y bondades en donde aprendió a amarla en silencio, contemplando su alma y su cuerpo y también escuchando sus delirios transformados en historias de increíble realidad, donde una criatura desprendida de su cuerpo llora desconsolada en algún lugar. Ha escuchado el nombre de Juan de Dios, entre gritos de un socorro mudo. Envidió a ese hombre, pero también comprendió que Inés estaba ahora con él. En esa irracionalidad, ella

serena y desconfiada, que se acerca lentamente cuando se ve rígida y encerrada en ausencias. Supo que ese hombre se llamaba Aníbal. Y que meses más tarde, le propondría matrimonio. Inés finalmente ha encontrado a quien querer. Comenzó a escribir en pequeños papeles que luego guardaría: El amor se hace, no nace. Lee la Biblia, refugiándose entonces en los misteriosos e inagotables actos de Fe. Descubrió que la creación de ella y de todo lo que la rodeaba se realizó en siete siglos. Que de un mundo en tinieblas se hizo el día con luz abandonada en alguna parte para ser noche. Esa noche en la que ella había estado inmersa, expandiendo aguas de cielos cuando la tierra abandonó centenares de hierbas y semillas. Y les pintó lumbreras para que fueran estrellas. Y se crearon monstruos marinos, aves y animales. Luego, el hombre. Y porque estaba tan cansado al séptimo siglo, ese señor invisible descansó; no sin antes poner en el Edén a esos pecadores que luego traerían al mundo la desobediencia, la serpiente y el fruto prohibido. Supo Inés de la maldad. Del Arca de Noé y sus hijos: Sem, Cam y Jafet que nadie recuerda. Supo de la torre de Babel, y supo que Sarai, esposa de Abraham, estéril y por serlo ofrece a su esposo la sierva Agar, con la cual Abraham fornicó enloquecido para reproducir la especie, hasta que el piadoso Señor invisible, a los ochenta años le concede una maternidad que Sara acepta gustosa. Agar parió a Ismael cuando Abraham cumplió ochenta y seis años. Supo Inés que en el cielo apareció una señal. Una mujer vestida de sol con una luna debajo de sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Y supo también que apareció un dragón escarlata de ocho cabezas y diez cuernos con siete diademas en su cabeza. Se vio enloquecidamente desafiante.

Supo Inés que el mundo era una parición continua. Ella parió vida como lo hacen los animales, los peces, las aves, las mujeres, las aguas y los vientos. Entonces decidió que Aníbal retozase en ella, dejando que sus energías se transformasen en algo más que una eyaculación, y dio el

Uno

Entonces invocaron a Yavé y le dijeron: “Oh, Yavé, no nos hagas perecer a todos por causa de este hombre ni nos consideres culpables de su muerte, ya que tú, Yavé, has obrado todo según deseabas”.

Luego, llevando a Jonás lo tiraron al mar y el mar calmó su furia. Yavé ordenó a un Pez que tragara a Jonás y Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del pez.

JONÁS 1, 1-16

Se fue. Con toda su vida y su alegría encerrada en madera. Se fue; con su amor intacto, ante un murmullo de voces de lamento.

Se fue. Dejando una carta invisible bajo la almohada, con palabras transformadas en tulipanes y girasoles, sembradas en fértiles prados musicales. Se fue dejando que el olvido la llevara nuevamente hacia la nada, entregándose al recuerdo.

Inés era así: sobria, hermosa, virtuosa. El rostro en permanente alerta, exhibiendo ojos vivaces, inquietos, punzantes que miraban con cierta desconfianza. Su nariz recta, pequeña, con dos orificios delicadamente dibujados, contrastaba con la boca de labios carnosos, incitantes y sensuales, capaces de besar con pasión y también hablar con esa fogosidad discursiva que la caracterizaba. Cuello delgado y espigado. Hombros redondeados bajando en perfecta armonía al nacimiento de hermosos

senos turgentes, que al emocionarse por la pasión o el por amor, resaltaban sus pezones simétricos, avistando el encuentro entre el alma y el cuerpo. Las manos ayudaban a cincelar las palabras. Palabras cálidas, timbre melodioso y voz inconfundible. Tenía gestos propios; exclusivos, movimientos perfectos, como si fuese una consagrada bailarina de ballet, con la gracia prendida en cada punta de sus pequeños pies y en cada músculo de sus muslos, cuyos movimientos acompañaban su entrega total a la música, la danza y el amor.

Un ramillete de flores que alguien ofrece desde una platea, cae a sus pies.

¿Cómo describir la perfección de esta mujer que tenía en su cuerpo el alma de la vida misma? Sin duda eran dos: una de ellas, embebida en el candor de la inocencia; la otra, apasionada, ferozmente sensual; oculta en la cruel pobreza que sufría.

Usaba vestidos ajustados. Sus piernas siempre expuestas; blancas, delicadas, suaves, mostraban sólo lo necesario brindando a quien ella eligiera, el movimiento de sus muslos que buscarían, seguramente, entrelazar el incontenible deseo de ser amada y entregar su amor por encima de cualquier obstáculo.

Cuando se encuentra desnuda, desgarrada su belleza, mirando hacia algún lugar de la naturaleza misma. Nadie discute su semejanza exacta con la diosa de Joseph Clará; donde el cuerpo es la perfecta armonía de las formas. Los pechos atrapados entre sus piernas flexionadas, permiten que su cadera entregue belleza y perfección, confirmando una fertilidad asombrosa. ¿Cómo es posible que el fuego del deseo tuviese también la serenidad de nubes aladas, cantando, flotando, abriendo sus manos, desparramando sonrisas bondadosas; custodiada por coros gregorianos, sonatas y ángeles gloriosos? ¿Cómo es posible que tanta ternura pudiese estar desnuda, sin que el mundo supiese que ella era la mujer más amada y deseada? Más allá de las formas y sutilezas de amores que dejaron atrás sus historias y desencuentros, estaba

claramente la suave transición entre un antes y un después, rodeado de calaveras sobre cuerpos abandonados a una nueva vida, enriquecida de vegetación, mezclada con flores y capullos. Supo que una influencia sobrenatural había tocado el mismo corazón que estuvo partido. Supo que el árbol de la fruta prohibida estaba tan cerca, tan cerca de ella, que elevó su mano derecha desoyendo la voz del señor y arrancó la fruta que no era más que Adán, esperando ser tentado. Lo poseyó sin importarle cuán desnudos estaban o cuántos ángeles vigilaban el Edén, o cuántos lamentos tendría después. Supo que a partir de ese momento viviría deambulando; sosteniendo el pecado como si fuese savia de árbol o agua de plantas. Comenzó a bailar, tarareando una música que solo ella escuchaba, acompañando sus movimientos con gestos sensuales, imaginando tener al mundo y todos sus dominios en sus propias manos.

Recostada sobre la fuente de agua eternamente inmóvil en el centro del patio, era visitada por figuras humanas deambulando descansos en la enfermedad de las mentes. Hombres y mujeres desconcertados. Fue cuando Inés, abrió su ropa suavemente permitiendo que sus pechos escapasen al encierro, y gritó por primera vez: “*¡Es primavera!*”. Un anuncio feliz. Luego; miró el cielo ofreciendo su hermosa desnudez al santo que mira y custodia. Entendió entonces. Comprendió que se estaba consagrando a otra vida. A partir de ese momento, no necesitó más descargas ni encierros. Su mejoría permitió lo que a otros enfermos les fue prohibido: reír, hablar y hasta pensar. Se rodeó de una inmensa misericordia, cercana al místico. Desgarrada al ver a sus compañeras de locura sufrir la pérdida de sus pensamientos, olvidó el lenguaje y recuperó la audición, para escuchar palabras mágicas de un sonido extraño y sobrenatural. Supo también que un buen hombre que trabajaba en ese establecimiento la cuidaría con dedicación y desinterés. Ella recuerda vagamente una frente amplia con largos cabellos que caen tapando pequeñas orejas. Tiene presente una mirada

fermeros que se aprovechaban de su irracional furia, para someterlas a maltratos y descargas eléctricas que en ese entonces utilizaban para tranquilizar a locos desatados. El electroshock. Siempre listo. Siempre preparado para usar. Siempre esperando la clientela de la sinrazón. Inés era llevada una y otra vez en brazos de oscuros enfermeros que ataban sus muñecas y canillas, paralizando su libertad, hasta ser depositada en la camilla con agarra-deras de cuero, que sujetaban los movimientos del rechazo. Al ser atrapada, Inés se retuerce, trata de soltar sus miembros inmovilizados hasta que las descargas eléctricas bajan cruelmente de la cabeza a sus pies. Una y otra vez, hieren su dolor. Está sola. En pocos meses dominan su alma, su espíritu, su voluntad, para convertirla en una cosa sin nombre. Una masa amorfa que solo atina a mirar hacia arriba, a un cielo cerrado a la imaginación y el futuro, donde nadie sabe a ciencia cierta, si lo que queda de ella es Inés o su propio fantasma desorientado. Solo entonces, la sueltan, llevándola a la celda donde la tendrán como bulto, envuelta en una sábana rotosa. Luego, la abandonan sobre la cama vacía de frazadas, cemento puro; con hilachas desprolijas como mantas y una sola almohada tan deforme como sus pensamientos que flotan sin rumbo. Dejan siempre un jarro despulido de aluminio lleno de agua para evitar que se deshidrate. Inés perdió la razón. Y también el mundo. Es una mujer sin pasado ni futuro. Solo una mujer olvidada en una celda habitada por fantasmas. Esa noche: Inés tuvo un sueño. Un sueño de demonios habitando cavernas albergadas de hombres y mujeres abandonados en guerras, amores en cuerpos rígidos, flotando en el mismo espacio de la caverna negra y oscura. Fue una noche de castigos infinitos. Las descargas eléctricas nublaron su conciencia y lucidez. Había un infierno en su mente. Un infierno lleno de criaturas sin descanso, sin paz. Sin embargo, en medio de los tormentosos sueños, un ángel de blanca y suave piel, con un rostro de apacible mirada se presenta batiendo sus alas, tocando una melodía que marca

ella. Tremendamente radiante. Espléndidamente hermosa, posando para el mejor pincel del deseo. Ni Tiziano podría haber capturado esa expresión tan distante de una Venus o un adonis; pero sí podría haber captado el fuego que dejaba escapar Inés cuando estaba lista para entregar amor y su pasión. ¡Oh. Inés! Inés de fuego. Inés de los placeres; del éxtasis y pasiones. De risas y llantos. De entregas voluptuosas y, luego, ejemplar de calma. Sin embargo, ese día Inés miraba al infinito. Estaba distante; envuelta con el murmullo del agua golpeando las piedras brillantes y estáticas, dejando sus espumas perdidas en una corriente contagiosa deseosa de seguir los mismos senderos acariciados por agua de deshielo. Mezclada con arena de sus orillas, ella tararea una canción, que tal vez, le recordaba algún acontecimiento. Llorando, dos lágrimas transparentes caen contagiando sus mejillas azotadas por su pelo azabache, caprichoso y brillante. Las manos ausentes acarician la gramilla verde y fresca, mezclada con tréboles que sobresalen en espera de alguien que juguete con sus hojas, o que el azar los deshoje, para adivinar futuros inciertos, que muchos no se atreven a confesar. El calor somete su cuerpo. Permite que se moje en una transpiración tenue y dócil que hace de su ropa una segunda piel. No hace mucho, ellos se han jurado amor eterno, tan eterno como la inmensidad que uno desconoce; pero, a sabiendas de lo que se puede ofrecer cuando se es conciente de que no existen amores eternos.

Juan de Dios observa a no mucha distancia, embelesado de tanta perfección, deseoso de poseerla nuevamente, haciendo con ella ese amor de brutal entrega donde gemidos y palabras, cobran definitivamente el sentido de un nuevo lenguaje en la pareja. Los cuerpos sellados, funden sus límites en momentos de mayor éxtasis y placer. Entonces; el mundo cobra magníficas sensaciones, que pueden hacer vibrar todas las anatomías desaparecidas. Haciendo el amor, esos cuerpos pretenden ser exactamente el complemento del otro, hasta que ambos, exte-

nuados, se derrumban en la lenta cadencia de relajación sublime del después. Ambos flotan en un imaginario campo de miles de flores de colores; pétalos suaves, pentámeras con frutos de aquenio carnoso, embelleciendo campos de interminables mantos multicolores pintados con rosas, jazmines y geranios. La noche se deshace en una fresca lluvia. Y esos cuerpos que se han amado rodaron, jadearon, sudaron y gimieron, soñando una invalorable plenitud. Vagan en una eterna observación del cielo, herido por una nube en un infinito azul sin punto claro. Sin guía, pero con la intensidad de saber que todo es tan maravillosamente bello, que no admite más palabras. Las manos de los amantes, entrelazadas desean construir una nueva forma de comunicación plena, momento en que el alma y cuerpo se olvidan de temores, envidias, y de aquellas realidades agobiantes que siempre castigan. Todo está cubierto de paz. Una tranquilidad absolutamente cierta, con sexo satisfecho, consumado y pleno.

Inés levantó sus cabellos enredados y ensortijados en total desnudez.

Es una fresca mujer de brillante piel. Elonga su cuerpo lentamente, para evitar encontrar un adiós no deseado. Se cubre con recuerdos; luego, sensaciones. Finalmente, comienza su misterioso arte de vestirse con lentitud, simulando el piano mágico de Chopin, en nocturnos, baladas y vales. No hay mujer capaz de cubrirse sin una música que la envuelva. Siempre habrá una nota que la acompañe y también, resistencia; porque Juan de Dios no desea que ese cuerpo magnífico cubierto de piel sea oculto a su vista y a la luz. Obligado a resistir ese final, contagiado del recuerdo inmediato del placer que aún no se ha podido diluir, ni caer en olvido, espera. Solo el alto intemporal permite que esa perfección sin pasado, sea condenada a la inmortalidad, como las apsaras, ninfas que habitan el cielo de Indra y bajan a la tierra en busca de majestuosos amores terrenales. Ella, Inés —contra todo vaticinio y deseo de quien pudiese mirarla o admi-

rarla—, cubrió cada centímetro de su cuerpo con una dignidad solemne, presagiando una despedida o un adiós eterno. Un adiós que se fue en silencio, de la misma forma que su lento andar, orillando la costa de un río de aguas transparentes. Nunca más regresó a ese maravilloso lugar. Se fue para siempre de todo espacio terrenal despojada de ropa, de recuerdos, encantos, palabras y deseos. Se fue. Solo se fue. Abandonó el lugar y su joven hombre primitivo con quien había hecho el amor. Un amor enloquecido por deseo de furia o espera. Vivió su cuerpo plenamente sin mezquinar nada. Supo que en medio de ese orgasmo infinito algo había pasado, porque no hubo fibra de su cuerpo que no temblara desenfrenadamente. Nada dijo Inés que ese día estaba segura de llevar una parte de Juan de Dios. No solo fue el placer recibido y agotado. Llevó un producto de ese encuentro a escondidas, fugazmente hallado. Nada dijo Inés antes de su partida. Nada dijo Inés después de su partida. Nada dijo Inés durante los meses que su cuerpo cambió de forma ni cuando sintió el golpeteo de quien es propio y extraño a su cuerpo. Se lo llevó sin que Juan de Dios supiese que había sido robado y burlado. Fue a escondidas. En medio de tinieblas, de traición, arrancando a otro ser una ilusión. Nada dijo Inés de su mezquina actitud. Nada se supo de Inés por muchos meses; solo que por ser tan joven, sus padres entregaron esa criatura a una familia generosa y perdida en cualquier lugar. Ellos buscaban a quién cuidar y ver crecer. Sus padres, a quién olvidar. Se sabe sí, que fue un niño. Nadie sospecha fue Jonás.

Inés perdió la razón años más tarde por esos motivos que escapan a las personas destinadas a quedar en ese vacío. Fue encerrada en un loquero de la ciudad; sin razón, en un edificio de murallas secas. Blindado. Armado y custodiado con dos portones de hierro forjado. Infranqueable. Un patio colonial daba luz a celdas clausuradas con puertas de roble con curiosas mirillas excavadas en su centro, destinadas a controlar locas en la intimidad de sus delirios. Diariamente, eran registradas por en-

siempre. En el patio de afuera, dos elásticos de cama vieja traídos de otros velorios prestados, sostienen la media res de vaca trozada lista para servirla asada a las visitas de pésame, en la medianoche. El asado de home-naje corresponde a la familia del Angelito. Las damajuanas de vino tinto y vino blanco esperan a los viajeros de las mismas entrañas de la montaña. Ellos ensillan sus caballos para acompañar la muerte con sus mejores arneses. Uno que otro deja el regalo en silencio, como si regalar a un muerto, diera vergüenza. Lo colocan tímidamente a los pies del niño que seguro agradece sin moverse. Jonás ha soñado antes con esa muerte.

—Vengo a traer mis saludos y dolencias —dijo Juan de Dios a la tía del Angelito.

—Yo, en cambio, le traigo estas ropas, comadre, para que le ponga en la mañana por el frío de las tumbas —dijo Encarnación.

—Las tumbas... son habitaciones de sombras —aseguró Juan, quien luego pensó para sí: “No merecen ponerse la ropa nueva”.

—Hasta la sombra de los entierros... deben ser honradas —dijo Encarnación.

—Es cierto —afirmó la tía.

Encarnación soltera, rellena, silenciosa y buena amante. Discreta para el entender de sus vecinos y amigos. Si bien no ha hecho familia, ha tenido algunos hombres sumidos a sus encantos y voluntad. Juan de Dios es su mayor conquista a pesar de la diferencia de edad. Ella dice que los amores son como los cuadros; duran para siempre si están pintados adentro de sus marcos. Y ellos —asegura— están pintados. Encarnación también conoce a Jonás.

Encarnación era una mujer de edad media. No supera los cuarenta, aunque su rostro tiene huellas del tiempo agudizadas por el golpe del viento que diariamente le daba en su rostro, cuando buscaba el piño de chivos en la pradera habitada de piedras y arbustos enanos. Su vida transcurría entre las tareas propias de una mujer:

— ¿Y a qué se dedica? -pregunto ella.

— No lo sé, pero es la primera persona que escucha mis problemas con interés y hasta se ofreció cambiarnos la vida -razonó Perfecto-. Y como no sabía qué dirías, le planteé que tal vez pudiésemos conversar los tres, mañana.

— ¿Tiburcio? -repetía Elodia en voz baja, tratando de ubicarlo entre sus conocidos-. No sé quién es, Perfecto, nunca escuché ese nombre. Y, por otro lado, ¿cuál es el motivo de su caridad hacia la familia? -preguntó, mirando esta vez a su esposo con curiosidad.

— Me habló de muchas cosas que son ciertas: como que el mundo es injusto, que nadie me da trabajo, que estamos condenados a mendigar; que nuestros hijos no sólo no tienen nada, sino que tampoco tendrán futuro. Me dijo que este mundo había que transformarlo porque quien lo hizo -nuestro Dios-, ha sido injusto. Y que ha llegado la hora de cambiar no sólo la vida, sino también el alma -repetía Perfecto tratando de recordar las palabras exactas de Tiburcio, mientras escrutaba el rostro envejecido de Elodia.

Elodia había sido una hermosa mujer. Se casó con él teniendo sólo dieciséis años. Fue encandilada por los sueños de Perfecto, quien prometió poner el mundo en sus manos.

— Hay tantos sueños en la noche, como movimientos en el día, Perfecto. Me prometiste una vez, o varias veces, lo que este señor Tiburcio ofrece -dijo Elodia, resignada-. ¿Lo recuerdas? ¿Y qué alma vas a cambiar, si la nuestra también la robaron?—, destacó.

Perfecto quedó pensativo; en realidad, hablaba con el tiempo sentado en ese lugar visitado por viajeros invisibles, vendedores de ilusiones y fantasías. Sabe Perfecto que, cuando la vida es silencio, prolonga la agonía, y hoy se había decidido a romper esa inercia.

Hablaba de nuevos proyectos con su esposa, convencido de que nada tenía que perder; que la vida lo había tratado peor de lo esperado, que nadie le había tendido una

mano, que su miseria era llevada sobre sus hombros, delante de sus hijos, sin que nadie pudiera explicarle el por qué de tamaña injusticia.

Había nacido su último hijo: el séptimo. Casi un lobisón: Apolinario, un niño envuelto en trapos de descarte del basural y con un cajón de manzana como cuna; alimentándose de la teta de Elodia, que generosamente entregaba cada vez que lo requería el niño. Nunca recibió nada de la vida. Sólo dio hijos para el hambre. Sus utopías viajaban sin rumbo, en un mar sin playas.

— Lo recuerdo. Sí, lo recuerdo, Elodia, por eso hoy te propongo que hablemos con este hombre-, suplicó Perfecto, sabiendo que estaba venciendo la resistencia al no de Elodia.

Ella también deseaba cambiar su vida. ¿Quién no?: siete hijos y castigada para siempre a la pobreza, piensa Elodia mientras el atardecer respira antes de fenecer, y la noche anuncia la calma del viento, porque las nubes no pueden ver los caminos. Ahora llega la magia de la espera y el tejer de fantasías, antes de cerrar los párpados cansados. Elodia sabía que no tendría muchas alternativas.

— Está bien, Perfecto, haremos lo que propones. Que así sea-, respondió Elodia.

Perfecto suspiró. Mañana mismo llevaría a Elodia para conversar con el Sr. Tiburcio. Los perros protestaban al paso de transeúntes desconocidos. La noche se anunciaba sin tropiezos. Sabe Perfecto que habrá luna llena. De esas lunas consagradas a los siglos y a los sueños, con esas manchas oscuras que el hombre ya pisó y ofendió.

Perfecto se durmió.

Tiburcio era un hombre sombrío, cubierto por una capelina gris de cuello alto, a pesar del calor, el frío o la lluvia. Era su costumbre. Dos orificios laterales le permitían sacar sus brazos y moverlos con libertad. Las manos delgadas, pálidas, blancas, siempre encimadas, frotando su piel lampiña. Tiburcio usaba un sombrero

a pesar de haber sido elegido en forma vitalicia para administrar dineros públicos y también justicia. Ese día el alcalde se defendió, aduciendo que a pesar de su edad y su sentencia, estaba lúcido. La tarde del sábado lo encontraron convulsionando en el patio de los geranios, sacando por su boca espesas espumas blancas y escupiendo tarareos con dientes custodiados de labios azules. Cada vez más azules. Le tiraron agua fría. Fue peor. Convulsionó golpeando su cabeza y lastimando su lengua. Le colocaron una madera entre los dientes. Lo fueron atando a unos palos para quebrar sus movimientos hasta que se fue tranquilizando para retomar vida. De allí en más, pasó casi todo el resto del día como un gallo golpeado, mirando fijamente la pared ciega babeando saliva. Nada de palabras ni gestos. Era un bulto sentado sin forma, presente en el velorio del Angelito.

Ese hombre era el pariente más cercano del Angelito. Los rostros curtidos de los adultos inmutaban y eran los mismos que estaban entre las sombras de la habitación; más duros que a la luz del día y nadie con el sombrero colocado. Solo aquel viejito misterioso, sentado en una silla fabricada con tablas de cajones rotos, mantenía puesto el sombrero negro, alado y desgastado. El tiempo de uso ha hecho que su carne se una al sombrero y nunca más se despegue. El viejito miraba con sus dos ojitos vidriados mostrando dos anillos blancos concéntricos que le otorgaban una cierta jerarquía ante el resto. Jonás lo conocía.

-¿Quién es ese hombrecillo de pequeñas formas?. Nadie lo sabe. Solo él puede revelar de dónde viene y quién es, pero no lo hace. Jonás tampoco. Sin embargo, ahora sufre por la muerte del Angelito a quien conoció en vida, cuando aún jugueteaba con Jonás en la montaña.

Aquellos que han orillado los noventa años pueden mostrar en sus ojos el paso del tiempo, o el cambio de siglo. Hombres y mujeres sin documentos. Con fotos del día que viven, como si el pasado y el futuro se borrarán para

justicia, constituido por el alcalde del pueblo y su sombra como secretario, decretaron el castigo: muerte tras violación. La violaron cinco hombres sorteados dentro del mismo pueblo para que taparan con su semen los orificios del mal. Inés fue violada, arrastrada de sus pelos hasta un corral abandonado cerca de la entrada del pueblo, una tapera impregnada de polvo y pulgas de gallinas que salieron asustadas por los gritos y las cachetadas. Inés fue perdiendo en el camino su ropa como para dejar una huella de despedida para que alguien —al menos alguien— la rescatara de tanto suplicio. Pero nadie escuchó su lamento ni los gritos de perdón o pedidos de auxilio. Una prostituta. Un auditorio en semicírculo de pobladores impávidos mira la casa abandonada. Los gritos flotan en el aire y esos pobladores, tapan sus oídos para no escuchar, o tararean alguna canción permitiendo que esos cinco hombres salvajes envueltos de orgía y sexo cumplieran el mandato y también la sentencia.

Inés sin poder caminar o mover su cuerpo atravesado por esa salvaje lujuria enviada, fue llevada más tarde agonizante a su humilde casa, y esa noche le sacó a su esposo la promesa de cambiar su ropa interior después de muerta. Sin embargo, no murió su cuerpo como esperaban todos; solo su alma. Con el tiempo se fue recuperando lentamente, pestañeando. Insólitamente las mismas cantoras, pero esta vez con canciones de velorio y despedida, acompañan la ceremonia del Angelito mirando de reojo la tierra removida —la tumba— del alma de Inés. Se la veía a través de la ventana abierta. Dicen que salía de su tumba en las noches de luna. Desnuda. Cubierta por tul blanco totalmente transparente, cantando, bailando. Dejando que su cuerpo se contorsionara sin respeto ante mortales deseosos de verla. Ella deambulaba cada tanto, entre la serena brisa de la noche iluminada.

La infamia de esa condena regresó con un castigo. El alcalde fue obligado poco después a renunciar a su cargo

negro aludo, que le consentía esconder su rostro en la luz del día y ocultar sus ojos profundos, gélidos, inescrutables, que paralizaban a quien mantuviese la vista fija en su retina.

Tiburcio los recibió en el sótano de su casa, en medio de humedades y fragancias a cenizas. Tres pequeños bancos, una mesa cubierta por una tela aterciopelada negra y un gigantesco cuadro surrealista, donde seres despreciables y deformes pisoteaban sus sombras rodeando un gigantesco mármol blanco, desde donde despegaban figuras demoníacas, hartas del secuestro de los tiempos y deseosas, sí, de una libertad prisionera.

— Bien, Perfecto, espero que haya invitado a su esposa en los términos que hablamos-, dijo Tiburcio con voz seca y ronca, dejando su sombrero en la mesa.

— Lo hice, Sr. Tiburcio, ella lo sabe-, respondió Perfecto, compungido.

— Bien, Perfecto, el trato es simple-, continuó Tiburcio entusiasmado-. Vamos a combatir la injusticia. ¿Sabe por qué, Elodia? Porque la justicia siempre se coloca el ropaje del rico para castigar a los pobres como usted. O usted, Perfecto, ¿no está cansado de las injusticias? -argumentó mirando a uno y otro-. La razón, por ejemplo; la suya, la de ella, o tal vez la mía, nunca nos la darán. Porque la nuestra será siempre la del más débil; porque su palabra, Perfecto, Elodia, está llena de dudas- sentenció tratando de remarcar lo que consideraba injusto.

— El trabajo: Perfecto, ¿se preguntó usted por qué no tiene trabajo? -continuó Tiburcio-. ¡Porque es humilde, Perfecto!; ¡porque es pecado ser humilde ante un poder que nos domina!, ¿me entiende, Perfecto?— preguntó, manejando la escena.

— Sí. Es cierto. ¿Pero, cómo luchamos contra ese poder?-, preguntó Perfecto.

— ¡Con otro poder, Perfecto! ¡Con el poder más grande del universo!-, respondía emocionado Tiburcio, iniciando su tic en el ojo derecho.

— ¿Y dónde está ese poder... Sr. Tiburcio?-, preguntó Elodia, interesada.

— ¡En los infiernos, Elodia! ¡En los mismos infiernos donde reina el señor! Mi señor. Y seguramente: tu señor también, Elodia, si aceptaras esta ayuda-, respondió Tiburcio, descubriendo esta vez sus ojos inyectados de un color rojo brillante.

El sótano tembló, la tela negra que cubría la mesa comenzó a moverse por los reducidos espacios del recinto secreto. Los ojos de Tiburcio se iluminaron y, elevando sus manos hacia el techo, convocó al señor de las tinieblas. Las llamas del infierno envolvían a Perfecto y Elodia. Su familia saldría de la pobreza.

Nada más atractivo que el poder. Quién podría negarlo. Enfrenta las miserias humanas que cada uno lleva en los más recónditos secretos del alma. Deslumbra la omnipotencia, la impunidad de los actos; encadena al hombre a la rutina diaria del placer, al mando, la envidia, los vicios, la lujuria, la riqueza fácilmente acumulada, el egocentrismo y la ambición. En contraste con el hacinamiento, la marginalidad y el abandono de quien no está incluido en el sistema. Tiburcio sostenía que la pobreza contagia. Es como la sarna, justificaba.

La falta de un futuro cierto y la cruel desesperación de su indigencia, llevaron a esa familia humilde a buscar en las mismas entrañas del misterio y en la oscuridad de las ciencias ocultas y secretas, la repuesta a sus angustias y pesares.

La familia completa había ingresado ese año en la cofradía «La Noche Roja». Por primera vez sentíanse apoyados, acompañados e inmersos en acciones solidarias. El clan decidió reunirse en una noche de abril.

No importa la fecha de ese abril oscuro y frío que invadía el galpón de avena abandonado y que mágicamente se transformaba para esas ceremonias especiales en un recinto perfecto y sagrado; colmado de figuras con túnicas negras, clandestinas, anónimas, secretas, atentas, mudas, expectantes, nerviosas, esperando, luego de en-

que los huesos flacos de carnes se desarmaron en manos de curiosos. Pero eso fue mucho después. Esto se supo por los calendarios encontrados entre las cenizas. Pasaron muchos años de este hecho. Pero hoy se asiste a un velorio. En ese cerro negro.

El rancho del compadre está a cien metros del árbol donde el Angelito esta siendo velado. Los niños, adultos y abuelos permanecen sentados en sillas viejas de la cocina, mirándose unos a otros sin moverse. Probablemente impactados por la presencia de un niño muerto. Este yace sobre una alfombra gastada en el centro de la habitación, iluminada tenuemente por candiles de aceite. Parece dormido con tanta paz, que invita a despertarlo para preguntarle por qué fue tan intranquila su muerte, si su sueño es calmo. Una luz débil permite que las sombras de quienes pasan por delante y atrás de los candiles den vida y movimiento a otras figuras estáticas sentadas sobre cueros amontonados. Miran todos al Angelito sin expresión de dolor ni alegría. Miran perdiendo finalmente su imagen interrumpida con algún recuerdo que llega espontáneamente a sus mentes. “Siempre habrá alguien a quien velar”, murmura la más anciana mientras reparte mate amargo. “No aguanto estar sin despedidas”, murmura. El Angelito había sido compañero de juegos de Jonás por varios años. Algunos presentes cantan y como siempre en los velorios aparecen súbitamente las cantoras que se ubicaban en un rincón solitario. Lanzan aullidos, gritos lastimosos pidiendo ayuda a las ánimas que rondan cerca del Angelito que está sordo a cualquier grito y ciego a cualquier movimiento. Los llantos alternan con canciones sombrías y lastimosas. Llanto y lástima se unen al dolor de una familia que acepta la muerte como una última visita de vida. Son las cantoras de lástima y condena; pues también las contratan a la hora de dar sentencias. Lo curioso es que el Angelito ha sido, sin querer, el lazo invisible entre Jonás y Juan. Hacía pocos años que esas cantoras habían cantado la sentencia de la misma Inés por prostitución, cuando un tribunal de

criatura que trabajosamente busca canales iluminados hacia su libertad. Así; colgadas de ramas, estremecen sus cuerpos con esfuerzos nobles y heroicos, a pesar del frío y la nieve que rodea esa ceremonia. Jonás reaparece en esa niebla. El árbol atrapa en sus follajes gritos de dolor, como respuesta al placer o triunfo de cuanta cosa pase a sus habitantes. Un árbol que custodia también la finada Inés, que años atrás, dedicara su cuerpo al ejercicio de la prostitución de beneficencia como le llamaban en la zona. La puta Inés reconforta placeres pedidos. Linda mujer. Ardiente mujer en fríos inviernos y más aún, en calores de verano. Ágiles caderas cabalgando al compás de gemidos, en medio de esa lujuria contagiosa. Los senos ahogaban al pobre que lograra pagar un rato de puro sexo. Eso sí; nada de compromiso. Para eso está Aníbal, su esposo para siempre. Ella siempre admiró el árbol que fue compañero de toda su niñez y también testigo de su vida miserable, pero altiva. Le ha pedido a su esposo mantener una promesa: enterrarla a menos de cinco metros de la última raíz del árbol. Y además, cambiarle todos los años en el día de su aniversario la bombacha y el corpiño que sujetan sus carnes —antes deseadas y pagadas—, por otras prendas similares. “Es solo por higiene”, le susurró al oído, a modo de disculpa. Inés siempre sostuvo una teoría de *dos* entierros: En el primero se entierra simbólicamente la razón. En el segundo, el cuerpo. Aníbal prometió hacerlo y cumplirlo. Y así se hizo el día que Inés, años más tarde, soltara su mano en aquel último suspiro de la razón, para espantar una mosca en busca de un alma desprendida. Una parte de Inés, solo la mitad de ella. se fue. La enterraron dividida en esa oportunidad. La razón y el pecado quedaron bajo tierra. De esta forma, Inés quedó limpia de razón y pecado, pero viva con su cuerpo. Sin embargo, la mitad de ella está muerta y enterrada. Quedó esa tumba inconclusa cerca del árbol, porque la otra Inés viva: llamada la loca Inés, pediría años más tarde que su otra mitad fuese enterrada cerca del alma. Su deseo se cumplió hasta

tronizar a Satanás, presenciar los ritos para el ingreso de la familia Del Manchón.

Ellos también habían pasado por esas circunstancias. Siete nuevas túnicas negras esperaban eternizarse en esos cuerpos llenos de vida y temor. Cuerpos que, en definitiva, serían entregados al amo y señor de la secta: Lucifer.

La secta sostenía una historia de más de cincuenta años funcionando en forma ordenada y secreta. La seducción se basaba, justamente, en ese halo de misteriosos encuentros múltiples bañados de rutilantes ceremonias. En ese alcázar alejado del tiempo. Los consideraban marginales. Estaban excluidos en una sociedad temerosa de misterios.

La revelación de los ritos satánicos profundizaba la necesidad de mantener a los discípulos en un anonimato cómplice. El poder sobre la vida y la muerte despertaba curiosidad hasta que, incorporados a la cofradía, encontraban su contención y aliento.

Los sacrificios, generalmente de animales, se acompañaban de flagelaciones a miembros que, por razones que hacían públicas, estaban condenados al castigo. El sacerdote, que por su historia manejaba el grupo satánico, era el responsable de los rituales y profecías.

La Noche Roja había nacido justamente en el cementerio de la ciudad. Cuando en una noche tormentosa pudieron resucitar al difunto, reencarnado esta vez en un pequeño niño que les habló de los infiernos con una voz de ultratumba.

— Lucifer quiere acompañarlos; desea que multipliquen sus seguidores. No es suficiente abalear entre cristianos y satánicos. Hay que atrapar almas inocentes, enquistarse en todos los sectores de esta sociedad, multiplicar las leyendas, repartir almocelas para que nuestros novatos seguidores no puedan ser reconocidos. Festejar los actos de rebelión contra la rígida religión católica, que los ha convertido en esclavos de la cruz. Veneremos a Lucifer, entreguemos nuestras almas y sacrificios de

sangre. No temamos la muerte porque ella será: la consagración al señor de las tinieblas. –Tiburcio, médium, traducía.

El niño levitaba, temblaba, convulsionaba, mientras sus palabras levantaban la furia del viento que ahora azotaba el cementerio. Su voz era la voz de un adulto, de un hombre mayor, furioso por haber sido enterrado en el mundo de los muertos. Sus ojos estaban incandescentes y fijos. Miraban el infinito. De sus manos brotaban las luces del infierno; en destellos insólitamente ciertos, quemando las túnicas negras. Habían unido sus manos para permitir el mensaje del señor que se encontraba representado en esa figura marmórea, gigante entroncado en esa bola de fuego que iluminaba a los esclavos que tiran de sogas inmensamente tensas. Las lápidas eran parte del escenario impactado en un cielo cargado de nubes grises y presagios malditos.

El sacrificio se realizaba encima de su tumba, degollando al perro que perteneció al muerto. Quedó inerte en esa lápida de granito alisado y, en media hora, el cuerpo se fue desintegrando envuelto en una luz brillante, incandescente, destilando algalias de poderosa fuerza que inspiraban a los novicios y veteranos. A partir de ese mensaje constituyeron la cofradía: «La Noche Roja».

Tiburcio les había contado su historia a Perfecto y a Elodia, resumidamente, sobre los orígenes de la cofradía; estaban expuestos. Tiburcio estaba preparado para presidir esta nueva ceremonia donde la familia de Perfecto sería consagrada.

Un potrillo -la ofrenda elegida- de escasos meses estaba atado a un poste clavado en medio del recinto. Esperaba el sacrificio; que se consumó, salpicado de plegarias y cantos que le daban vida a esa multitud encapuchada y misteriosa, ansiosa del misterio.

Las túnicas negras cubrían, desde la cabeza a los pies, toda la anatomía de los asistentes y también su propia historia. El cuchillo filoso levantado por quien oficiaba como el gran sacerdote, acertó la arteria del cuello del

“Solo duerme —pensé con el alma suspensa—; el sueño, y no la muerte, lo abraza, lo abraza en su tiniebla”

LEOPOLDO MARECHAL

El rancho de adobe está impactado en la cara oeste del Monte Negro. Monte llamado así por su color y su historia. Historia de muertes. Todas, en las sombras de la noche de oscuro esclarecimiento. Solo el viento puede saber quiénes fueron víctimas o victimarios. Ese monte negro tiene una particularidad; por más que el sol alumbrase su enorme estructura, nunca cambia su color. Nunca fue un volcán. Pero hay sobre él piedras negras y porosas enviadas por volcanes vecinos que alguna vez despertaron del largo silencio. Un sueño milenario de encierro. Encierro que guarda la energía de la tierra que brama escupiendo fuego cada veinte o treinta años, semejando las guerras que tiene el hombre. En medio de ese cerro, está el rancho de adobe y carrizo con un solo árbol cercano a su techo destinado a dar sombra a los habitantes que piden clemencia en siestas de verano. Un árbol también testigo del nacimientos de todos los chiquillos que juegan despreocupadamente alrededor de esa corteza gris, impregnada en tierra y arena. Un árbol del cual se cuelgan voluntariamente mujeres, cuando los dolores de la vida hacen estremecer úteros gravídicos que desean regresar a su tamaño natural, expulsando la

sura de las plantas. Danzaba en una ceremonia enigmática, cayendo luego extenuado en medio de una maleza acolchada, esperando que el amanecer lo llevara nuevamente a su humilde y carenciada vivienda; envolviéndolo en el candado de una civilización custodiada por leyes injustas y perversas. Apolinario juró cambiarlas. No por justicia. Sí, por ese impulso de reacción que lo caracterizaba. Era un ácrata

animal, que no tuvo una queja. La sorpresa fue más rápida que la espera. Tiemblan los asistentes. Se consagran en silencio. La familia completa Del Manchón asistía por primera vez, subidos a una tarima de madera lustrada con cebo de arces. La sangre brotaba cayendo mansamente en un recipiente de veinte litros ubicada en el centro del escenario. Justo debajo del cuello del animal. En ese recinto cerrado tenebrosamente oscuro, retozaba el diablo.

La sangre fue colocada en un cáliz de oro. Uno a uno, los integrantes de la secta comulgaron en silencio, sorbiendo la sangre tibia del potrillo silenciado. Luego, tomaron a la familia completa de la mano, y los desnudaron junto al filoso cuchillo. Tiburcio, con una esponja, fue lavando cada centímetro de esos cuerpos con sangre roja y caliente del potrillo agonizante.

El niño más pequeño: Apolinario, fue introducido en el abdomen eviscerado del animal muerto, como lo determina la conjura de ese pacto satánico.

Colocado en ese lecho, lloraba mientras el sacerdote cosía los bordes del cuero, dejando que sólo la cabeza del niño quedase afuera. Tiburcio estaba poseído y exultante.

Llora. Llora el niño abandonado en ese lecho tibio rodeado de velas negras y cirios apagados. Cenizas frías, flores rojas esparcidas sobre pinturas de cruces invertidas. Como era costumbre de las sectas luciferinas, en sus misas negras, rescataban al demonio al que consideraban injustamente castigado por la historia.

Beber su sangre; impregnarse de ella en toda su piel, formaba parte de esa adoración contradictoria en la trinidad demoníaca: la bestia, el anticristo, el falso profeta.

La magia, la iglesia de Satán, el templo de Seth, los adoradores de Seth; todos ellos juntos ahora en esa ceremonia, estaban dispuestos a llegar a las motivaciones más perversas que en forma grupal practicaban, ofreciendo al señor sus ritos; promoviendo, en casos especia-

les y justificados, los abusos sexuales mezclados con homicidios, secuestros, suicidios, necrofilia y también: necrofagia aberrante.

Danzas de sutil belleza, plásticas danzas rituales, cargadas de sensualidad inigualable, contorsiones, gritos, lamentos, quejidos aullantes, risas y llantos acompañando a quienes hoy ingresaban llenos de dicha al grupo eterno, bañados con droga, alcohol y sangre que hacían figuras mezclando la cabeza del potrillo con la historia del campesino de la selva. Las sombras negras antes inertes estaban enloquecidas, dichosas, admiradas de su propia vitalidad, fuerza y coraje. Todo se complementaba en una escena de luces titilantes.

Era el inicio del grupo familiar Del Manchón; dispuestos a cambiar su miseria y abandono por riqueza y poder en el misterioso mundo sobrenatural de Satanás, quien, cansado de la hipocresía de la iglesia, mandó a redactar los nueve estatutos satánicos, demonizando el mundo, para que luego fuesen consagrados y cumplidos.

Las sombras negras reviven el pasado. Sus bailes entrelazan la historia; mientras afuera, el viento huracanado mueve los árboles, descuelga las hojas ocre que bajan con la suavidad del papel. Ruge el viento; levanta el polvo del camino en embudos que se pierden en las nubes, como queriendo acercar el cielo con la tierra. Muere la noche, y un manto oscuro va cubriendo las estrellas.

Cuando el sacerdote nombra a la familia Del Manchón, estalla el trueno y un relámpago cruza el infinito. El príncipe de la oscuridad había ganado legítimamente un nuevo grupo familia: la familia de Perfecto Del Manchón.

— ¿Seremos mejores, Perfecto?-, preguntaba Elodia rompiendo el escapulario.

— ¡Peores, Elodia!, seremos perversos, crueles y malos. Por eso nos irá mejor. Ya verás...

Apolinario, el más pequeño de todos, recuerda esa ceremonia en medio de una nebulosa de miedos, con imágenes difusas de esos personajes vestidos de negro, segu-

— ¡Lo estoy! Puedo contagiar mis odios, puedo alimentar las venganzas, puedo hacer muchas cosas que tú aún ignoras. Haré que te veneren y teman tu figura. Puedo atraer la furia del deseo, puedo destruir lo indestructible -deliraba Apolinario.

Había aprendido a pescar en las orillas de los ríos y el mar. También a comer serpientes, anacondas, mono ahumado, tapir y tortuga. Mezclaba la carne con mandioca y plátanos. Toda la riqueza de la selva cercana a la ciudad era para él. En las tardes, se perdía entre el malezal esperando el coro de las ranas y el diálogo de los animales de la selva que despertaban la oscuridad y nutrían sus fantasías. Los pantanos esperaban sus víctimas.

El concierto de una selva, la magia de la naturaleza que comenzaba a vivir, mientras las ciudades dormían antes de que la luz cerrara los bosques.

Untaba su cuerpo con barro de los pantanos; cruzaba rayas en su rostro, dibujaba caprichosas figuras satánicas en su cuerpo atormentado. Su figura semejaba un serpiente. Las plantas verdes, las flores mezclando colores. La naturaleza esperaba la frescura del atardecer, envolviendo esa locura desatada en Apolinario, y rozaba la humedad de su cuerpo, absorbiendo los fluidos del éxtasis, copiando los dibujos de su cuerpo, robándole los recuerdos hablados, capturando las notas musicales de sus cantos, inventados en su fantasía. La selva vivía. Blasfemaba con gritos entremezclados con los ruidos eternos de la selva. Las tormentas de agua y truenos y luces de relámpagos que estallaban en el cielo, hacían de su figura una aparición envidiablemente demoníaca, mientras cuatro mujeres repartían cantos de amor; y juntas bailaban danzas de arrullos infantiles recordando que los límites del tiempo se habían borrado.

— ¡Soy Apolinario!-, gritaba desde las ramas de los árboles a un auditorio fantasma.

— “*Serás Apolinario*”-, corean las voces.

Apolinario dejaba que sus manos enviaran sus rayos al cielo. Dejaba que su voz desesperada atravesara la espe-

taurante o familias que, en el desperdicio, dejaban mensajes de opulencia.

Trabajaba en lugares insalubres: basurales, limpieza de baños, cloacas, techos y buhardillas. Apolinario no se quejaba. Aprendió que en medio de esa maldad que lo rodeaba, su poder y liderazgo sobre el conjunto se acrecentaba. Conducía en cierta forma ese grupo humano. Estaba seguro de contar con esas condiciones de mando que él admiraba en las figuras públicas autoritarias, despóticas y abominables.

Sus ojos se encendían cuando el temor se apoderaba de quien lograra sostener su mirada. El terror y el temor ajeno lo subyugaba. Reía cuando el silencio se apoderaba del grupo. Imaginaba que sus orejas crecían puntiagudas. Que sus ojos cambiaban de color y que el rostro se invadía de arrugas profundas, marcadas, caprichosas, y el cabello se erizaba. Reía pensando que, dentro de su cuerpo, los gusanos crecían comiendo sus entrañas, destruyendo los sistemas perfectos, moviéndose, trepando por las arterias hasta las intimidades del cerebro despertando los centros de la malignidad y el desprecio.

Reía de ver los rostros temerosos de quienes asistían a sus mutaciones. Estaba feliz, Apolinario, sentíase cada vez más fuerte. Recordaba muchas veces el calor del vientre eviscerado del potrillo y los gritos de la secta que festejaban al elegido: Él.

— *¿Tú, Apolinario?-, pregunta la voz de la nada.*

— ¡Sí!, soy el que hará de ti el príncipe entre los hombres y mujeres de este pueblo; el que llevará a tu paraíso un rebaño salvaje de almas sin destino. El que alimentará el fuego de tu casa; el que hará polvo las voluntades. El que hará temblar los cimientos de los templos cristianos; el que generará seguidores de tu maldad infinita -clamaba Apolinario.

— ¡Sí, soy yo!-, afirmaba Apolinario.

— *¿Te sientes preparado, Apolinario? ¿Piensas que te será fácil? -interrogaban las voces.*

ros de su sombra. Sin embargo, él había sido bendecido con la sangre de potrillo en forma especial y también colocado en el vientre eviscerado del animal aún caliente, como símbolo de entrega a esa secta a la cual quedaría ligado el resto de su vida. A pesar de esto, siendo mayor no fue, en el tiempo, un asiduo concurrente a otros actos satánicos. Los eludía, los evitaba, pero era obligado a concurrir y ayudar en las ceremonias.

Su cuerpo aún tenía el recuerdo del tibio calor del potrillo que su piel guardaba, y el secreto contacto de la sangre sagrada que lo bañaba, patinando su piel, hasta completar el charco de sangre coagulada.

Estaba imbuido de todos los defectos que podía tener un niño, para ser el exponente del «nunca serás»: Caprichoso, arbitrario, envidioso, rencoroso, despótico, y con un odio a la iglesia que le permitió muchas veces ser puesto como ejemplo. Siempre le hablaban del poder, las riquezas y las bondades de romper con las leyes.

— *¡Destruye, Apolinario, destruye! -coreaban las voces que sólo él escuchaba.*

— *No permitas que la humillación te lleve a la esclavitud. Lucha, Apolinario-, continuaban.*

— *Es tu mundo, Apolinario, ellos te esperan, ellos te obedecerán para siempre-, coreaban las voces.*

Soñaba con sombras y figuras deformes pero no sentía miedo. Pasaba noches enteras en un estado de conciencia relativa. El día se confundía con la noche. La luz con las sombras. Huraño y desconfiado, Apolinario aprendió a convivir en su propio mundo, rodeado de fantasías oscuras, retazos de historias de magos, hechiceros, brujos y prácticas esotéricas. Era un mundo de misteriosas tinieblas que despertaban incertidumbres.

El Dios de la secta satánica: Lucifer o Belcebú, sobrevolaba la tierra. Buscaba en Astarot y Asmodeo las semejanzas de Leviatán y Azazel, o como le quieran llamar. Quienes resistían esos nombres, preferían revivirlo en un 666 o dejar en los paredones escritos el 40.

Todos los integrantes de la secta habitaban esa ciudad, esa sociedad, esa cofradía secreta. Las prácticas y creencias satánicas de Aleister Crowley estaban presentes. No fue casualidad que fuese llamado por su propia madre como «la bestia». Era admirado e imitado en honor al maestro dueño de la noche y las tinieblas.

Apolinario acostumbraba a mantener acopios de tierra negra mezclando el alfaque con restos de animales, telas y huesos colocados prolijamente ocultos bajo elástico de su cama; en su punta: la imagen del señor de los infiernos. Su Guía.

En las noches de luna llena, las mujeres de la secta salían en estado hipnótico, sólo cubiertas por un tul blanco largo, corriendo por las calles desérticas, cruzando baldíos aislados y campos abiertos iluminados por la luna. Corren, bailan, dejan que sus cuerpos liberen sus formas y les permiten recibir las caricias de la luna, que las suma como un capullo delicado. Son libres y siguen mezcladas en una danza con sombras negras, que se resisten a perder ese momento de magia hasta el amanecer, haciendo gala del criterio satánico.

«Ser amable con quien lo merece, en lugar del amor gastado en los ingratos.»

Las sombras sin rostros desparramaban sus figuras perdiendo alafía en medio del silencio. La pregunta indiscreta, siempre presente, prefería encontrar el pedido de Odiseo a su amada Penélope.

— *Hazme otras preguntas y no te empeñes en averiguar mi linaje, ni mi patria. No sea que con la memoria, acrecientes los pesares de mi corazón, pues he sido muy desgraciado.*

¿Quién desea desenterrar los misterios pasados? El carnicero de Milwaukee: Jeffery Dahmerel, que convivía con sus propias víctimas fraccionadas y se alimentaba de sus cerebros, porque así les sacaba el alma. O aquellos legendarios del clan Beane, en las cavernas de Glasgow, con sus hijos antropófagos, que perdieron sus vidas buscando la piedra filosofal. ¿O quieren acompañar los ba-

ños de inmersión de Erzsebet Báthory?, con la sangre de sus víctimas para encontrar la perpetuidad y belleza eterna.

— *Tiene razón Odiseo, “hazme otras preguntas, para que tu alma no sea atormentada”—, corean las voces.*

Apolinario fue creciendo entre ritos y ceremonias. Pocas cosas lo asustaban; entre ellas: la miseria, la postergación, el abandono y la falta de elementos necesarios en su vida. Odiaba. ¿Por qué no odiar a mis enemigos?, se preguntó, si nuestra Biblia Satánica dice casualmente eso: «Odiar a los enemigos. Nunca amar al enemigo».

— Si no lo haces, tendrás como consecuencia la creación de una dependencia absurda con el enemigo -le enseñaba Tiburcio-. Los enemigos, Apolinario, serán siempre la espada traicionera. Aquellos que se acerquen buscando tu confianza, serán los primeros en traicionarte. No pudieron vencerte de frente, te matarán en tu mismo lado—, sentenció.

— *No te confíes, Apolinario, estás solo en este camino, nosotras te llevaremos la luz—, corean las voces a las cuales Apolinario ya las hacía suyas.*

Hablaba con ellas; discutía con ellas, dejaba que sus contradicciones las enfrentaran. Pero al final, siempre escuchaba atentamente sus consejos.

Apolinario mantuvo el odio y el resentimiento en forma permanente. Fue su característica. Abandonó la escuela por problemas de convivencia y conducta. Apolinario sufría de asma bronquial y disentería. Esta última en forma crónica, con crisis inevitables y desagradables consecuencias. Su permanencia en lugares cerrados o lejanos a los baños eran su pesadilla. Nunca llegaba a tiempo. Eso lo aislaba del resto de los jóvenes, que no dudaban en burlarse y humillarlo. No hubo magia negra, ni blanca, que limitara su afección. El agua que tomaba no era potable. La comida, su comida, eran restos que solía encontrar en los basurales o donaciones de algún res-

puestas en boca de cada fusil. El cielo plumizo. Como el cielo de toda batalla cuando se enfrentan los soldados y los ejércitos, en búsqueda de gloria y triunfo. Los rostros de cada soldado están rígidos. Duros. Con rictus de bronca, como si estuviesen buscando enemigos que todavía no pueden encontrar. Rostros de guerra. Así lo denominan sus superiores, describiendo el perfil del soldado que desfila y se muestra generosamente al civil, que admira el paso de la tropa.

La loca Inés iba atrás de todos. Mirando el cielo sin ojos que pudieran definir la forma de las nubes blancas y espesas cubriendo el azul intenso. Mutaciones de figuras cambiantes similares a cadáveres silenciosos en campos de batalla, donde perdieron la memoria todos aquellos que nunca desearon verla. Allí estaba la loca Inés. Llamada así porque no ser calco de nadie. Se encadenaba al desfile a cuatro pasos del último soldado. Bailaba con sus carnes flojas, colgantes, flácidas en zonas y opacas en otras, en un baile flatulento, con música propia. Jonás, el niño solitario sentado en el borde del monumento, miraba distraídamente el paso majestuoso de los soldados. Dibujaba uniformes, armas, tambores y clarinetes. Cuando descubre a esa mujer bailando con tanta delicadeza junto a sus perros amaestrados, siente una imperdonable nostalgia. Lo invade la furia del arte. Toma sus cartulinas y comienza a dibujar apresuradamente a esa mujer y también a sus perros. Pudo captar en pocos segundos toda la belleza de una mujer ajada por el tiempo y descubrir en cada perro, una doncella dormida. Dibujaba a la loca Inés con tanta soltura, que no lo podía creer. El grafito se deslizaba mágicamente. Esa imagen había capturado su corazón; sus manos tomaban la agilidad de un pintor. Supo Jonás que esa mujer era algo importante en su vida y lograría descubrir sus ojos, capturándolos en su cartulina para siempre. Después, trata de arrebatarle sus movimientos. Movimientos de manos, piernas **asimétricas y las graciosas figuras flotantes — como sus pensamientos— escapando de su boca, con rui-**

amasaba pan, hacía tortas fritas, limpiaba el rancho, lavaba ropa con la tabla en el río y luego se iba trotando a cuidar las chivas en la montaña. Desde ese lugar, sentada en la piedra más grande, miraba el paisaje que permanecía intacto. Las vegas con aguas. Los mallines verdes y húmedos con decenas de teros que consultan direcciones confusas de sus nidos; las avutardas tomando el descanso del vuelo. Los peces trepando corrientes en silencio sin poder esconderse de la transparente y mágica agua del deshielo.

—Son los colores del arco iris —dice la médica antes de que alguien le pregunte y repite una y otra vez—: ¿Si no los llevo yo... quién más?

La mujer curandera guarda sus pertenencias en una bolsa tejida y desteñida. En ella lleva una tijera, una palangana de porcelana blanca, dos vasos antiguos con bordes dorados y piolines que ella misma fabrica. Finalmente termina guardando un pequeño latiguillo de cuero desflecado en su punta.

—Sirve para despertar a los niños que no obedecen —explica y advierte—, hay que saber pegar. ¡No es un látigo de castigo... es de pura vida! Después no deben preocuparse hasta el otro día —termina diciendo y se pierde en la noche.

Va por el sendero y su perro negro y flaco, con la lengua colgando, trota delante de ella y marca el camino por si acaso esté olvidado. El mismo sendero donde Encarnación, en la mañana, encontró dos piedras blancas que levantó en silencio. Estaban frescas. Cerró el puño y pensó: “Cuando abra el puño..., serán dos mariposas”. Y luego, levantándose, las tiró al vacío. Dos hermosas mariposas escaparon y comenzaron a rodearla. Correteó por el verde llamándolas; ellas le seguían aleteando muy cerca de su rostro. Toda esa mañana fue festejo y juego. Al mediodía, ella tomó las dos mariposas en sus manos y despidiéndose las tiró al arroyo. Al tocar el agua se transformaron en dos piedras blancas que buscaron rápida-

mente el fondo del río, asentándose suavemente sobre el lecho de arena.

—Serán regalo para Juan de Dios. Mañana nos vemos —exclamó exultante desde el patio la anciana y regresó para despedirse del niño.

El Angelito y Jonás habían estado juntos unos días antes, Jonás corría perseguido por el Angelito en vida, a orilla del arroyo. Ellos tenían un lenguaje propio. Vivían un mundo hecho a su tamaño y a sus deseos, envueltos en sueños de fantasías propias de su edad. Jonás tenía una risa contagiosa, viva, alegre. En ese entonces el Angelito estaba en el final de sus días por una enfermedad cargada en su espalda y tenía en su alforja una impecable ropa nueva. La misma con que el Angelito muerto estaba vestido. Las medias de lana de chivo estaban sin estrenar, “para que cuando vaya al cielo no tenga el frío de las nubes”, pensaba resignado.

Juan acomodó el sombrero entre sus manos y tomó una de las sillas apoyadas contra la pared desnuda. Estaba triste por la partida de su pequeño amigo. Midió el facón filoso que portaba en su espalda, cruzando el cinto de cuero trabajado. Midió la distancia entre él y los dolientes y comenzó a contarles los últimos días del Angelito.

—Para tener solo doce años, era buen baquiano. Montaba a caballo con soltura y arriaba el piño cada veraneada imitando a su finado padre. Por mentas sabía de sus andanzas. Siempre me llamó la atención que en las palmas de sus dos manos tenía luces verdes brillantes que destellaban rayos de colores cuando las ponía de cara a la luna. Manos pequeñas con luces grandes. Son las luces del pensar. —Reflexionó serio y continuó; yo lo esperaba siempre sentado en esa piedra a orillas de las brasas, casi en el rescoldo. Días atrás, mientras fumaba en silencio; el niño mirando las brasas afirmó: “Cuando deje de pensar será mi muerte, pues se apagarán y me quedará sin luces”. Yo pensé que para eso faltaba mucho, pero me equivoqué.

Cinco

“Yo que la cuento, ignoro su camino y su semblante de soles quemado, no sé si la sombrean pino o cedro, ni en que lengua ella.... mienta a los extraños”

GABRIELA MISTRAL

Está desnuda y baila, acompañada por una banda típica de instrumental musical que severamente marca cada uno de los pasos marciales de soldados, castigando sus tacos sobre el asfalto sereno y frío de la mañana. Cientos de uniformados festejan el día patrio, luciendo uniformes de gala ornamentados con medallas color oro y condecoraciones vaya a saber el porqué. Las hebillas con arneses de cuero y metal posibilitan que cuelguen las cartucheras con balas de plata, brillando cada vez que el rayo del sol acaricia esas superficies metálicas. Cada cartuchera muestra las puntas de plomos pulidos, metálicos como espejos. La banda musical tiene todos los instrumentos necesarios para llevar adelante himnos, capaces de conmover a cualquier espectador. Los inmensos tambores retumban en contundentes ruidos de truenos, almacenados en espacios cerrados de madera y cuero estirado. Los clarinetes llegan a tal velocidad con sus sonidos, que espantan los pocos pájaros que aún están atentos en las ramas de árboles, custodiando las calles colmadas de gente y curiosos. Las armas flotan en esas compactas columnas de severos rostros, con bayonetas

Los pájaros limpiaban cuidadosamente sus plumas mojadas, despulgando su escozor, felices de estar mojados y acompañando al danzarín sobrevolando su cabeza.

Apolinario se detenía mirando atentamente las mariposas multicolores. Qué perfección en sus líneas, pensaba; admiraba los trazos de colores que serpenteaban las alas transparentes. Se daba cuenta de que nunca había admirado ese mágico mundo de la pequeña naturaleza.

— *La que nunca vemos. La que siempre ignoramos, Apolinario. La que siempre está, coreaban sus voces.*

Las palomas que descansaban en los vértices del techo jugueteaban, dejando caer una que otra pluma

Juan levantó la pava, cargó un mate y fue sirviendo uno a uno siguiendo la rueda..

—Desde que nació fue distinto —dijo secamente una tía, interrumpiendo el monólogo de Juan—. En el mismo alumbramiento, él salió tironeando el cordón.

—¿Como si fuera una soga? —preguntó Juan.

—Como una soga —ratificó la tía. Y agregó—: Como era plena madrugada de luna llena, al atrapar con sus manos las primeras luces de la luna, se quemó las palmas, justo al medio —dijo, mirándose las suyas—. Allí supe que sólo viviría doce lunas llenas del mes de abril.

—Era su destino —agregó resignado Juan.

Una de las lloronas, cansada de tanta lágrima, salió de las sombras y pidió un mate.

—¡Hace calor en el rincón! —Comentó, tomando el mate a sorbos—. Si me permite, madre...

—Usted dirá, comadre.

—Hay un llanto lastimoso que me enseñaron cerca de Chile, que le gustaría —dijo la tía, mirándola—. Le gustaría al Angelito —aseguró la llorona, tomando su tercer mate y regresando a la esquina oscura.

Fue allí, con ese grito seco y helado, cuando el Angelito se movió. Silencio. Se movió. Más silencio. Apareció una luz muy blanca. Bajaba del travesaño del techo buscando pacientemente hendiduras en el carrizo. Detectada la figura del Angelito, lentamente lo envolvía, aprovechando el último movimiento que el niño realizó, cuando se sumó al llanto desgarrador de la llorona asustada no por la muerte, sino por la vida del muerto.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó Juan—, que el Angelito está por partir.

Un niño encendido de luz fue desprendiéndose del niño muerto. Sonríe mientras se eleva hacia el techo. Todos los presentes han hecho un ruedo bien compacto a su alrededor.

—Pa' que el alma no se escape por los lados —sentenció y escupió tabaco masticado el más viejo—; no queremos que luego ande en pena.

Todos los presentes estaban inmóviles, admirando el desprendimiento del Angelito cada vez más cerca de la precaria chimenea, despidiéndose con gestos. En pocos minutos su figura fue filtrando por en las hendiduras encendiendo las puntas de los carrizos y desprendiendo pequeñas estrellas de fuego que caían sobre el cuerpo del niño muerto. Encarnación asustada se había prendido de las manos de Juan de Dios.

—¡Son las estrellas de las cenizas! —dijo Juan siempre atento.

La escasa luz del candil dejó en penumbras la habitación. Los presentes y ausentes invisibles fueron invitados a pasar a la parrilla.

—El asado del Angelito no puede esperar —dijo una mujer mostrando la puerta para que todos dejasen en soledad el cuerpo inmóvil del niño.

—¡Ahora sí que se nos fue! —dijo Juan, poniéndose el sombrero y retirándose.

Encarnación asintió y una nube de ternura envolvió su corazón.

—Se nos fue, ¡gracias al Señor! —dijo su tía mientras buscaba un pequeño paquete que esperaba encima de la mesa de madera rústica de álamo. Presurosa tomó el bulto atado con tientos y yendo tras Juan, lo llamó compungida—: ¡Juan! Este paquete era del Angelito... Eran sus “cositas”. ¡Creo que le hubiese gustado que se las llevara. Al menos esos fueron sus últimos deseos!

Juan alargó el brazo derecho y atrapó el paquete de tela vieja y tientos mal cruzados. Sin abrirlo, conocía su contenido y destino. El niño le había comentado, no hacía mucho en la veranada, que si algo le pasaba, su familia le entregaría un pequeño paquete donde él había guardado celosamente treinta y siete papeles con anotaciones de puño y letra. “Son historias escritas por el viento mientras cuido los chivos. Cada una de ellas tiene un

Admiraba Apolinario la inmortalidad del vampiro y su total impunidad. Sabía que él no lo era, porque su imagen estaba siempre reflejada en el espejo. Pero tenía coincidencias importantes con la personalidad del vampiro. Se identificaba absolutamente con ellos.

Siempre tomó muy en serio las leyendas de vampiros e investigaba los cuellos de los hombres y mujeres, esperando encontrar los heridas sangrantes del colmillo incrustado en la noche. Nadie podría clavarle la estaca traicionera; tampoco el filo de la espada en su cuello. Él pertenecía a la carpa del demonio. Un relámpago anunció: “traigo la lluvia”.

Las tormentas alimentaban su paranoia. Las gotas de lluvia ornamentaron su figura, ahora desteñida a la distancia, desdibujada en el camino de regreso a su habitación. Apolinario, sin darse cuenta, comenzó a bailar; moviendo sus brazos, elevando la cabeza al infinito mientras el agua de lluvia caía en su rostro haciendo brillar su imaginación. Era la danza del conejo.

Apolinario danzaba con inocencia; con una alegría que desbordaba su rencor, moviendo sus manos con delicados gestos, que la luz del relámpago fotografiaba siempre en una figura mágica nueva.

—¡Llueve, Apolinario, llueve!-, dicen las voces.

— *Te mojas con esa agua bendita de nubes que no te pertenecen. Debes cuidarte de no contagiarte de los misterios del cielo. Pertenece, de por vida, al infierno -susurran las voces secretas en coro.*

— *No puedes esquivar el futuro, menos aún desconocer tu pasado-, delectreaban.*

— ¡Eh, Apolinario! Has podido hablar con los entierros. Has destapado las tumbas; has maldecido a quien te contestó tus dudas, me siento orgulloso de ti -grita Tiburcio sentado en la galería de una casa invisible, flotando, justo a su frente-. ¡Ahora llevas esas mariposas pegadas a tu cuerpo! ¿Sabes qué significan? -preguntaba-. ¡El triunfo, Apolinario!, has esclavizado la belleza, ahora ve por sus almas -ordenaba Tiburcio.

ba: ¿cómo es que no caían? Levantó su mano derecha y la extendió al vacío dejándola suspendida. En pocos minutos, decenas de ellas quedaron descansando sin importarles si incomodaban al viajero.

—¡Y bueno!, si quieren venir, que vengan y las llevó pegadas al cuerpo.

Siguió el camino en la oscuridad, caminando sin ver el sendero, pensando que si ya tenía la herramienta, dedicaría su vida a trazar las estrategias necesarias para lograr el objetivo. Lo tenía claro: política y poder; ahora, dependería únicamente de sus habilidades. Se sentía reconfortado; sus angustias e incertidumbres habían dejado de martirizarlo. El anciano le había legado un mandato: alejarse temporalmente de la Hermandad.

Pero Apolinario ya tenía incorporado en su cuerpo y su alma las ceremonias y sus ritos.

La lectura permanente de la Biblia Satánica de Anton Szavdor La Vey, le había dejado secuelas definitivas; sin embargo, las relaciones con el resto de componentes de la cofradía no atravesaban su mejor momento. Apolinario había incursionado en el vampirismo, fundamentalmente con Bram Stoker y su libro clásico: Drácula; Dom Agustín Calmet con Vampiros de Hungría; Polidori: Vampiro; Carter Scott: Orgasmos de Sangre. Estaba siguiendo el caso más contemporáneo: el vampiro Peter Kuten, de Alemania, llamado el vampiro de Dusseldorff, que violaba a su madre, hermanas y animales domésticos, de los cuales chupaba su sangre tratando de emular a Jack el destripador. O el de John Haig, que desde el coro de la iglesia contemplaba horas enteras al Cristo que murió en la cruz sangrando. Desde ese día lo obsesionó la sangre; lamía los Cristos, tomaba la sangre de animales que sacrificaba en los bosques, estaqueados vivos. Y Jeffrey Dahmer, que dedicaba su vida a descuartizar cadáveres, seleccionar los restos que él apetecía para su canibalismo y luego colocar las cabezas de sus víctimas en su heladera. Eran sus trofeos.

futuro. Treinta y seis papeles son suyos Juan. Uno solo será para Jonás”, había dicho el niño.

Juan miró sin decir palabra, pensando en cómo el viento había podido dejar caer esas letras en un pedazo de papel sucio y desteñido. No se atrevió a preguntar por Jonás. No lo conocía. “Las historias escritas por el viento tienen una ventaja. Van más rápido que las palabras y se pueden escuchar antes de leerlas”, pensó Juan. Conocía algo de estas cosas pero nunca supuso que ese niño le entregaría sus escritos. Sentíase orgulloso de ser depositario de tamaña herencia. Buscaría a Jonás. “La mejor herencia son letras escritas en palabras silenciosas”, dijo para sí reconfortado.

Juan tomó las riendas de su caballo y trepó ágilmente. Inició el camino de regreso a su rancho, perdido en el valle solitario del río Rauihuecó, donde los teros son dueños de la mitad de las tierras y la otra mitad de los peces que suben incansables corrientes en cientos de brazos de agua. Algunos mallines limitados por el agua cristalina del río permiten que pájaros y avutardas puedan reposar con tanta alegría que sus trinos lanzados al aire atrapan las luces que el Angelito manda, vaya a saber uno desde qué distancia.

“¡Hay gente que llora la muerte!”, piensa ahora en voz alta Juan en el imponente silencio del valle. Mira el horizonte y puede entonces ver encima de cada piedra, de cada rama, de cada orilla, al mismo Angelito que lo saluda con alegría retozona, como solía hacerlo entre la corriente del río y los charcos de mallines encerrados.

—¡Sí, ya sé...! ¡Cuidaré tus letras del viento y llevaré una de ellas a Jonás! —Dice Juan al fantasma del niño— Y alguna vez, se las daré a ese chico, para que pueda leerla; porque yo... ni la letra distingo —confiesa.

Juan de Dios quedó satisfecho al despedir el fantasma del pequeño amigo. Llevó su herencia encerrada en sus bolsillos, bien pegado a su pierna. Para que nadie le meta mano. Comió asado y bebió solo tinto, porque siempre repite que cada hombre tiene sus costumbres y que ni al

diablo le permitía cambiarlo. En la madrugada, con el cielo abriendo al color del día, Juan de Dios montó su caballo parado en el corral. Lo había esperado comiendo alfalfa y avena tal como el difunto Angelito quería. Partió al poblado dejando que el animal encontrase el camino, mientras se le cerraban los ojos de cansancio y borrachera digna. Llegó a su casa en esa soledad que pocos conocen. Recordó entonces, cuando se encontraban con Inés, quien lo esperaba con unos mates calientes y tortas al rescoldo. Buena había sido Inés. Y más bueno Juan de Dios con ella. Los dos sabían de la soledad y más de una vez se habían enredado en el catre de Juan buscando sentir el roce de piel con piel entre cueros de lana de chivos. Inés se había dormido sola con sus perros y tan segura de encontrarlo en la cama que se había dormido sin los calzones, pensando que tal vez, en medio de la noche Juan de Dios llegara entonado de amor. Esperaba también llevarlo al día siguiente bien temprano al desfile patrio, en un pueblo con buena música de banda uniformada. Juan de Dios dejó que sus ojos humedecieran el recuerdo. Tomó el mate y con la cordialidad y el respeto que sus años dan le dijo, mientras se retiraba a su cama rellena de lana caliente:

—Va a tener que ir sola, comadre; porque yo no sé si me quedo dormido antes de terminar de hablarle.

Inés se fue con sus perros. Antes de dormirse, Juan de Dios pensó cómo encontraría a ese chico llamado Jonás y hurgando el paquete del Angelito extrajo la carta:

Mi querido amigo Jonás: si recibes esta carta, es porque ya no podremos vernos ni jugar más. Mi amigo Juan te entregará en mano mis últimas palabras de agradecimiento por haberme brindado tanta amistad. Con solo doce años me toca despedirme, cuando lo que debería hacer es anunciar mi llegada. Pero bueno, la enfermedad me lleva. Te dejo bajo las piedras de la veranada mi gomera y mi gorra que me pediste te regalara. Es mi fortuna, ahora es tuya, amigo. Cuida de Juan.

potencia. Encontrar el lugar y su forma de ejercerlo. De nada vale un poder sin el dolor ajeno. Debes aprender a gozar las desgracias de la gente que te sigue. Someterlos a la intriga, la duda, la indiferencia y el desprecio. Hacer de ellos los seres más miserables del universo. Lograr que se odien entre sí. Y te odien y respeten a la vez. Sin odios no hay poder, muchacho. El poder es el vicio más adictivo y codiciado. La crueldad debe ser tu hábito, pero una advertencia: debes alejarte de la secta temporalmente -sentenció el anciano, y nuevamente lanzó su carcajada de ultratumba. Temblaron las lápidas. Cayeron las flores mientras continuaba:

— “El Poder” -repetía, entre risa de catacumbas-; el poder lo tienes, imbécil mortal – vociferaba-. ¡Lo tienes, imbécil mortal! -repitió más fuerte-. ¡Has nacido con él!, ¿y no lo sabes?, ja ja ja.

El anciano se burlaba de Apolinario.

Humillado, Apolinario trazó una cruz sobre la tierra con furia. La imagen del anciano fue desapareciendo lentamente en un suave rumor de risas.

—¡Regresa a tu nido maldito! ¡Que los gusanos te quiten la carne que te queda! -sentenciaba Apolinario, encolerizado. Ya no lo necesitaba; sentía un profundo desprecio. Se disponía a marcharse, no sin antes patear la tierra de la tumba y esa lápida que trataría de olvidar.

—La política será mi herramienta- pensaba mientras cerraba la reja vieja y herrumbrada. Sería, entonces, una lucha total.

—¡Ah!, si al menos me iluminara Quirino. A él sí le sobraba solercia –pensó.

Apolinario regresó en la madrugada. Durante su camino notaba que cientos de alevillas homenajeaban su tristeza danzando y, muchas veces, asentándose en su cabeza o sus hombros.

—¿Seré el hombre de las mariposas?- pensaba mientras decenas de mariposas lo seguían.

Sentía curiosidad por esta actitud que nunca habían tenido antes; movían sus alas con lentitud. Se pregunta-

-Sí -contestó mecánicamente el anciano cerrando su boca.

—¿Para qué me llamas, muchacho?-, dijo el anciano con voz de ultratumba mientras se sacudía el follaje de todos los árboles del cementerio y las piedras chocaban contra las lápidas-. ¡No te conozco! -y lanzó una carcajada que estremeció los sepulcros-. ¿Como conocerte, estúpido mortal, si tú me llamas desde mi propia tumba? -maldijo el anciano repitiendo su grotesca carcajada.

Apolinario, lejos de asombrarse, contuvo su odio al desprecio del finado, y con palabras firmes y simples procedió a explicarle: que así como lo había llamado y sacado de su tumba lo podría enviar nuevamente a ella; o, peor aún, enviarlo a tumbas colectivas como venganza. Los muertos no aceptan compartir féretros, piensan que es mala suerte. Se estremeció el anciano; vacilaba, la sonrisa se borró y un gesto adusto se incorporó.

—¿Qué quieres de mí? -preguntó-. ¡Has roto mi secreto! Has traído mi alma al mundo del cual ya me olvidé. Soy un viejo que necesita descanso, no martirio. No tuve un responso. ¿Me comprendes?-, dijo temeroso.

Apolinario supo entonces que podía manejarlo, el orgullo perverso del viejo había capitulado. Era el momento para la pregunta.

—Quiero que me digas cómo llegar al poder. ¿Cuáles son los caminos?, sólo eso y te daré el descanso que me pides.

—¿El poder?-, repitió el anciano.

—¡El poder!-, asintió con una carcajada que invadió la noche.

—En realidad, muchacho, el poder nació contigo. Necesitas alimentarlo, modelarlo a las ambiciones ajenas, reafirmarlo en cada instante sin contemplación alguna, sin límite, sin remordimientos El poder requiere que el hombre sea despiadado para siempre. Debes encontrar las herramientas en la “política”. ¿Sabes qué es esto? Especular con la necesidad de la gente, sus defectos, sus secretos, su miseria. Debes venerar el desprecio y la omni-

Juan trató de leer, le costaba. Solo pudo pronunciar la palabra amigo. El sueño lo invadió. La carta se soltó de su mano y viajó suavemente al suelo en un vuelo silencioso. Viaja en silencio a un ritmo distinto a los mensajes rutinarios, porque las palabras no pesan a pesar de estar cargadas de sentimientos. Juan sabe, a pesar de que no quiso aprender a leer y escribir, porque siempre sostuvo que si escribía, su mente se secaría en el tiempo. “Y puede que tenga razón”, le había contestado muchas veces Encarnación. “El ejemplo más cercano lo tiene usted con Inés... la loca que a veces lo sigue como una perra”, le había dicho hacía dos días cuando se fue de su casa enojada, después de ver como Inés sacudía su cuerpo en el lecho de su amado Juan. Juan de Dios mantiene sus amantes a distancia y sostiene que si el hombre tiene dos brazos, dos piernas, dos ojos, dos riñones, dos corazones...; ¿por qué entonces... no dos o más mujeres? Es un solitario incomprendido.

—*“Exurgunt mortui et and veniuntu.”*

Levantó con su mano derecha la tierra de la superficie de la tumba y, en pocos segundos más, continuó rezando la plegaria:

—Potencias infernales: vosotras que traéis alarma a todo el universo, abandonad vuestras sombrías moradas e idos a reunir a otro mundo. Si tenéis bajo vuestro poder a este anciano, en que me intereso, os conjuro en nombre del rey de los reyes, para que lo hagáis aparecer ahora.

Luego, en voz más alta y removiendo la tierra de la superficie de la tumba, Apolinario esparcía el polvo en el espacio y daba la orden final:

—Aquel que no es más que polvo, que se levante de su tumba, que salga de su ceniza y que responda a las advertencias que voy hacer en nombre del padre de todos los hombres—, finalizó.

Apolinario se tiró boca abajo abrazando la tumba, empujando su cuerpo en la tierra, y llamó por su nombre al anciano tres veces; finalmente exclamó hacia la misma la tierra:

—*Ego sum, te peto et videre quoero.*

En ese instante, el anciano aparecía sentado encima de su propia lápida, mirando al muchacho tirado sobre su tumba. Sonrió; tenía tiempo para contemplarlo. El apuro no se justificaba. Si tantos años estuvo bajo tierra, ¿por qué no esperar ahora?

Apolinario calculó que su plegaria había tenido el tiempo suficiente para lograr el efecto esperado. Levantó su cabeza lentamente, mirando la lápida del anciano. Dos piernas colgaban desde el borde superior. Flacas, delgadas, pálidas, inmóviles, cadavéricas, inertes. Levantó más su cabeza hasta ver al anciano nítidamente. No se asustó; lo encontró ridículamente vivo. Le llamó la atención su risa burlona, despectiva, harta de encierro. Lentamente se sentó sacudiendo su ropa llena de polvo.

—¿Exurgunt mortui et and veniunto?— repitió en voz baja mirando los ojos profundos del anciano.

La pirca rodea el cementerio, como un cinturón de protección que alquila para descanso las tumbas, las lápidas, los nichos y panteones solitarios, desteñidos, fríos, condenados para siempre a estar en ese lugar público, en esa posición, en esas formas, mirando y viviendo la eternidad, que se pierde en un horizonte repetido, calcado, permanente. Los portones de acero y la muralla de rejas retorcidas siguen custodiando su entrada.

Abrió la vieja reja y crujieron las bisagras. Entraba en ese mundo silencioso de los muertos, donde las palabras viajan sin formas, perdidas en los senderos desiertos, en un cuadro de abandono, con escasas flores colocadas para el homenaje a un innominado sobre sus mármoles.

Sintió Apolinario la brisa seca en su rostro mientras examinaba el campo sembrado de lápidas colocadas en hileras caprichosas. Observó que, casi todas, tenían leyendas de una despedida temporal con la seguridad de ofrecer, en el más allá, el encuentro deseado huérfano de futuro.

-Son los lechos de los mortales vencidos, Apolinario, son los hombres que han caído bañados en lágrimas ajenas. Mira sus rostros, Apolinario, mira sus lápidas abandonadas, mira esas flores secas esparcidas en la tierra. Lee sus leyendas y verás qué rápido olvidan sus promesas. *Los han dejado cubiertos por un manto de tierra seca -corean las voces.*

Pocas sostenían en su cara anterior la imagen del finado, hasta que Apolinario encuentra el rostro de un anciano de mirada maligna. El epitafio se reducía a certificar su fecha de nacimiento y su muerte. Nada parecía haber acontecido entre esas fechas. ¿Cien años?. Sí, cien años habían pasado de su desaparición.

—¡Este será! -dijo en voz alta, parándose al frente de la foto incrustada en el mármol desteñado.

Clavó su rodilla en la mitad de la tumba; volvió sus ojos al oriente y luego, en voz alta, leyó las primeras palabras:

“La demagogia esencial del demagogo está dentro de su mente, y radica en su irresponsabilidad ante las ideas mismas que maneja. La demagogia es una forma de degeneración intelectual.”

Ortega y Gasset

Apolinario había decidido, de joven, entrar en el mundo de los muertos. Cansado de la injusticia de los vivos buscó a su padrino de ceremonias: Tiburcio. Y le propuso que le enseñara los secretos para hablar con los muertos; para comunicarse con los hombres de las profundidades, con los hombres encerrados en los cajones de la oscuridad.

Pretendía encontrar en ellos las respuestas a sus intrigas del más allá, de esos lugares con resquicios invisibles, desconocidos por los mortales. Llevó y entregó a Tiburcio lo que había escrito esa noche desvelada. Esa misma noche había soñado que esta escena se producía. Estaba excitado, deseoso de encontrar su destino, también de lograr los objetivos propuestos: ser el líder de esa enorme masa de hombres y mujeres que permanecían subyugados por sus mensajes. Entregó sus escritos. Pero primero los leyó:

“Sr. Tiburcio, soñador de alquimias y fantasías, mago de letras y palabras sin unir, deja que cada una caiga para que me encuentren, sin pensar, y formen palabras sin sonidos, sin estilo, palabras de regresos, de llegada a mis preguntas. Tú, que eres sabio, rompe ese manojo de raíces que envuelven el ataúd del intelecto y deja que el agua lave la tierra, al igual que tus ideas. Atrapa la mejor figura del recuerdo en el mismo espacio que te rodea, en la tierra, en el aire que te cubre, y deja luego, tenga vida. No trates de someterla. Sacúdela suavemente, para que se libere y deshoje esa flor en pétalos que necesito, y que caigan en el mar sin levantar espuma, viajando sin rumbo al fondo, o al final de un abismo que no puedo ver. Acudan, con magia de estrellas que flotan en racimo de millones de luces tiradas al vacío, para buscar la repuesta deseada.”

-Maestro, quiero entrar al terreno de la oscuridad -sostuvo Apolinario-. Aparte de este pedido, Tiburcio, ¿no crees que estoy listo para iniciarme en el camino de la omnipotencia? ¿Cuanto tiempo más, Tiburcio, estaré en una espera sin fecha? ¿Cuántos espacios vacíos vas a dejar de cubrir con tu gente que como yo te admira y te sigue? No, Tiburcio, desde aquella ceremonia que marcó mi vida, me he preparado para dar el paso final. Que no seas tú el que me impida conocer mi destino Tiburcio. Estoy buscando esa suerte, como un pescador en profundidades de aguas invisibles, sin cristales transparentes en las turbulencias de líquidos estancados, fétidos, cubiertos de una capa verdosa de basura licuada -le ruega-. No puedo esperar que mi cuerpo se disuelva, que se vaya desintegrando lentamente, que las carnes caigan, dejando los huesos delgados ante el retozo de los gusanos. No, Tiburcio, estoy listo para este desafío, me he preparado lo suficiente como para saber cuál es el momento adecuado -finalizó.

—¡Lo haces tan fácil, Apolinario! ¿Tú te crees listo? ¿Sabes cuántos siglos han pasado para consolidar nuestra

hermandad?; ¿o crees que esto es una casualidad? Hemos sido perseguidos en el siglo VIII; Carlomagno ordenaba nuestras muertes pretendiendo que con ello se eliminarían fenómenos inexplicables, evitando que cayeran sus fieles al cielo de Satán; primero culparon al demonio documentado en el Concilio de Ancyra. Esto en el siglo IV, luego nos enviaron los inquisidores para perseguirnos, matarnos y exterminarnos. Como no pudieron, entraron a la caza de brujas con el Papa Inocencio: por ser inmorales, pecaminosos y asesinos. Hay un largo camino, Apolinario, para acusarnos bastaba sólo la sospecha; luego, las confesiones bajo tortura. Nos acusaban de matar niños y hacer pócimas con ellos, comer su carne, beber su sangre y hasta tratos carnales con el diablo, ¿comprendes, Apolinario? -decía Tiburcio-. Sin embargo debo admitir que has sido uno de los fieles seguidores de Lucifer-, terminó.

Dejó de hablar; entró en un silencio absoluto. Era su padrino. Tiburcio pensó la propuesta, leyó el papel, le impactó esa agresividad innata; ese desprecio, esa ironía maldita. Pensó que estaba maduro para esa empresa y, luego de darle algunas indicaciones, no de muy buena gana le entregó las palabras mágicas que debería usar para entablar su primera relación con los muertos en busca de su destino.

—Eso sí -afirmó-, ¡destruye el papel, Apolinario, cuando esté concluido el acto! Nadie puede leerlo. Es parte de los secretos del señor. Ve con estos misterios que te entrego -dijo Tiburcio, pensando que mezclaba la desconfianza con el orgullo. Vaya a saber.

Fue Apolinario al cementerio de su pueblo, situado en el oeste, a seis kilómetros de la zona urbana, rodeado de selva. Los cementerios son el reflejo de sus pueblos, su retrato, y, a veces, su futuro. Estaba ubicado en un descampado semiabandonado, acorralado por una pirca de piedras amontonadas, simulando una pared sólida visitada sólo por lagartijas desconfiadas, que entraban y salían de entre las piedras, buscando refugio.

donar sus tallos entre las piedras lavadas, que esconden sonidos de aves negras que se posan para mirar al borracho pestilente. Son las mismas que esperan en las laderas del fondo rocoso, lamido por el mar espumoso, rugiente y fresco. Es el lecho transparente donde habitan los músicos de los violines; bajistas y pianistas que no respiran ni se mojan porque son imágenes mágicas de música que flota.

—Tara rara tara tari rara-, tararea Apolinario derrumbado boca abajo, abrazando las baldosas humedecidas por sus brebajes y excretas.

—Tarari ta ra rá- seguía, mientras luchaba para atrapar los peces que imagina deambulan en el fondo de las baldosas pero se niegan a abandonar las profundidades. ¿Pescar, Apolinario?, ¿allí? No puede Apolinario porque lo vencen los sueños que lo llevan hasta el mismo infierno donde se refugia su alma. Sentía el placer de convivir con sus pares, con los hombres del mal, con criaturas monstruosas y deformes que asustan y agreden entre las sombras negras del misterio y las llamas incandescentes del fuego. Estaba poseído Apolinario de crueldad, gozaba con ella. Nutre su espíritu.

Su espejo había quedado en una soledad cargado de tristeza. Apenas se veía en su base la decadencia de un hombre.

dos sin entendimiento para nadie, ni palabras claras para ella o para quienes la veían y escuchaban. Solo Jonás entiende ese mensaje. Acaricia sus palabras disonantes y cálidas, persiguiendo el ritmo de tambores y redoblantes de la banda musical clavada como estatua frente al palco oficial bordeando el asfalto húmedo de la plaza recién regada. Cinco perros la acompañan festejando su alegría y ocurrencias parados en dos patas, o en una sola, en algún momento de saltos y tumbas carneras. Algunos gruñidos y ladridos de festejos, de sus mansos animales se suman a ruidos y movimientos del resto de la fiesta. A veces, saltan tan alto que llegan hasta la cara de Inés, lamiendo sus mejillas agradecidos por compartir música y fiesta. Cuidan sí, que las uñas de sus patas no rocen la delicada y deshidratada piel de Inés. Ella tiene surcos y arrugas que los años dejan a la intemperie, para que la boca no mienta lo que el pensamiento cree. Inés continúa bailando con endiablada lucidez, en el desorden de la calle. Ante aplausos y abucheos, y también, algunos aislados insultos que no responde porque patinan por su piel. Jonás deleitado admira a la mujer, y la dibuja sin ver, con una memoria desconocida, aparecida súbitamente. Quiere aplaudir, besarla, decirle que la quiere, que la admira. Decirle que por primera vez siente un fuego en su corazón, y que sus manos se han transformado en mágicos instrumentos del arte. Jonás no escucha. Está terriblemente encantado. Los vecinos, en las orillas de las calles, la miran asombrados. Algunos con reproche, porque en definitiva opaca el desfile patrio que tanto trabajo dio para organizarlo meticulosamente. Ellos quieren que todos puedan sentirse orgullosos de las banderas y escarapelas que llevan en sus manos y que a veces agitan. Es la fecha en que los próceres aparecen. Esos días en que la obligación de la historia determina cuándo sacan de las tumbas los recuerdos para honrarlos y continuar su obra y ejemplo, aunque después los pisoteen en el tiempo. Son estatuas paseadas sin muestras de vida, incrustadas en estandartes bordados de fino hilo,

llenándolas de elogios, homenajes que en vida jamás hubiesen tenido intención de hacerlo; pero hoy, la historia los ha reinventado a fuerza de recordatorios. Porque los políticos, siempre quieren descubrir nuevas aptitudes que signifiquen luego una aprobación académica por haber incursionado en historias desconocidas para el resto, pero habilitadas para el sabio. Aquellos que realmente conocían la verdadera historia se retiran silenciosos y ofendidos, pateando baldosas rotas y desgastadas en veredas irregulares como el tiempo. Calles ocupadas por jóvenes y niños con enseñas patrias, peleándose por el primer puesto sobre la misma acera. La loca Inés escupe alaridos de vez en cuando, sobre todo, cuando recibe naranjas o algún proyectil elaborado previamente al desfile, porque todos saben que el último en desfilar será ella. Aquellos panes untados en mayonesas rancias y hediondas resbalan en su cuerpo dejando caminos de suciedad, con migas cayendo al compás de sus movimientos y contorsiones. Inés devuelve la agresión con miradas perforantes y profundas que llegan a las córneas de los burlones, que ante tanta fuerza, estallan en mil pedazos; quedando las órbitas lesionadas, sangrantes y hasta vacías, condenados a mantener en la retina la imagen de la loca Inés bailando, para que oculistas den luego su veredicto: haber perdido la vista por la desnudez salvaje de la loca Inés, que fuera vista, burlada, y admirada. Las miserias de aquella mujer al desfilar orgullosa emerge como su propio homenaje. Inés; muestra la realidad de su vida y no la angustia de tantos cuerpos ocultos por ropas a veces ajenas e incómodas. Sus perros lamen la punta de sus dedos cada vez que baja las manos buscando darle nuevo ritmo al baile y música propia a sonetos, que perdidos, huyen de esa multitud. Los desprecios los recoge guardándolos en sus axilas, amasándolas con movimientos de sus brazos para convertirlas luego, en aplausos, que sus perros agradecen. “¡Si viera Juan de Dios lo que yo veo!”, dice, mientras gesticula exultante.

Ríe Apolinario. Ríe a carcajadas, babeando saliva y vino con una espuma que cuelga en sus comisuras, mientras chorrea su camisa, que parece haber sido herida cuando el rojo del vino traza un esquivo camino sobre el género. Sus ojos están inyectados, rojos, brillantes, fulgurantes y desafiantes.

—¡Eh, hombre de la flor!, ridículo payaso - gritaba Apolinario amostazado-. ¡A ver, tira esos pétalos a mis pies!, para pisarlos, para quitarles el color-, afirmaba.

Y ríe cada vez más fuerte; gesticulando, mofándose de santos que no son de su pertenencia. Son de la dueña de esa pocilga que alquila. Había soñado tantas veces esos brindis, que los disfrutaba diariamente hasta que la borrachera poseía cada centímetro de su cuerpo, para que las figuras sin rostro aplaudieran sus ocurrencias hasta que sus esfínteres se relajaban de tanto reír y burlarse de sí mismo, dejando que sus excretas durmieran a su lado, invadidas de moscas que acudían al festín pudriendo su aliento. Imaginaba los ciervos atentos a la estocada del cazador, que montado al corcel belicoso galopa con sus perros convertidos en sabuesos persiguiendo los rastros de sus presas. Presidía Apolinario la mesa larga del festín de los poderosos, y levantando osadamente su espada provocaba la huida de comensales entregados a la gula salvaje del ocio.

-Bebe, Apolinario, bebe hasta que tu cuerpo estalle. Deja que el alcohol te vuelva torpe, deja que tus palabras escondidas afloren sin retacear maldiciones. Bebe, Apolinario, porque tu sed es tan intensa que necesitas de ese alcohol que te hace soñar -recomiendan las voces.

—Te daremos mujeres, Apolinario, mujeres de tu calaña para saciar tus apetitos salvajes contenidos. Te daremos sexo, placeres que no conoces, te llenaremos de éxtasis, fortuna y poder, Apolinario. Sigue, Apolinario, éste es tu camino-, aseguraban las voces.

Delira Apolinario imaginando la huida de una mujer en medio del viento que barre las hojas ocre del suelo, ahora seco y partido, mientras dos árboles se agitan sin aban-

— ¡Llena mi vaso, Apolinario!, mi sed es superior a la tuya-, ordenó a su imagen calcada en el espejo que lo imitaba a la perfección.

— ¡Brindemos por el éxito!-, balbuceaba Apolinario saludándose a sí mismo.

— Brindo por vos, Apolinario Del Manchón. Brindo por tu futuro. Mírame a los ojos y asegúrate que, de hoy en más, serás mi hermano más querido y también llevarás mi nombre.

Bebe Apolinario un vaso tras otro, frente a su espejo; junto a su exacta figura que copia cada movimiento. Sólo que el líquido no entra en su réplica, y tampoco causa efecto alguno.

—¡Brindemos!- repetía, dejando que la botella esquivara el vaso y derramara el líquido en el suelo, en su ropa, en los sillones.

—¡Brindemos!- repetía en medio de parajismos, dirigiéndose a tres cuadros de santos, pero principalmente al de San Antonio de Padua, que lee impávido un libro con una imagen extraña y piadosa encima de las hojas, mientras agita el lirio de blancos pétalos.

Quién diría, pensaba Apolinario, San Antonio de Padua en la habitación prestada, a condición de que no pudiera retirar esa imagen.

—¡No la retiro- dijo-, la tapo! -Soltó una carcajada y comenzó a bailar saltando en el pie derecho e izquierdo. Un paso adelante y otro atrás. Brindaba con su imagen, que también acompañaba la burla y el desprecio.

— La tapo, la ignoro, la desprecio -gritaba al vacío, gesticulando y desafiando a su imagen a que lo contrariase.

Al lado del cuadro cubierto estaba la pintura diabólica de Lucifer. A él sí veneraba, admiraba y seguía. Era su modelo y por eso brindaba y se emborrachaba como hoy.

— ¡Eh, hombres de los infiernos! -gritaba Apolinario desencajado-. ¡Cubran la tierra con esta capa de alcohol, para que sepan que estoy alcoholizando mis penas, pero también anunciando las glorias!- ordenaba.

Los pobres alejados de una realidad no pueden bailar, ni festejar sin permisos especiales. Nada puede hacer ella y se dejó sumisa que esos cuatro enormes hombres de brazos robustos y estrechos de mente la levanten en silencio, tomando manos y piernas sin importarle que sus perros se prendieran furiosos para defender a su ama. Mordieron polainas y borceguíes de cuero curtido y lustrado. Colgados como racimos de uva sin soltar su presa salieron también ellos, llevados por esos soldados ofendidos de la desnudez de Inés decidiendo que ha terminado su acto de arrojo. Jonás asiste impotente ante el desprecio de los uniformados, lastimando sueños de esa mujer digna, admirada. Sus manos dibujan la escena con precisión. Y no hay rostro o cuerpo que no esté en su dibujo. Sus ojos miran lo que las manos ciegas dibujan y maldice su pequeñez, que le impide salir en defensa de la loca Inés, de tantos agravios. Inés y Jonás cruzaron sus ojos en una mirada profunda, cómplice de un misterio que dejó en el ambiente una duda, pero ambos supieron que se han encontrado.

Ella maldice quién sabe a cuántos y a cuántas familias o amigos de hoy transformados en verdugos, ante la impavidez de gente que sonríe en forma descarada y cómplice. Nadie intervino. Dejaron que la llevarann junto a toda su alegría con el ritmo envuelta en visiones de figuras fantásticas que la rodean. Los soldados, acobardados y doloridos de maldiciones, patadas y mordiscos de los cinco perros envueltos de furiosa rabia, fueron obligados a bajarla. La abandonaron a cuatro cuadras. Justo en el portal del cine cerrado, condenado por estar viejo en edad y tiempo. Cine usado en aquellos lejanos años para que después sus puertas quedaran fijas, soldadas desde adentro para que todos los actores que habían desfilado por esa pantalla, decidieran dormir la eternidad, junto a su dueño, un hombrecillo de cien años, alimentado con zanahorias, verduras de hoja fina y alcohol; sin despojarse nunca del cigarro habanero, en la comisura derecha de sus labios. Lanzaba humo en las noches de

timbas, con amigos retozando libertades que sus mujeres les dejaban los viernes. Inés quedó cubierta con el abrigo del soldado más joven. Se lo colocó encima, homenajeando la valentía y resistencia, sin que otros advirtiesen este gesto comprometedor de una adusta figura militar cumpliendo órdenes. La tapó con ternura a pesar de recibir insultos y patadas; algunas de ellas en las zonas más delicadas y dolorosas de los hombres. Pero fue más su compasión que su disciplina, y notó que los perros ya no lo atacaban y se acercaron al rostro de su dueña, lamiendo lágrimas y broncas producto de su impotencia ante la fuerza y la frustración por no haber podido terminar su desfile. Inés se consoló pensando que el próximo año, volvería a intentarlo. Seguramente durará más tiempo. La loca Inés se colocó con dificultad el abrigo. Su cuerpo siente el frío de la quietud. Liberó una cabellera atrapada por el birrete militar sustraído al basural del Ejército y salió hablando con cada uno de sus perros que tenían por suerte un idioma distinto, a pesar de haber nacido de la misma madre y en el mismo lugar. Esto le permitía entablar conversaciones sin que ninguno de los otros interfiriera. También tomó un carbón en la base de un portal que alguien abandonó y fue escribiendo las paredes de todas las cuadras, dejando documentadas historias de familias enteras. De hombres y mujeres que ella conocía porque retenía en su memoria perdida un recuerdo fresco, pero mezclando todas las cosas posibles y haciendo con esas escrituras escándalos que ese pueblo tal vez merecía, por no haberla defendido de tamañas agresiones. Hecho esto y con la varilla de siempre dibujó en calles de tierra, figuras y líneas distintas, convergiendo en otras tantas, creando imágenes con fotos propias, que ella detecta en cada espacio, en cada superficie lisa, donde daba rienda suelta a su intensa imaginación. El perro blanco marcaba el camino cuando salía la noche. Comenzaba a caminar un sendero memorizado en los años. Ese perro, había nacido de una perra negra. Pero al nacer, cayó en un charco de

— Roban las sobras, los inútiles -repetía cada vez que leía titulares de los diarios cuando un amigo era capturado robando un almacén, una gomería o un automóvil del playón abandonado.

— Nunca seré yo -aseveraba a sus amigos-. Estoy para designios mayores - afirmaba orgulloso.

— *Roba, Apolinario, roba todo lo que tengas a tu alcance, el pueblo se acostumbra a que sus gobernantes roben. Es más, si no lo haces, hasta en eso fracasas -aseguraban las voces.*

— *Piensa en tu futuro, Apolinario, sólo las rocas son capaces de frenar las aguas de las crecientes; si eres arena, te arrastra. Eso, Apolinario, conviértete en una poderosa roca-*, afirmaban agitadas las voces, estimulando a su protegido.

Frente al espejo podía verse reflejado medio cuerpo; era suficiente para admirar cada ángulo de su rostro, cada pedazo de su anatomía castigada. Se admiraba a sí mismo. Muchas veces hablaba con su espejo. Nunca había un desencuentro. Tampoco una contradicción. Su admiración iba más allá de la reflexión. Cómo es posible que su figura hubiera sido objeto de burla si estaba ante un hombre casi perfecto.

— Todos me envidian y vos nunca me defendiste-, le recriminaba a su imagen, que copiaba sus movimientos pero no sus pensamientos.

— He sido cincelado por un artista para ser el más grande-, decía moviendo su bigote finamente trabajado.

Lamentaba, eso sí, la pérdida del cabello; deterioraba su imagen imperial. Pasaba más tiempo entretejiendo sus cabellos desordenados, buscando la forma de disimular la incipiente calvicie, que leyendo sus libros de cabecera. Observó también que su figura estaba entrando en los años críticos del medio siglo.

— Es la hora de la madurez-, pensaba mientras planchaba con sus manos los cabellos de las sienes.

co; Apolinario no lo tenía. También anotaba detalladamente sobre las promesas que pregonaban los políticos en las campañas. Ninguno cumplía.

Algo le había llamado poderosamente la atención: observó que los opositores estaban siempre juntos en el reclamo y las manifestaciones, pero separados en las urnas. Porque a la hora de repartir cargos prevalecían las ambiciones personales.

Pensó que tampoco sería éste su caso. De manera que anotó algunas síntesis, como definiciones propias:

“El poder es todo lo que deseo; el poder soy yo; el poder se consigue con personas decididas a conquistarlo, pero para su propia satisfacción.”

Sobre el tema del poder eran sus preguntas e interrogantes que encabezaban las notas en borradores, donde escribía sus discursos imaginarios, que alguna vez se atrevería a leer en voz alta para escucharse y ser escuchado. Sí. Ser escuchado, eso deseaba.

—*¡Te escucharán, Apolinario! Aplaudirán cada palabra y se emocionarán si logras derramar una lágrima en medio de un discurso de fortaleza. En política, las lágrimas no son debilidad. Son votos, Apolinario. Aprende a llorar también sin lágrimas, aunque sea colócate agua-, coreaban las voces.*

Su infancia lo había marcado a fuego: débil, de bajo peso, cachetudo, tímido, malhumorado, envidioso, retorcido, vengativo. Lo habían castigado, se habían burlado, lo habían ridiculizado, lo excluían de los juegos, de los grupos de estudio y de las fiestas. Apolinario odiaba a todos; también a su disentería crónica y su asma, y todavía recordaba cuando fue tirado el pozo ciego, tragando excremento ajeno, ahogándose en la impotencia para regresar a su casa vencido y avergonzado.

— ¿Cómo no pensar en el poder? Sí, ésta es mi obsesión-, pensaba.

Entendía que la política era el oficio de mentir; el arte de fabricar ilusiones, de acumular fortunas insospechadas e ilegítimas, protegidas, intocables y secretas.

leche de la cual se alimentó mucho tiempo solo por abandono. Quedó blanco, contagiado mágicamente de aquella superficie que conoció al abrir por primera vez sus ojos. “¡Es un perro de nieve!”, afirmaron orgullosos en el pueblo. Ese perro, por encargo de la loca Inés, reclutó cuidadosamente cuatro perros más,, para completar la semana. “Sábados y Domingos serán cubiertos por gatos negros”, sentenció la loca Inés el mismo viernes. Los cuatro perros provenían de basurales y lugares desamparados por el hombre y la naturaleza; donde sacian su apetito postergado y eructan sus gases de ansiedad contenida. Uno a uno se fueron sumando hasta ser presentados en esa noche de verano; era tal la alegría de la loca Inés, que preparó alimento para un festín. Carne de ratas y culebras, con salsas y lechugas cuidadosamente cortadas. Ella les dio de comer y luego de contarles cuentos fantásticos de la vida, comenzó a bailar; a contagiarlos para que desde ese mismo momento, fuesen sus compañeros de danza en cuanta ocasión tuviesen en la vida. También les enseñó a bailar en dos patas; a guiñar los ojos en forma separada y a respirar por un solo orificio de la nariz. Les enseñó a ladrar por las orejas y a respirar por las patas. Todo es posible para Inés. Los educó con habilidades que fueron aprendiendo y agradeciendo. Luego, supieron que tendrían que mostrar sus habilidades para juntar monedas en la calle, cuando Inés les colocó alforjas en sus lomos. Dormían en su casa. Una vieja casa derrumbada y arreglada por sus manos con restos de tablas y cajones con chapas recortadas, tiradas por inútiles. Con estas, pudo hacer su casa propia y en cada rincón puso un perro. El blanco dormía con ella en el centro de la habitación, tapando sus pies delgados y maltratados por caminatas descalzas. El blanco comprendía solo arameo. Esa noche, supo que su desfile estuvo magnífico. Que sus contorsiones y figuras fueron majestuosas, que sus gritos y cantos habían sido la música que inspiró a cuanto artista escuchó. Se sintió satisfecha por haber tenido la suerte de estar. Y ahora; miran-

do sus cuatro perros y dos gatos, se siente orgullosa de tener toda una semana completa en aquella habitación. Recordó el niño que la dibujaba y se estremeció sin saber el por qué.

Le han puesto de nombre ‘la loca Inés’; porque ella todos los diez de cada mes entra atropellando al hospital. En esa fecha, falleció su esposo Aníbal; asesinado por un traicionero cuchillo de alguien que se escondió en las sombras con mucho alcohol y en su cuerpo finalizó el ritual. Ser viuda significaba también asegurar quién cumplirá la promesa hecha por Aníbal de cambiarle bombacha y corpiño en todos sus aniversarios de muerte. *Seguro ya tiene sucesor: Juan de Dios.* Inés acude al Hospital, entrando por pasillos azulejados para que las palabras no se peguen y los dolores no se contagien. Llega a la habitación testigo de la agonía de Aníbal, cuando perdía sangre en medio de tanta confusión y lamentos. Pero allí; en esa cama, estuvo con esos sueros de la verdad o la mentira, líquido transparente, para asegurar que nada malo pasara. Hace ese ritual sin importar si esa cama esta ocupada por algún paciente enfermo de tanta medicina. Cuidadosamente lo desaloja y se introduce ella en total desnudez, para que su carne flácida reconozca las formas del cuerpo de su marido ausente, dejando en cada lugar del colchón una impronta, pudiendo así soñar que Aníbal la tenía una vez más, con el cariño que siempre le había brindado. Ese encuentro del diez a las diez, todos los años de viudez, es el riguroso compromiso hecho en el último suspiro de Aníbal, antes de quedar inmóvil en sus brazos, lugar en donde dicen perdió la razón y entró la razón de su sinrazón y pesares. Poco también duró en esa posición, porque fue llevada por la fuerza y a los gritos a la calle. Detestan su invasión de cariño y recuerdo. Ella misma se resistió arrastrando las sábanas a las que hablaba con cariño, como si fuese su propio esposo transformado en género e hilo. Inés vivía siendo expulsada de cuanto lugar se encontrara. Extraña en actitudes, vestimentas y conducta.

la fuerza suficiente para resistir-, coreaban las voces entusiasmadas.

Sabía que sus miserias terminarían. Que sus frustraciones acabarían y que su futuro estaba justamente en la habilidad de seguir encontrando la forma de sobornar lentamente todos los escalones necesarios en la política para llegar al poder. Recordó que, en su infancia, había sido testigo de aquellas humillaciones en su casa, en su barrio y en su escuela. Recordaba su apodo (moflete), recordaba las burlas de sus compañeros, los castigos en su casa, la soledad de su vida. Recordaba que en ese rincón oscuro del callejón de su cuadra, custodiado por dos tapiales embadurnados de propaganda y llenos de graffitis, había jurado y prometido llegar al poder.

Adueñarse de ese escritorio invisible y de ese espacio prohibido: el palacio de Gobierno. Desde ese lugar conocerían quién es Apolinario Del Manchón. Y sabrían de sus traiciones, porque presentía que lo esperaban, que lo llamaban, que lo encandilaban, como una luz abierta en medio de la noche que señalaba, en esos largos años de búsqueda, la entrada triunfal a la puerta del poder: Su poder. El grito salvaje del éxito, la lucha y, finalmente, el premio: la inmensa fortuna que podría acumular lo convertirá en un gran ladrón. Pero también, en un gran señor.

— ¿Quién podía ser un gran señor sin una gran fortuna?-, se preguntaba todos los días de sus largos años en prisión.

— ¿Qué es el poder? ¿Quién es el poder? ¿Dónde se consigue el poder?-, meditaba.

Sus observaciones lo habían llevado a conclusiones que iba anotando desordenadamente, como por ejemplo: “que es muy difícil que un pobre llegue al poder”. No hay antecedentes; había escuchado sobre revoluciones populares. Pero éste no era su caso. Difícil también es disputar el poder con dinero prestado; estaría condicionado.

Otra conclusión documentada: para ser candidato, debería tener una carrera política en algún partido políti-

Cuidadosamente, en una prolija carpeta de tapas de cuero, fue anotando cada una de las características de los elegidos: edad, profesión, estudios, núcleo familiar, lugar de nacimiento, antecedentes de su vida personal (antigua y actual), debilidades, ambiciones, ansiedades, compromisos financieros a corto, mediano y largo plazo, deslealtades anteriores, traiciones, codicias, reglas de simulación, todos requisitos que consideraba indispensables para lograr su cometido. Tiempo le sobraba.

Nada debía quedar al azar. Las posibilidades de éxito o fracaso estaban, justamente, condicionadas a estas pequeñas pero importantes notas, que mostraban crudamente las miserias de los futuros integrantes de ese estado imaginario que estaba dispuesto a conformar con un solo objetivo: recomponer un lugar digno para su humanidad agraviada.

Él, Apolinario, el hombre del destino, el hombre transportado a la magia de los oráculos y a la magnificencia de lo espectacular, sería el conductor. Nada sería imposible si cumplía prolijamente el plan elaborado en sus momentos interminables de ocio y desesperación.

En realidad, sus objetivos estaban condicionados más por frustraciones anteriores que por razones lógicas. Pero sabía que si desperdiciaba esa oportunidad, no tendría nunca más otra. Era la última. Había terminado de anotar los datos de sus futuros socios. Estaba cansado y, levantando su vista, encontró su imagen dibujada en el espejo biselado que había heredado de sus antepasados. Estaba demacrado, pero en sus ojos destellaba el brillo de la ambición; esa luz intensa e inquieta del arrebató. Esa necesidad de llegar cueste lo que cueste a ese lugar tan soñado y esperado: el poder. El Gobierno de ese pequeño pero poderoso estado.

—*Llegarás, Apolinario, pisando las cabezas de tus enemigos, aplastando las resistencias de quienes se opongan a tu proyecto. No dejes que el cansancio te venza, no dejes que las debilidades del hombre florezcan en tu piel curtida por el sufrimiento. Tienes el estigma del éxito y*

Quienes la despreciaban la contemplaban burlescamente cuando transitaba por las calles, caminando siempre de norte a sur y de este a oeste. Decía que esa era su cruz y para siempre. Luego; quedaba tirada nuevamente en la calle sobre el borde de una vereda rodeada de sus fieles perros que jamás la abandonaban. Decían que, luego de muerta, se quedaron a morir con ella a . Aceptado su destino se dirigió caminando, llorando su pena del día diez hacia el río, donde se quitó la ropa sumergiéndose en aguas terriblemente frías, como el frío del cadáver que esperaba ser reconocido en heladera sin llave en la morgue. Lavó su ropa prolijamente diciéndoles a sus perros que era la forma de sacarse la sangre pegoteada de su esposo cuando tuvo el último abrazo. Limpia su ropa, la deja tendida en la orilla y se lanza ágilmente sobre la superficie del río transformada rápidamente en hielo. Una inmensa pista de patinaje, donde danza nuevamente al compás del ladrido de sus perros, festejando las ocurrencias de su ama. Mujer y perro quedaron esa noche, en homenaje a su muerto, bailando sobre el hielo. Gritando sus honores al hombre ausente, quién desde la copa de un árbol cercano al río, miraba atentamente y festeja cada uno de los actos y piruetas de esos artistas improvisados, transformados en actores y productores de su propio espectáculo. Espejos de hielo. En esa última noche de verano, la loca entró el diez a las diez. Caminó los pasillos del hospital cansada de tantos años de sufrimiento y maltrato. Seca por los años, pálida por su mala alimentación y nutrición, con su cabellera desordenada y escasa de tanto tirarse de los pelos en sus ataques de broncas y desconsuelos, Inés entró sin permiso. La cama estaba vacía, tendida, esperándola con sábanas limpias pulcramente arregladas, con frazadas que supieron ser de su marido dobladas en el pie de la cama simétricamente. “*Eran sus sábanas —dijo—, del finado Aníbal*”. Se quitó su escasa ropa, colocándola en forma delicada sobre la silla. Dejo sus guantes perforados. Acomodó sus guaraches debajo de la silla y dejó el pedazo de

chapita atado por un cordón de zapato a su cuello, encima de sus trapos. Subió lentamente, saboreando tranquilidad y silencio, y ante la atenta mirada de sus perros se acomodó. Llamó al perro blanco que trepó de un salto y se fue rápidamente a sus pies para abrirla. Cerró sus párpados lentamente despidiéndose de cuanto sombra se iluminaba. Imaginó entonces como sería su vida sin insultos, agravios y desprecios a los que había sido injustamente sometida por años. Imaginó que nunca le habrían pegado o sacado de lugares públicos. Imaginó que sus perros estaban limpios, gordos y bien cuidados y que el día del desfile, su desfile de todos estos años; ella no estaba al final de todos sino al principio de la marcha, abriendo la ceremonia adelante del abanderado militar y acompañada de sus cinco perros que la custodian caminando en dos patas; saludando a una multitud de gente que la aclama y le tira flores y pétalos de millones de colores, tapando el asfalto húmedo, transformado en majestuosa alfombra de colores. Imagina que su cuerpo desnudo tiene carnes firmes, curvas suaves y senos que despiertan envidia y admiración de todos aquellos que aprecian la belleza y magia de esa danza endiablada por las contorciones de su cuerpo. Nadie paraliza la banda de música ahora transformada en una sinfónica con cientos de músicos para el cuerpo de *ballet*. Y danza acompañada por sus ritmos y creaciones como homenaje a su arte. Imagina a los próceres embelesados ante tanta belleza y creatividad, con ropas blancas cubriendo la piel recién bañada, e imagina toda la calidez de los personajes encerrados por el tiempo y la gloria del cine abandonado. Han salido de la olvidada oscuridad para verla abrir el desfile patrio. Imagina el cielo vacío sin nubes, inexistente de vientos, corriendo una pequeña brisa. Imagina que toda esa gente abre sus ojos y bocas, para aclamar su nombre y ahora le piden casi implorando, que repita nuevamente sus bailes y cante algunas de sus canciones que solo ella escucha. Sueña que todos sus verdugos, los de ahora y los de antes, están esperándola

Nada fue tan importante para Apolinario Reyes Del Manchón, como ese final. Dejar esa carta en el escritorio de su propio verdugo, después de diez años de sollozos en la soledad de celdas frías, de burla artera, de trato injusto, cuando fue dejado en esa resaca abandonada, sometido al olvido. Estaba libre, podía respirar nuevamente el aire puro, escuchar el canto de los pájaros o el ruido de una cascada de agua de un río, o la sinfonía misteriosa del mar que extrañaba tanto.

Salía del silencio. De un silencio sin tiempo cruelmente adornado con la nada. Saturado de palabras mudas lanzadas por hombres de bocas selladas. Tantos días y noches pasadas mirando por una ventana vacía, crucificada con rejas negras herrumbradas, testigos de tantos odios acumulado por la libertad perdida.

Se cierran y se abren las celdas, son los latidos de las cerraduras gigantes de la cárcel que memoriza Apolinario, y que cavan hondo en su corazón maltratado. Pasos anónimos en los pasillos vigilados, voces que ocupan como los panales, las celdas de la humillación. Manos que escapan a los barrotes llevando el espejo para comunicarse con el vecino, cúmulo de soledad; cigarros armados con los restos de tabaco que se juntan en los patios; aire viciado, aire espeso, aire con sabores a venganza. Acumula Apolinario su tristeza y sus broncas; graba cada momento, cada minuto de su encierro interminable.

En las noches podía respirar el aire del mar que se filtraba sin misterios en las ventanas de la celda. Podía imaginar esas playas que tantos sueños le habían llevado flotando en las mareas caprichosas o en las tormentas de furia de un mar encrespado. Quería venganza; sí, venganza, por eso utilizó su tiempo para confeccionar un listado de hombres protervos que pudiesen acompañarlo en una lucha desigual. Fue difícil seleccionar cada uno de sus futuros aliados. Pero era su alimento. Era el sustento diario: su detestable rencor.

las lenguas, fue injustamente condenado. También por tu justicia. Igual que yo.

Son ustedes que ahora detentan el poder. Con cada palabra y en cada sentencia deciden las vidas de terceros: Nosotros.

Se olvidan que mi libertad recuperará los espacios, y algún día: Yo estaré libre; tú, preso.

¿Justicia terrenal? ¿A quién llevas? ¿A ellos? ¿O a mí? ¿Dónde están tus consejeros majestuosos que cierran los cajones llenos de carpetas de miserias resumidas de los hombres que condenas? ¿Quiénes son ustedes? ¿el legado de los dioses? Te equivocas, Sr. Juez, y pagarás por esto; yo no les he dado ese derecho. ¿Alguien se los ha conferido? Yo, Apolinario, se los quitaré. Lo juro.

Me acusaste de robar un lechón. ¿Recuerdas? ¿Sabes?, tenía hambre. No sólo yo; toda mi familia. Yo pagué y tú me acusaste igual. Diez años preso, para luego decirme que te ¿equivocaste?

Quiero preguntarte algo: ¿todos los que roban en este país van presos? ¿Conoces al menos uno? ¿Y sus miserias, dónde están, señores de la justicia? Quiero verlas. ¿Dónde están los señores de la sentencia? ¿Escondidos? Quiero verlos para condenarlos también.

¡Oh!, justicia terrenal; ustedes, llenos de tierra y barro, quieren limpiarnos. ¿No tienes acaso vergüenza? En algún momento nos veremos, estaremos cara a cara. Vivirás entre escritorios encerados y pulcros, pero siempre: atrapado.

Por eso te maldigo. Te sentencio a desaparecer; te condeno a ser incorpóreo y regresar a tu origen. Voy a trabajar para que sea así. Entonces, podrás mirarme a los ojos y arrepentirte para siempre. Porque ya será tarde, porque yo: Apolinario Del Manchón, no te daré el perdón. Ya estás condenado. Vivirás la pesadilla que yo tuve sólo por tu capricho. Tú, con tus patrones; yo, con mi gente.

Hasta muy pronto

*Apolinario Del Manchón
Ex Penado/ Injustamente*

para levantarla en andas y pasearla por el pueblo una vez que el desfile termine pidiendo misericordia. Sueña que puede dormir. Que está en paz. Quiere buscar solo un tiempo para estar tranquila consigo misma y que después de tantos esfuerzos en su vida hubiese alguien diciéndole solo una sola palabra: Gracias. Gracias por lo mucho que has hecho para mantener en vida al muerto y que todo lo malo para el pueblo se ha transformado en bello y hermoso. Sueña también que mientras duerme para siempre, en los pies de su cama está Aníbal, esperando que ella decida levantarse para salir a caminar; a ver esa inmensa luna llena que ilumina ese pueblo que ella tanto amó y respetó. Inés se fue levantando sin dolores, sin quejas, dejando su cuerpo pesado descansando por primera vez sin frío ni humedades, que a veces calaban sus huesos. Se fue alejando de sus perros que estaban dormidos, serenos, limpios, gordos y ausentes de todo. Como si la magia de la noche, hubiese sido definitiva. Se fue soñando. El desfile había terminado tal como ella quería. Su vida también.

Esto ocasionó naturalmente su segundo entierro. Primero fue la razón. Ahora sí, su cuerpo cansado, maltratado y humillado muchas veces. Inés descansaría para siempre. Juan de Dios se enteró de su muerte al otro día, con el remordimiento de pensar que tal vez si la hubiese acompañado no hubiese muerto y hasta se dijo mirando la pieza vacía: “creo que la voy a extrañar”. Juan tomó la botella, tragó vino con mucha sed, se dio vuelta y quedó dormido. “Total —pensó—, ¿qué puedo hacer ahora? Perdí dos amigos en pocos días.” Juan de Dios no pensó más. Durmió muchas horas sin parar, sin tomar una gota de vino, como homenaje a dos almas perdidas.

El día luminoso mutó a gris, todo gris. Cielo y hombres grises invadieron la noche. Un hombre que fue abandonado por el amor y sus amigos. Recordó entonces que era hombre de palabra y todos los años concurrió a la fosa de Inés. La destapa para que tomara aire, acunaba sus huesos y cambiaba su bombacha y corpiño como fue

la promesa asumida por Aníbal cuando quedó trunca por su muerte artera. El cuerpo de Inés se momificó gracias a estos cambios de ropa. Nunca perdió su belleza. Sería eterna. Inés perduraría en la vida y la muerte. Nunca tendría un límite que pudiera separarla en sus momentos de dolor. Inés amaba la vida dentro o fuera de la racionalidad. No muy lejos de toda la escena llena de ternura por la despedida y el encuentro, un hombrecito permanecía sentado muy cerca de la lápida vecina, un hombrecillo delgado con ojitos brillantes de anillos concéntricos. Nadie sabía quién era o qué hacía. Siempre acompañaba a los finados en sus épocas de gloria. Es su eterno trabajo. Sin embargo estaba dolido. Inés era algo más que una mujer a quien acompañar al enorme vacío del olvido. Inés fue en un momento de su vida su propia hija. En medio del sopor del alcohol y la tristeza, Juan de Dios miró al hombrecillo de ojitos anillados y, fastidioso de encontrarlo, le dijo que se fuera, que ya había llevado al niño pequeño y que ahora le arrebatara a Inés. El hombrecillo desapareció. Inmediatamente llegó una cartulina traída por una brisa extraña convertida en barrilete; se posó al pie de la cama de Juan de Dios. El dibujo desplegado generosamente en el suelo mostraba a la loca Inés con sus perros desfilando y bailando en primera fila, con un público que aplaudía, y la joven belleza de Inés era la que él había conocido años antes, en la racionalidad de la entrega amorosa. Allí se dio cuenta que era ella.

Seis

“A veces no hay peor angustia, peor sufrimiento, que la esperanza. Y no hay peor horror que el fin de uno mismo, cuando sobreviene antes que la muerte y hay que arrastrarlo en vida.”

V. Forrester

Apolinario relee en soledad la carta que había escrito a quienes lo habían condenado. Su resentimiento lo torturaba; su posibilidad de venganza alimentaba su vida:

“Sr. Juez:

Sé que vives en los salones de esos palacios llamados de la justicia, con mosaicos encerados, pulcros, atrapados entre ébanos y robles en sus puertas y ventanas, lugares donde sentencian. Sí; en donde una vez sentenciaron y cambiaron mi muerte por prisión. Ustedes, consagrados como las figuras inmaculadas, abrochadas en los escapularios de oro y plata. Me encerraste por diez años. ¿Lo recuerdas?; para después pedirme perdón. ¿Sabes qué son diez años a la sombra? No, no lo sabes. Pero fíjate, Sr. Juez, en ese gran señor: allá, en esa pared inmensamente blanca, que tiene incrustada su cruz, sostiene tu Cristo, como deseando transmitir a quien llega, que el recinto de la justicia es sagrado. Pero te equivocas, hermano, y tendrás que pagar por esto. Tu redención y la mía están en los clavos y coronas de espinas que cuelgan del cuerpo sangrante del Cristo, que, dicen

menajeaba esa delicadeza, llevándole ramos de cardos opacos de espinas.

Esa noche, cuando Alticia confesó que era una bruja, Apolinario deliró de amor y se entregó tantas veces como ella se lo pidió. Siempre con Atos en la cabecera, mirando la escena amorosa y grabando su encuentro. Alticia anudaba su cuerpo en la cintura de Apolinario, mientras él la penetraba hasta las profundidades de sus deseos. Apolinario no la amaba, sólo la usaba. Sabía que ella estaría a su lado para siempre. Su primera carta de amor la recibió luego de su primer encuentro, donde la pasión se mezclaba con las magias de los misterios. Apolinario releía esa carta:

“Mi adorado amante:

Hola, mi amor, hace apenas unos días que nos despedimos. Quisiera ahora besarte y, atrás de ese beso, un abrazo inmenso, con la pasión que has despertado en esta mujer que ya te ama con locura desenfrenada, y que muchas veces debo contenerme para proteger nuestro secreto ante los demás.

Perdóname, mi amor, es que me traiciona este loco sentimiento. He aprendido primero a quererte, luego amarte. Sé que tú aún no me correspondes, pero lograré que respires mi propio aliento, que huelas mi piel ardiente llena del sudor del deseo. Han sido esos días un permanente acto de amor; abrí los ojos para que me ames, para sentirte adentro mío, para que sientas que esta entrega es más fuerte que el olvido. No hemos dormido, hemos cerrado los ojos al descanso del placer, para nuevamente abrirlos en esta furiosa pasión que nos invade. Me haces feliz, no importa el futuro sin tu presencia, yo estaré siempre a tu lado. Te llevo adentro del corazón, para que sea eterno, como eterno será mi amor.

Cuando no estás, mi cuerpo está adormecido, tengo ganas de hacerte el amor en esa playa que nos inspiró con su luna; fue inolvidable la forma apasionada de hacer el amor. ¿Puedo olvidarte?, nunca, mi amor. Deja que comparta tu vida, para que ambos seamos uno solo, y un solo testigo de nuestro amor: Atos.

Te beso.

Alticia

“Aún quedan las voces clavadas en las piedras milenarias abrazadas por las caricias del sol, y pulidas por el eterno sobo del agua de aquellos peregrinos enfermos del cuerpo y el alma”.

FEDERICO GARCÍA LORCA

Es un hombre gris. Total y absolutamente gris. Pelo gris, rostro gris, mirada gris, palabra gris. Su historia gris. Es difícil describir con palabras grises al hombre gris. Cuando entró, tosió tan fuerte que las paredes se pintaron de gris, las ventanas también. Avanzó lentamente, pidiendo en voz baja permiso sin dirigirse a nadie en particular. Su ropa color ceniza coincidía con su aspecto descuidado, la camisa raída, zurcida y con botones tallados en algún rezago de madera. Tiene la mirada triste, esas miradas ausentes de vida, alejándose del tiempo porque cuesta vivir el presente. Miradas sin razón, valor y color. El hombre gris visita a Juan de Dios. Juan le indica con su mano que tome asiento en la silla frente a sí. Los separa una vieja mesa de madera. A la derecha, sobre el plato enlozado, la pava y el mate esperan el relato de algún doliente o quejoso. El hombre gris se deja caer lentamente sobre la esterilla de la silla. Coloca su boina negra sobre el vidrio roto y mira el piso, solo atina a decir: Gracias.

—Y, ¿bien? —pregunta Juan de Dios—: ¿Qué problema tiene usted?

—Verá, don Juan. Soy un hombre sin edad. Nacido entre las piedras del Mayal, ese cerro rocoso del cual hace cientos de años sacaban oro. ¡Sí! oro!... esas piedras que despiertan la avaricia y la codicia —reflexiona seriamente—. Vengo a consultarle para ver si usted me puede ayudar.

—Bien..., ¿cuál es el problema? —requiere Juan intrigado observando al personaje.

Duda un poco. Tiene algo de temor o, tal vez, vergüenza. O solo pudor. Supo después que ese hombre nació en un invierno bastante cruel, en esos días de mucho silencio y nieve. Su madre; madre de muchos niños de colores blancos, negros, rubios, pelirrojos y hasta grises nunca hizo diferencias entre ellos. Esa tarde ella salió a buscar leña para el fuego. Una acostumbrada leña para atizar el fogón con brasas que dejaba encendida hasta el amanecer, para seguir calentando esa enorme habitación de adobe, testigo de sueños e ilusiones frustradas. La pava tiznada hervía con tono de queja. El agua caliente lanzaba por su pico un vapor blanco presuroso a desaparecer en los techos sombreados de la noche. Ella mantenía sus guaraches llenos de nieve y frío, sus medias mojadas por pisar charcos y barro molestaban, pero había logrado juntar ramas suficientes como para justificar su regreso. El hombre gris recordaba esos detalles con emoción, porque ese día, su madre le había recomendado visitar a Juan de Dios.

—Falta poco —dijo, apresurando su relato—. Concretamente, mi problema es que no puedo jugar con mi sombra —dijo secamente.

—¿Con su sombra?... —repitió Juan automáticamente con voz de asombro.

—Mi sombra, en realidad, es mi hermano desde mi nacimiento —explicó el misterioso hombre gris—. Todos estos años me acompañó. Nunca nos separamos..., pero desde hace unos días no me sigue. Creo que ya no soy yo... Estoy como medio transparente... —dijo resignado. Las manos cruzan su cuerpo de un extremo a otro, sin

las de un árbol con la soga en sus cuellos en un paisaje desnudo de colores naranjas y amarillos.

Apolinario deformaba los cuerpos de los dominicos con pintura y dibujos. Los mutilaba.

Trabada su puerta, cerrado su estómago, Apolinario reiniciaba el diálogo con el tiempo visitando a viajeros invisibles, que rodeaban su mesa en la tenue oscuridad del candil encendido, mientras advertía cómo se consumía la llama esperando ver las sombras reflejadas en las paredes.

— Hay tantos sueños en las noches como movimientos en el día, sólo que nadie los recuerda cuando despierta-, sentencia Apolinario mientras bebe una pócima de color oscuro y sabor amargo preparado por una mujer orientada en la brujería: Alticia.

Ella se había acercado cuando estaba entre las paredes de la prisión. Le había alentado, le había ofrecido su vivienda humilde para consuelo, cuando recuperara su libertad. Era una mujer de mediana edad, blanca de piel, cabello ondulado castaño, piernas delgadas y simétricas, muslos que pueden arrastrar a la fantasía a cualquiera, o a la locura. Ella tenía en sus noches de inspiración la posibilidad de entregar el éxtasis de un sexo cálido y tierno. Apolinario durmió con ella; amó con ella, aprendió los secretos del amor con ella.

Alticia fue quien le había regalado el cuervo blanco: Atos, que rápidamente se identificó con el alma maligna de Apolinario.

— Reconoce las almas negras-, le dijo Alticia, cuando se lo regaló.

— ¿La mía?-, preguntó Apolinario

— La nuestra-, afirmó Alticia.

— Ese pájaro blanco, que come la carroña, Apolinario, será el que guíe tu camino. Tú, que nunca serás alado, estarás entre la carroña, y eso en común unirá de ahora en más sus destinos-, corean las voces.

Alticia, bruja, hechizante y seductora mujer, cocinaba todas las noches la pócima en el caldero. Apolinario ho-

En medio de esas calles sedientas con arenales y piedras cortadas por el tiempo, pasaban las mujeres llevando sus cántaros de agua vetustos, pesados y porosos encima de sus cabezas, modelando sus figuras para encontrar el equilibrio deseado.

Las procesiones de los atardeceres escapaban a la oscuridad de la noche. Las calles con veredas de lajas permitían el tránsito ordenado de cientos de hombres y mujeres que se deslizaban como oleadas de mar buscando los laberintos y los pasajes en las ciudades. Se preparaban para dormir buscando su casa, su cama, su sueño. La noche traería sus propios misterios.

— ¡Nada de imágenes tiernas, Apolinario!. Piensa en la furia de los Jinetes del Apocalipsis, piensa en esa calavera que montada en el corcel de crines negras empuja los colores rojos de tu venganza, piensa en los corceles blancos que llevan jinetes dibujados con tus odios, galopando hacia tu destino-, corean las voces.

Apolinario, de fuerte mirada, rasgos duros, audaces, fríos, atrapaba el paisaje en su retina y cerraba la ventana con la traba del cerrojo. Porque, si bien no tiene fortuna, teme que le roben el futuro. Y con razón pensaba: Es mi destino.

Su habitación estaba orientada mirando al sur; la puerta de rústica madera calada por el tiempo tenía, como llave, una enorme tabla pulida que la cruzaba de marco a marco apoyándose en dos ganchos de acero. Las ventanas permitían iluminar, durante el día, las actividades diarias, y escribir sus apuntes sobre el poder. Una mesa gastada, dos sillas de esterilla desflecada, una palangana con cenizas de los huesos quemados en las ceremonias de su juventud para espantar los fantasmas de sus enemigos. Un colchón viejo, desteñido, hundido en los flecos de acero laminado de su catre. El espejo con quien siempre hablaba, y la pintura que mostraba a los dominicos Kramer y Sprenger, inquisidores en su tiempo encargados de perseguir y ejecutar a las brujas, colgándo-

tener en cuenta las mínimas reglas de la física. Los espacios y volúmenes no existen. Hubo un momento en que el hombro derecho toca su rodilla y luego, su zapato izquierdo sale por el pabellón de la oreja.

Juan lo mira en silencio con mucho asombro. Lógicamente ha despertado un interés hacia su persona y trata de imaginar cómo es realmente este personaje. No tiene edad, es cierto: se le pueden dar diez años por su timidez; veinte por su inocencia; cuarenta por su enfoque de las cosas; cincuenta por su experiencia; o cien por su ropa gris perdida en un tiempo o por sus uñas grises mal cuidadas, mordidas desordenadamente. “Se come las uñas de la mano izquierda”, observa Juan. La boina encima de la mesa tiene incrustada, a modo de anillo, muelas, dientes, propios y ajenos adornando su digna miseria. Él se da cuenta de que Juan está absorto mirando su boina.

—¡Son para no olvidarme de mis años! —dijo, advirtiéndole la sorpresa de Juan.

—¿Y cómo mide su edad en esto?... —preguntó Juan de Dios.

—Por la sombra que da cada diente —aclaró el hombre seguro de sí mismo.

—Pero ahora, por ejemplo, ¿no dan sombra alguna! —razonó Juan, sorprendido.

—¡Porque los años no se miden en habitaciones...! Solo se ven con la luz del sol —dijo más convencido el hombre Gris.

—Bien— dijo Juan de Dios—, supongamos que esto es así, ¿cómo es que su sombra lo abandonó? —inquirió, tratando de llevar ahora la iniciativa.

—Hace una semana; casi una semana, en una noche de tormenta... —dijo apesadumbrado y con el rostro serio y seco tragó saliva para continuar su relato—: ¡Un rayo!... cayó justo al lado donde yo estaba durmiendo... Nos partió en dos.

—¿Usted y la sombra? —aventuró Juan como interpretación.

—¡Sí!... Yo y mi sombra —dijo el hombre—. Es decir; la sombra no pudo seguirme más, desde esa noche —corrigió—. Ahora creo que no existo —terminó diciendo.

Y se quedó mirando por encima del hombro con rostro inexpresivo, ausente. Luego, recuperándose, miró hacia abajo, al piso, donde estaba la sombra de Juan producida por la lámpara de luz colocada a su lado y dijo, señalando con su mano:

—¡Usted tiene sombra, Juan...! Yo no, qué pena.

Juan mira al costado. Efectivamente, allí está su sombra. Luego mira al lado del visitante en el mismo lugar en donde debería estar la suya. No hay nada. La lámpara de luz está a igual distancia de ambos. Es imposible que la sombra de este señor no esté. Le pide entonces que le alcance la boina de la mesa con la mano derecha y se va retirando hacia atrás lentamente. Ni la mano, ni el brazo, ni la boina dan sombra al moverse perforando la luz. Sin embargo, cuando el brazo de Juan se adelanta para tomar la boina; su mano, brazo y boina dan sombra.

—Veré lo que puedo hacer —dijo Juan, pensando que nada podría hacer si esto fuese real. En ese instante entraron sus hermanos y sus padres al recinto. Ordenadamente y callados se ubicaron cerca de ellos. Siempre lo acompañaban cuando entraba en trance.

El hombre gris cierra sus ojos, el cuerpo esta relajado. Terriblemente quieto. Respiración rítmica, pareja y muy espaciada, pero serena y profunda. Hay algo muy en común con su anterior imagen. Ambas son y seguirán siendo grises. Inesperadamente, una voz cálida muy similar a la de él, pero más transparente, comienza a relatar vivencias del pasado. La voz extraña sale de adentro mismo de ese hombre en trance. Juan se limita a escuchar atentamente. El hombre esta ajeno a todo y no es su voz. Lo primero que pregunta Juan a sus familiares:

—¿Con quién jugaba él durante su infancia?

—¡Con sus hermanos! —responden a coro sus hermanos asombrados por la impertinencia.

— ¡No voy a protegerte; voy a quitarte lo que tienes! - respondió tajante Apolinario-. Ustedes -razonó-, los nuevos ricos, han acumulado fortunas que los han convertido en sus propios esclavos, temen que alguien les quite lo que han sacado a los que menos tienen. A ellos no puedo robarles. Robaré al Estado en donde tú tributas, y también en donde has disfrutado en tus años de bonanza. Por lo tanto, te robaré indirectamente, Maclovio -sentenció.

— ¿Que vida llevas, Maclovio? -preguntó Apolinario-. ¡Te condenaste a estar preso!; ¡te condenaste a vivir con temores y también con horrores! ¿Y sabes por qué? ¡Porque no tienes el poder, Maclovio! -le recriminó-. Yo disfrutaré mi fortuna; porque haré del estado mi propio custodio. Haré que todos estén a mi servicio, ja ja ja -soltaba una carcajada Apolinario-. ¡Yo entrol!; ¡tú, Maclovio, sales!, ja ja ja.

Como buen observador, había detectado que, aun ante los más humildes, el hecho de vestir ropa impecable, cara y ostentosa, colocaba un sello de distinción, admirado y envidiado.

— Pensé que sería lo contrario, lo hubiese jurado-, le había dicho Maclovio.

— Tú no conoces a la gente, Maclovio, le gusta el rigor-, afirmó Apolinario.

Apolinario se asomaba por la ventana de su humilde vivienda; los cristales empañados de tierra y grasa dejaban ver los cabellos renegridos de la noche. Llegaban con nubes ensortijadas buscando el cielo que se pierde. Era la hora del descanso. Sin embargo, contemplaba, absorto, hombres que caminaban por las calles como sonámbulos grises de historias saturadas de rutinas. Mujeres y niños que llevaban de regreso los ramos de flores que no pudieron vender a quienes buscaban, en el perfume, la excusa de una vida mejor. Otras, llevaban las canastas tejidas de mimbre con frutas de colores, deseosas de un descanso para lograr, al día siguiente, tener su nuevo dueño.

— Si esas fuerzas de sostén se abrieran, caerían todos. Hay que pagarles —pensó.

Eran columnas firmes, pero también móviles, y no cubrían todos los espacios; sólo las áreas donde las fuerzas se hacían necesarias. Se dio cuenta que debía contar con estructuras ágiles que podían utilizarse en un momento dado. Allí aprendió que, sin una organización fuerte, nada podría concretar.

Requería de pilares en su futura estructura. Hombres incondicionales que le garantizaran que cuando él estuviera en la cima de esa pirámide, no caería. También, que nadie atentara contra su persona. Esto sí era importante.

Supo que demasiados hombres, para formar esa pirámide, la convertían en algo estático y fácilmente accesible para cualquiera. El circo le interesaba, y en cada presentación sumaba una nueva lección. Supo que el payaso provocaba risa cuando acentuaba las torpezas de los hombres. Así lo haría él en el futuro. Se burlaría de la gente.

Se le ocurrió que podría aplicarlo en el mundo de la política. Haría de la ironía un arte delicado, pero arte al fin. También había observado cómo las fieras más terribles de la selva eran condenadas al servilismo, mediante un pequeño látigo y una simple silla de madera. Supo entonces que con sólo ser fuerte, inflexible y tenaz, podría someter a cuanto opositor se colocara a su frente.

— *Eso es, Apolinario, cada lección que aprendes consolida tu ambición. No pretendas caminar sobre baldosas limpias admirando tus fuerzas almidonadas y armadas. Tendrás una guardia personal, pero debes alimentar los vicios en tu gente para que sean sometidos y silenciados. El juego, la música, el dinero fácil, el alcohol, permite que se mezclen con tu oratoria coreaban las voces, aconsejando.*

— ¿Cómo vas a protegerme, Apolinario, cuando seas gobierno? —preguntó Maclovio.

—Pero ellos ahora no podrán hacerlo —interviene el hombre gris en trance sin mirar a nadie.

—¡Tal vez... sí — contestan a coro sus hermanos mirándose entre ellos extrañados.

Uno solo calla. El más pequeño. Mira a Juan de Dios sin moverse. Ese niño lo está estudiando. Juan lo notó desde que él entró en esa habitación. En su mano sostiene un lápiz gris con el cual dibuja nerviosamente sobre un cartón. Dibuja todo lo que pasa en esa habitación. Los detalles del mobiliario y la figura de Juan de Dios.

—¡Con esa sombra jugaré! —dice el hombre gris en trance. Todos se miran, solo atinan a asentir en silencio tratando de identificar a cuál de las sombras se refiere.

—Deberá jugar con su sombra —afirma todos a coro, excepto el niño.

—Lo mantuvimos escondido —dice la madre a modo de reflexión, espontáneamente.

—¿Y cómo creció? —pregunta Juan de Dios, tratando de incorporar nuevos datos.

—Jugando con su sombra —contestan a coro los hermanos.

—Al principio, le fue difícil aprender a jugar. La sombra es mucho más grande y ágil. Tuvo que aprender a jugar también en las penumbras y adivinar en donde comienza o termina su propia sombra. También aprender a comer sin ayuda alguna y convencerse de que sus hermanos no podrían ayudarlo —relata la voz del hombre en trance.

—¡Debes creerle!.. —dicen todos a coro dirigiéndose a Juan, menos Jonás que sigue mirando a Juan de Dios. El niño ha terminado el dibujo. Es perfecto.

Inesperadamente y sin motivo alguno, Juan de Dios piensa en Inés cuando en su juventud ella bailaba sobre el suave mallín verde, con sus tules de colores solamente usados para él. Siempre le repetía que no solo mirara su belleza en el baile, sino también, su sombra con la cual también jugaba.

“¡Juan de Dios! ¡Ven, baila conmigo y mi sombra! Deja que te enseñe el mágico placer del movimiento.” Juan de Dios no bailó. Permaneció admirando a esa mujer tan tierna y feliz que jugaba también con su sombra. Inés ríe mientras baila y saca figuras fantásticas con su sombra. También hay sombra en esa vida. Comprendió el mensaje. Es el tiempo del niño gris, aquel niño sin pasado y una gran sombra en medio de su vida cubriendo los recuerdos. “¿Cómo puede ser que un niño tenga un solo color?... ¿Y gris?”, pensó. Tal vez los días por medio de arcos iris invisibles sean quienes dan colores a la vida.

—¿Qué color tiene la vida? —dirige esta pregunta a sus hermanos en pos de una respuesta. Pero nadie responde. Sombra y niño crecen buscando seguir tiempos y espacios ya determinados. La pregunta es lógica y es difícil evadirla.

—¿Nunca salió de la habitación? —pregunta Juan de Dios por curiosidad.

—¡Como a los 10 años! —Responde la voz del hombre en trance—. Siempre, antes de las doce de la mañana por supuesto —recuerda la voz extraña—, un lunes asomó la cabeza por la ventana, observó que su sombra también jugaba con luz de día. Siempre lo había hecho con luz de candil, encerrado en su propio temor sin descubrir que la luz natural también liberaba su sombra.

—Era como una bisagra: niño y sombra. Siempre estaban unidos aunque sea por sus pies —explica su padre.

Al descubrir esto, el niño primero y después el joven, comenzó a investigar una salida progresiva con sus piernas. Primero una, luego la otra y más tarde su cuerpo. Todas sus estructuras anatómicas dan sombra, por lo tanto: Vida. ¡Que más puede pedir quien fue durante tantos años despreciado, escondido y negado! Tal vez es momento de revancha y desarrollar otras alternativas al aire libre, inhalando y exhalando el mismo aire de quienes viven en libertad. Es momento de ser. Al menos intentar. Su madre se dio cuenta de que estos pequeños y prolongados juegos traerían como consecuencia una

cofradía le había enseñado a que le temieran. Ahora estaba dispuesto a convencer para ser venerado. Apolinario era un gran observador.

Siempre lo había impactado ver cómo miles de personas podían transformarse en una sola cosa: una masa amorfa, obediente y dócil en una comunión plena: masa vs. Hombre. Utilizando sólo la palabra.

El pastor era un legado de gestos y actitudes teatrales. Apolinario se obligaba dos veces a la semana a concurrir y observar cada detalle, cada movimiento y la utilización perfecta de una música capaz de acompañar estas ceremonias para llevar las almas al fuego sagrado de la comunión.

Apolinario había escrito estas máximas:

<Los hombres siguen a Dios porque tienen temor>

<Los hombres tienen temor a los poderosos>

<Los hombres tienen más ambiciones que humildad>

<Los hombres quieren participar en la corrupción, aun en la más pequeña>

<Todos tienen un precio, y los pocos que no lo tienen, se van>

<Los hombres temen a Satanás porque no lo conocen>

Fueron algunas de sus conclusiones que, durante largos meses, plasmaba en sus papeles de reflexiones para la toma del poder. Después, tendría que conquistar ese poder. Esencialmente para él. Quería que todos dependieran, de una u otra forma, de su fuerza, de sus arbitrariedades y de su organización. El desafío no era menor, tampoco fácil.

Con idénticos fines, acudía una vez por mes al circo: lugar fascinante donde encontraba repuesta a algunas de sus dudas. Como por ejemplo, cómo construir las pirámides de hombres ¡para tocar el techo de la carpa sin caerse!.

— Unían sus fuerzas y entrelazaban sus brazos. Lo hacen por dinero —observó.

es la falta de trabajo? ¿Te imaginas si mañana te levantas y te dicen que debes trabajar y no tienes dónde hacerlo? ¿Crees que podrías ser feliz?, ja ja ja -hacen eco las carcajadas de Apolinario mirando los ojos de Maclovio, enrojecidos y tristes.

— ¡No sabes nada, Maclovio! ¡Ni lo imaginas!-, sentenció.

— De cualquier manera, tampoco me interesa que lo sepas; yo voy a llegar al poder sea como fuere y no me importará lo que piensen-, remató Apolinario, ofuscado.

Dado su deficiente preparación y limitado intelecto, Apolinario no era uno de los mejores ejemplos para mostrar como el camino exitoso de un ser humano. Con su escolaridad incompleta estaba obligado aprender los trucos para sobrevivir en esas cárceles de lujo. Aprender a escribir, hablar y convencer, sí, convencer para comprar voluntades.

— Sí, Apolinario; convencer, eso necesitas -dijo Maclovio-. Si estás en un cargo alto, tienes que preparar discursos hechos y memorizados.

Es cierto. También debería memorizar frases y palabras que pudiera aplicar en cada uno de sus actos como futuro conductor del país, en cada acto o inauguración de sus obras. Y discursos ante multitudes. Palabras que pudieran acompañarse de gestos y posiciones que le dieran contundencia, efectividad y envidia. No importa lo que dijera. *Serían todas mentiras.*

— *Necesitas aprender, Apolinario. El miserable Maclovio te está dando consejos para protegerse a sí mismo; trata de recibir tu ayuda, porque teme perder su fortuna. Es cierto que no sabes hablar o escribir bien, pero lograrás hacerlo -corean las voces.*

Para esto acudía dos veces a la semana a un templo protestante, donde un pastor hábilmente envolvía a la gran muchedumbre que acudía, en su mayoría por ayuda espiritual. Aprendía de él cómo aprovechaba las debilidades de esa gente. Los hacía rezar, cantar y llorar. Su

investigación más que desconfianza. Entonces le advirtió:

—¡Si sales, que sea siempre antes de las doce o después de las tres de la tarde.

—¿Por qué? —preguntó el niño.

—Porque si sales a las doce, la sombra se pegará tanto a tu cuerpo que nunca más podrá salir —su madre le dijo amenazante pero serena.

El niño salió. Niño y sombra. Por supuesto temeroso y siguiendo indicaciones de sus mayores. Comenzó a recorrer y reconocer todo aquello que había observado desde la ventana. Pero ahora seguido por su alegre y fiel sombra, haciendo cientos de figuras. Corre. Retoza como nunca. Guía su sombra y saca nuevas posiciones demostrando creatividad. Busca el arroyo que pasa cerca de su casa, comprende entonces que los ruidos del agua al golpear las piedras, era la música extraña imaginada en su encierro. Con sus dos manos lleva por primera vez agua fresca hacia su rostro. Siente las caricias de ese líquido tan soñado ypreciado. ¿Cuántas veces imaginó lo que era un río? ¿Cuántas veces no tuvo repuesta? Sombra y niño crecieron. Sus padres lo dejaron sumergirse en el río con su grilla de coladores para filtrar arena y separar oro adherido a la mica desahuciada. Picó piedras; coló arena y juntó en su pequeño bolso de cuero, pepitas de oro, que podían deslumbrar al más ciego. Sabe que únicamente la noche quitará su libertad, con solo mostrar oscuridad. A ella le teme. El niño gris se transforma en joven y el joven, en hombre. El hombre en anciano y luego en leyenda. El arroyo, la piedra y su sombra fueron en definitiva la vida misma del niño hoy hecho hombre.

—Él ahorró centavo con centavo —aseguró orgullosa la madre.

—¿Para qué?... —preguntó Juan de Dios.

—Para comprar un farol de noche y poder ser él también en la oscuridad. Solo así la sombra seguiría presente...

El hombre gris, sin aviso previo, comenzó a levitar suavemente; primero a pocos centímetros del suelo. Luego, se elevó casi hasta el techo. Allí quedó dibujado en el tiempo: estático, sin movimiento que delatase vida. No había sombra alguna, estaba absolutamente solo en el espacio y en el aire. Luego comenzó a bajar con la misma naturalidad para quedar sentado prolijamente. Se acomodó. Abrió sus ojos, miró fijo sobre el hombro de Juan. Y le pregunta:

—¿Me vio bien?

—¡Claro!... —dice Juan, levantándose y caminando hacia la ventana, compungido y asombrado de haber visto esa figura levitando con majestuosidad—. ¡Hábleme de Usted! —le pide ahora tratando de sacudir los recuerdos mientras el hombre permanece aún en trance.

—No hay mucho que agregar. Solo traté de ayudar a mis padres durante estos años con el oro que juntaba. Yo necesitaba ropa de uso diario y un farol de noche para seguir viviendo en la oscuridad. El resto fue para ellos —remarca la voz cansada—. ¿Sabe?... el oro me busca siempre a mí. Por mi color arena. Se refugia en mi piel. Con este dinero bajo al pueblo dos veces al mes, a pesar de ser blanco de todas las miradas. Si viera usted, Juan, cómo jugábamos con mi sombra camino al pueblo —terminó diciendo con voz ya no tan extraña. Entonces Juan lo despertó.

—Verá, amigo... —le dijo con poca convicción tratando de ayudarlo. Y fue a buscar una lámpara de luz poderosa en la otra habitación. Era un farol a gas, por lo tanto luz blanca, pura y total. Una vez prendido comenzó a buscar la sombra del hombre gris. En la punta de sus zapatos hay una pequeña sombra; apenas insinuada para un observador—. ¡Allí hay una! —le advierte Juan sin alarmarlo. Nuevamente ingresa a la habitación de donde trae martillo y clavos con algunas cuerdas. Coloca un clavo en cada punta de esa pequeña sombra y revisa los zapatos.

horas del día. Los perros sanguinarios juegan en las noches en mi jardín. Yo salgo por las tardes. Una de las habitaciones es la central de vigilancia. Otra, alberga dos parásitos permanentes: mi escribano y mi abogado. Siempre listos para defenderme —proclamaba en voz alta.

— He comprado más armas que sillones. Mi familia sale de este lugar con guardia privada. Temo los secuestros y venganzas de quienes fueron arrebatados de sus fortunas. Mis testafierros deben estar vigilados las 24 horas, porque en un descuido se quedarían con mis pertenencias —continuaba Maclovio, sollozando.

— ¿Sabes qué es un testafierro, Apolinario? —le pregunta Maclovio

— No —responde Apolinario

— Son nombres alquilados, hombres fantasmas que firman como dueños de mis propiedades, pero que no pueden disponer de nada porque hay un boleto de venta, secretamente custodiado por el escribano, en donde me devuelve la propiedad. ¿Me entiendes?

— Buena idea, Maclovio... buena idea —, reflexionaba Apolinario.

— Mis amigos; mis amigos, Apolinario, son peores que yo. Nuestro trato es una convivencia entre buitres —, suspiraba Maclovio.

— Periódicamente debo eliminar algunos de ellos que traicionaron mi generosidad. Mis cuentas en los paraísos fiscales pueden quedar en cualquier momento congeladas, por la justicia de otros estados. Tengo que tener, en cada comida, un hombre que pruebe mis alimentos porque temo el veneno —suspiró Maclovio—. ¿Crees que puedo ser feliz? —preguntó.

— No lo sé; pero ésa será tu vida, o tal vez la mía, en el futuro —respondió Apolinario—. No importa. Ya llegará ese día, y tal vez no esté muy lejano. Pero debes saber, Maclovio, que yo también tengo algo para contarte —sugirió—. ¿Sabes qué es la pobreza? ¿Sabes lo que es el hambre? Mira tu abdomen, mira tu casa. ¿Sabes acaso lo que

De esto, pocos son los que pueden escapar. Pero en el fondo de sus reflexiones, estaba convencido de que sería en poco tiempo más el número uno; el mejor, el único en ser reconocido y temido. Fundamentalmente temido y también odiado. Eso quería Apolinario.

No obstante, jamás dejaba de pensar en su obsesión: hacerse del botín. De esa fortuna lejana por ahora, pero seguramente suya, a corto plazo. Siempre le intrigaba: ¿cómo pueden sufrir los hombres ricos? ¿Sufren?, pensaba.

— ¿Cuáles serían sus aflicciones, sus desvelos, sus temores?—, anotaba en sus papeles.

Conocía los problemas de los que trabajan y de aquellos que no tenían reconocimiento ni medios para colocar el alimento diario en las mesas vacías. Pero... ¿cuáles serían las privaciones de los ricos? Siempre había algún otro interrogante.

— ¿Cómo serían sus miedos?—, preguntaba a conocidos.

— ¿Como se esconderían de los asaltos, secuestros, asesinatos y robos?—, anotaba.

— ¿Estarían presos de sí mismos?—, se planteaba.

El hombre, pálido, ojeroso y delgado sentado al frente de Apolinario podía responder algunas de sus inquietudes: se llamaba Maclovio. Hombre de fortuna envidiable que lo atendía con asombro.

— Mira, Apolinario, soy de los pocos compañeros que te han seguido; he aplicado todas las maldades posibles para ser quien soy. Un hombre rico, lleno; pero de temores. Vivo más angustiado que tú, que no tienes nada. Mi fortuna se gasta en protección contra quienes envidian mi buen pasar. ¿Sabes, Apolinario?, muchas veces envidio tu libertad, caminas solo, bebes donde quieres, puedes dormirte a la intemperie, te vistes como se te ocurre—, dijo Maclovio.

— ¡Esta mansión que tanto te gusta, está amurallada! Son dos metros y medio de paredones alambrados. Tengo cuatro guardias permanentes en cada esquina las 24

—Tienen partículas de oro —exclama—. ¡Eso es! —y mira al hombre gris. Sabe entonces qué hacer—. ¡Cambiamos tu color!... ¡No el de la sombra!

Presuroso, toma la bolsita del oro en polvo. Refriega el cuerpo del hombre que asiente y va despegando al hombre de su sombra aferrada a su piel. Una caída brusca y fortuita de la silla y el hecho que rodara el hombre gris permitieron que su sombra despegara en forma más rápida y cobrara la vida negada por haber estado jugando a las doce del mediodía. ¡Una hora imprudente! Le advirtió su madre. Las doce. Así, con la colaboración del hombre gris entusiasmado, fueron liberando la sombra que se desplazaba desesperada por todas las paredes en forma silenciosa demostrando agradecimiento. Ahora el hombre gris es dorado. Una imponente escultura, con el polvo de oro generosamente adherido a su piel. Hombre y sombra regresan a la roca del Mayal, llenos de confianza. El hombre se despidió.

— ¡Cuide siempre su sombra, Don Juan, es la única que no traiciona! —le dijo saliendo

El hombre gris, el hombre dorado, se perdió en el camino. Todos agradecidos. Jonás fue el primero. Sale en silencio. Ha dejado de dibujar a Juan de Dios. Jonás graficó el relato de su hermano en dibujos fantásticos enrollados en la cartulina. Ha presenciado una cura milagrosa hecha por un hombre desconocido. Juan de Dios preguntó a la madre:

— ¿Cómo se llama el joven?

— Jonás —respondió la madre. En realidad, es un hermano postizo.

— ¿Postizo? —dudó Juan.

— Sí —afirmó la madre—, me lo entregaron recién nacido para que lo criara. Es muy bueno para las pinturas y los dibujos.

Por primera vez Juan de Dios siente un frío helado en su columna. No comprende lo que pasa. Solo siente. “¿Qué explicación puede tener el solo sentir?”, se pregunta y se va al huerto. Lleva la asada y la pala filosa destinada a

penetrar la tierra fértil para transformarla en alimento. Ese día trabajó más que sus horas habituales. Trabajó luchando contra las ideas que lo agobian. Súbitamente, trajo a su memoria a su amada Inés. El Hombre gris fue desapareciendo de su mente, pero el joven que lo dibujaba desde las sombras, lo impactó. “¡Jonás!”, piensa. ¿Qué había de misterioso en ese medio hermano del hombre gris? Cuando regresó al atardecer encuentra un papel dibujado con su rostro. Es exactamente él. El dibujo logra incursionar hasta en los pensamientos de Juan de Dios. Firma el dibujo: ‘Jonás, bueno para dibujo y pintura’, como le había adelantado la madrastra. Por el Hombre Gris conoció Juan de Dios a este joven talentoso sin saber que algo los ligaba.

Ocho

“La soberbia: es el más prolífico de los pecados capitales; un delta, un devorador de pescados.”

Tomás E. Martínez

Apolinario no puede sentirse bien si no está rodeado de obsecuentes. Necesita un grupo importante de público que lo adule en forma permanente y que también participe del robo organizado. Este proyecto requería algo más que cómplices.

— Adular, robar y aplaudir; pero fundamentalmente: acumular fuerzas-, era su doctrina, su objetivo y su meta.

— Si no doy participación estoy condenado a la delación-, pensaba Apolinario

— ¡Este error no puedo cometer!... ¿Me escuchan?, no lo haré,-asentía ante sí mismo.

— Es más; voy a socializar el robo, lo haré participativo, democrático y piramidal. Pero primero tengo que encontrar “mi estado mayor”. Mis hombres de confianza, mis escudos de maldad, mis serviles y obedientes discípulos -desarrollaba el diálogo ante su imagen del espejo.

Tan miserables como él y más miserables que ellos mismos. Pensaba, no sin razón, que de esta forma evitaría entrar en el olvido. Las circunstancias y las acciones son la que hacen necesariamente los hechos que se viven.

cielo. La tierra está ausente. Un pequeño tiento de cuerro blanco tendido a pocos metros demuestra que aún esta intentando trepar desde el fondo del barranco. Recupera fuerza acumulada en su corto descanso y hace el último intento para finalmente quedar acostado boca arriba, en el mismo sendero que muestra signos de su violenta caída. Quedó en esa posición sin saber que otro paso puede dar. Tampoco tiene certeza que sus huesos estén sanos como para iniciar un camino de regreso. Trata de pararse. Fue entonces cuando se dio cuenta de que sus dos pies tienen otra orientación. Miran para otro lado. Como queriendo buscar caminos opuestos. Parecen desesperados por salir hacia el pasado cuando acompañaban la dirección natural del cuerpo. Entendió por qué las fracturas de los huesos sobre hielo no duelen y arrastrando su cuerpo fue ascendiendo hasta la roca más cercana. Allí logró apoyar su espalda. Está cansado, viejo y sin fuerzas. Añora la juventud perdida y recuerda la fuerza del pasado. Acomoda sus piernas de la mejor manera posible buscando que las botas tengan orientación lógica. Conseguido esto mira el horizonte. Lo acompaña solo el blanco de nieve blanca. Todo blanco. El frío también. Calcula que entre su caída y la mañana siguiente pasarán más de doce horas. Suficiente para amanecer congelado sin defensa alguna. No tiene muchas posibilidades de sobrevivir. Entonces comenzó con su propio diálogo. Quedaré helado sin dolor piensa mirando su cuerpo inmóvil, inerte. Si encuentro la forma que el recuerdo no regrese, no habrá más dolor. Fue cuando recordó lo que su abuelo siempre le decía. ¡El problema en las tormentas de nieve es quedarse dormido! Porque es así, como el frío invade a uno. Lentamente, buscando que el cuerpo no se dé cuenta, repite su abuelo con acento firme. Pasó algunas horas en esa posición. Su rostro toma forma del mármol. No puede mover sus labios. Tampoco pestañar. Parece que el frío lava las conjuntivas sin necesidad que los párpados cierren sus órbitas. De las mismas pestañas cuelgan filamentos de hielo. Inés regresa a sus pen-

Apolinario había cerrado su corazón cuando era casi un niño. Tan duro fue su camino, que los sentimientos dejaron de existir, su corazón estaba frío; su cuerpo se transformaba en un volcán indomable, pero al quitar los lazos de la pasión, el odio petrificaba el recuerdo. Leía esa carta guardada como un recuerdo más en su escalada al poder. Alticia era la mujer indicada para su protección. Su fidelidad estaba en saber alimentar su amor desatado en su persona. En ella sí podría confiar.

—*Cuídate, Apolinario, no dejes que el corazón ordene tu vida*-, cantaban las voces.

—*Para iniciar este camino quema los sentimientos, Apolinario, acrecienta tu crueldad*-, siguiendo en coro las voces.

—*Sólo separando el corazón lograrás ser inmortal, Apolinario; que la carne sea tu debilidad, lo aceptamos, pero no que tu corazón sufra de nostalgias. Allí, serás vencido*-, siguió el coro.

—*Cada lágrima por amor será una herida sin sanar, Apolinario, no olvides que el odio y el rencor son como la savia de los árboles fuertes. Goza, Apolinario, goza el placer que esas mujeres te darán, interesadamente. Aprovecha que su ambición es quien te lo entrega, son mujeres adictas al poder, esclavas de las ambiciones, serviles, pero llenas de placeres. Goza, Apolinario, con tu cuerpo, no con tu corazón*-, claman las voces.

Él piensa que el dolor quedó montando su caballo, porque no bien comenzó la meteórica carrera cuesta abajo, los golpes se fueron amortiguando cada vez más hasta simular, en el final, palmadas felices de amigos que se encuentran después de muchos años. Entendió también, que su caída forzada ha terminado por la aparición inesperada de una especie de horqueta natural, que frenó su desgracia cada vez más veloz. Se siente feliz. El estar quieto unos minutos, le permite pensar y razonar distinto. Nota que su cuerpo aún tiene sensibilidad, porque siente el tobillo y rodillas a pesar de estar muy golpeado. Confirma que sus manos siguen pendientes de su cuerpo, porque logra tocarse con ambas, su rostro sangrante de heridas recibidas al chocar contra rocas salientes. Visualiza nieve a escasos centímetros de su frente, y al mover su cabeza, agradece a esa montura natural por haber cortado el camino violento que faltó recorrer cientos de metros barranca abajo hasta el fin del precipicio. “Evitó una tragedia”, piensa. Tuvo suerte a pesar de todo. Si bien el viento blanco disminuyó su intensidad, la noche se acerca como su más temible enemigo. Recuperando movimientos, comenzó a acomodarse para encontrar un equilibrio entre la superficie de la nieve y su golpeado cuerpo. Pensó en Inés por primera vez en muchos años de otra forma. “¿Qué me está pasando?”, se preguntó. Las imágenes de ella y Jonás se cruzan sin pausa, produciendo alegría y tristeza. Una angustiosa contradicción del alma.

Sabiendo que el tiempo juega una mala pasada, comenzó a tomarse de cuanta superficie de apoyo encuentra para ascender lentamente, por el mismo camino que ha recorrido dando tumbos cuesta abajo. Logró encontrar, por fin, una rama gruesa de raíces verdes y flexibles, donde la savia aún alimenta sus entrañas. Surge sembrando manijas salvadoras. Sin embargo tiene que esperar. El dolor en todo su cuerpo y el frío intenso de la nieve comenzó a penetrar el poncho de Castilla y ahora se siente una humedad insoportable. La noche cubre el

ria, o la rutina. Vaya a saber por cual de ellas. Pero sabe que a paso lento o rápido, su caballo lo llevará de regreso aún cuando pueda dormirse él de cansancio, o a veces, por el alcohol consumido sin parar. Siempre lo mismo. Esta vez, Juan de Dios piensa curiosamente en Jonás, el joven artista que ha logrado dibujar su alma sin conocerlo. Comprende que existen lenguajes invisibles; que las comunicaciones entre la gente, se da aún en los silencios más profundos. “¿Hablarán las mentes?”, se pregunta en esa noche helada, con el viento azotándolo sin piedad. “¿Será capaz de dibujar el viento a ese niño?”. Son interrogantes naturales mientras recuerda la explicación que la madrastra de Jonás argumentó sobre su origen. Una rama cruzada, corta en dos el vacío del camino y pudo hacer lo que durante décadas nadie pudo concretar. El golpe sobre el pecho toma por sorpresa al jinete sacándolo de su montura, tirándolo al borde del sendero, dejando un cuerpo sorprendido dando cientos de vueltas sobre la nieve barranca abajo, rodando como un carretel sin rumbo, sorteando piedras y ramas que aún asoman entre el manto blanco que pide permiso a la noche para cambiar su color en la oscuridad. El viejo hombre no tuvo un gesto de dolor. Tampoco dijo una maldición. Su caída fue acompañada de una resignación permanente. Así llegó hasta el fondo del cañadón donde quedó atrapado entre roca y troncos. Encajado en el tiempo y la noche. Incapaz de hacer movimiento alguno por el mareo provocado en sus violentas vueltas y también por un dolor frío en su cuerpo de poca carne disminuida como un sello en recuerdo de la juventud perdida. Muchos huesos están doloridos por esa violenta caída, va observando Juan de Dios que el cielo cerrado por nubes blancas se confunde con la nieve desempolvada de la barranca. Hombre, poncho y cuerpo sacuden en silencio la barranca, acostumbrada a recibir caricias de nieve, lágrimas de lluvia o el paso distraído de animales salvajes que habitan esas tierras.

Nueve

“Porque ya no soy yo... ni mi casa, es mi casa”...

FEDERICO GARCÍA LORCA

Jonás queda profundamente dormido. Tiene veintidós años. A su lado, los papeles, cartulinas y pinturas siempre lo rodean. Es indudable que tiene talento. En su infancia, turistas que por casualidad descubrieron sus trabajos, entusiasmados prometieron llevarlo a la Facultad de Bellas Artes. El paisaje de cordillera contrasta lógicamente con los fantásticos y fríos edificios de una ciudad. Jonás a esa edad tiene una especial atracción con las mujeres. Con ellas hace el amor habitando todas sus fantasías. Ellas aman a Jonás, pero Jonás retacea su amor, aún cuando adora esos juegos y placeres que ellas ofrecen. Admite haber logrado una comunicación perfecta con sus amantes. Ellas se han despojado totalmente de celos, preferencias y costumbres. Serán amantes y amigas, sentencia bromeando. Serán también compañeras, ratifica y cada una tendrá una inicial. En los sueños no habrá preferida. Estarán siempre presentes. Ellas aceptaron de buena manera la propuesta, pero esa tarde, pide que lo dejen solo. No estaba cansado; está inspirado con nuevas ideas para sus pinturas enriquecidas al leer la vida de Goya, e impactado con sus pinturas. Inquieto, busca la técnica e intenta interpretar al artista desde su punto de vista. Los críticos sabrán de pintura, pero él

sabe de sentimientos. Esa noche, después de tomar sus botellas habituales para homenajear el sábado, soñó con las Pinturas Negras de Goya. Lo impresionaron. Vencido por el cansancio, se desploma en la cama desordenada, vacía y embebida de los perfumes de sus amantes. Suda. Está inquieto. Sueña con la pintura donde la madre ignora a su hijo desparramado sobre sus rodillas, mirando al costado, buscando el hijastro que despertó el amor lascivo. Él tiene cubierto su torso con un paño blanco de hilo grueso, cruzado con cinturones anchos sosteniendo la espada filosa del guerrero. Sabe de la madrastra, en la tragedia de Fedra. No hace nada. Solo caminar un sendero donde encuentra guerreros y mujeres que no ocultan sus cuerpos, caminando al lado de caballos majestuosos de anchas crines. Las riendas, buscada por peregrinos, acompañan un cortejo llevando un féretro de muerte que la peste puso en el camino del sufrimiento. Sueña con esos muros separando aldeas pequeñas habitadas de gente cruzando calles angostas, empedradas, deseosas de ser miradas y también para escuchar los secretos del pueblo dormido. Suda Jonás. Delira. Pasan soldados buscando al pintor que lleva un demonio en cada paleta. El pintor duerme apoyado en el respaldo de un tronco seco que alguna vez cayó en ese lugar y nadie se atrevió a cambiarlo o transformarlo en leña. Una de sus manos sostiene la cabeza. Los párpados cerrados. Su imaginación continúa vagando por sueños que no desea interrumpir. Una tinaja de madera cayó cerca de sus pies derramando vino fresco como una brisa cruzando ese sitio de paz. Una figura grácil se eleva. Es una mujer trayendo energías a la superficie convertida en fuego. La mujer está exhausta. La frágil desnudez y sus curvas apenas ocultas por delicado tul rojo extraído de algún lugar archivado, ahora yace desparramada cerca del árbol caído. Lleva en cada mano anillos de piedras tan hermosas como sus ojos. Engarces de cristales brillantes. Todos diamantes. Ella deja que su pelo ensortijado acompañe la brisa sin ofrecer resistencia alguna. Su pie dere-

Once

“Igual que el halcón que después de agitar largo rato sus alas vigorosas de pronto planea y desde lo alto se lanza como una flecha sobre la codorniz que alborota a la vera del camino... así, Ostap, el hijo de Tarás le echó el lazo al cuello”

NICOLAI GOGOL

Es difícil diferenciar nieve vieja de otra reciente. Esa noche el viento blanco azota enfurecido, sin pausa, con una crueldad pocas veces vista. El viento del trágico silencio, capturado por una naturaleza hostil, despierta pocos minutos antes de la caída de un sol débil. Un viento blanco temido y respetado por cualquier sobreviviente, obliga a buscar un reparo cercano para evitar desconcierto. Allí, montado sobre el caballo tostado de años, donde el tiempo quedó estacionado en los cascos, cabalga Juan de Dios negándose a desprenderse de su fiel animal. Es un hombre de barba blanca, cabello desprolijo y ojos cerrados al viento. El zumbido de nieve volada y los copos se mezclan entre los pelos en una barba cristalizada, de donde después gotas de agua se descuelgan como estalactitas desesperadas para no caer de esas altitudes. Con 70 años de vida, el jinete cubierto por un enorme poncho de Castilla negro se protege del frío y el agua, con iguales virtudes y limitaciones. Juan de Dios, montado sobre un apero que cubre el lomo huesudo de su caballo, transita a paso lento el sendero de la memo-

cho, asoma en las hierbas con la blancura de una flor. Es tan delicada que ahora duerme junto al artista. Un trueno sacude ramas y pájaros que habitan el lugar. Pero no pueden despertar los amantes que siguen soñando. La paleta deja que sus óleos sigan mezclando realidad, dando vida y movimiento, buscando el complemento de la sombra, o el brillo de la luz. El artista Jonás sufre súbitamente un temblor acompañado de convulsiones, secuela de una vieja fiebre que en su clímax lo llevó a un estado diabólico, flotando dentro de un túnel de grandes círculos, acompañado de sonidos sin poder reproducir. Gritos; música y lamentos. Alegrías y risas mezclado en ese cilindro que lo lleva a una oscuridad deseada para pintar. Grises tinieblas comienzan a visualizarse cuando se llega al peñasco donde está la noche cerrada de truenos y relámpagos. Imágenes fantasmales cubiertas, escondidas entre túnicas harapientas de colores oscuros y secos, aparecen nítidamente al frente, como una gigantesca imagen de cara descompuesta por el horror. Ojos desorbitados, blancos de luz, inyectados de finas arterias rojas, impactan su pupila. El gesto del horror. Su nariz se abre acompañando la mandíbula gigante que mastica la cabeza de una mujer colgando desnuda, bañada con sangre cayendo mansamente por sus delicados hombros que han perdido la vida. Jonás desparrama su humanidad cubierta de sudor humedeciendo la cama. Está enloqueciendo. El cuello del monstruo carnívoro, se articula con dos enormes brazos que terminan en manos gigantes, uñas largas y negras calando la espalda de esa mujer. Sus bordes filosos hieren. Los glúteos están intactos y la pierna nace sin las sombras del demonio. El réquiem de una mujer. Nada se ve. El negro telón de la vida envuelve esa imagen macabra cuando Saturno devora a su hija. Hija de él y su hermana Rea, sobreviviendo al baño de sangre, cuando Gea castra a su padre con una guadaña. La sangre corre a torrentes naciendo las Erinias, los gigantes, y las ninfas. Jonás grita. Lanza alaridos de terror y desconsuelo. El pintor con-

vulsiona nuevamente dejando que su cuerpo contorsione espontáneamente, golpeando la vecina desnudez de Malena. Su compañera solo atina a mirarlo, acompañando en silencio, gestos y gritos de quién es presa de un sueño fantasmal, que lastima. Jonás continúa llorando. Un dolor reprimido acumulado en sus pesadillas. Malena lo deja. Lo espera. Sabe que tendrá el despertar cuando su sueño haya terminado. La batalla entre el demonio que posee, el pensamiento y el pintor: ha comenzado. Ella sabe del amanecer y de cuantos sueños han dejado de tener sus ojos cerrados para custodiar las fantasías de Jonás, que más tarde, plasmará en obras de arte. Sentada al borde de la cama y con un cepillo, ondula su cabello reconociendo la textura suave y sensual sobre sus hombros. Supo Malena que ese día, cuando ella andaba despreocupada, encontró a Jonás caminando senderos del descanso. Bastó que ambos tuviesen el cruce de sus miradas, para intuir que estaban destinados a compartir el lecho y los paisajes del amor. Malena era fuego puro capaz de extenuar a Jonás dejando que el cuerpo se derrumbe rendido ante su belleza y fantástica manera de amar. Fue allí, cuando las palabras y caricias encontraron la dicha de sus cuerpos en medio de pinturas y pinceles, testigos de noches enteras de placer. Jonás permanece soñando. Agitado ahora, viaja en laberintos. Dibuja una mujer con el cuchillo filoso en la mano para cortar la cabeza de una extraña, envuelta en joyas rodeando la fiesta y festejo. Decenas de cuerpos en una sala vacía, figuras contorsionando sombras. Ríen. Ríen por todas las maldades que encuentran para seducir un añoso y delgado viejo, descansando sobre el bastón de caña con dos manos atrapando la curvatura de apoyo. Ríen de un amorfo personaje de esas tinieblas y se acercan a la oreja del viejo, para blasfemar, enviándoles maldiciones del infierno. Comen las ánimas calaveras con restos de carne descompuesta, pegoteadas en sus órbitas, que dejan a las ratas para alimentar alimañas. Jonás recuerda haber estado condenado por tres días en

del sistema. Esa noche, los borradores tirados en su mesa yacían en el piso. Comenzaron a tomar cuerpo, forma, y se había animado a colocar nombre y apellido en los cargos.

Había que buscar los más miserables, premiar la deslealtad y la codicia. Se obligaba también a ofrecer progreso económico a quien lo acompañara para el desarrollo de su proyecto personal.

— Porque, si bien puede ser fácil llegar, lo difícil será mantenerse y que la estructura permanezca intacta, fiel, sin grietas, sin fisuras-, enfatizaba Apolinario a su imagen reflejada en el espejo.

Exigía que no pusieran en peligro la posibilidad de concretar el robo impune. Nada ni nadie podría interferir en su proyecto. Estaba seguro de ello. La obediencia, la obsecuencia y el rigor garantizaban su estrategia.

Un pueblo encerrado en sus propios reclamos con sus pancartas, literatura contestataria y hasta con armas, no le producía inquietud.

— *Teme más la palabra escrita que a las balas de un fusil-, cantaban las voces.*

— *Tu historia, Apolinario, que también es la nuestra, debe ser escrita por tus obsecuentes intelectuales, de otra manera quedaremos registrados como ridículos ignorantes y aventureros -claman las voces.*

— *Que nadie se atreva a escribir en tu contra, Apolinario-, suplican las voces.*

— ¡Jamás! -replica Apolinario, encolerizado-. Quien lo haga perderá su vida y también su historia -sentenció.

— *Destruye, Apolinario, destruye-, coreaban alegres las voces.*

Apolinario estaba en el camino correcto.

trastaban con los miles de bailarines que, rodeándolo, bailaban al compás de distintos pero rítmicos movimientos, portando máscaras que ocultaban sus verdaderos rostros. Cráneos limpios, no cabezas reconocibles. Bailarines con máscaras. Ése es el mundo que le toca a Apolinario.

— *Lo enigmático -decían las voces.*

— ¿Quién me llama?-, preguntó Apolinario sin saber a quién hablaba.

— *No te llamamos, Apolinario, estaremos siempre a tu lado-, contestaban las voces.*

— *Nunca podrás adivinar quiénes son tus amigos; tampoco tus enemigos. En política cada uno lleva máscaras que pasan desapercibidas, ocultas, simuladas-, explicaban las voces.*

— ¿Cómo una máscara puede mantener esa inmutable expresión de gestos, sonrisas, dolor o tristeza, todas separadas o todas juntas?-, preguntó Apolinario.

— *Según donde estén, está una u otra, Apolinario -decían las voces.*

El arte de la pintura, o de la misma subsistencia, es quien puede brindarle esas repuestas. Esta lucha será escrita en la historia como la epopeya crucial de Apolinario. Aun cuando sus triunfos debieran ser obtenidos con el concurso de traidores, delatores, ladrones, asesinos y delincuentes. Aun así, Apolinario imaginaba su entrada triunfal impulsado en música celestial de Johann Sebastian Bach: clavecines, órgano, tocatas, fugas, passacaglias.

Todos juntos. Él y su pueblo, mientras caminaba paseando sus logros en un pasillo rojo que lo eleva infinitamente hacia la cima del poder, acompañado por un teclado de piano, resucitando la magia de Beethoven.

Todas sus ambiciones estaban puestas en esa contienda que le permitiría a corto plazo consolidarse con su equipo de trabajo. Todos ellos incondicionales. Serviles y dispuestos a entregarle las ofrendas que el poder impone. Si se cumple este requisito, podrán permanecer dentro

el estómago de ese pez. Se está mirando a sí mismo espantado, temeroso, angustiado. Los vacíos de sombras en las vísceras nublan su memoria. Su encierro calmó mares y tempestades de furiosas olas. Tempestades que viven aún en sus oídos y retina para que luego sus manos tomen con fuerza el pincel, permitiendo que su imaginación cubra la tela blanca manchándola de colores. Jonás percibe que hay una rara mueca de satisfacción en el comensal harapiento que levanta una cuchara para llevar el brebaje envidiado por su acompañante más miserable que él. Toma ese hombre la primera cucharada y aparecen cientos de figuras negras entre los restos de madera. Gimen. Gritan. Blasfeman. Canciones de cuna siniestras acompañan donde los niños, han desaparecido de las sábanas y se convirtieron en parte del festín caníbal. Vagabundos por fin en la tela pintada, y mujeres entregadas al placer, penetradas en el secreto del sexo y los que no, llevan sus manos a la masturbación implacable de quienes fueron desplazados de esa orgía. Luchan algunos con sus rodillas enterradas en una ciénaga putrefacta, golpeándose con piedras y palos de espinas bañadas en sangre. Palidecen las ánimas caminando pegadas al muro del monte, llevando la peste en sus cuerpos que revientan, liberando pústulas malolientes, dejando que sus huesos se vean en algunos que ya tienen lepra. Se pudre la carne haciendo olvidar sus nombres y sus historias.

Malena esta despierta. Sufre no poder mitigar los sueños de Jonás. No puede aliviar su enorme pena que lo atormenta en las noches. Acaricia la cabeza húmeda de Jonás, dejando su cuerpo próximo al latido de su corazón. Presiente un final, mientras Jonás delira invadido de harapientos leprosos con bolsos de escasa ropa sacada apresuradamente de casas incendiadas con la excusa de purificar el pueblo. Un triste rumbo a las cavernas; el lugar de condena donde todos quedarán sepultados. Mientras las Parcas sobrevuelan el éxodo leproso escapando la venganza de los sanos, los restos humanos des-

esperados buscan condenar a quien cometió el delito de estar cerca de la peste y enceguecidos con el peñasco extrañamente iluminado, levantado ante el desafío de quienes quieran destruirlo.

Jonás suda. Tiembla. Asustado despierta gritando en su cama. Las pesadillas son rutina en su vida. Semi-consciente, va a la canilla de agua y deja que su cabeza sienta correr el líquido fresco. En plena madrugada ha despertado. Su compañera lo mira en silencio, es ahora ella, Malena, quien se desorienta. Ama a Jonás. El nunca la amó, pero recuerda cuando en un otoño le pidió que viviera con él. Estremecida de felicidad en las orillas de un río aceptó. Él la amó. Testigos fueron los peces en el fondo y en los bordes del río, las huellas de pisadas aún confusas custodiando el cauce de la vertiente. Vio esa tenue espuma convertirse en globos de aire estallados en silencio, no bien nacían y fijó la imagen de sus ojos contemplándola, perdiéndose luego en el débil oleaje que lleva esa ilusión hacia abajo atrapada por una corriente para fundirse luego en arena, piedra y agua. Malena, permanece sin hablar. Sentada en esa piedra libre de humedad. Seca por el viento. Mira perdida el horizonte sin saber a quién, o a donde fueron sus pensamientos y sus sueños. Sus manos, acarician una gramilla que trata de trepar entre piedras de bordes romos. Hay un gesto de ternura en sus labios y tal vez, alguna melancólica lágrima, surcando sus mejillas. Se han amado plenamente. Malena; rebelde en sus actos, con personalidad forjada en una vida difícil, permanece tierna y a su vez agresiva y dulce. Pícara en cosas mundanas. Reflexiva, profunda en sus pensamientos y amante espontánea, capaz de entregar pasión y fuego cuando permite dejarlo salir. Esconde secretos que ella misma desconoce. Al descubrirlos, libera su risa contagiosa, invade el aire más lejano, e invita a sumarse aunque nadie sospeche el motivo. Desconfiada no por nacimiento... sí por experiencia como dice muchas veces. Mientras evita nuevamente las preguntas que algunos curiosos le hacen. Sufre. Sufre

Dos: “La Irresponsabilidad medida y controlada permite el crecimiento y el reparto”.

Fue en ese momento cuando experimentó una sensación fresca en su rostro. Estos recuerdos se repetían frente a su espejo, que cotidianamente devolvía la imagen artificialmente montada para aceptar sus propias conclusiones.

Él y su imagen, contra todos. Sabía también que de estas reflexiones vendría la clave del éxito. Se autocalificó como el Renoir de la política, satisfecho de sus conocimientos adquiridos gracias a su propio esfuerzo. En realidad, y a decir verdad, no recibió ayuda de nadie. Soñó nuevamente que esto se acercaba más a una premonición que al azar. Seguramente, en el futuro, su figura lograría borrar de la escena política a su anterior gobernante: cariñosamente llamado el líder, a quien él sucedió. Siempre fue su obsesión; dejar en segundo plano a ese hombre. En teoría debería desaparecer, si aplicamos los principios de Arquímedes acerca de los cuerpos flotantes, pensaba.

“Todo cuerpo sumergido total o parcialmente en un líquido, experimenta un empuje hacia arriba, igual al peso del fluido que desaloja”, había copiado textualmente la cita.

Sentía que era su caso. Sumergido él en el mundo de la política, necesariamente debería desalojar a su máximo y potencial enemigo: su predecesor. La figura querida y aceptada por la gente, el hombre a quien envidiaba y, a su vez, admiraba, en esa tremenda contradicción; su propia lucha interna. Sin embargo, era una lucha con ferocidad enfermiza, semejaba aquella legendaria pintura etrusca impactada en la misma tumba de los Augures. Lo absurdo.

Muchas veces, las imágenes de máscaras, espectros y calaveras habían dado vuelta en sus sueños despertándolo en gélidas madrugadas. Las órbitas negras de cráneos vacíos mostrando dentaduras filosas e irónicas, con-

El permiso y la iluminación necesarios para seguir adelante, sin culpas, era otra cuestión que no le interesaba; estaba allí para aprender, no para rezar.

—*El poder se ejerce; el poder no se ve, ni se delega, corean las voces.*

—Haré de esto una rutina -dijo, levantándose del banco; y abandonó la iglesia. No era un recinto para él.

Se retiró lentamente de ese sagrado espacio donde, en realidad, todas las enseñanzas estaban a su alcance; pero sólo algunos las descubren, pensaba, mientras caminaba por el boulevard lentamente, recordando cada uno de los ejemplos que diariamente anotaba en su cuaderno.

— Éste será mi manual de gobierno-, le dijo a su amigo Cantoor, que lo miraba sin entender, en realidad, absolutamente nada.

Consciente de las limitaciones, se gratificaba con sólo mirarle la cara y sus ojos asombrados. Abría o entreabría coordinadamente la boca dejando ver sus encías vacías, en la medida que su capacidad para entender le permitía la comprensión de lo expuesto por su ídolo: Apolinario.

— Ellos han nacido para obedecer. Yo, para mandar-, dictaminó Apolinario mientras guardaba el libro de su autoría.

— ¿Cómo puedo sumarme a tu proyecto, Apolinario?-, suplicó Cantoor.

—Alimenta tu ambición, Cantoor, no basta el deseo para seguirme-, respondió Apolinario.

Estaba entonces, sin querer, acercándose a los principios más elementales para ingresar a la máxima irresponsabilidad. Sus acertadas observaciones y las anotaciones diarias motivaron no sólo a memorizar, sino también a comparar sus conclusiones con la realidad. Allí su ventaja. Esto sugería dos conclusiones que consignó así:

Uno: “La responsabilidad en el poder, es un factor limitante para generar fortunas propias indebidas”.

por amar tan hondo y el dolor la atormenta en sus sueños y silencios. Sin embargo, tiene fuerzas suficientes para seguir adelante haciendo de su vida una permanente superación.

¿Qué ve Malena en Jonás? Su arte. La terrible imaginación a lo fantástico, sus vuelos geniales a lo desconocido. Sus colores y sus pinturas de vida. Jonás ha ocupado un vacío.

¿Qué hay en esa misteriosa mujer que hace de ella algo más que un codiciado trofeo para Jonás? ¿Cómo puede uno acercarse sin que ella se evada? Tiene mucho temor a ser acariciada por manos desconocidas; manos de sudor ajeno, manos con dedos sin música. Ella asiente las suyas cuando puede reconocerlas desde lejos, aún, en un silencio inexplicable. Teme manifestar sus sentimientos pensando tal vez, que el solo hecho de decirlo desnuda una hermosa intimidad virgen de sensaciones. Busca una excusa perfecta o tal vez, el exceso adecuado. Pero en esa profundidad conocida y protegida celosamente, reserva su entrega como su mejor joya. Es una mujer de gran intuición que creció en el privilegio de la abundancia; pero también: de las carencias. Lleva en el fondo, una pena que periódicamente regresa. Ella quiere olvidar. Esa pena le permite caprichos y desplantes. No tiene rostro. Está borrado por dudas sombrías que siempre la envuelven, sin embargo, las perfectas líneas del Michelángelo va descubriendo sus ojos y labios con la claridad de sus pinceles y la magnificencia de su arte. Solamente Jonás puede pintar su cuerpo y desear también tallarlo. Cincelarlo en la torpe piedra donde el escople y martillo pulen las caras del mármol blanco que da libertad a las formas, naciendo su cuerpo resplandeciente y estremecedor. Rostro y cuerpo se unen en una sola imagen. Un canto a la vida. Mientras permanece quieta como ahora; incorporada mágicamente a la perfección de Cézanne, cuando abandona sus bañistas, para pintar esa mujer sentada en una piedra seca acariciando la gramilla del suelo y mirando distraídamente un hori-

zonte sin destino cierto. Deja siempre Malena, que sus sueños la lleven tan lejos como sus recuerdos, y tan cerca, como sus sentimientos pletóricos de calidez y ternura. Supo entonces, que en ese jardín natural donde las aguas corren sin diques ni contenciones, deja seguir latiendo con fuerza su corazón. Malena mira a Jonás con tanta piedad y desconsuelo, que él no sabe qué decir. Un blanco amanecer. Los copos de nieve descenden en silencio sin el permiso de una naturaleza que lentamente cubre con una sábana blanca las ondulaciones. El frío ha calmado. Los copos de nieve no encontraron el dolor. Jonás miró por la ventana y se encontró a sí mismo. Pensó en Inés. Pensó en aquella mujer que bailaba por las calles con sus perros. Tiene una cierta atracción para él y ha sido incluso su modelo imaginario en algunas telas que representan el desfile de la vida. Los encuentros de mariposas. El detalle de flores. Los grises de las piedras, y los juegos de sombras. Supo también, de los juegos de su hermano sellado a la vida de una sombra. Supo de días enteros pasados con su trapiche, colando arena del arroyo en búsqueda de piedras, que por su brillo generan dinero. Jonás se levanta no sin antes abrazar a su compañera y besar sus lágrimas que brotan como vertientes. Sabe que en ese momento tiene que pintarla. Debe llevar sus gestos y su belleza a la tela que ha combinado en colores, manchas, pinceles y cinceles. Es la furia misteriosa del arte que lo ha envuelto. Toma óleos en sus dedos modelando su creación en respuesta a su pesadilla monstruosa, y completa con la suavidad del genio los colores de las flores, que ella mantiene en sus manos transformándolas en lágrimas. En prados y alfombras verdes. Y sabe al terminar, que ella, acaricia nuevamente el privilegio de una eternidad.

Diez

*“Son puertas de sangre, milenios de odios,
Lluvia de rencores. Mares.”*

Rafael Alberti

—*¿Puertas de Sangre, Apolinario? ¿Esperas aún que alguien te enseñe cómo edificar tu casa para tener un techo? Tienes las lluvias de rencores enquistadas en tu alma, tus años de odios te sobran. ¿Entonces, Apolinario, qué esperas? ¿pregunta el coro de voces.*

Entonces conoció cómo se construye el poder. Era, para él, un trabajo artesanal, lento, firme, pleno de convicciones. Supo que no existe la perennidad; que lo rutilante cuesta, que no estaba compitiendo contra selenitas, peleaba contra hombres también decididos a defender el poder conquistado, y que ahora todo dependía de su propia soberbia. No hay más excusas. Le bastó entrar en esa imponente Catedral de los cristianos. En realidad le fascinaba ese poder sobrenatural; estaba allí presente, pero que nadie pudiera verlo.

—El poder se construye interpretando los temores y las necesidades de la gente y quien se ha hincado en un banco de madera para rezar, o para purgar sus propios pecados, está aceptando que hay un poder superior a quien temer o de quien esperar su perdón-, dijeron las voces a un Apolinario dubitativo.

samientos. Jonás a sus sentimientos. ¡Me está creciendo hielo! Advierte resignado, casi vencido. Las piernas fueron pasando del dolor a una confortable sensación de olvido. Creo que se están evaporando pensó. Mientras las manos y brazos que han quedado a la intemperie por descuido ya no se mueven. Sin embargo, la respiración sigue fresca, lenta, y permite al vapor de la boca cristalizarse cayendo inerte sobre una barba cada vez más semejante a la montaña donde esta perdido y abandonado. Nada puede hacer. Solo esperar. Entrar al sueño de la montaña. El silencio de la noche nevada trae recuerdos de su niñez como si las etapas de adulto no pudiesen entrar en la historia de ese cuerpo que se va helando. Deja que su imaginación vuelva a cuantas edades de su infancia quiera. Ya le importa poco que se fije en un solo lugar de su historia. “¡Toda mi vida... es la suma de mis edades!”, dijo sin poder tener más expresión que el pensamiento. Pensó en Jonás y en su dibujo. Mientras se acumula nieve alrededor de su cuerpo y por encima de él. Comprueba que la muerte no es tan trágica como la pintan. ¿Será así siempre la muerte fría? Sin embargo un sueño lento y progresivo comenzó a invadirlo con una placentera sensación de paz y bienestar. “¡Esta muerte dignifica. Es un sueño sin dolor!”, pensó lentamente. “Un sueño congelado. Sin sonidos; una muerte blanca”. Y se durmió.

La nieve cubrió el cuerpo delicadamente, tejiendo una red cariñosa sin dañar los años que se entierran en la nieve. La luz se apaga. La paz entró sin darse cuenta. La naturaleza nunca supo lo que estaba cubriendo. Es una noche cerrada y él esta apoyado sobre la roca sin tener posibilidad de despedirse de nada y de nadie. La noche. La nieve. El frío y solo él naufragando en una gran soledad. La oscuridad abruptamente se abrió herida por la madrugada. Calmado el viento con nubes desplazadas por la última brisa del oeste, corrió ese manto apareciendo millones de estrellas. Cada una más brillante que otra, peleando su espacio y su luz para demostrar

que dormían ajenos a la tierra. Siempre habrá alguien esperando hablar con las galaxias aunque sea para contarles sus pesares. No puede llorar. Es un pedazo más de esa congelada montaña. A partir de esa noche la montaña tiene en su seno un habitante más. Quieto por la vergüenza de ser el último en llegar, orgulloso de ser parte de esa formidable naturaleza blanca, quedó progresivamente dormido el hombre de largos años sin pensar que se alejaba. Acomodó sus huesos lo mejor que pudo sobre la roca limpia para dejar que la noche de viento y nieve lo lleve lentamente por la puerta blanca que se abre sin pausa. Una enorme luz, más blanca aún que la nieve, ilumina su deteriorado cuerpo. Está en una profunda paz. Le rodean recuerdos y figuras de su familia perdida hace muchos años. Sonrientes esperan que se levante para tomar sus manos estiradas suavemente mostrando su afecto.

—¡Es que no me puedo levantar! —les dice él, ansioso.

—¡No necesitas mover tu cuerpo! —Responden los fantasmas—. ¡Es tu alma... la que debe venir!

Percibe también un murmullo de voces. Comentarios sin letras. Voces sin nombres, livianas, etéreas, sin tiempo. Lo embarga una curiosidad extraña, hasta que una voz terrenal llegó con violencia:

—¡Traten de sacarle toda la nieve! —dijo el policía señalando al hombre viejo casi sentado y congelado que tenía la espalda sobre la roca negra y fría.

Cuatro policías desentierran un cuerpo conservado.

—¡Es como si estuviese vivo! —comentó uno de ellos.

—Tiene los ojos mirando al vacío —dijo el otro.

—¡En el ojo derecho está reflejada la muerte! —sugirió un tercero.

Este comentario fue suficiente para que el jefe se acercase e inspeccionase los dos ojos.

—No deben tocar nada. Solo lo necesario para poder saber qué pasó con este hombre.

Así. Duro, congelado, en la misma posición que quedó esa noche, el hombre viejo de las nieves fue colocado en

en la función está justamente en que ellos saben que tú, Apolinario, tienes en tus manos la libertad o la cárcel -le dijeron las voces unánimemente.

a las agencias de investigaciones en países de la Comunidad Europea. Tener fuertes vínculos en Andorra, Islas Caimán o las Canarias; lugares de bonanza para el lavado de narcodólares y el mundo bajo y alto de la prostitución, juego y la comercialización triangulada de venta de armas. Ser un manual de corrupción elegante. Y un fabulador sutil.”

Todos estos antecedentes coincidían en el perfil ideal de lo que había programado, pensado y hasta dibujado Apolinario Del Manchón. Lo tenían en el expediente que Perfecto había entregado en mano a Apolinario. Su nombre: Benigno, alias BB.

— No es de la secta -advirtió Elodia.

— No importa -contestó Apolinario-, él es la secta, creo que es el indicado. ¿Causas penales, Perfecto? -inquirió.

— Poca cosa; cuatro en total, una internacional por defraudación y estafa en Francia, y tres locales, donde no se pudo demostrar gran cosa. Un testigo clave desaparecido justamente en una estafa millonaria; desapareció en una tormenta. Finalmente dos denuncias en la policía por violación de domicilio y otras tantas por borracheras en la vía pública -finalizó Perfecto, alcanzando el expediente a su hijo.

Estaba iniciando el verano, los calores resistían cualquier ventilador que hubiese por allí, en ese local viejo y abandonado de la empresa que fundó su hermano Ausencio Del Manchón, tardío empresario que abandonó el proyecto y el país, dejándole a Apolinario la gerencia en dos oportunidades. Las dos veces la llevó a la quiebra para eludir pagos a proveedores. Ausencio apareció muerto en los suburbios de Marruecos; la empresa quebró y desapareció.

Antes de estar en prisión, Apolinario había trabajado en ese lugar algunos años hasta que se dio cuenta de que trabajando no se hacía el dinero. Tampoco pidiendo o mendigando. Había que robar de alguna forma exclusiva. Fue en ese momento cuando tuvo esta idea feliz y comenzó a pergeñar durante largos meses y hasta años “La toma del poder”.

— Usa tu intuición, Apolinario, busca siempre hombres inteligentes, dóciles, obedientes y corruptos; tu garantía

un trineo de madera. De cualquier modo que lo acomodara, el cuerpo congelado mantenía intacta la forma original. El sendero formado por el mismo trineo ahora lleva un cuerpo congelado. Los policías trasladaron al hombre y también sus huellas.

—¡Tranquilos! —ordenó el galeno imperturbable—. Esperemos que el calor lo ablande. ¡Está vivo! —afirmó.

Juan de Dios regresó por el mismo camino fantástico de luces que había recorrido. En paz, después de estar con los suyos y haber podido hablarles, abrazarlos a pesar de tantos años de separación y olvido. Juan de Dios en realidad no desea regresar. Alguien lo trae violentamente contra su propia voluntad. Ha estado unos segundos nuevamente con Inés, quien envuelta en una impecable tela blanca luminosa se desplazó hacia él en medio de lágrimas de reencuentro. Ha sentido nuevamente su piel. Esa piel que alguna vez fue tan suya, como su propio cuerpo. Una conmoción tan profunda en su cuerpo por esas imágenes, le impiden abandonarlas. Sin embargo, lo regresan al mundo terrenal. Lo traen con fuerza, lo tironean; le están quitando ese manto de paz y felicidad que ha logrado alcanzar. Juan de Dios despertó. Abrió sus ojos observando como esas confusas imágenes que le rodean no mantienen claras sus formas. Todo es difuso, moviéndose entre grises y luces incandescentes. A su lado, vio claramente a Encarnación. Esa mujer tímida y casi secreta amiga de toda su vida. Ella lo mira sin pestañear. Sin asombro, sin tristeza. Sabe que puede contar con ella. Toma su mano y lleva los nudillos hacia su boca tibia y deja un beso de gracias a la vida, mientras dos lágrimas inician su carrera por mejillas las demarcadas. “Soy hombre afortunado”, piensa Juan de Dios. “Todavía me quieren”. Cerró lentamente sus ojos para descansar. El viaje de regreso, que a nadie pudo contar por estar inconsciente, le pertenece. Encarnación no se movió. Durmió con él toda esa bendita noche. Juan de Dios despertó a los tres días de una mañana cualquiera. Está recostado debajo de la vieja ventana de madera que

ha construido hace ya más de treinta años. Las vigas perforadas por las pequeñas hormigas negras, aún llevan pedazos de hojas verdes a los agujeros que hay a lo largo de las varillas que sostienen viguetas y maderas de postigones. Crujen ante el menor movimiento. Mira la luz colada por la puerta entreabierta, espera que alguien visite su eterna soledad. Tiene en su cabeza un lazo de cuero mojado. Un torniquete casero que de vez en cuando alguien ajusta para evitar el dolor de cabeza. Alguien gira los tientos una y otra vez hasta que las lágrimas estallan sin poder ser contenidas. El golpe ha quedado marcado en su cabeza hinchada. Las noches han sido tan largas y tormentosas que tuvo que tomar medicina casera, encontrada al buscar con luz de candil. Ninguna alcanzó para aliviar el dolor y ansiedad. Saber que un dolor sigue a otro sin parar; sin tener posibilidad de frenarlo. Así esperó hasta que el amanecer lo encontró retorciéndose sobre su cama de cuero sufriendo sin poder parar. Al amanecer, Encarnación sorprendida trató de consolarlo. Sus gritos lastimosos se perdían en la noche. Una fuerte helada corta las más cálidas canciones de nostalgias. “La cabeza no duele —aseguraban sus mayores cuando pequeño—; duelen los malos pensamientos”. “Duelen los dolores del alma. Los de la mujer ausente. ¡Cuando eres joven, es por el alcohol! ¡Cuando eres viejo, son los recuerdos! ¡Los problemas y los recuerdos viajan juntos!”, concluyó Juan y se sometió a las indicaciones que la empírica recomendó. Su cuerpo se hinchó con el agua haciendo crecer los brazos y las piernas. “¡Duele!”, reclama en voz alta tomándose la cabeza. Encarnación quedó semidormida luego de tomar agua y comer algunas raíces frescas cortadas de la acequia. Juan de Dios permanece sentado en esa silla de cuero, trata de no contagiar su lamento, manteniendo la mirada fija en la luz de la puerta, pensando que las medicinas le harán bien rehabilitándolo para trabajar y dormir sin problema. El dolor está mermando. No sabe si es el dolor nuevo que tapa al anterior o porque la medicina hace

— Bien, trata de filmarlos para que todo quede documentado —sugirió Apolinario—. ¿Así que vendía puentes fantasmas? —repetía ansioso.

— ¡Es un mago! —aseguraba, entusiasmado, Perfecto.

— Traicionaba a sus compañeros de ruta, excelente —pensaba Apolinario—. Este hombre es: corrupto, traidor y entregador —suspiró.

Su nombre: Ángel; alias: Foca, por sus tupidos bigotes.

— Vamos al último, Perfecto, creo que tienes siete seleccionados, quiero el número cuatro y allí terminamos, el resto lo seleccionamos durante la marcha —pidió Apolinario.

El número cuatro debía ser un hombre que proviniera del mundo de las finanzas. Atento, rápido y con relaciones comprobadas en los más altos niveles de las mesas financieras clandestinas, donde se juega diariamente la vida y la muerte de las Empresas, el futuro de sus dirigentes y el resultado excelente del espionaje (gerencial), con agentes de doble identidad y doble fondo en sus bolsillos.

Hombres capaces de albergar dos pagas al mismo tiempo, sin que una pestaña delatara su traición.

— ¿Cómo imaginar a este hombre? —pensaba Apolinario. Lo intentó, lo escribió y lo encontró.

“De presencia y actitudes firmes pero delicadas; buena educación y vastos conocimientos. Insaciable ante la posibilidad de acrecentar su fortuna y de tener un horizonte cercano al manejo de dinero público. Debería tener conocimiento y manejo de tres idiomas, varios viajes al exterior. Debía saber de un buen café en París, conocer los burdeles públicos de Holanda, los teatros de Praga, las Corridas de toros en España y otras características de cada uno de los países que habría que visitar. Debería tener siempre lista una anécdota, una historia y también una estafa. Saber camuflarse, falsificar firmas y documentos. Frecuentar ancianas ricas para comprometer sus herencias. Demostrar que alguna vez fue buscado por la INTERPOL. Haber desafiado con sus retratos

También está comprobada su corrupción en todos los órdenes y sectores de su vida pública. Creo que puede ser de gran utilidad.

Perfecto sacó una carpeta y se la alcanzó.

— El antecedente de haber quemado documentación le fracasó, un audaz rescató algunos documentos que avalaban sus defraudaciones y los mantuvo guardados en secreto.

— ¿Cuántas causas penales, Perfecto? -preguntó Apolinario.

— Once. Cinco de ellas sobreseído por “arreglos” en los pasillos judiciales; dos, por muerte de los testigos claves a la hora de los juicios; tres prescritas por inacción del Estado y una vigente por múltiples defraudaciones en cadena. Hay dos denuncias paralizadas de la Comisión de Derechos Humanos, que me falta completar -dijo Perfecto.

— ¡Está en el perfil ideal que buscamos, Perfecto! -acotó Apolinario-. ¿Qué más tiene?

— Veamos -dijo Perfecto desglosando otros documentos-, se los resumo. Este hombre era capaz de fraguar balances, notas de crédito, y transformarlos en papeles inservibles e intrascendentes. Por ejemplo: comprar maquinaria agrícola de alta tecnología y pasar las facturas como tornillos para cajas. Otro ejemplo: en una Empresa, que fabricaba puentes internacionales inexistentes y represas llave en mano, él las vendía sin agua y con maquinarias ausentes. Realmente su audacia supera lo permitido a la fantasía.

— Era enemigo de los derechos humanos, genial -dijo Apolinario.

— Se burlaba de ellos y era reconocido en el ambiente de la represión -comentó Perfecto.

— ¡Exactamente lo que necesito! -sostuvo Apolinario-. ¿Pudiste contactar con algún sobreviviente de la tortura, Perfecto?

— Cinco de ellos. Están bastantes deteriorados y con secuelas importantes.

efecto. La habitación permanece inalterable desde que quedó solo. El tiento está tenso al máximo. El torniquete ha sido ajustado por la empírica apoyando un pie en la pared, colgándose de la madera que sujeta la cuerda. Se nota el frío de la cabeza por encima del tiento y la palidez de su piel. Contrasta con la rubicunda cara del hombre que no soporta más el dolor. Fue cuando sus narices comenzaron a sangrar. Al comienzo, como si fuese agua estancada liberada por una compuerta que se abre lenta. Luego, el chorro imparable de sangre. Finalmente bienestar progresivo y también, agradecimiento que se va manifestando en su mirada. Ha vuelto a ser él mismo. Sin esos ruidos y zumbidos acompañados de mareos y dolores. La empírica decidió aflojar el tiento de cuero. Lo sacó despegándolo de la marca que había dejado en la mitad de la cabeza, lo puso contra la luz y luego de estudiarlo en sus curvas dijo:

— ¡El dolor es del alma...! Tendrá que tomar agua de piedra por diez días -sentenció. Tomó su bolsa y se alejó, tarareando la canción de la luz mala. Pero antes miró sus manos arrugadas y dijo—: ¡Tendré que hidratarme!

Y se fue a la meseta acompañada de Encarnación que merecía tener un descanso.

La meseta, impactada en el borde del horizonte, deja su impronta recortada en cada ladera de las montañas nevadas. Una cordillera imponente levanta sus manos desgarradas a un cielo azul intenso dejando ver lo que uno desea; faltándole respeto al paisaje que mantiene una calma pareja sin días ni calendarios. Una vida de pasiones y vivencias levantó vuelo con abutardas asustadas por el ruido del pedregullo. Los peces enjaulados en bloques de tierra lamida por el arroyo descienden por el oeste de la cordillera capturando en cada surco el caudal de nuevas vertientes, incrementando el agua brotando también de nieve derretida por calor del rayo del sol. El sonido del arroyo orienta a muchas aves volando descuidadas sobre mallines, dirigiendo sus alas tratando de mezclarse entre trinos de hermosos sonidos que la natu-

raleza despierta. La médica ha tratado a todos los habitantes de esa cordillera incluido a Jonás, el niño abandonado en el Mayal que descubrió el arte por sus propios medios. Ella había entregado a sus padres adoptivos una pócima para fortalecerlo. Jonás, valiéndose de una rama simple, desplegó dibujos sobre piedras lisas de montaña diciéndole al mundo que allí estaba él, esperando su oportunidad para mostrarles lo mucho que valía su intuición y creatividad escondida en la cordillera. Ha dejado el retrato de Juan de Dios con el propósito de que se fije en los trazos mágicos de sus dibujos. Tiene un mensaje en cada línea. Seguro tendrá oportunidad de descubrirlo. Mientras Jonás razona actos pasados, camina sin problemas sobre el agua de deshielo, pisando la superficie helada. Los peces espían en las transparencias de ese espejo natural, acompañando las locuras de un Jonás en crecimiento.

El único problema detectado, que merecía un cuidado especial, era su inclinación homosexual, conocida en el medio público y político, allí donde el secreto de estado podría tener flancos vulnerables.

— Nadie es perfecto -agregó Elodia, asombrando a sus hombres.

— Si eso es real, es parte de la moda actual -apoyó Apolinario.

Igual lo anotó. Tendría especial cuidado de su vida privada. Era el postulante ideal para ser el número dos. Su nombre completo: Inocencio, Alias Lulú.

— Vamos por el tercero; necesito cuatro hombres incondicionales; recuerda lo que te dije, Perfecto, necesito alguien que al margen de sus antecedentes delictuosos haya transgredido los Derechos Humanos tan de moda en este siglo -pidió Apolinario-. Éste es un aspecto importante, porque lo que haremos estará justamente por fuera del respeto de los Derechos Humanos. Yo no voy a tomar el poder para comportarme como la Madre de Calcuta, así que busquemos bien el perfil -definió Apolinario.

El tercer hombre no podía ser un advenedizo. Había que buscarlo con experiencias en robos anteriores, estafas y entrega de agitadores a regímenes militares. También no tener escrúpulos para: comprar, vender, recibir, entregar dádivas y comisiones. Tener un historial comprobado en delaciones era importante y novedoso para este proceso que iniciaba.

¿Qué mejor elección que este individuo, surgido en zonas grises de la administración, donde estaba invernando, luego de su último proceso fraudulento? ¿Qué mejor que este hombre de dudosa reputación y prontuario reconocido? Él era: Ángelo.

— Mira, Apolinario, este hombre ha colaborado con la represión. Durante muchos años, ha logrado infiltrarse en las cúpulas de resistencias y logró señalar a los integrantes de ellas -dijo Perfecto-. Todavía pueden hablar las víctimas de sus traiciones. Son testigos vivientes.

ción de documentación contable, contrataciones a empresas fantasmas, compra de inmuebles sin escrituras. Suficientes para que Apolinario se emocionara. Aseguraban que este joven, por cada lugar que había pasado, había dejado destrucción administrativa y contable, y generado desorden arrasando con cuanto dinero público hubo en esos tiempos disponibles. Apolinario estaba excitado, quería más, quería conocerlo.

De algo debía sentirse orgulloso este joven. De su paso por el Banco Regional. Había logrado, en menos de un año, armar un rentable negocio. ¿Cuál? Mágicamente, había incorporado una empresa privada dentro mismo del banco estatal. Algo inédito e insólito. Superaba las osadías y las audacias de los delincuentes económicos más modernos. En muy pocos meses había logrado adueñarse de más de un millón de dólares, montando el fraude más visible y elemental de la memoria delictiva.

— ¿Y esta empresa en dónde estaba radicada? -preguntó Elodia.

— ¡En las vías del tren! -respondió Perfecto, leyendo el informe judicial y viendo fotos insólitas donde presuntamente estaba la central del grupo financiero.

— ¿Y la justicia... qué hizo, Perfecto? -preguntó alarmada Elodia.

— Fue sobreseído apelando a la duda jurídica. El Juez dijo que lo más probable es que en esa dirección, el presidente de la compañía bajaba del tren y actuaba en una improvisada carpa ejecutiva -completó el informe Perfecto.

— ¡Fantástico! -dijo Apolinario.

Apolinario aplaudió; se levantó, fue hasta su ventana, una lágrima brotó de sus ojos.

“Robar, frente al mismo Estado. Ante las narices del mismo organismo que él dirigía, con un sistema de tarjetas fraguadas que reeditaban beneficios en la sustracción ilegal del dinero público.”

— ¡Increíble! -dijo Apolinario secando esa única lágrima.

Doce

“La felicidad, es la trampa pasajera que nos disfraza las desgracias permanentes y nos hace más vulnerable que nunca a la ciega legalidad de la desgracia.”

Carlos Fuentes

Tenía el perfil deseado de cada uno, pero también había analizado algunos de los hechos claves que resaltaban la inteligencia transgresora y sus potencialidades futuras. Fue clasificando, uno por uno. Comenzó por aquel que desde un pequeño local, casi un humilde negocio de golosinas, había construido un capital notable, aprovechando sus funciones en el Estado. Tenía sus prontuarios y las copias de las causas penales que, prolijamente, Perfecto del Manchón había clasificado. Entre los tres comenzaron la tarea de selección.

Perfecto distribuyó sobre la mesa 27 expedientes de postulantes; por abecedario, por causas penales, también por recomendaciones. Apolinario le había pedido que los 16 postulantes anexos, con causas muy evidentes de homicidios de mucha repercusión, los separara en forma temporal. No era éste el momento de ingresarlos.

— ¿Te acordáis de Aurelino, Elodia?-, preguntó Apolinario.

— ¡Sí, el hijo de Palomo, el rengo!; le llamaban el químico, dueño ahora de una gran empresa-, aseguró ella.

— La fábrica, una fábrica que trabajaba con derivados de productos químicos -describió Apolinario-, se transformó: de una humilde pieza de depósitos químicos, donde él hacía de intermediario, en una planta industrial gigante. Utilizaba la función pública para su beneficio.

— ¿Experto en defraudación?- preguntó Elodia.

— Conocía las trampas administrativas- afirmó Apolinario.

— Yo lo traté de pequeño a este muchacho -recordó Elodia-. Era muy ambicioso y perverso, hasta en las pequeñas cosas -confirmó-. Siendo adolescente, falsificó la firma de su padre; un hombre honesto, que tenía negocios en distintos rubros. Lo llevó a la quiebra. Perdió todo su capital, casa y ahorros. Se terminó suicidando al conocer que el delincuente era su hijo. El día del entierro, Aurelino brindó por su padre luego de inyectarse heroína. ¿Lo crees aceptable?-preguntó.

— Ya lo sé, Elodia. Por eso lo tengo en la lista -agregó Apolinario-. Te contaré algunos de sus antecedentes recientes, cuando estuvo en funciones públicas.

Leyó entonces sus apuntes Apolinario, orgulloso de su investigación. Y sus detalles.

“Se había otorgado las exenciones impositivas más escandalosas; compraba tierras fiscales a precios irrisorios y con pagarés sin firma; se había auto-otorgado créditos promocionales con figuras administrativas falsas. Y, a su vez, se había transformado muchas veces en su propio proveedor del ministerio a cargo, a pesar de ser incompatible y conocer los mecanismos que se lo impedían. Ya le habían advertido que no podía realizar esas operaciones.”

— ¿Operaciones imposibles?-dijo Aurelino, en ese entonces-. ¡Nunca! -Y avanzó sin importarle nada.

— Tan es así, que pudo materializar eso y mucho más, Elodia -continuó Apolinario-. Amplió una flota de modernos e inmensos camiones de transporte químico y gas de alta presión; almacenajes de productos químicos suficientes para sobresaturar su estado y los estados veci-

No le costó identificar al verborragico, cambiante y mercader de ideología. Debía ponerlo a prueba en el marco de sus nuevas condiciones. A pesar de sus brillos, merecía la investigación, resaltaban sus calificaciones y también sus ambiciones.

Descubrió que había tenido, en su corta carrera de dirigente estudiantil, tres episodios de traición política evidente, sobre todo la última, cuando fue directamente en contra de su mejor amigo. Allí estaba entonces su presa. Apolinario apuntó este dato. Si entrega a su amigo...

— ¿Qué más prueba, Elodia, qué más?-preguntó Apolinario.

— Sirve, Apolinario; pero debes cuidarte. Es un destructor sumamente ambicioso. Debes tenerlo bajo control. Es un fundamentalista, obsesivo y neurótico. Y otros defectos que ya encontrarás con el tiempo -aportó Elodia, tratando de disminuir la excitación de su hijo.

Colocó el nombre de este joven que sería, entonces, el número dos, en sus papeles secretos; sentíase orgulloso de los antecedentes delictivos.

Dos ejemplares similares para entrevistar en forma personal y comprobar que no se había equivocado. Es más, debía cuidarse de ellos, aun en las pequeñas cosas.

— Este joven es un rufián, tienes que cuidarte, Apolinario, en su adolescencia mató un niño jugando a la ruleta rusa, pero no fue por una sola bala. Fueron cinco -aseguró Elodia.

Apolinario calculó que su alma y su mente tenían una enfermiza codicia latente, igual que él, y deseaba aprovechar la verborragia y el rígido esquema fundamentalista de este chico con deseos de crecer, económica y políticamente de manera vertiginosa.

— Lo apruebo, Elodia, lo anotamos definitivamente -dijo Apolinario.

Tenía tres o cuatro pruebas importantes como antecedentes en el robo organizado desde la misma pirámide del estado, y con la impunidad que el poder corrupto otorga. Cheques sin fondo, estafas, defraudaciones, sustrac-

zaciones satánicas. Las tenía: Tiburcio logró confirmárselo poco tiempo después.

— Vamos al número dos, Perfecto, seleccióname tres carpetas de jóvenes -pidió Apolinario.

Necesitaba incorporar también una imagen joven, del mundo que supone ser la antítesis de la política. Un hombre joven que estuviese dispuesto a transar con los vicios del poder y a entregar su destino, hoy humilde y escuálido, para cambiarlo por otro de magnificencia, de placeres en vida y opulencia económica. Recordó su infancia. Se estremeció.

Tendría que encontrarlo en el abanico de las miserias humanas. Donde las perspectivas del encuentro fácil y rápido de fortunas tuviera una ilimitada bendición de lo posible. Debía ser un joven que rápidamente se condenara al sello en lo corrupto, sin que esto le afectase, o modificara su pensamiento y sus acciones. Debería entrar en el mundo de la Universidad, ese mundo al cual Apolinario no pudo acceder por limitación física y por problemas de visión, al margen de su bajo coeficiente intelectual que siempre disimulaba. Era el mundo de lo prohibido para Apolinario. Pero no para aquel que puede elegir en el momento adecuado al hombre indicado.

— ¿Cómo se llama este joven?

— Se llama Inocencio.

— A ver su carpeta Judicial, Perfecto. Dame un resumen claro; con los jóvenes hay que tener cuidado por la inexperiencia e inmadurez -sugirió Apolinario.

-Bien -dijo Perfecto-, este chico tiene, a pesar de su edad, varias causas policiales. Ocho de las cuales ya están archivadas. Tres causas por defraudación importantes; sobreseído lógicamente por arreglo con Jueces y fiscales; dos causas pendientes pero a punto de prescribir por inacción del Estado. Una de ellas es del Banco, por varios millones de dólares, donde hasta los testigos ahora niegan lo que dijeron en las indagatorias. Corre mucho dinero en esta causa y están metidos muchos políticos de por medio. Esta causa no tiene futuro -suspiró.

nos. Mantuvo el monopolio en su rubro por años. Todo impecablemente realizado. Diagramado especulativamente mientras adquiría, también, bienes inmobiliarios, negocios, y colocaba dineros públicos en las mesas de la timba financiera clandestina -seguía leyendo.

— ¡Sí, eso es público!, ya lo conocemos -dijo Elodia-. Incluso en esa mesa clandestina operaban funcionarios judiciales; sus amigos -aseguró.

— ¡Pero no conoces los montos de dinero!, Elodia -aclaró Apolinario.

— ¿Son millones de dólares ? -preguntó asombrada.

— ¡Millones, Elodia!, fortunas insospechadas -ratificó Apolinario-. A ver, Perfecto, la hoja de ruta judicial, ¿cuántas causas penales tiene aún pendientes y cuántas nuevas aparecieron en los últimos cinco años? -indicó.

— Tiene muchas -dijo Perfecto-, doce causas penales hasta la fecha; seis de ellas tienen menos de dos años, todas por defraudación. Dos juicios en donde fue sobreseído luego de arreglar con los jueces y fiscales; una causa desaparecida y tres causas que prescribieron por inacción del Estado -resumió.

— Es un hombre que promete. Mucho más, si se le deja actuar en el marco de su imaginación y la función pública -concluyó Apolinario.

Sería uno de los seleccionados y, a no dudar, le confiaría luego algunos importantes negociados, como por ejemplo: la privatización de las empresas públicas, con la excusa de ser deficitarias e ineficientes, sumado a que aumentaban la burocracia del estado y el gasto público. Por lo tanto, habría que gerenciarlas.

— ¡Privatizar!, será el negocio más rentable -aseguró Apolinario-. Nada quedará en manos del Estado. Habrá mucho dinero en juego y también futuro para nuestra gente en la postulación para gerentes -agregó entusiasmado.

— ¿Y quienes serán esos gerentes? -preguntó Elodia.

— Nosotros, Elodia, el negocio cierra perfectamente -aseguró confiado Apolinario-. Con ese argumento montaremos un mecanismo siniestro con capitales privados, para adueñarnos impunemente de las empresas. Esto nos permitirá en un corto plazo suculentas ganancias entre “aportes voluntarios” y sobornos. Luego, tercerizar servicios entre nuestras empresas fantasmas, que hay que crear en forma progresiva -finalizó.

La habilidad de Aurelino, en este sentido, fue tiempo atrás demostrada con creces. Logró vender la tercera empresa aérea a la décima parte de su valor. Como forma de disimular y encubrir defraudaciones previas de millones de dólares, con facturas fraguadas burdamente, repuestos inexistentes y operaciones de mantenimiento de aviones en lugares insólitos; ejemplo de ello es el local de 6 x 4 metros cuadrados (una mercería) que figuraba como una gran empresa de mantenimiento de aviones.

Otra de las empresas se ubicaba estratégicamente en un semáforo de una Capital cercana, justo en el cruce de una avenida. Allí facturaban reparaciones a los aviones.

— ¿Se dan cuenta? -preguntaba Apolinario a sus padres-. Inventas empresas ubicadas en espacios públicos, almacenes, y luego confeccionas facturas fraguadas. Es fácil, pero también caro -agregó-. ¿Quién sabe cuanto vale un avión, Elodia?; ¿o un hangar, o una ruta aérea?. Nadie. Sin embargo él lo hizo, con la complicidad de sus amigos, jueces y contadores. ¡Todo es posible!, lo mismo haremos con las rutas, aeropuertos, puentes, teléfonos, comunicación, barcos, ferrocarriles y demás sectores que nos reporten dinero fresco -completó.

— ¿Pero, y la gente?... ¿no se opondrá? -preguntó Elodia.

— ¡No existen!, Elodia, en esto hay que ser claros. Habrá alguna resistencia, pero será tarde. Escuchen esto: “Aurelino también logró plasmar hábilmente una red dedicada a consolidar un tejido delictivo, donde él tenía participación económica, y también gerenciamientos pos-

teriores. Amplió sus negocios en mesas de dinero clandestina, burdeles y droga”.

Todos estos antecedentes completaban su habilidad delictiva.

Apolinario admiraba esa personalidad. Se especializó más adelante en el lavado de narcodólares, negocio que Apolinario visualizaba como el más rentable.

— Y esto es muy importante, nosotros seremos generosos con los capitales que provengan del lavado de dinero; por otro lado, ellos van a financiar la campaña a cambio de que puedan triangular su capital desde los paraísos fiscales para inversiones inmobiliarias y tierras en las zonas consideradas estratégicamente puras desde el punto de vista ecológico. Sobre cada inversión de este tipo tendremos una participación del veinte por ciento; nuestro sistema de contralor nos permitirá obviar cualquier restricción a sus movimientos -apuntó Apolinario.

— ¿Tanto dinero tienen, Apolinario? -preguntó Perfecto.

— Se calcula entre los 500 a 600 mil millones de dólares anuales, según mi asesor económico Maclovio, que no sólo estudia el tema sino que también participa. Todo este dinero es subterráneo, sin control y sin pagos de impuestos. ¿Se imaginaron el negocio que tendremos? -concretó Apolinario.

Apolinario estaba emocionado. Aurelino, su motivo.

— ¿Qué más puedo pedirle? -preguntó Apolinario, mirando a su madre.

Pero algo más tenía este dilecto artífice de la corrupción institucional. Su imagen pétrea, su ilimitada personificación de una estatua marmórea; su imperturbable sangre fría y falta de escrúpulos. Apolinario lloró. Era la perfección.

Ya recuperado, Apolinario se preguntaba si también era capaz de asesinar opositores. Y ordenó que investigaran si pertenecía a la cofradía “La Noche Roja”. Era imposible que este individuo no tuviese conexiones con organi-

“No hay bien en la juventud, / si le falta aquel valor / que conserva su esplendor / con toda su plenitud. / Ni se encuentra en la vejez, / si no tiene pecho fuerte / que arrostre la adversa suerte / con generosa altivez”

NABEGAT BEB JAID

En un rancho de adobe, oculto entre sauces de altas copas y prolijo follaje, vive Encarnación con su abuelo centenario. Pedro tiene la espalda quebrada, doblada por los años, que lo obligan a llevar su cabeza de pelo blanco y barba teñida de serena nieve, a una natural cercanía con la tierra fértil de la cual se sirvió años para alimentar su pequeña humanidad. Muchos se preguntan si reduce su sombra o regresa al nacimiento. Es un hombre de pocas palabras. Manos encallecidas, duras. Semejan cuero de animal prestado para confeccionar alforjas y monturas. La quebrada figura se pasea debajo de un parral enano a la diestra de un añejo rancho, edificado por los abuelos en sueños amasados por sus manos. En madrugada y siesta, el viejito visita el parral de frondosa vegetación con racimos de uvas transparentes. Ramilletes perlados lustrados por el calor del verano y humedecidos por silencioso rocío. Miles de gotas bendicen racimos de uvas. El piso del parral reconoce las huellas dejadas por zapatones desgastados de su época de mo-

zalbete. Camina hablando con sus recuerdos; deja que las palabras besen el piso seco, levantando polvillo del tiempo. Esconde secretos en cada rama. Hombre y parral; una misma persona perdida en atardeceres cuando la luz comienza a mezquinar los colores de rutina, para transformarlos en tonalidades rojizas, despidiendo el canto cómplice de pájaros y animales del desierto. Estos asoman sus cabezas buscando el aire fresco de un atardecer que permite buscar alimento en las noches.

—¡Siempre mira hacia abajo! — Comenta Encarnación —¿Será que los viejos buscan estar más cerca de la tierra, en tanto que los jóvenes, del aire?

El amanecer sorprende a Pedro cruzando un pequeño puente de troncos unidos por tientos de cuero, esto le permite a su vez cruzar el arroyo para encontrar después el campo fértil del trigal vestido de dorado intenso, hasta que el primer rayo de sol, pincela sus movimientos. Toma el arado de mano, encastilla la empuñadura con la fuerza que solo tienen quienes desean fertilizar la tierra. Azota al buey añoso que avanza con pereza entre surcos reconocidos por años. Hombre y bestia sacan sudor al cuerpo hasta el mediodía. El calor intenso lo obliga a refrescarse en aguas frías del río. El arroyo se ufana de mojar los surcos, lamiendo semillas sembradas por las sabias manos del anciano. Las piedras dejan abiertos, mágicamente, espacios para el crecimiento del trigal, cuyas espigas darán, luego de la cosecha y la trilla, suficiente harina para hacer el pan desarmado en cada jornada. El hombre de viejos años, larga barba blanca y pelo nevado por el tiempo, se permite cada día dos caminatas debajo del parral, mientras palabras de lamento rebotan en el piso y se esconden entre ramas y hojas del parral enano. Esa planta obstinada esperó muchos años el quiebre de esa espalda; los suficientes para ofrecer más tarde la sombra reclamada desde su juventud. “Comer... lo que puedo producir”, es su consigna. Mientras camina bajo el parral, piensa hasta cuándo seguirá arqueando su columna. “Ya no puedo mirar el cielo”, dice

Inés, su madre, escribió un pequeño papel que introdujo entre su ropa antes de que fuese arrancado de sus brazos, transcribiendo una cita bíblica: “Serás Jonás, te atraerá el mar y las aguas y los vientos y los colores; y viajarás siempre para buscar tu destino. Viajarás a Tarsis en medio de conflictos y tendrás que luchar al igual que Jonás que soportó la tormenta y tempestades enviadas por Yavé. Te enviarán al mar, que será igual a la soledad de hoy y que vivirás mucho tiempo. Un gran pez, te tragará sin herirte y te albergará tres días y tres noches, en su propio vientre. Será este lugar tu propia casa, tu propio encierro; donde tus gritos de angustia resentirán tus oídos y el pez en medio de ese océano paseará sus escamas en las profundidades de tus propias pesadillas, hasta que seas depositado, en las arenas de esa maravillosa costa de paz infinita, que será testigo de cómo un enorme pez; vomita un niño En ese momento, sabrás quién eres y hacia dónde vas”.

Jonás espera que llegue ese momento. A veces, pinta desesperado peces de mil formas; custodiados por arenas blancas y doradas, mientras un arco iris espera reflejar sobre telas vírgenes imágenes fantásticas de sus tormentos. Sus manos tienen ahora más óleo que piel, y la tela está completamente cubierta. Esta vez con una imagen cálida. Una figura embajadora de belleza y paz; surgida sin intención, al compás de movimientos espasmódicos que durante horas atormentó al joven pintor. Se durmió en el suelo tapizado con pinceles, papeles, bocetos y óleos. Llegó el momento de dormir. La mañana nunca trae pesadillas o ansiedades: solo realidades. Pero ahora, algo nuevo se incorpora a su rutina diaria. Escucha voces extrañas, con mandatos y consejos. No sabe de su origen.

amarillos y azules en una sola paleta, para dar luego pinceladas firmes que evitan perder su particular rasgo creativo. Es una forma de permanecer inspirado en el color. Curiosamente en esos momentos, pinta Jonás su propio autorretrato.

Pero también hay calaveras en sus bosquejos. Batallas épicas. Sangre y lamentables pérdidas de vidas y bienes. Como si le gustaran sentencias trágicas. Las empuñaduras de oro y plata de las espadas labradas por finos artesanos, contrastan con cordeles que sostienen medallas dibujadas de signos ininteligibles y cintas de protección semejando banderas diminutas con detalles de pájaros alados de metal brillante grabados en armaduras en juego permanente de festejo. Hacen de súbditos, soldados esclavos de poder. Jonás crea una pintura especial; domina momentos y espacios diferentes que continúan o preceden al hecho consumado. Hay una cierta adoración, pleitesía u obediencia, en la multitud sumisa y Jonás se pregunta cómo puede saber si en esos desiertos que separan los castillos imaginarios de pesadillas, pueden subsistir en el arte. Las residencias fastuosas mantienen secuestradas esculturas blancas que asfixian al escultor, que a su pesar, está cabalgando en bosquejos de gloria. Muchas veces camina senderos en montañas. Busca recuperar ideas olvidadas. Pisa esqueletos de animales secos de tanto calor, huesos blancos, calcinados de sol abrasante. Los desnudos cielos acompañan el viajero perseguido por alados cuervos de rapiña, anunciando siempre presagios de muerte. Si estas imágenes movilizadas en miles de sentidos; ajenas a ruido y tiempo, quedaran expuestas a colores rojos, azules, blancos, violetas, en forma imaginaria; nacen pájaros y algunas sombras difusas de rostros. Cientos de figuras en su pintura se interpretan como el rapto del ingenio y sabiduría. Jonás cabalga en sus pensamientos, hila sabiduría, aconseja el bien o el mal, con esfuerzo, condicionado a circunstancias que rodean su entorno.

apesadumbrado. Los hombres que de viejos miran la tierra, mueren sin dolor. Los que mueren parados sufren, dijeron alguna vez los hombres sabios. Se acercó al pilar de madera que sostiene la parra y, en forma lenta, se ayudó con una estaca para bajar al suelo hasta quedar sentado. Con ayuda de sus manos, se tira de espaldas logrando llevar, por primera vez en años, el rostro al cielo. “¡Ahora sí puedo mirar el cielo!”, dijo gustoso mientras descubría nuevamente lo que acontecía en el cielo. Juega con las formas de las nubes. Mira el perfecto vuelo en formación de los loros y ve alguna avutarda siempre en quejosa, moviendo su enorme estructura; y esta vez, por fin percibe a un cóndor ascendiendo desde un acantilado cercano a su rancho. No lleva nada en sus garras, creará él que no lo ve, se pregunta apuntando con su vista al cóndor que se aleja. Advierte que la tarde se retira a escondidas del sol. Es hora del regreso. Comienza a levantarse con igual procedimiento y pasos estudiados. Se despide del arroyo cada vez que la luz del día lo abandona. El fogón encendido junta brazas. Lo abriga en las noches. El día termina acompañando el cansancio. Encorvado, como esta destinado a vivir, busca refugio en los cueros de chivatos apilados en el rincón de una habitación tiznada por humo.

Encarnación vive con el anciano. Fue su última compañía. Ella viene de cuidar a Juan de Dios. Está radiante. Sabe que en la mañana siguiente; Juan estará esperando su regreso. “Todo lo que muere vuelve a nacer”, piensa mientras hace las últimas tareas de la casa. Espera que Pedro se dirija al parral como todas las mañanas para planear su trabajo cotidiano. Ella tendrá que bañarse, arreglarse, y estar lista para llegar a lo de Juan, no solo para cuidarle, sino también, para despertar deseos dormidos. Es muchos años menor que él pero tanto le admira, que la fecha de nacimiento quedó en el olvido. Se dirige a la bañera enlozada y descascarada pero impecable a pesar de los años. Cargó dos baldes de agua caliente y deja que el vapor humedezca los cristales del

baño. Puso ramilletes de azahares en el agua y en forma generosa quitó su ropa. Su cuerpo no es de impactante belleza, lejos está de aquellos que quitan el aliento; pero tiene sus carnes firmes; senos de abundante generosidad y muslos modelados de tanto caminar. Una cabellera negra, delicada y brillante roza su cintura. Entra suavemente en la tina para no desperdiciar una gota de agua que llega al borde y se sumerge placentemente, acariciada por la tibieza del agua saturada de aromas. Se estremece de solo pensar que se está preparando para estar cerca de Juan. Toma el jabón y modela su cuerpo con la espuma de su propia caricia. Percibe una angustia placentera de ser abrazada por aguas tibias, y juega con la espuma formada en cada movimiento generando burbujas. Ellas flotan explotando con graciosa espontaneidad. Luego, el toallón seca prolijamente su cuerpo y frota su cabello. Estirada mansamente desnuda boca abajo, abraza el colchón y se deja llevar por recuerdos de amores vividos. Es tal la delicadeza de su figura, que nadie duda que hasta el mismo Gauguin la hubiese inventado para que perdiera su virginidad en manos de Juan de Dios. Sin embargo Encarnación mantiene aún celos por Inés.

Pedro está sentado en una silla de madera esterillada, ajada por el tiempo, pero encendida de luces por años dejados en cada astilla; cuyo espaldar termina en dos borlas doradas, finamente talladas. El anciano vencido, abandonado por su propia vida, piensa en su pasado. Sostiene la memoria con sus dos manos apoyadas en la cabeza. Echa raíces desde sus rodillas. Es perfecto el descanso de sus piernas cansadas de tantos surcos y de sus pies, que aún calzan zapatones viejos de punta y taco cincelado en madera de cedro abandonado. En las paredes desnudas del fogón, se ven los ladrillos, de aristas sombreadas por tantos fuegos de brazas encendidas. A su lado, pende una cadena que sostiene una pava de agua tibia. Contiene su bebida y el caldo reconfortante en tardes frías y desoladas. Ha caminado largos años esa tie-

Quince

“Coronado de yedra, / el rostro abotagado, / los ojos encendidos, / espumosos los labios, / el alba balbuciente, / desiguales los pasos, / trémulas sus manos, / llevando en la derecha / un anchuroso vaso / tan colmado de vino / que lo va derramando”

EL CONDE DE NOROÑA

¿Cómo representar a Jonás? Una foto lejana está en manos de los artistas del pincel. ¿Es un joven o un demonio? El grabado descolorido, transparentado por el tiempo lo perfila como un joven de rasgos duros, nariz aguileña y pelo negro largo, cubierto con un sombrero ridículamente geométrico. Alto. Delgado. Rasgos recordados: el mentón saliente, ojos hundidos en la profundidad de sus órbitas, los pómulos definidos y una mirada de permanente búsqueda, más que de intriga. Se cubre con un delantal de género rojo, los manguitos muy amplios le permiten mover libremente sus brazos cuando pinta. Una incompleta túnica negra cerrada en el cuello se mimetiza con la oscuridad. De sus hombros, se descuelga una tela azul que cubre sus brazos. Tiene por costumbre sostener un pincel en su mano izquierda mientras garabatea el bastidor con bosquejos perfilando la futura obra plasmada más adelante, en un bastidor de tela blanca cuyos flecos permanecen fijados con tachuelas en los bordes de madera. Opta siempre por mezclar

rra. Pisó cada surco preparado con tesón, para recibir las semillas llevadas en su delantal recogido. Llueven miles de ellas. Todas fértiles. Buscan esmeradamente pequeños orificios que la tierra ofrece para albergarlas y luego, esperan el temporal de agua, para que revienten y lancen raíces. Unos humildes ropajes cubren el cuerpo sudoroso del trabajador. Lleva tierra en sus propias manos. Mira las semillas con ternura. Cuida su propia fortuna hablándoles antes de lanzarlas. El rostro mantiene huellas del tiempo. Los poros de su piel respira cada madrugada el aire puro, absorbiendo su frescura. El anciano merece sentarse en la oración a comer su pan, porque ese trabajo así lo demanda. Los días de gracias al Señor están plasmados en cada domingo que Pedro suma a campesinos reunidos frente a la iglesia. Mitad piedra, mitad madera. En su cúspide; una campana herrumbrada llama y suena. Grita cada mañana de rutinarios domingos. Jonás ha estado en ese lugar, llevado por el cariño de Encarnación en veranos de intenso sol. Jonás ha dibujado el hombre de la espalda quebrada burlando curvas de la naturaleza, e imagina ese hombre inmortal, pensando ingenuamente que su temporaria deformidad, regresará algún día a su normalidad. Jonás sabe que los huesos de la columna del hombre de la espalda quebrada, están licuados, limitados como sostén de carnes cansadas. El orgullo de ese hombre está vencido. ¿Cuántas lunas separan la historia de aquel viejo quebrado? ¿Cuántos soles marcan la diferencia entre la juventud de Jonás y el ocaso del hombre barbado? Pero ¡qué pocas lunas separan los sueños que ambos tienen en noches de soledad! Jonás no se cansa de mirarlo en la mañana cuando Pedro sale a esconderse bajo el parral enano. Hay tanta nostalgia en sus pasos; tantos recuerdos en su mirada, que Jonás los captura jugando con el anciano a interpretar la vida en sus dibujos. “Solo en verano, Jonás, vendrás los veranos hasta que este parral esté tan cerca de la tierra que no podrás pedirle nada. Entonces, sabrás que he partido para siempre. Visitarás

esa iglesia enclavada entre árboles pintados de primaveras, con brotes llamativos de colores, donde se juntan los habitantes solitarios de esta tierra.” Palabras del hombre viejo. Palabras sabias. Palabras de sentencia. En la iglesia, cuatro ventanales custodiados por grandes vitrales generan colores iluminados. Luces, transformadas en figuras y plegarias de santos y santas, viviendo eternidades del mañana. Pedro tiene el gesto bondadoso de quien despide en vida a la vida misma. Deja escrito en el libro de tapas marrones garabatos con tinta oscura y negra, sus recuerdos que solo las manos de los sabios pueden manejar con propiedad y mesura. Unos candelabros de bronce puro, manchados por la caprichosa cera cayendo en serpentina, buscan un descanso. Imitan movimientos de llamas flameando en la punta. Pedro suele escribir en interminables noches de invierno. Descansa su historia en cada uno de sus legados. Dibuja letras de recuerdos, mientras Encarnación, cuida sus sueños. Ella está allí; a su lado. En la magia de la penumbra. Esa cabellera de largas trenzas desarmadas en la noche, cubren la vergüenza de su dueña y también, deja insinuante sus senos, iluminados en la habitación con luz propia. La aldea descansa en silencio. Casas y calles desiertas. Techos de viviendas humeantes con chimeneas hablándole al fuego. Pedro se fue al continente de las luces. Al continente de la música, y las letras. Se fue en un largo barco rodeado de barandales que deja entrar una brisa de mar inmensa perdida en cada mirada a un horizonte sin frontera. El inmovible hombre misterioso de ojos anillados está solo, envuelto con saco azul de codos vencidos, rotos y zurcidos. Lleva puesto un sombrero chapaleado de alas levantadas para que los sonidos se ahoguen en telas y también para que la intensidad de luz proteja sus ojos de mirada triste. Jonás solo. Percibe el color cuando estalla. Mientras Pedro sueña con ojos cerrados e imagina igual que Jonás colores mutando en figuras de nuevos dibujos archivados. Las pinceladas parejas dan movimiento a trazos secos, ras-

dose sólo para tratar de acomodar su humanidad sobre las irregularidades del sillón vencido. Atos estaba afirmando con sus tenazas, atrapando el borde del respaldo de madera. Sus plumas blancas se habían transformado en los colores mágicos de un faisán.

Apolinario soñaba que era elegido por multitudes; que todos lo aclamaban, que estaba en un estadio inmenso, con las tribunas atestadas de público, y que él levantaba los brazos al igual que aquel pastor que admirara en su juventud. La Banda que lo acompañaba estaba lista, la música de fondo no tenía compositor porque la daba ese pueblo al que él hipnotizaba. Levantó sus manos al recordar que estaba en el palco central, y comenzó a saludar por sectores de tribunas delirantes, entrando en una satisfacción desconocida. Ese público lo aclamaba, y también coreaba su nombre y su apodo, con el reiterado:

“Aguante, Jefe, aguante y siga robando”. Se sentía en la cima de sus logros. Estaba dormido.

Alticia recogió sus ropas tiradas en el suelo, se duchó; quitó el semen de Apolinario de su cuerpo y de sus cavidades con profunda delicadeza. Acomodó lo que pudo para no despertarlo, ya que prácticamente vomitaba los últimos restos de alimentos, y se fue, no sin antes besar la frente de su amado en un acto de ternura. Estaba contenta, el abandono había terminado. Estaba convencida de que Apolinario la necesitaba.

Atos seguía en el mismo lugar, atento a los movimientos de su amo y de Alticia. Sólo atinaba a abrir sus enormes alas como buscando desperezar su quietud y también su paciencia.

parente. Pensó que tal vez las palabras de Alticia, plena de esas pasiones que lo excitaban, lograrían animarlo. Apolinario la llamó con su voz entrecortada, por teléfono.

-Ven, Alticia, ven que haremos el amor que deseas, porque estoy festejando ya el encuentro.

Alticia no tardó en estar a su lado, acudía a su gran amor; a su destino plácido, afortunado, consentido, aun sabiendo de los resquemores de Apolinario a mostrar su interior tan retorcido y dolorido. Su cuerpo se estremecía, latía su corazón. Estaba emocionada.

Entró Alticia al recinto en tinieblas, una sola vela encendida hacía dudar de la oscuridad. Dejó su abrigo y buscó a Apolinario, que estaba postrado en el sillón. Quería arrullarlo, mimarlo, con esa pasión que desesperaba su alma y la perturbaba. Admitió su complacencia, no podía resistirse, ni negarse.

Desnudó a Apolinario en una ceremonia lujuriosa; facilitó su obediencia con las palabras, que sabía despertarían su fuerza animal. No sintió la turbación del inicio, sí la desesperación por tenerlo. Dejó Alticia sus ropas prolijamente en una silla y presentó su desnudez, en su esplendor asentido. Su agitación crecía aguijoneada por la cercanía de su amado y dejó su pusilánime tribulación de lado para iniciar el rito amoroso de la entrega. Sus cuerpos amoldaron el deseo, encontraron los espacios del contacto perfecto, unieron sus sexos desbordantes de humedades; se estableció una batalla de pasiones, con voluntades admiradas de excentricidades. Se iluminaron los rostros, se crisparon las manos y los dorsos de sus cuerpos, rompieron el silencio de la noche derribando las luces del amanecer. Repitieron sus amores una y otra vez, hasta que sus cuerpos renunciaron a la profusión. Y se abatieron orgullosos al descanso.

Alticia se sentía plena de su hombre, cautivada por la brutalidad salvaje de ese ser domado, morigerado y exhausto. Acurrucó su cuerpo a su lado, apoyó la cabeza en el pecho de Apolinario que ya dormía, rugiendo, moviéndose.

trillan los surcos del tiempo en su rostro; ocultos muchos de ellos por su barba totalmente gris, similar a cenizas de brazas cuando dejan de ser incandescentes. Rodeado de majestuosas esculturas naturales de piedra, Pedro vive el asombro. Los tejados vencidos; gastados por los años y el viento, se manifiestan con todo su rigor. Cada rayo de sol esta presente donde los altillos convierten a los hombres en artistas y a las mujeres, en majas desnudas esperando alegre al pintor insolente que en lentitud se quita el saco, el sombrero y la camisa. Los zapatones y ropas quedan tiradas en cada rincón custodiando el acto de amor, antes de ser eternizado en sus óleos.

Los cristales despolvidos por gotas de agua, recorren surcos astillados de cada ventana. El joven campesino hecho artista recuerda las heridas de su tierra, y también al viejo de espalda quebrada. Esa tierra años más será nuevamente activa, testigo de su regreso desde el país de las luces. También, el viejo campesino de antes, Pedro, y el de ahora, Jonás, recorrerán bares ornamentados de espejos; terciopelos rojos y mesas ocupadas de mujeres esperando noches de alegría. Cuerpos del deseo. ¿Qué diferencia tienen esas mujeres con la cortesana campesina? ¿O la mujer del bar de la noche con Encarnación? Ninguna de ellas es la cortesana de Keisai Eisen, pero lleva escondida la seducción, envolviendo el misterio de su cuerpo. Esconde Encarnación la eterna paciencia de la espera. Bajo el parral enano, pasea el campesino Pedro, recuerda el Jonás de años mozos; porque Jonás será Pedro en su vejez. “¡Todos seremos Pedro!”, sentencia el anciano.

Pedro choca con la empalizada de varillas recortadas y unidas para hacer el cerco. El propio Jonás puede entrar en ese paisaje sembrado de cuadros verdes rodeado de trigales y cebadas cortadas a guadaña amontonadas en inmensos montículos dorados. Los granos descuelgan como lluvia bendita en la carreta conducida por Encarnación. Ella espera trepada sobre el eje de acero

herrumbrado que sostiene un cajón de madera gruesa, donde vuelcan espigas que siempre pinta el artista. La cosecha. ¡Cuántas cosechas! Pedro ha confesado a Jonás, que sueña con ellas en interminables noches en esa habitación austera que solo mantiene nostalgias.

La vieja cama de roble acuna un colchón de lana peinada. En una pared, cuelgan percheros sosteniendo toallones de baño, y alguna ropa olvidada. Al costado de la ventana; el espejo busca equilibrio. Dos botellas de licor descansan en la mesa que también alberga una tinaja de agua para refrescar su rostro. El botellón complaciente y los cristales de la ventana vetusta, separan viento y ruidos que irrumpen esa apacible paz. Todo permanece imperturbable. Colgado de un herrumbrado clavo en la pared frente a su almohada, la pintura de geranios que para Jonás y también Pedro, hablan de sus desdichas. De sus temores. De sus pesares. Los geranios, moviéndose desordenadamente buscan sus propios retoños. En el cielo, cientos de estrellas giran siguiendo notas imaginarias de un piano enfurecido de golpear naturaleza. Días y noches estrelladas. Lunas y nubes. Sombras y luces terrenales derrochadas en vida. Magnetismo. Tremenda fuerza de una naturaleza deseando escapar del marco, mientras los cipreses, desdibujan campesinos cansados con la pala al hombro. Pedro ya no puede cargarla. Varillas aladas asientan en surcos abiertos de tierra fecundada. Nadie más que Jonás lo percibe mientras cierra los ojos por efectos de esa magia invisible. Encarnación, seca su piel y decide que Juan de Dios podrá poseerla, gozando en ella sus pasiones. Encarnación, sentada apacible, mira su cuerpo en el espejo apoyado sobre un viejo mueble de metal. Se sabe hermosa. Se encuentra bella. Cubre con su mano izquierda el tosco brazalete de plata labrado a golpe de martillo regalado por Juan de Dios cuando ella cumplió los veinte años. Lo acaricia como si fuese una piedra preciosa. Sus senos desafiantes de pezones erectos apuntan al mismo corazón del hombre que pretende amar. Juan de Dios logra

y raído en el rincón de la ventana. Atos, inmutable, lo observaba.

Lentamente comenzó a entrar en un letargo profundo; la saliva colgaba de su boca, mojando su camisa de luces y lentejuelas.

— Mañana será el día de citas, de citas, de citas -repetía sin obtener respuesta alguna.

Tomó en sus manos la segunda carta de Alticia reclamando por su silencio. Reconoció su olvido y le permitió la osadía de insistir. Era su derecho. Releyó cada uno de sus párrafos, bebiendo su licor y escupiendo saliva en el piso de mosaico.

“Mi adorado amante Apolinario

Tu silencio y tu indiferencia hacen que me sienta ignorada. No lo merezco, te he sido fiel y lo seré en el futuro, fiel a tus órdenes, caprichos y llamados Por momentos, me hago ilusiones que te comunicarás sin intermediarios; eso me pone feliz y nostálgica, por la espera. Como hombre que supo despertar el sentimiento más bello de una mujer, que es amar y ser amada, te pido que vengas o que dejes una señal para que esta espera no sea en vano y pueda estar a tu lado; para acariciar tu corazón, herido de tantas desilusiones. Me desespera no saber con quién estás, o si hay una mujer a tu lado. Me intriga y me muero de celos.

Es hermoso recordarte y sentir aún en mi piel tus manos de caricias fuertes. Qué secretos has descubierto en mí, para despertar tanta pasión. Yo tengo el único secreto; mi amor pleno por vos y saberme elegida para recibir tu pasión, tu fuerza, tu fuego. Sólo debes llamarme y estaré a tu lado.

Te amo.

Alticia”

Sus bigotes estaban mojados de alcohol, y las pequeñas gotas colgaban como estalactitas. La noche lo encontró allí, tirado sobre ese sillón, borracho, lleno de baba trans-

acariciaba su garganta seca. Sintió su cuerpo mejor. Iba recuperando su estabilidad motora, las manos, el rostro, el calor. Sus pensamientos comenzaron nuevamente a tener la claridad necesaria y la energía suficiente. Las visiones habituales reaparecieron. Los demonios, oscilando en un espacio irreal de nubes rojas, amenazaban con sus trinchetes atrapados en sus garras un mar seco de agua, con cientos de peces protestando sus agonías. Homenajeaban al señor de los infiernos, que azotaba dos enormes tiburones atrapados por sus bocas con cordeles dorados como riendas, para iniciar los viajes emancipadores hacia un universo inasequible. Siempre lo mismo. La abstinencia lo consumía.

Bebió uno, dos y hasta cinco vasos, con algunos cubitos de hielo. Sabía que después del cuarto, la saliva escaparía por la comisura derecha de sus labios. Aprontó el pañuelo y secó su frente húmeda.

Era el signo más importante que anticipaba el ingreso al sueño del alcohol. Recordaba que hacia unos años, ese mismo ritual lo realizaba también con sus amigos en un humilde cubículo de la empresa. No le molestaba recordarlo, pero lo hacía sin tener proyecto alguno. Claro, eran momentos duros y brindaban con vinos avinagrados comprados en los almacenes que los sacaban de la venta por estar vencidos. Para ellos era igual. Las borracheras no tenían etiquetas especiales. Un borracho es un borracho, no hay ebrios de marcas especiales con vino fino, champaña, whisky, anís o alcohol de quemar. Valía todo. La sutileza de las fantasías del alcoholizado se deshacía. Todos se comportaban igual, desde las estupideces que decían hasta los vómitos coagulados que terminaban en los lugares más insólitos.

— ¡Cómo perdía tiempo! -pensaba en voz alta.

— Me importa un carajo -apuró, gritando contra un cuadro que documentaba un paisaje de la zona. Siempre una campiña, siempre un árbol, siempre lo mismo.

— Esta vida se va a terminar, Atos, ¿te das cuenta? -pensaba incrustado sobre el sillón de cuero viejo fornido

siempre ese efecto. También cuelga de su cuello delgado un collar de fantasía opaca, hecho de caracoles. Muchas veces se queda pensativa, imaginando ese encuentro anhelado, apoyando su mano en el mentón. Ha colocado sus ropas en la formalidad de su propia humildad. Luego de peinarse deja que los cabellos húmedos busquen propios movimientos. Ante un silencio trascendente va en búsqueda de Pedro, su eterno y cálido abuelo. Pedro quedó dormido entre largos sueños de trabajo y recuerdos. Después de acomodarle sus almohadas, le deja agua de vertiente en el cántaro pequeño y pone el plato de alimento que Pedro siempre espera al mediodía. Encarnación va en busca de Juan de Dios. Pedro; de sus sueños.

“La Historia se complace en exhumar, para consuelo de sus lectores, tiempos, épocas, períodos, capítulos.” |

Andrés Rivera

Esa noche estaba inspirado, entonces resolvió aportar a su fiesta diaria una dosis mayor de alcohol, mezclado con estimulantes que consumía cada vez que la depresión lo abatía. Decidió que la fiesta sería para él y Alticia. En realidad no estaba de ánimo para mantener diálogos con otros, y menos aún sostener conversaciones que siempre terminaban poniéndolo violento. No era ése su propósito.

— Es un momento para la reflexión y una buena mujer se dijo.

Lentamente fue en su vehículo a las oficinas de su partido, donde tenía guardadas dos botellas de whisky añejo, esperándolo. La oficina estaba sola, como naturalmente quedaba los sábados en la tarde. Estaba frío; ese invierno había producido un milagro, lo presentía, estaba señalado por su destino. Sabía que sus deseos, más las fuerzas ocultas de sus brujas, a las cuales comenzaba a consultar y creer, abrían su paso electoral a un camino triunfal. Llenó el vaso, tomó ansioso. Un temblor fino lo invadía cuando suspendía por más de seis horas la bebida. Era un adicto. La bebida ardiente, al tomarla,

les blancos que siempre le daban como parte de su trabajo: repartir impresos de propaganda comercial.

En esos mismos papeles escribía sus resentimientos, sus propuestas y sus objetivos. Apolinario supo siempre que sin dinero no hay campaña posible, por lo tanto no podría ser elegido. También supo que haciendo culto de la mentira y las promesas falsas, podía ganar y alcanzar sus anheladas metas.

— ¿Qué medidas de gobierno has bosquejado, Apolinario? -le preguntó Alticia.

— Es fácil -respondió-. Prometeré lo contrario a lo que existe. ¡Es lo que la gente querría escuchar! -concluyó.

— Mira, Alticia, te voy a resumir las mentiras para que lo comprendas: si hay hambre, prometeré alimentos. Si hay sed, agua; mucha. Si hay desocupados, trabajo; miles. Si quieren un sueño, les daré dos. Si hay pobreza, prometeré riquezas -sonrió.

“Miente, Apolinario, con las verdades no puedes llegar al podio ni al triunfo. Habrá tiempo para justificarlas, ya se te ocurrirán palabras que borren el pasado. Miente sin temor, los imperios se construyen sobre las cenizas de los pueblos” -cantan las voces.

Apolinario entendía la política como el arte de la mentira, de la rapiña y de los grandes negocios. Nunca estuvo más cerca de las voces.

— ¿Entonces, si no cambias nada, todo seguirá igual? -preguntó Alticia.

— ¡No, seguirá peor, Alticia, eso es lo bueno! Para lograr que te voten, no sólo hay que decir lo que la gente quiere escuchar, sino también venderles ilusiones, ¿me entiendes? ¡Ilusiones, fantasías, sueños! De nada vale hacer discursos de sacrificio. Nadie quiere esto, Alticia -aseguró Apolinario-. ¡Yo no puedo decir que voy a robar! Tengo que hacerlo, diciendo que combatiré la corrupción. Para lograrlo, primero hay que estar convencido de la mentira, luego montar una estructura capaz de consolidarla. ¡Cuando se den cuenta, será tarde!, porque no ten-

Dieciseis

*“¿Que nos faltó para que la utopía venciera la realidad?...
¿Qué derrotó a la Utopía?”*

Andrés Rivera

Llegó el día. Apolinario los había citado a las seis de la tarde en su habitación. Se aseguró de que no hubiese micrófonos, revisó los muebles, los enchufes, la entrada del teléfono, el horno, la heladera portátil, los tacos de zapatos y las hombreras de sus sacos donados. Dio vuelta las sillas y con un martillo percutió cada baldosa del baño y cocina, para detectar zonas huecas.

-Nada, todo bajo control -murmuró en una repuesta habitual.

En su casa, Alticia preparaba la bebida, le había agregado el estimulante y, por primera vez, los tallos secos de ketanque, que, según ella, servía para detectar mentiras. Lo había usado en varias oportunidades. La última, en el velorio de su madrina, donde el resultado fue calamitoso, todos los deudos comenzaron a decir la verdad sobre la difunta. Fue tal el escándalo, que ni siquiera hubo tiempo para llorar y el entierro se realizó a puertas cerradas, en forma apresurada y con todo adentro del cajón, coronas, tarjetas y hasta dos sillas. Su madrina daba mucho que hablar.

Eran las cinco de la tarde, Apolinario estaba nervioso pero lúcido, sería ésta la reunión inicial donde se enfrentaría con los personajes elegidos.

El primero en llegar fue Ángel, de aspecto humilde, bonachón, obeso y con unos bigotes espesos, entrecanos y desordenados. Se lo notaba tranquilo, pero intrigado. Tenía la costumbre de rascarse los testículos; probablemente, por esos hongos traicioneros que aparecían siempre entre las humedades de los climas. Traía una carpeta prolijamente encuadernada bajo el brazo derecho, era su currículum vitae, o, como decía siempre Perfecto, su Prontuario Vitae. Apolinario trató de imaginar a este hombre en su infancia; no pudo. No tenía un solo rasgo de su pasado.

A los pocos minutos, llegaba Alticia, jovial, desconfiada y con sus guirnaldas colgadas en las muñecas y cuello. Las botellas preparadas envueltas. Era indudablemente una mujer atractiva, sus rodillas perfectas, la blusa desprendida hasta el tercer botón, lo suficiente como para encontrar, cada vez que se agachaba para servir una copa, dos senos escandalosamente perfectos y sutilmente bellos.

Benigno y Aurelino acudieron juntos. Circunspectos, serios, aburridos de sí mismos. Saludaron en forma protocolar, mientras miraban a su anfitrión con curiosidad. A diferencia de su otro invitado, ninguno traía carpeta en su mano, tampoco portafolios ni documentación. Era una señal clara, no dejaban marcas por donde transitaban. Ambos tomaron asiento y comenzaron a hablar del clima y de sus consecuencias para la salud.

Inocencio llegó solo. Con cara de niño gordo y amanerado. Sonreía por cualquier cosa. Si le ofrecían algo, tomaba delicadamente el objeto y agradecía. Eligió para sentarse una silla, porque no quería arrugar su traje, y comenzó a observar a los integrantes del grupo. Le llamó la atención la figura de Apolinario, a quien imaginaba distinto. De cualquier forma, ninguno de ellos cumplía las expectativas de sus sentimientos. Pero sí criticaba

exponente de un clima tropical; humedad, calor y tormentas mágicas aparecían de la nada, lavando las enormes hojas verdes de la selva virgen, en una vegetación exuberante de frutas y vegetales, que alimentaban a cientos de pescadores que permanecían en las orillas de la costa. Ellos se negaban a ingresar al poblado, mantenían sus costumbres y deseaban no ser molestados. Nunca pidieron nada para vivir en ese estado, tampoco ofrecían servicios.

Soñaba con el día en que, por un triunfo democrático, su nombre y su partido fuesen proclamados: ganadores. El sueño era ahora una realidad. Había sido elegido, votado, consagrado. Sus deseos estaban siempre presentes en esa fantasía. Como una luz de brillo extraordinario, su ambición crecía.

No era suficiente tener las plazas colmadas de seguidores voluntarios y pagados, las baldosas deberían estar cubiertas de gente entusiasmada; gente que llevara sus pancartas con un estilo rayano en lo religioso. Apolinario deseaba que su fotos gigantes encandilaran las multitudes; que se pasearan por las calles, las acequias, los estadios, deseaba estar presente en cada pared de las viviendas, deseaba ser venerado, admirado y respetado. Pensaba que su séquito debería vestir túnicas púrpuras y llevar sus bronces labrados con su nombre y su rostro. No le bastaba saber por informes de terceros cómo lo seguía la población. Quería escucharlos, sentirlos, palparlos. Para esto se disfrazaba de comerciante, campesino, vendedor, jinete, taxista, juez, médico, proxeneta, travestí, sacerdote y hasta de monja. ¡Sí, de monja!; para entrar en los conventos de clausura y conocer los pensamientos de las recluidas se disfrazaba de monja. Necesitaba sentir las voces de sus adhesiones. Lo alimentaban.

Apolinario usaba sandalias, un pantalón de hilo gastado y una camisa manga corta zurcida. No había más atuendos. Un saco prestado para la campaña y los pape-

sentíase satisfecho. Nada fue tan importante en su vida como el objetivo que él se había trazado y alcanzado: “El poder”. Era su obsesión.

Lo había logrado. Las elecciones habían sido dos meses atrás. Supo capitalizar los desencuentros, las necesidades y las aspiraciones de los ciudadanos. También interpretar qué banderas debía sostener en cada discurso frente a multitudes o ante pequeños grupos que se nucleaban a su alrededor, curiosos tal vez por su atuendo, o su figura, más que por su palabra. Apolinario no se desprendía de su mascota, el cuervo blanco, que llevaba en sus giras, atado de una soga vieja y sucia: Atos. Obsequio de Alticia, su bruja preferida.

Apolinario era un hombre de mediana estatura, robusto, con cabello lacio, negro y recortado a la altura de sus hombros. Nunca tuvo más educación que unos años en la escuela primaria; su disentería lo aislaba. Sin embargo, era un profundo observador, anotaba diariamente los hechos más impactantes del día; los imaginaba suyos.

En la noche, bajo el candil tiznado de tanto humo, leía y corregía prolijamente cada palabra, cada frase. Anotaba al pie de página un pequeño comentario y daba por finalizada su tarea cuando el sueño lo atormentaba. Vivía en ese entonces en un pequeño caserío periférico del pueblo, donde las carencias hacían presencia sin importar la hora, ni el clima. Un rincón oscuro al fondo del callejón custodiado por paredones pintados de graffitis, que guiaban a caminantes, pobladores y curiosos.

Sus botines despuntaban montículos de arena en los médanos preparados para el tránsito liviano de bicicletas y peatones olvidados, que lo utilizaban para regresar a sus viviendas pobres, oscuras, carentes y viejas.

Se había jurado a sí mismo ser el gobernante de ese territorio perdido en el mapa de la vida, ubicado a doscientos kilómetros del caudaloso río “Luma”, que baja trayendo el legado de las montañas a la selva, volcando sus aguas, finalmente, en la mezcla fascinante de las aguas en una costa de enormes playas de arena blanca,

en silencio las vestimentas de todos. Incluida la de Alticia, a quien consideró una mujer distinguida.

Aurelino, rígido, serio, impávido. Benigno no tocó la puerta cuando llegó. La puerta estaba abierta. Apolinario lo vio bajo el marco.

¿Quién diría que esa cara fuese de este hombre?, pensó; parecía un sacerdote dominico, investido de bondad, paz, y pálido como el mármol. Alticia lo hizo pasar, no sin antes colocarle en su mano el brebaje correspondiente, diciéndole que era una especialidad de la casa. La verdad es que tenía buen sabor, así que todos tomaron. Alticia estaba como una flor, no sólo era la amante de Apolinario, sino que hoy era su mano derecha. Estaba realmente orgullosa y plena, y hasta fue generosa en mostrar su anatomía cada vez que tuvo oportunidad.

Tomaron asiento; Apolinario hizo las presentaciones correspondientes. Todos asentían de haberse conocido al menos por referencia. “La caca corre”, bromeaban; conocían también sus acciones delictivas. El ambiente se fue distendiendo. No había esa tensión inicial. Apolinario comenzó a justificar la convocatoria y trazar sus objetivos:

-Ustedes me conocen; tienen referencias de mí, sobre todo en mis épocas de juventud cuando pertenecía a la secta “Noche Roja”, y quizás por mi última condena que me llevó a la sombra varios años. Los he convocado por sus antecedentes delictuosos; por sus hábitos crueles, por sus deslealtades y traiciones. Si no fuesen basura, no estarían aquí. Pero son inteligentes. Tengo un archivo de cada uno, sé de sus debilidades y sus ambiciones. Sé de sus contactos con la droga, prostitución, juego, y vos, Inocencio, de tu homosexualidad declarada.

— ¿Es un defecto? -preguntó Inocencio.

-No, un detalle, sólo un detalle a tener en cuenta. No tengo nada con los homosexuales, tampoco es mi interés -respondió Apolinario y continuó:

— Me parecen brillantes, sumamente intuitivos y pragmáticos. Por eso les hablo de esta manera. Mi interés es

tomar el poder político y, a partir de allí, instaurar un régimen absolutamente injusto, totalmente corrupto y brutalmente represivo. Ustedes serán mi brazo derecho. Yo los cuido, los beneficio, y ustedes me protegen individualmente o en forma colectiva. Quiero hombres dispuestos a saquear el estado, acumular la fortuna que nunca tuvimos ni tuvieron. Seré generoso, pero muy estricto. Si fallan, la pena será: la muerte. En esto no hay medias tintas. Todo o nada -concluyó.

Los había sorprendido.

“Entonces Helena, hija de Zeus, ordenó otra cosa, echó en el vino que estaban bebiendo una droga contra el llanto y la cólera, que hacía olvidar todos los males” -corean las voces.

Tomó el vaso con bebida deliberadamente preparada; miró distraídamente a Alticia, que asintió haber realizado su tarea, y semblanteó a cada uno de los presentes, que no atinaban aún a responder. Alticia estaba orgullosa de su hombre. Con una bandeja comenzó a repartir bebida fresca, sazónada con raíces molidas de porco, arbusto usado para someter las voluntades. Las raíces eran extraídas de las cavernas escondidas en los bosques en tinieblas y en las noches de luna llena. Esa noche Alticia separaba prolijamente su cosecha.

— Soy hombre de pocas palabras -dijo, sin inmutarse, Aurelino-. Agradezco el reconocimiento a los méritos que ostentamos; pienso que usted no conoce los aspectos más oscuros de nuestras vidas, pero veo que le interesa el área económica. A mí también -confirmó-. Estoy dispuesto a incorporarme, siempre y cuando los porcentajes sean el cincuenta por ciento de lo que logremos sustraer del tesoro nacional. Los riesgos son grandes, pero yo adhiero a la propuesta.

Luego, sacó un pedazo de madera de abedul y comenzó a tallarla con una sevillana tan filosa como peligrosa. Esculpía su propia esfinge. Un detalle muy especial.

“Tengo los dientes rotos de morder imposibles.”

L. Marechal

Dejó que todos los barcos y lanchones que estaban en el puerto de madera se pudriesen por el tiempo. El objetivo era evitar que alguien de ese país pudiese salir. Gozaba pensando que su autoridad estaba más allá de la voluntad de cada habitante. Es más, sabía que logrando esa incomunicación definitiva y permanente, sus dominios no podrían ser cuestionados por nadie y por nada. No estaba dispuesto a dar señales de debilidad; le había costado un gran esfuerzo llegar a ese cargo y conducir esa nación; resistió agresiones y humillaciones de los más poderosos enemigos, hasta que supo que estaba en condiciones de enfrentarlos y tomarse su revancha.

Apolinario Reyes Del Manchón, siguiendo su rutina y su historia, estaba sentado frente al mar, en medio de una playa de arena fina y cálida que aceptaba las caricias de la espuma blanca dejada por el agua de las olas mansas. Allí solía meditar, o acudía cuando estaba confuso o entristecido. Mar intenso, imponente a su frente; selva espesa, exuberante a sus espaldas. Era el contraste de la naturaleza y también de su vida. Apolinario repasó cuidadosamente su estilo de gobierno, mirando un horizonte que se incrustaba en la línea lejana del mar;

Todos esperaron la reacción de Apolinario. No se atrevían a definirse.

“Circe: ¿Por qué, Odiseo, permaneces así como un mudo y consumes tu ánimo? ¿Sospechas que haya algún engaño?” -susurran las voces.

Ángelo tomó la palabra luego de beber el segundo vaso del preparado.

— Entiendo que esto será definitivamente un pacto secreto. Mis antecedentes logran superar lo delictivo. Mi satisfacción, aparte de lo económico, linda con lo macabro. Me gusta ver sufrir a mis enemigos. Me entenece entregar estúpidos utópicos a las cámaras de tortura. Y no soy un ladrón; soy un profesional en el robo, y especialista en lavar dinero, que es otra cosa. Puedo aportar experiencia y contactos.

Se sintió orgulloso y contundente. Prendió un cigarrillo y comenzó la ceremonia del rascado de sus testículos sin disimulo.

— De tanto ser vegetariano y alcohólico me salieron hongos -decía disculpándose.

“Odiseo a Penélope: Hazme otras preguntas y no te empeñes en averiguar mi linaje, la memoria acrecienta los pesares de mi corazón” -aconsejan las voces.

Inocencio rompió su timidez y dejó que aflorara el verborrágico adamado:

— He hablado con Benigno y tengo su autorización para explicitar esta postura. Entiendo que el planteo no es sólo económico, sino que también apunta al poder. Nos encanta el poder y digo “nos” porque vivo en pareja. Queremos formar parte de esta asociación. Vemos en ti, Apolinario, nuestro guía. Con respecto a mis inclinaciones, debo manifestarles que son ciertas, pero que esto no puede ni debe ser un factor de exclusión. Es más, creo que aportaré lo que ninguno de ustedes se atrevería a dar. Es mi ventaja. La utilización de mis inclinaciones serán a veces decisivas. Nos sumamos a la propuesta -

miró a todos menos a Ángel, al que tildó de grosero. Luego continuó pintando sus uñas de bermellón.

“Circe: ¡Ea!, envaina la espada y vámonos a la cama para que unidos por el lecho y el amor, crezca en nosotros la confianza” -anuncian las voces.

Apolinario apresuró las explicaciones de su proyecto. Después de largas horas y litros de bebida (preparada por Alticia), decidieron que estaba sellada esta alianza. Encontró en ellos exactamente lo que esperaba. Miró a Alticia; le prometió la cama, que forjaría, de ahora en más, una pareja indestructible. ¿Serán los amantes de Tervel? Quién sabe.

Alticia esperó que el último invitado se fuese. Como ama de casa, se comportó en forma adecuada y correcta. Apagó las luces, prendió las velas negras y rojas. Dejó que los sahumeros de ababol invadieran el espacio, y tendió sobre la cama pétalos de rosas blancas y rojas, esparcidas caprichosamente como una lluvia mansa que presagiara la proeza del amor.

Alticia se quitó la ropa delicadamente. Apolinario estaba exultante.

Su cuerpo emergió emulando a Afrodita: la música de Strauss transfiguró su cuerpo, desparramado solemnemente sobre el lecho de rosas; Apolinario apuró su brebaje y dejó por primera vez que el hombre pugnaz se evaporara, para dejar entrar al salaz, desenfrenado animal fibroso. Alticia desafiaba, provocaba, excitaba a un Apolinario refulgente. Llevó el recipiente colmado de acíbar que generosamente colocó sobre la piel de Apolinario, quien la recibió con el deseo de la entrega. Esa noche, Apolinario descargó su energía en el cuerpo delicado de una mujer dispuesta a sellar el pacto de Circe.

color esperanza y se transformó en tiza opaca. Perdió brillo y lustre húmedo que da la vida. Perdió peso, fuerza y volumen. Pero nunca dejó de pintar. Mantuvo sus pinceles altivos, inquietos y creativos. Sus carbonillas trazaron figuras de recuerdo asegurando nuevas pinturas para el futuro. Sombrea estructuras que cobran vida inexplicablemente. Sin embargo, la tos no cesa de atormentarlo y recordarle que su enfermedad es real. Pensó en Juan de Dios que se había convertido en punto de referencia en su vida, ignorando causa o motivo. Está presente en sus peores y mejores momentos. Juan de Dios lo espera siempre. Entonces supo que debe regresar a esas montañas de soledad y belleza. Un paisaje tan imponente como la cordillera con enormes desiertos habitados por alimañas y arbustos de pequeña talla, envueltos en gris lamiendo laderas de majestuosas araucarias milenarias; vigilantes de tormentas, custodia eterna de vidas pasadas.

mira que él pudiese expresar en un lienzo pequeño, todo lo que puede sentir miles y miles de personas que transitan cualquier historia en la vida.

No hay tiempo de espera. Solo pintar esos murales de historia. Nadie se ha quejado. Todos están encima del mismo centauro. Jonás descansa. No hay consuelo en su sueño. Su viaje ha sido para reparar el cuerpo castigado de tantas pesadillas. Jonás está condenado a sentir; sufrir el dolor ajeno y captar en sus pinturas el reto que la historia lega a sus maestros. Lejos está el Jonás campesino, el Jonás crédulo e inocente. Lo atrapa la historia que va conociendo y nutriendo con su exquisito sentido del arte. Jonás, aquel pequeño entregado en custodia a una familia alimentada de piedras, está siendo templado, modelado y castigado. ¡Pobre Jonás! No encuentra consuelo lejos de su tierra; lejos de sus afectos. Jonás está solo, buscando su propio camino. Esa misma noche, luego de pesadillas de guerras y luchas, Jonás comienza a dibujar desordenadamente cartulinas, papeles, telas, paneles con carbonillas, dejando testimonio en cada figura perfecta que crea las fantasías de una mente brillante. Entonces decide regresar. Está enfermo. Sus pulmones han llorado sangre en una tarde de verano, en esas horas de plena siesta, donde el calor quita a uno la respiración y el aliento. Donde el cuerpo suda gotas ardientes de agua salada, pidiendo un río o una ducha de agua fresca que tranquilice el calor encendido en su piel. Ahora está pintando como es su costumbre, envuelto en vaho de alcohol y calor. Un acceso de tos sacude su estructura. Está acostumbrado a esa tos seca, espasmódica, improvisada y repentina. Pero esta vez, siente en su garganta el paso de una flema húmeda y tibia que después al escupir se transforma en roja escarlata. Siente miedo, miedo de saber que su cuerpo está sangrando, miedo de imaginar que su cuerpo se descompone en una cirugía silenciosa e invisible, dentro de él mismo. Sin consuelo, se da cuenta también, que los mecanismos que protegen su salud están llegando a su término. La piel perdió el

Diecisiete

“A vacilar o caer, / Vosotros los que pisáis / el campo de la esperanza / ¿Qué mies sabrosa aguardáis? / Y cómo decidme halláis en su risa confianza. / Otros jóvenes creyeron / que jamás desvanecido / fuera el gozo que eligieron / hasta que envuelto lo vieron / en las sombra del olvido.”

CALIFA RADIE BILLÁN

Busca Jonás a los señores del poder. Ellos atesoran miserias de la historia. Su trayectoria en el arte, fue envilecida por quienes hacen una reverencia a la autoridad con solemnidad propia del miserable adulador. Debe cuidarse Jonás de esos farsantes. Convergen naturalmente hacia él. Incluso, aquellos que aún ostentan poder y también se nutren de miserias y temores. Jonás; ahora en el vértice de su vida artística, está apoltronado orgullosamente en el arte. ¿Qué piensa Jonás? ¿Qué escribe Jonás? Aunque Jonás prefiere damiselas contorneando cuerpos, goza cuando quiebran sus caderas con sensuales movimientos. Sin embargo, ahora no quiere ese placer; percibe que lejos de esos escalones imaginarios, están hombres y mujeres esperando con manos cerradas. Un puño rebelde pide que alguna rama se convierta en fusil; o una piedra, en proyectil dirigido certeramente al centro de corazones de quienes torturan el arte. Piensa Jonás que algunas banderas atrapadas en sus mástiles, buscan inexorablemente libertad. Falta el viento que movilice esa nube para hacerla flamar. Jonás lo sabe. Imagina. Pinta. Escribe. En ese

entorno, cientos de cuerpos alzan sus brazos hacia un camino desconocido. En cada movimiento, las figuras comienzan a formar líneas curiosamente rectas y curvas, que al juntarse dejan imágenes de hombres abriendo cadenas, liberando muñecas vencidas. Los hombres del arte. Del pincel. Del escoplo. También de luz y sombra. De sol y luna. Buscan su propia libertad en merecida lucha. Descubren el paño de una historia secreta. Jonás sale al jardín en búsqueda de una verdad. En búsqueda de un desconocido a quien hablar y escuchar entre vaticinios y profecías su futuro. Escribe la síntesis de sus pensamientos diciendo: “No habrá más fantasmas ni demonios. Una gran fuerza surgirá de las mismas profundidades del dolor. Una antorcha o miles de antorchas comenzarán a transitar calles, senderos y ciudades”. Jonás trata de pensar con más claridad y sigue escribiendo sentencias: “La luz en el día y en la noche será tan intensa que los ojos pedirán más colores, más pétalos de flores que irán creando en el camino de sufrimiento, una alfombra de poderosa belleza. De cada mármol atrapado, un hombre o una mujer surgirá como espejo de semejantes que liberados, trepan, se mueven en las mismas profundidades que los mantuvo cautivos. No habrá sombreros alados, solo campos arados, con florecientes espigas de oro. No habrá fusiles, solo banderas de paz y orgullo de la vida conquistada”.

Cansado de pintar, termina un nuevo cuadro a color, traduciendo la fuerza en movimiento y anota en su margen inferior una frase terminante: “De cada historia perdida habrá una esperanza. De cada lágrima, un río de aguas cristalinas. De cada olvido, miles de recuerdos maravillosos de vida. El arte será magia y cada espectador subirá a su propio centauro. Entonces, tal vez el mundo será una flor o miles y miles de flores llenas de colores y alegrías. No habrá más pesadillas. Tampoco temores. Nadie será más que otro y tampoco menos que nadie. Buscarán un mundo nuevo, donde el Sol no deje nunca de brillar y en donde la Luna pueda mecer su blan-

el mito. Tiembla el cuerpo de Jonás. Suda la piel de Jonás. Su fiebre es fuego. Gesticula con un rostro desencajado de tantas maravillas y deja imágenes deformes, colgando como vampiros trepados en los muros, con orejas aladas y cuernos naciendo con pensamientos demoníacos. Jonás pinta frenéticamente el centauro. La bestia. El guerrero. El pintor desaparece cuando el hombre sereno de rostro despejado, mira con transparencia inmaculada, el mismo espectador de los horrores de la guerra y le dice con una sola palabra: “La Paz es posible”.

El delirio del arte continúa. Nadie puede frenar el vértigo de imágenes que ahogan a un Jonás entregado. Aparecen trabajadores en túneles interminables en las tinieblas de la tierra. Avanzan con sus cascos portando una sola luz para iluminar caverna y camino. Llevan en sus manos, el instrumento filoso que puede romper piedras y metales. Oro y plata, guardados celosamente en las profundidades de la oscuridad. Los pinceles de Jonás se cruzan a la velocidad de su propia imaginación y se agregan hombres y mujeres de superficie; trabajadores de luz los envuelven, permitiendo que sus cuerpos tengan sombras. Cientos de figuras geométricas, desparrahadas en líneas curvas, adquieren formas caprichosas. Rostros inteligentes cubiertos de asombro, de sus cuellos nacen brazos, señalando espacios donde las voces mezclan canciones de sabiduría. Brazos señalando caminos de esfuerzo. Jonás pisa con su pierna izquierda el libro de la historia ante el asombro de imitadores del poder, cercanos a su fin. Súbitamente aparecen retoños de trigo listos para emerger de la tierra que quiere dar alimento. Hay más espigas que armas; pero más orgullo que vergüenza. Miles de hombres. Miles de hombres decidiendo llevar sus vidas hasta el triunfo, mientras los fantasmas que inventan temores van derriéndose en sus propias dudas, perdiendo gracia y fuerza, rodeándose de tantos movimientos como puede ver el ojo del artista, llevan su mano desaforadamente a su paleta. Por primera vez, Jonás siente envidia del maestro. Ad-

hierro que golpea el tiempo. Su pecho se ofrece de escudo en la majestuosidad de ese escenario. En su rostro, una mirada de anhelo. Quizás más allá del lugar sagrado donde la luz se confunde con la noche, esa mujer abre su boca renunciando al triunfo y se expresa con quejidos y palabras vacías. La mente de Jonás explota de ideas. En esas imágenes inconclusas, hay brazos. Muchos brazos cubriendo su espalda. Puños, abriendo el tiempo. Dejando espacios suficientes para que esa dama avance sin que nadie se oponga a su ímpetu. Ella ya aplastó al hombre débil y gris que yace de espalda quebrado y sin fuerzas. Nota Jonás en sus manos, gotas de sangre. Brotan heridas en sus palmas perdidas entre manchas opacas. Nacen y mueren colores rojos y amarillos; brillan las naranjas, en movimientos de nubes amorfas. Sombras grises salpican el vacío. Jonás está enloquecido de arte, contagiado de fiebre y deseo. Sufre cada estocada del pincel y cree que, en un momento dado, llegará su derrota. Percibe como si fuese una realidad cuando su arte queda postergado. Tachas sólidas de acero en su alma capaz de parar estocadas al hombre que viaja entre vientos. Ahora; esa detestable figura lleva en su mano, una inmensa espada de mango labrado, y extiende su brazo amenazando al fuego que se acerca para destruir al héroe. Presiente Jonás que está huyendo. Un amorfo animal da vueltas en el aire, mientras el soldado, ha sido atrapado. Estirado en el frío mármol, espera la nueva víctima del sacrificio. Un coro. Voces brotando de cientos de bellas mujeres que levantan brazos ofreciendo sus cuerpos tibios, blancos, compactos de vida, para que el martirio del pintor: no quede en soledad. Jonás grita en su sueño enloquecido de terror. Los fantasmas llevan en su mano derecha una lanza filosa de batallas ganadas. Batallas, batallas que nunca terminan. No hay rostros visibles; solo escafandras mostrando ojos que viajan de un lugar a otro, tratando de no dejar un segundo al guerrero atrapado, listo para el sacrificio prometido. El Centauro espera furioso. Lleva misteriosos mensajes contra

cura inmaculada en una estrellada noche de paz. Lloverán estrellas y cometas. Hablarán las plantas. Los animales danzarán al compás de músicas hechas por el viento. Las varillas dobladas serán arcos de triunfos, donde pasarán nuevos hombres y mujeres que brillarán al futuro. Nunca hubo tormentas o tinieblas que duraran más que un tiempo limitado. Atrás de ella, el día. Más atrás de la tormenta, el sol. Atrás de la sequía, campos bañados de alimentos y surcos invadidos por semillas maduras. Nada habrá para despreciar. ¡No, nada!”

Jonás escribe reflexiones como estas y muchas preguntas sobre la vida terminan guardadas en el viejo cofre de madera del ático. Pocos conocen sus escrituras porque trasciende el pintor. Es época de un Jonás dolido y sentido. Hay un estado extraño, muchas veces en la calle mira detenidamente cómo niños o adultos revuelven bolsas de basura para comer restos de alimentos macerados; masticados, escupidos, tirados por inútiles e inservibles. Ha logrado también que sus pinturas reflejen colores de una vida distinta. Una vida de pasiones, amores y furia, donde la fuerza sobrenatural hace que su cuerpo pida cada vez más consuelo. Tiene vacía su alma. Muchas noches sueña con una hermosa mujer a quien enamoró en tiempo de geranios. Recuerda haberla tenido en sus brazos, pegada a su cuerpo, rozando sexo húmedo. Anhelante, cruzando bocas plenas de palabras, trabadas por cariño buscando la profundidad del alma. Sabe que sus manos pueden reconocer la piel de ella. Piensa en la tierra desértica, como si el alma estuviese vacía. Está inquieto. Imagina máscaras colocadas para ver desde otro lugar, una farsa. Sueña con una vida libre, colmada de vigor. Suele estar furioso; patear un mundo donde no puede ver otra realidad. Tiene otra oportunidad. Está seguro. Ha llegado nuevamente el momento de pintar. Jonás deja que su furia se diluya por cansancio. Agotado, suma imágenes a la noche reflejada en pocas luces de calles desiertas. Regresa. Trata de rescatar una figura y encuentra una mujer que habla con su mirada. Sus manos

delgadas contactan las suyas ricas en arte. Ella muestra el cuello desprotegido por el cabello para que los labios de Jonás posen su amor cálido en racimos de besos, encontrando una estremecedora revelación de un secreto. Espera sentir los pechos de esa mujer cubriéndole cada latido del corazón enfermo de dolor, y toma suavemente las piernas de ella para abrirla al éxtasis, entregándole su fuerza contenida. Pero no está solo. Hay una sombra en el recuerdo. Una imagen diluida en la oscuridad. Una imagen ausente. Entonces Jonás cae. Cae sobre un colchón testigo de tantos amores como historias del corazón escondido en cada foto de vida. Y duerme; duerme en paz.

¿La noche siguiente no tuvo pesadillas? ¡Sí! Un sueño hermoso de colores grabado en el subconsciente. Sueña que puede ver sobre la misma superficie plana de mármoles y piedras haciendo de base a milenarias estructuras piramidales, escalonadas, ascendiendo al cielo, perforadas por nubes, entre soles y lunas. Danzan extraños personajes en ceremonias majestuosas, salvajes, dejando pieles adornadas en oro y plata labrada por finos artesanos que gestan ornamentos para vestir la cultura. Figuras extrañas, que suben o bajan según adonde se dirigen sus ojos profundos y escurridizos. Algunos danzan con máscaras rígidos de madera labrada y pintada de blanco; otros, llevan estandartes orgullosos de colores, con figuras escapando al pincel del artista. Cobran inocentemente vida. Las danzas agitan historias no escritas. Visualiza escudos escondidos en canastas de frutas de colores más fuertes que el arco iris. Despunta el horizonte y anuncia la tarde. Filas de caminantes. Mercaderes llevando sobre sus cabezas canastas de alimentos que tienen el precio de la necesidad. Labriegos clavando palas en tierra virgen de heridas. Hambrientos de semillas. Hombres blancos sin sol, imbuidos de codicia y ansiosos de atesorar riqueza a costa de cualquier sacrificio. Otros reciben la visita con la candidez de la gacela, sin saber que atrás de sonrisas, aparecen gestos

de voluntades escondidas; ambiciones y miserias del conquistador. El espectáculo de cuellos abiertos por un filo de acero traicionero, gritando la caída de cabezas silenciosas. Hambre y abundancia. La paradoja escrita.

Jonás advirtió en sus escritos: “¡Eh, señores de la abundancia, dejen comer a los hambrientos! ¡Dejen que vivan sin temores el mañana! Cuando todos pierdan sus ropas no habrá más diferencias de color y las manos que algunos elevan al horizonte para pedir limosnas a los que tienen más se transformarán en manos de trabajo, orgullosas de sacar callos por tantas jornadas de labrar la tierra. Sin embargo, estará siempre el opresor empujando con su lanza las espaldas de hombres arrodillados de tanto ser esclavos. Llegarán hasta el río, después transformará la ceniza en plantas, peces, algas verdes y nuevas fuentes de vida buscarán surgir sin escándalo hacia superficies de humedades y vientos frescos. Agua cayendo de las manos juntas y cerradas llevadas a la boca para calmar una sed que crece”,

La fiebre envuelve a Jonás. Los sueños de las tardes en las alamedas, registran alegrías de quienes inmortalizan la pureza de rostros limpios de maldad. Hay música en cada rincón de los paseos, los cantores dejan sus notas vibrando, capturando canales de tiempo, acunando sentimientos.

Jonás está en paz. Sabe qué hacer en el momento para que ese espejismo se desplome en realidad concreta. El sueño lo atrapa. El juego de fantasías comienza nuevamente en su mente desatada para dejar huellas turbulentas, figuras, colores. Sabe que cuando esos sueños lo invaden, asegura el fin de su crisis, o el final de su angustia. Una nueva obra de arte espera ser enmarcada. Sueña y sueña siempre con la impetuosidad de sus años. Aparecen imágenes. Nutren fantasías. Se ve a sí mismo dibujando cuando ella avanza con fuerza de gigantes llevando en su mano derecha la llama viva y roja del fuego sagrado. Cuelgan de sus muñecas aceros de pesadas cadenas entrelazadas, incrustada en esa gran esfera de

drán más alternativa que sumarse. Así funciona esto, Alticia -finalizó.

Alticia comprendió el planteo. Apolinario era sólido, no improvisaba. Pero algo no cerraba.

— Bueno -dijo Alticia-, pero las ilusiones tienen un tiempo; ¿qué pasará cuando éstos se cumplan y la realidad sea otra, Apolinario? -preguntó.

— ¡Una ilusión reemplaza a otra ilusión, Alticia! Mira tu vida; ¿cuántas ilusiones has tenido? ¿Cuántas se han cumplido? Sin embargo, sigues haciendo todos los días nuevas ilusiones. Yo soy capaz de generar miles; millones de ilusiones. No me cuesta nada, ¿sabes por qué? ¡Porque en mi vida, todas las ilusiones, menos ésta, no se cumplieron! Me tienen que ver como el hombre de los sueños. El hombre que les puede describir lo que ellos quieren, o mejor aún, lo que desean. ¡Es lo que necesitan, Alticia! ¡Soñar, aunque luego se mueran de hambre y aburrimiento! ¿No es lo mismo que hacen los jóvenes con la droga? ¡Sueñan, Alticia! La vida es un sueño, como sostenía Calderón, el de la barca. Y me acuerdo de este nombre por la barca de pescadores del Sr. Calderón, que nos llevaba a pescar en el mar. ¿Y sabes qué? ¡Cuando no pescaba nada, me comía los sueños, Alticia! Así de fácil, ¿entiendes? -preguntó.

Era su camino. El camino elegido, decidido en largas noches y largos años de pobreza. Por otro parte, él se sentía predestinado al triunfo y al poder. Había trabajado para ello. Dedicó su juventud a compartir su tiempo con los más grandes defraudadores que visitaban la ciudad. Aprendió de sus trampas, mentiras y ambiciones. Había registrado todos los engaños. Se mofó de cuantos pudo y abandonó sus amigos.

Atos lo acompañaba en esa soledad inmensa; siempre fue obediente y silencioso. Cuando estaba inquieto, era porque se acercaban tempestades. Atos estaba nervioso.

— Tú, sí que me comprendes, Atos -y le colocó su alimento en el plato.

Apolinario Reyes Del Manchón, Apolinario, como le decían sus íntimos, movió sus manos en la arena; juguetó con las conchas de mariscos abandonadas y hasta se permitió lanzar un grito en medio de esa soledad, viviendo su propio nombre.

Era él. Había sido elegido. Su grito se desparramó por el aire y una brisa lo llevó al infinito. Se sentía poderoso, sería el nuevo presidente, pero fundamentalmente: el futuro Jefe de ese país. Para ello, la Asamblea Constituyente se reuniría en la mañana, con una sola finalidad: “Proclamarlo Dictador” en la primera sesión.

Y, pocas horas más tarde, proclamaban la disolución de la Asamblea y todo poder que pudiese mellar su autoridad. Pensó también quiénes iban a ser sus colaboradores. Tres meses le llevó considerar a los futuros ministros. Faltaba aún considerar la organización de los cuadros intermedios. Las fichas de cada uno estaban, tenía toda la información de sus miserias, ambiciones y su pasado. Perfecto, su padre, había hecho un trabajo prolijo. Fue clasificando del uno al diez, a cada uno de ellos; priorizando no sólo la capacidad, sino la obsecuencia, la vulnerabilidad, sus miserias y sus antecedentes de corrupción previa. Igual que cuando eligió sus cuatro cómplices. Perfecto era un eficaz colaborador.

— ¡Verás, Alticia, para gobernar debes elegir los hombres más vulnerables! Debes tenerlos sometidos a los secretos que tú tienes sobre ellos, y comprometerlos lo más rápido posible. Nadie resiste una valija llena de dólares. Tampoco quieren quedar fuera del negocio, sobre todo cuando ven que sus socios crecen económicamente. Allí está el secreto, las ambiciones se potencian si los resultados aparecen. Mi tarea es justamente ésa, que los resultados estén en los bolsillos de mis colaboradores, con esto aseguro los míos -dijo Apolinario.

No podía tener una sola grieta en su pirámide de mando. Había que robar todas las instituciones; pero también mantener el orden y el silencio.

tradictorios Regresa para restablecer definitivamente una salud deteriorada y decide entrar en las verdades de su origen. Sabe que a solo a veinte kilómetros de ese pueblo, están el rancho de adobe, Encarnación y Juan de Dios.

Durante su largo camino, Jonás ha visto y luego confirmado que en la orilla del camino transitado, hay un hombre muerto: un bulto, cubierto por tierra recién removida. Permanece inmóvil, frío, de color marmóreo, sin más testigos que diez caranchos volando en círculo, esperando el momento de atacar la presa.

Concurrió al destacamento de policía para informar el hecho. Si hay un cadáver, hay indudablemente un asesino. Alguien lo mató. Deben buscarlo. Solo está a veinte kilómetros de su destino y la policía tomó detalladamente su declaración, dejándolo ir una vez confirmados los datos aportados.

dian entradas y ventanas dejando espacios ocupados con ramilletes de flores, enredaderas en pequeñas hojas verdes colgando semejan rosarios de domingos y rezo de penitencias. Veredas enlajadas, buscan compases de música nostálgicas de un volver. Veredas llevando y trayendo gente cuidadosa con alegría y pesares. Reconoce el taconeo convertido en firmas sobre la tierra. Hay en ese pueblo recuerdos plenos de vida en las tertulias de medianoche, con piano de tres colas, de brillante madera lustrada hasta convertirlos en espejos, donde pianista y soprano juntan sus artes en la noche cerrada. Brillantes estrellas desafían voces que hacen reaparecer almas perdidas, vagabundas, convocadas por la magia de esa noche de fantasía. En ese lugar, está la presencia invisible de una fuerte hidalguía. Fuerza y amor, entremezclada en historias vividas. Romances eternos en el tiempo y la tierra. Jonás entra en esas historias. Historias de familias enteras enfrentadas a la soledad de la tierra desértica, para transformarla en alamedas pariendo cuadros sembrados con trigo, alfalfa y maíces de tierno grano. Tiene ese pueblo recuerdos no lejanos de molinos de piedra trabajada, pulida sus caras, quedan lisas, suaves que Jonás admira cuando ve triturar el grano entre inmensas superficies con perfectos movimientos. Aplastan el trigo dorado para llevarlo a blancos polvos de harina, después transformados en panes y pastas disfrutadas como alimento elaborado en su propia casa. En ese pueblo centenario, están ocultas historias de luchas anónimas, hombres enfrentando una naturaleza hostil. Jonás camina orgulloso. Un pueblo con pasado cuyos habitantes llevan en sus ojos un misterioso brillo nunca apagado, a pesar de años. Ojos de inocencia eterna, llevando pureza en sus miradas para ir al encuentro majestuoso de los volcanes. Recuerdos y alegrías de Jonás, vuelven a su memoria. Su infancia ha sido afortunada. Jonás acostumbra a dejar sus recuerdos en forma escrita, custodiado en cofres mágicos. Llega con su pequeño bolso de pinturas; un corazón de mundos con-

— ¿Qué medidas inmediatas tomarás, Apolinario? -preguntó Alticia, sentada a su lado.

— Te leeré lo que tengo escrito a modo de borrador, que es lo real, pero también escucharás el mensaje “oficial” que ya tengo grabado para el acto de asunción -sugirió Apolinario.

“Daré alimentos, pero sólo lo necesario; erradicaré la miseria por decreto. Daré viviendas sin paredes. Techo y punto. Todos serán dependientes de mi poder, pero también mis esclavos. Nadie entrará en mi territorio; pero tampoco nadie saldrá. No habrá más información que la que yo genere y no habrá otras voces para propalarlas que las que yo designe”, y agregó:

— ¡Al ladrón que no sea del Gobierno, pena de muerte! -proclamó-. ¡Al ladrón institucional, el perdón! -aseveró exultante.

— Escucha ahora el mensaje sobre este mismo tema -y enciende el *grabador* Apolinario:

“Voy a comprometerme con ustedes a trabajar fuertemente para eliminar la miseria, les daré los alimentos que ustedes deseen, los que el pueblo pida. Haré viviendas dignas donde la familia tenga su felicidad que por derecho les corresponde. No quiero ver a nadie de mis ciudadanos que se sientan sometidos al poder de este gobierno abierto y popular. Es mi deseo que todos los hombres y mujeres de mi país tengan el derecho a la información y la cultura. Combatiré la corrupción en todos los estamentos del Estado, no voy a permitir un solo acto de corrupción en mis funcionarios. Quiero que por primera vez mi pueblo sea libre.”

— ¿Crees que te será fácil este doble discurso? -preguntó Alticia, preparando el brebaje.

— ¡Todo es fácil desde el poder, Alticia! No hay nada imposible, ya verás -contestaba Apolinario, sonriendo ante la ingenuidad de esa mujer. Y continuó:

“La justicia será oral. Habrá un Ministro de la Injusticia. Nada quedará escrito; se prohíben los archivos. Los jueces serán nombrados por afinidad y obsecuencia. No

tendrán obligación de ser letrados. Ninguno debe tener más educación que el dictador.”

Grabación: “Juro por Dios y mi Patria que desde ahora en más la Justicia será jerarquizada, privilegiando la capacitación y los antecedentes curriculares de los hombres que implanten justicia para el pueblo, vamos a informatizar la justicia para recuperar y preservar los archivos y documentos.”

— Allí exageras, Apolinario -rió Alticia.

— Bueno, un poco, pero al menos así me gustaría -sonreía Apolinario, y continuó:

“El orden será resguardado celosamente por una banda armada y educada en la crueldad por él mismo. Habrá un Ministerio de la Represión: será el encargado de reprimir, secuestrar y matar.”

— ¡Debes crear una imagen fuerte, totalitaria, polémica y fundamentalmente poderosa! -explicó-. ¿Me comprendes, Alticia? No sé si me entiendes, ¿o te aburre, Alticia?

— No, Apolinario, sigue explicándome, yo lo entiendo -aclaró Alticia, convencida.

Grabación: “Crearé un cuerpo de seguridad que privilegie al ser humano en su conjunto, para que se respeten de una vez por todas las garantías constitucionales. Asumo el compromiso de desarmar las estructuras mafiosas enquistadas en los sectores de Seguridad.”

— Bien, a todo esto debo agregar algunos detalles como... -y continuó leyendo.

— Nadie puede ser más alto que el dictador y tampoco más pesado -rió Alticia.

“Deberán responder automáticamente a mis órdenes, o a quien yo designe en el mando, en forma transitoria. No habrá funcionarios permanentes; habrá cargos de permanencia autorizados por decreto oral. Según como distribuyera la recaudación de los impuestos, los recursos naturales serán de su patrimonio y estarían habilitados para venderlos, regalarlos, *negociarlos y conservarlos para sí, o su familia.*”

donde tiran cal para desinfectar restos humanos, comenzaron a levantarse hombres y mujeres muertos antes; vivos hoy. Secos antes; rellenos ahora. Entonces Jonás decidió quitarse el bozal. Y en ese instante, el milagro llegó. Dejó de toser Jonás. Dejó de escupir sangre de sus pulmones y recuperó su peso en poco tiempo. Sus manos están cada vez más delgadas y frías. Supo Jonás que estaría por ser dado de alta cuando le quitaron toda restricción, pudiendo salir de los alambrados del hospital a buscar nuevamente la vida. Captura los verdes y colores de flores que regresan al arte eternizadas en sus pinturas. Jonás está feliz. Jonás vive. Jonás piensa en las montañas. Un martes le dijeron: “Puedes irte Jonás. Regresa a tu casa, cuídate en la alimentación”. Y le indicaron: “Aspira el aire puro de la montaña”, recomendaron los médicos. Jonás partió a su pueblo. Está feliz. Quiere alimentarse y aspirar todo el aire de la cordillera que hasta hoy se le ha negado.

Jonás camina nuevamente por su pueblo. Una acequia acaricia raíces de álamos desparramados en calles húmedas. El agua cristalina, fresca y limpia lleva el murmullo de gente que pasea bajo sombras de álamos. Jonás camina por ellas con cierto aire de nostalgia y felicidad. Está curado y feliz. Hay miradas perdidas, flotan en espacios que juegan con la luz del sol; los pájaros cantan sin límites entre follaje de hojas orientadas siempre a la luz más cercana. Largas calles custodiadas por casas de adobe alisado por el tiempo, pintadas café. Las ventanas asoman a la vida con cristales pequeños, empañados y transparentes, permitiendo conocer cada historia que pasa caminando sin saber que deja atrás una huella en el tiempo; ventanas cerradas como párpados acariciados por cortinas de hilo tejido con manos cansadas. Puertas de madera rudamente tallada, los picaportes de bronce, cerraduras de bronce, llaves de gran porte. Unas viejas bisagras de tiempos pasados permiten abrir portones para entrar caballos ensillados, listos para salir a campo abierto; su trabajo cotidiano. Los macetones custo-

cos, crueles y temerarios. Medicamentos y cirugía. Solo o combinado. Horarios rigurosamente cumplidos en inmensas galerías coloniales que permite en invierno y verano que los pacientes y sus hermanos en desgracia desparramen sus cuerpos en sillones de mimbre, o se abandonen en hamacas zigzagueantes esperando un amanecer para someterse a los rayos solares, que fortifican su cuerpo dando color a su piel desteñida. La enfermedad tiene curiosamente una acción estimulante de la libido. El deseo sexual genera historias de amor. Pesadillas de amor; tragedias de amor enfermo, ocultados oficialmente para que el mundo no se entere de la promiscuidad de enfermos cubiertos con bozales, como si fuesen cirujanos, listos para entrar con el bisturí en cuerpos enflaquecidos y secos. Hombres y mujeres sometidos a extirpaciones de pulmones enfermos; vaciados en la confluencia de cavernas sangrantes. Mientras más operaciones tienen sus cuerpos, más costillas pierden dejando como consecuencia una columna deformada; arqueada como si fuese un mimbre doblado para un lado u otro según las costillas y lóbulos de pulmón que han resecado. Jonás dejó en ese lugar un cuarto de pulmón y tres costillas como ofrenda en búsqueda de salud. Jonás quedó arqueado en su columna y se agita cuando en las noches cruza pabellones solitarios. Sus mujeres no tienen nombre. Solo deseos furiosamente mezclados con estertores de gozo. Siempre se pregunta cuántas lunas y soles le quedan por ver y sentir y si también la muerte de sus compañeros de todas las semanas no lo están acercando más a Dios. Recordó cuando Yavé preguntó en un desierto de huesos secos y abandonados en fosas de sueño eterno; “¿Piensas que podrán vivir esos huesos secos, Jonás?”. “No lo sé, Señor”, respondió Jonás. Pero Yavé habló con esas estructuras inanimadas y les dijo: “Voy hacer entrar un espíritu en ustedes; volverán a vivir, les pondré nervios, músculos y los cubriré con piel tersa y pura”. “No lo sé, Señor”, repite Jonás, dibujando calaveras de huesos blancos. Sin embargo, en medio de fosas

Grabación: “Todas las designaciones serán en base a concursos de antecedentes, voy a garantizar la estabilidad laboral, los impuestos serán para los que más tienen y seré un celoso defensor de los Recursos Naturales, que no son, ni más ni menos, que el patrimonio de ustedes: mi amado pueblo.”

— ¡Yo presidiré el Consejo de la Entrega del Patrimonio Nacional! -aseguró convencido-. Esto es clave, Alticia, los recursos naturales, el agua, la energía, el gas, el petróleo. Esto es muy importante porque, a mi arbitrio, me haría sentir el dueño de la Nación. Para eso hay que liquidar los organismos de control o corromperlos, no hay dudas -razonó Apolinario.

— Pondré castigos ejemplares, naturalmente esto ya lo tengo decidido -aseguró Apolinario

Estaba orgulloso de su proyecto y continuó leyendo:

“Quien cuestione su destino, sufrirá la pena de vivir en una balsa de cartón, hasta que en medio del mar ésta se hunda. Si sobrevive, deberá rectificarse en audiencia pública prometiendo un jamás. Y dará las explicaciones de arrepentimiento, haciendo votos de obediencia.”

— ¿Qué opinas, Alticia? -preguntó.

— Me encanta, Apolinario, sigue -replicó.

“No habrá legisladores, habrá una red de hombres y mujeres dependientes del nuevo sistema, que tendrán por misión anotar las necesidades de la población, por barrio, por manzana, por calle, por cuadra, por casa, por aldea y por ciudad.”

Grabación: “Voy a jerarquizar también al Poder Legislativo, a quien garantizo mi total y absoluta imparcialidad y la garantía de su poder independiente. Juro por los Santos Evangelios la libertad de los tres poderes del Estado como única forma de gobierno democrático, participativo y pluralista”.

— ¿Y los senadores o Diputados, Apolinario? -preguntó Alticia.

— ¡No existen más, Alticia!, son vagos, ignorantes, corruptos y gastan el dinero que bien nos vendría a no-

sotros para engrosar las fortunas personales. Te sale más barato un soborno que un senador. Por otra parte, sólo saben hablar en los medios de comunicación para criticarte, ellos no resuelven nada. ¿O no recuerdas la caída del imperio Romano, donde el senado se desmoronó por la corrupción?... Esto me lo dijo Tiburcio, Alticia, y te lo repito así, porque yo ni siquiera sé en dónde está Roma, pero él no miente; sigamos con el proyecto.

“Las necesidades serán evaluadas en el Consejo de la Inequidad y no se aceptará más que una solicitud por grupo familiar, por año. Los integrantes de esta Red tienen la obligación de espiar, delatar y denunciar a los opositores o a quienes cuestionen el sistema. Serán todos ellos serviles y entusiastas concurrentes a los actos y reuniones del gobernante. Tendrán sus palmas listas para aplaudir cualquier ocurrencia o gesto que el gobernante genere consciente o inconscientemente.”

Grabación: “Voy a trabajar sin descanso para que todos los habitantes de mi patria tengan cobertura social integral. Mi compromiso es con los más humildes, los más carenciados y a ellos orientaré mi esfuerzo y mi pasión de gobernante. No admitiré manifestaciones de apoyo ni aplausos, he asumido para servir a mi pueblo. Ése es mi compromiso”.

— ¿Recuerdas cuando te quejabas de tu formación? -dijo Alticia.

— Sí, para esto también he pensado algo: no hay peor enemigo que un pueblo culto. Educar es darle posibilidad a la gente de conocer sus derechos. Eso va en contra de mi proyecto. ¿O no lo crees, Alticia? -preguntó Apolinario.

— Absolutamente de acuerdo -respondió Alticia, resplandeciente-. Sigue -lo incitó.

“Las escuelas serán al aire libre, con maestros diestros en tránsito. Enseñarán el abecedario básico, suma y resta, no mayor de cien, y no se mencionarán países o personajes de la historia. Sólo la vida y la obra del gobernante... Yo, y la forma de venerarme.”

“¿Qué dirán las montañas / si sus cimas / en que duermen las nieves / de improvisto descienden hasta el valle / y para siempre / niveladas, se encuentran con el río?”

AUGUSTO BARBIER

Jonás escupió sangre durante los accesos interminables de tos. No le dio en un comienzo importancia. Un año antes de decidir su regreso había tomado la decisión de tratarse. Al no ver resultados concretos —meses más tarde— su cuerpo comenzó a perder mucho peso. La masa muscular de firme contextura fue perdiendo volumen y el apetito entró en un espiral de olvido. Jonás adquirió en forma definitiva un color ceniza pálida. El brillo de sus ojos se apagó. No hay mas estrellas que lo iluminen. La consulta médica no tardó en diagnosticar su enfermedad pulmonar: tuberculosis. En ese entonces, se recibían tratamientos muy limitados con drogas que dejaban oídos inútiles para siempre, bloqueados al piano y orquestas de cámara. Bloqueo al canto de pájaros y miles de voces de quienes lo rodeaban. Le llaman sordera química. La poca respuesta a esa medicación, obligó a que lo internaran en una localidad cercana donde funciona un Hospital de enormes dimensiones con grandes pabellones azulejados y jardines a pleno sol. Los pacientes de ambos sexos son sometidos a tratamientos drásti-

***Grabación:* “He de consagrar mi vida para que todos los niños y jóvenes tengan una educación de excelencia. Un pueblo inculto es un pueblo sin futuro. Haré escuelas dignas para una educación casi perfecta”.**

— Para evitar problemas en las calles, tengo esto —dijo, razonando, Apolinario.

“Se prohíben las reuniones y las sospechas. Se prohíbe: discutir, cuestionar, o señalar actos corruptos o sus ejecutores. La pena será cárcel por iguales años que tenga el infractor. Todos trabajarán la tierra, pero el setenta por ciento de lo producido pasará al mercado del Desabastecimiento, que estará administrado por familiares del dictador.”

— O sea, yo -acotó triunfante-. Mira, Alticia, mientras más libertad les das, más cuestionamientos tienes.

***Grabación:* “He de promover la participación directa de la gente, en asambleas, concentraciones y partidos. Creo fervientemente en la crítica, porque ella me hará modificar mis errores y desaciertos”.**

— Necesitas una poderosa herramienta para aplicar este plan, Alticia, una organización en serio. Sin ella no lo puedes lograr y no te reconocen en la historia -comentó Apolinario-. Por otra parte, si no robas apostando fuerte, serás tildado de ladrón tonto e ingenuo. Pero si lo haces a lo grande sin importarte montos ni formas, podrás contratar los mejores estudios jurídicos para que te defiendan. ¡Entonces serás un gran señor! Hasta puedes convertirte en un mártir -afirmó-. Eso se llama impunidad, Alticia. El dinero compra las sentencias. ¿Impunidad, me entiendes?, o sea: hacer lo que quieres y lo que quieras; sin temor alguno a la justicia, a la opinión pública o a las elecciones, que por otra parte no habrá más.

“El Ministerio de la Corrupción será encargado de supervisar e informar, trimestralmente, los cobros y las deudas de cada habitante. Los morosos perderán un dedo por cada 12 meses de incumplimiento. Una mano, cada diez años. Y su vida, si reiteran.”

Grabación: “Voy a combatir la impunidad, flagelo éste que ha desestructurado las bases de la República. Convocaré a elecciones tantas veces sea necesario, ya que es la forma de expresarse de todo un pueblo. Privilegiaré las moratorias como forma de regularizar las deudas de los que menos tienen. Premiaré al humilde”.

— Fantástico, Apolinario; ¿cómo se te ocurren estas cosas? -preguntó Alticia.

— ¡La experiencia, Alticia, la experiencia! -respondía reconfortado Apolinario.

— ¿Que harás con los medios de comunicación? -consultó Alticia-. ¡Recuerda que ellos siempre nos atacaron! -apuntó.

— Todo tiene un precio, Alticia; no seas tonta, serás testigo de esto. Los periodistas que más me ataquen recibirán más dinero. Los moderados, lo justo, y los tibios, lo que yo quiera. ¿Qué quiere decir esto?, que hay que pagar el silencio y también la crítica, sobre todo ahora, que los medios están en muy pocas manos. ¡Esto facilita el “ablande”! -razonó Apolinario-. No existe la libertad de prensa, Alticia. Existe “libertad de tarifas”, ja ja. Es indudable que siempre habrá algunos que no van a ceder a mis presiones, pero bueno, yo sabré manejarlos; hay métodos violentos que los harán cambiar de postura. Los periodistas independientes cada vez son más escasos. Todos trabajan para empresas. Y las Empresas trabajan para mí... ¿comprendes cómo es esto? -amenazó.

“El Ministro de la Incomunicación será designado por el dictador, con atribuciones de interpretar todas las palabras o frases del gobernante que sirvan para: enaltecer, prestigiar y engrandecer su figura, voz e imagen. Queda prohibida la comunicación independiente, el razonamiento público o el análisis político en todos los medios de comunicación. Los medios que se opongan a su compra, soborno o sometimiento, serán cerrados y silenciados, igual para quienes se determinen como res-

— Sea.

— ¿Te casarías conmigo? -preguntó, tímida, Alticia.

— ¿Casarme, Alticia?; el matrimonio mata el amor, deja las cosas así -contestó Apolinario.

Alticia calló, en un silencio de complicidad. En algún momento había soñado con esto; sin embargo, especulaba que esta negativa no sería definitiva.

— ¿Y el amor, Apolinario, qué significa para vos? -pregunta Alticia.

— El amor se hace, Alticia, no nace -respondía Apolinario-. El amor es parte de la locura del alma, Alticia, cierra la razón -sentenció.

— ¿Y vivir contigo? -insistió.

— Ya vives conmigo, Alticia. ¿Qué es lo que pasa ahora, mujer? Estamos en los momentos más importantes de mi carrera política y sales con estas chiquilinas del amor. Piensa, Alticia, lo que nos espera. Tenemos que ocuparnos de las cosas trascendentes -sugirió Apolinario-. Vamos, hay que prepararse para la ceremonia -ordenó.

— *Comienza tu historia, Apolinario. Tu gloria, y, si te equivocas, tus desgracias* -anunciaron las voces en coro.

— *Somos tu compañía, tus consejeras, tus custodias* -afirmaron las voces.

Caminaron durante dos horas; Apolinario hablaba de sus proyectos, Alticia escuchaba extasiada. En su camino encontraron algunas personas que no lo reconocían. Su imagen aún no estaba entronizada, sabía Apolinario que había que hacer muchas cosas para lograr lo que él se proponía. Estaba seguro de su capacidad y fuerza. Una tormenta cortó la placidez del paseo y decidieron regresar. Apolinario llamó a Atos, que volaba muy cerca de ellos, y los tres regresaron apresuradamente. Apolinario pensaba que era mejor, así terminaba de una vez su proyecto de gobierno.

— Ahora déjame completar algunas ideas para mi gobierno. Toma nota de lo que digo, ya sabes que no sé escribir bien.

— Díctame, Apolinario.

— Anota detalladamente lo que se me está ocurriendo, luego será Ley -sentenció Apolinario.

“El Dictador será inmortal, perfecto, totalmente injusto. Su personalidad, caníbal, retorcido, egoísta, engreído, audaz y maquiavélico; será venerado, aplaudido y reconocido por todos los habitantes.”

En pocas horas más, Apolinario sería proclamado como el nuevo gobernante. Sentíase el gran triunfador. Por supuesto, el mejor; el único, ¿quién mejor que él?

— ¿Como una Isla del mundo, aislada y solitaria, seremos eso Apolinario? -preguntó Elodia.

— Te sigo dictando -continuó Apolinario, ignorando las palabras de Elodia-. Algo que considero indispensable.

“Queda prohibido en toda la república, dudar de la honestidad de los funcionarios e investigar su patrimonio o investigar testamentos.”

— Todas las prohibiciones son ad eternum. Y es considerado como de alta traición a la patria su violación -terminaba agotado Apolinario, no sin decir gritando:

— ¡Viva Apolinario Reyes Del Manchón! He dicho. ¿Anotaste, Alticia?

— Sí, anoté. ¿Puedo hacerte una pregunta, Apolinario?

ponsables. Cuya eliminación queda aprobada por decreto.”

Grabación: “Un pueblo sin información es un pueblo ignorante y marginado. Los medios de comunicación son considerados por mi persona como la expresión más cabal de la libertad de los ciudadanos. Quiero una prensa libre y sana, y facilitaré la creación de medios de comunicación a lo largo y a lo ancho del País”.

— ¿Y los recursos Naturales?, ¿y los recursos patrimoniales del país? -se animó a preguntarle Alticia.

— ¡No existen!... Son míos. Me pertenecen porque son la llave del poder político y económico. Si yo no tengo su manejo, no vale la pena el esfuerzo. Haré de ellos lo que mejor convenga para mi desarrollo patrimonial -respondió un Apolinario resuelto, continuando su lectura.

“El Ministerio de Turismo será únicamente para promocionar los futuros o actuales viajes del dictador o su familia. Determinará sus viáticos, acompañantes, hoteles de seis estrellas, aviones y medios de difusión.”

— ¡Quiero que mi familia pueda viajar, Alticia!, al igual que mis amigos, pero sin privarse de nada. Los viajes al exterior deben ser así sin control de gastos -Apolinario se mostraba agitado.

Grabación: “Los recursos naturales han sido expoliados por los intereses espurios antinacionales y por negociados vergonzosos. He de velar para que cada peso que entre por el Petróleo, el Gas y el Agua sean utilizados para el pueblo, porque considero que esos recursos son únicamente propiedad de los ciudadanos que han confiado en mi proyecto. Erradicaré el uso de dineros públicos para beneficios de familiares y funcionarios que andan dando vuelta por el mundo gastando el dinero de la gente”.

“Por decreto, se eliminarán las zonas de pobreza que opaca al turismo nacional o internacional. Las viviendas del líder se declaran de interés nacional y patrimonio de la humanidad, para evitar ser embargadas. Las

tierras, ríos, campos y lagos, pasarán a registrarse como patrimonio del Gobernante.”

— Totalmente de acuerdo, Apolinario -intervino por primera vez Perfecto-. Cuando uno sale del gobierno lo primero que hacen es justamente investigarlo, tratar de quitarle lo que humildemente ha podido robar. Creo que sobre este aspecto habría que tomar algunas previsiones. ¡No hay derecho a que te persigan, Apolinario. ¡Piensa cuánto hemos sufrido para llegar a donde estamos! -Apolinario se sorprendió.

— Es cierto, para estas situaciones tengo contempladas algunas cosas, veamos.

“Todos sus bienes no declarados, quedarán para siempre libres de impuesto e investigación. Ningún acto de gobierno podrá ser investigado ni cuestionado.”

***Grabación:* “Que mis ciudadanos sepan que no habrá un solo funcionario que pueda librarse de las investigaciones por el mal uso de los dineros públicos. Asumo esta responsabilidad con total claridad de las consecuencias que ello implica. Investigaré a todos quienes estén sospechados de haber delinquido. Mis bienes serán conocidos en forma pública antes de asumir y al dejar el poder; el pueblo podrá investigar cada peso de mi patrimonio. Quiero un gobierno transparente”.**

— Vas a tener oposición de la Iglesia, Apolinario -dijo Alticia.

— Ninguna de ellas se opondrá. Tal vez tengan algunos curas díscolos, pero la Institución estará de mi lado, todo tiene arreglo. Por otra parte, recuerda que haré profundos cambios.

“La Iglesia, hasta la fecha dependiente del Estado, quedará liberada. Sus templos, patrimonio y servicios serán donados al Gobernante. Los sacerdotes actuales pasarán a retiro permanente, los novicios serán sastres. Las monjas serán clasificadas y, según el puntaje obtenidas, tendrán su destino. Adorarán sólo a la familia Del Manchón; para ello, todas las estatuas y retratos de la iglesia tendrán su rostro.”

***Grabación:* “En mi gobierno habrá libertad de cultos como forma de ratificar mi compromiso con los credos. Los bienes de la Iglesia serán respetados y acrecentados. Los sacerdotes y las monjas han sido siempre mi ejemplo de vida, y el privilegio que me han concedido ustedes de ser el conductor de este país, no modificaré mi postura hacia la Iglesia”.**

— Quiero cenizas, Alticia, el mundo es ceniza, nosotros también -reflexionó Apolinario.

“No habrá cárceles o cementerios. Todos serán cremados por decreto. A los deudos se les entregará el número del finado, y la fecha de ingreso. Nunca figurará la causa de muerte y se anulan los certificados de defunción.”

— ¿Para qué quieres saber de qué mueres, Elodia? Lo importante es saber para qué vives -agregó.

“El Dictador programará sus salidas a la localidad que él desee, y todas las viviendas que tengan ventanas deberán cerrarlas a su paso, las puertas selladas, y nadie puede ver de frente al Gobernante, tampoco de reojo.”

— Ya me cansé de tantas lecturas y explicaciones -concluyó Apolinario.

— Te admiro, Apolinario, siempre admiré tu fuerza y tus odios, yo también los tengo pero prométeme que me tendrás a tu lado siempre, y que escucharás mis consejos y palabras, recuerda que yo, Apolinario, estuve en todos tus momentos más difíciles, ahora es cuando más quiero ayudarte -dijo Alticia, compungida.

— Alticia, no puedo reconocerte nada, tampoco me interesa; si estuviste es porque así lo decidiste. No te obligué. Pero aun así estarás a mi lado, porque me conviene. Deberás estar muy atenta con mis enemigos, ésa será tu función. Puedes estar al lado y también en mi lecho, pero eso no te dará derecho a más. Así lo he decidido. Lo tomas o lo dejas -resolló Apolinario.

— Lo tomo, Apolinario -respondió Alticia, sin pensarlo dos veces.

— Bebamos un buen licor y salgamos a caminar -propuso Apolinario.

“Me nutro de dolor, río llorando; muerte y vida de igual modo desdeño: en este estado me tenéis, señora.”

Petrarca

Alticia estalló de alegría. Pensó que habían valido la pena tantos años acompañando a este hombre y apostar todo por él. No la había defraudado. Pero en todo este proyecto, no mencionaba qué lugar tendría ella.

— ¿Me has tenido en cuenta, Apolinario? -preguntó.

— Sí, Alticia, serás mi mano derecha -respondió Apolinario cruzando sus dedos.

Apolinario Del Manchón se sentía agotado, pero también satisfecho por haber engendrado el proyecto final. Tomó las patas de Atos, las colocó en su mano derecha y le ordenó:

— ¡Vuela, Atos!, sube hasta esas nubes para que mi vista sea cósmica, universal, espléndida y avísale al rey de los infiernos que Apolinario ha iniciado su camino.

Atos abrió sus alas y se fue perdiendo lentamente en un cielo saturado de atardecer. Se hizo invisible, transparente, volaba hacia un destino que sólo él conocía, entre las nubes que borraban su sendero. Atos era sus ojos al futuro, su ineludible compañero, testigo siempre de sus miserias, sus amores y sus desgracias.

Apolinario estaba envuelto en una nube de sueños. Su imagen con Atos, encima de esa gigantesca piedra lisa, aparentaba una sombría figura demoníaca.

Aletea, sí, aletea como si sus alas fuesen brazos, tratando de desplazar al guardia de sotana que impedía poseer a Alticia. Cae este hombre marrón a los pies de esa delicada mujer, que descubre su cuerpo desnudo a las miradas lascivas de los hombres de la selva, atrapados entre el follaje verde, impenetrable, donde se mueven sombras misteriosas que llevan lanzas y calaveras en sus manos. Estaba el fuego ardiendo, en medio del deseo. Flotaba Apolinario por encima de su propia imagen, mientras Atos esperaba la orden de ataque cerrando sus filosas garras, que se empotraban en las hombrecillas de la túnica negra de Apolinario.

Está preparado para descender de ese valle imaginario, donde los animales de la prehistoria deambulan sin rumbo, esperando la orden para cruzar las fronteras de la voluntad. Espera Atos la voz de su amo. Espera también Apolinario liberarse de sus obligaciones impuestas, para entregarse una vez más a los brazos de Alticia. Ve Apolinario ese mundo terrenal, donde se sumergen los cuerpos de miles de hombres y mujeres en los fangos; en las ciénagas, en los campos arenosos dejando entrever sus cabezas hacia la superficie, e iniciar el diálogo de los cadalsos. Pasa en su carruaje desdoblado su cuerpo y alma, levantando su esqueleto para reclamar el respeto del poderoso y la esclavitud de los débiles.

Alticia abría majestuosamente su cuerpo sobre las sábanas, dejando que sus piernas se cruzaran a lo largo de la cama. Cubría Alticia su sexo con su mano, dejando su brazo en la almohada. Luego, miraba a su amante, que luchaba para incorporarla a su sueño. No podía alejarse de esa furia pasional; besaba el cuerpo de su amado recorriendo una geografía memorizada en su deseo. Atrapa al salvaje, que despierta, y lo hace suyo, sin importarle el permiso sumiso y humillante que siempre le exigía Apolinario.

tiempo. Pero allí está. Firme, lamentándose de que su hija Inés no tuviese más vida para alegrar su desdichada pena, porque el tiempo también necesita de imágenes. Se estremeció de tanto recordar. Le gusta contar que *Ella* se fue con toda su vida encerrada en madera lustrada como queriendo recoger todos los recuerdos que flotan en esa inmensa paz del tiempo y buscando en la profundidad de la tierra un lugar para su secreto. “Una casilla invisible para el recuerdo”, remarca siempre el hombrecillo. Y piensa que la historia del cielo, el infierno y la nada no está aún contada, porque se mezcla en una extraña rutina diaria esperando que soñadores del mundo o los gestores de felicidad y los procuradores del amor, lancen sus reclamo gritando su nombre en los cañadones.

Jonás está convencido de que las palabras viajan con las nubes transformándose en tormentas que luego dejan caer lluvias de letras. Está absorto. Confundido. Supo entonces que en ese jardín natural la vida continúa. Está seguro que ha visto escapar dos hombres a caballo, dejando un hombre muerto en la orilla del camino. Sin embargo nada quedó de aquella visión. Tampoco se demostró que existiese un cuerpo. Caminó repitiendo su frase favorita, asegurando que no es la distancia la que separa, sino el tiempo que la mantiene lejana. Hubo un muerto que vio Jonás. Hubo dos hombres que lo dejaron en el camino que transitó Jonás. *Pero sin cadáver no hay asesino* y menos aún; *asesino sin cadáver*. Jonás aprendió esa lección mientras el hombrecillo de ojitos anillados y concéntricos se burlaba de él.

aparece, quedando el retazo de ropa desteñida y sucia, sobre el piso del camión. El cadáver se mueve cambiando posición, pero el cuerpo del hombre se fue reduciendo en pocas horas quedando su ropa abandonada bajo la loneta verde pegada al piso del camión. El hombre rubicundo calcula llegar al mediodía a la comisaría más cercana del poblado distante a solo cinco kilómetros.

Por distintas calles pero con igual destino, entran al mismo tiempo y a igual distancia patrulla y camión. Ambos se dirigen al puesto policial que está al final de una corta avenida de árboles gigantes y antiguos. El edificio es simple: una sola planta con entrada enlajada. Los portones se abren. La patrulla de policías entra por la misma calle donde luego estaciona el camión. La patrulla ata los caballos. El camión apaga el motor.

Se tomó la denuncia del hombre muerto. Pero en el momento que el policía preguntó dónde estaba el cadáver para verificar el finado, encontraron solo ropa vieja, sucia y mojada debajo de la loneta. Disgustada, la autoridad anuló un presunto crimen y todas las fojas escritas con los detalles que el camionero había contado al hacer la exposición. Camionero y policías terminaron mirándose, sin saber qué decir. No hay cadáver. Tampoco huellas que asegure que lo hubo en algún momento. “Sin cadáver, no hay asesino”, aseguró complacido el comisario.

El hombrecillo de ojos anillados sigue frecuentando velorios con la misma tranquilidad de antes. Cambió de ropa. Está contento.

El camión se fue despacio abriendo los portones nuevamente y se perdió en calles transitadas. El preso caminando ya en libertad, se dio vuelta desde el portón, mirando la comisaría. “¡Sin cadáver, no hay asesino!”, repitió y caminó por calles transitadas; de su amigo nadie se acordó.

El hombrecillo de los velorios estaba otra vez en su lugar. Con sus ojitos de anillos blancos, el sombrero pegado a su piel y con el viejo traje hecho hilachas por el

Alticia ama.

Estaban las canastas llenas de frutas prohibidas a su lado, destilando colores y fragancias, ella las comía abriendo la boca que desparramaba gemidos y tomaba la botella de bebida oscura que esperaba ser vaciada, sin derramar una gota del afrodisíaco líquido. Sin embargo, no sería esta vez Apolinario quien se llevara los placeres de su amante. Sería Atos, convertido en hombre sin rostro, quien lograría atrapar su cuerpo y atravesar sus temores. Regresaba Apolinario de esa fiesta múltiple, donde los cuerpos se mezclaban armónicamente al compás de una música de cuerdas. Están envueltos todos ellos en el sexo colectivo, en el alcohol y esa bebida negra que carcomía las fantasías de la vigilia. Se pegoteaban los brazos y las piernas, sin que nadie pudiera identificar a quién pertenecían, sólo había movimientos rítmicos, espasmódicos, acompañados de gemidos, risas y voluntades quebradas, suspendidas en la hoguera del encuentro.

De allí salió excitado, buscando a su preferida, deseoso de entregarle su furia y su deseo en medio de esa noche de oscuro cielo, que presagiaba rutinariamente tragedias.

¡Ah!, si pudiese al menos impedir que Alticia se entregara a ese animal alado convertido en hombre. Si pudiese él ofrecer a Atos alguna de sus amantes que jugaban en las orillas de esa laguna mansa, cualquiera, menos Alticia. Pero no sabía Apolinario que su Ave estaba ya con ella, envolviendo ese cuerpo, haciendo que sus alas transformadas en brazos fuertes la contuvieran y estremecieran, acariciando sus senos hirvientes y su sexo húmedo. Deja Alticia que sea ese hombre, antes Atos, quien lleve los vientos lujuriosos de ella, dejándose contorsionar en espasmos que sólo él sabía como respuesta.

Está vencido Apolinario, en medio de esos árboles y piedras caprichosas. Su vista va perdiendo la nitidez de las formas, como si una nube cubriese sus pupilas, o tal vez

porque no tolera que sea su ave mágica quien se lleve el orgasmo que Alticia siempre acostumbraba a entregar.

Hubo un momento de paz. La paz de quien ya no deseaba luchar. La paz de la contemplación, donde los deseos, rencores, odios y envidias se desploman y dan lugar al espectacular horizonte de la nada. Apolinario se tira en la laguna. Deja que su cuerpo abra el camino de las aguas, tiene sus ojos para mirar la belleza del mundo submarino silencioso de las profundidades, y es allí cuando despierta aterrado, acompañado de su fiel Atos, de blancas plumas, que permanece mirándolo sin entender razones del silencio o la mirada despectiva de su amo. Se dio cuenta que había soñado.

Apolinario se mostraba disgustado. Enojado con sus sueños. No permitía verse frágil, vulnerable, atrapado por sentimientos que él había enterrado para siempre. Y también luchaba para apartarlos de su vida. Debía mostrar su lado oscuro y cruel.

Recuperado, pensando en las venganzas, envió a Atos, esta vez, a matar el gato que contemplaba la escena sin segundas intenciones. Prefirió que fuese ese animal quien trajera su equilibrio de crueldad. Dejó que Atos destruyera al gato, mientras contemplaba gustoso cómo abría el cuerpo del felino, con la maestría de un cirujano. Se sentía reconfortado y hasta tuvo una excitación placentera. Observó cómo la herida abierta dejaba que los intestinos y vísceras se desparramaran caprichosamente en medio de un charco de sangre. Recordaba cuando estaba en la secta. Felicitó a Atos. Más por su ferocidad que por su obediencia. Sin duda alguna, era digno siervo de su implacable amo. Su lado oscuro y siniestro afloraba junto a su perversidad.

— ¡Mutila, Atos! -ordenaba en su soledad enfermiza-. Mutila sin matar -repetía a su blanco y ensangrentado pájaro, gustoso de satisfacer a su amo.

Reía Apolinario de su crueldad, superaba las fantasías macabras y grotescas de Gilles de Rais, aquel héroe o soldado francés envuelto en riquezas, que terminó des-

motivo de tanta saña para llevarlo; y tampoco sabe concretamente, de qué se lo acusa. Capturado por sospecha. Es suficiente para terminar colgado del animal sin posibilidad de defensa. El sargento, orgulloso de haber cumplido con la orden de arresto: “a cualquiera que esté en alguna de las dos viviendas abandonadas del cerro”. Contabiliza heridos y balas usadas, para dar su parte no bien llegue al puesto policial. Recuerda que las balas son ochenta y siete en total, y cuatro no detonadas. Se pregunta, también, en qué figura penal pondrán al señor colgado al lomo del caballo: “¿atrapado por las dudas?”, cosa de no dejar posibilidad al reclamo judicial.

Poco queda del hombre viejo helado bajo la loneta verde en el piso del camión del conductor rubicundo, que sigue tarareando la misma canción. La carga vegetal del camión fue el único testigo de estos desprendimientos del cuerpo misterioso que se ve entero en su lugar original de muerte.

Una mujer había visualizado a dos hombres a caballo, sospechosamente ocultos en la noche, ascender al cerro. Avisó a la policía. La patrulla fue enviada sin tan siquiera ver al finado descubierto por Jonás. Tampoco confirmó su versión. Pero la ley es la ley, aún siendo esta justa y ciega, optó por ser más ciega que justa desapareciendo cualquier argumento sólido para justificar las acciones que luego realizaron.

“¡Si tenemos asesino..., tendremos un cadáver!”, conjeturó el sargento al recibir la orden de trepar el Cerro. El hecho de que estos hombres estuviesen armados defendiéndose de una orden de arresto sin saber la acusación, anula su inocencia. El sargento continúa tratando de grabar mentalmente su informe cuando entregue al preso al mismísimo juez. La cercanía del puesto policial en la madrugada fría los encuentra encima de los caballos cansados y agotados de tanto sortear piedras y caminos ocultos.

El hombre de hielo disuelve sus tejidos, cada miembro separado del cuerpo se independiza y al poco tiempo des-

El Sargento trata de convencer al segundo hombre vivo que se rinda; le garantiza ciertos derechos. Ese hombre luego de evaluar la situación, mide su capacidad de fuego. Decide aceptar las condiciones ofrecidas. Se entrega sin resistencia. Es esposado y llevado a patadas hacia el caballo atado al palenque de la casa quemada. Lo cargan lentamente, sujetan la cabeza a los pies por debajo de la barriga del animal, para llevarlo amarrado sobre el lomo del caballo. Su compañero ha quedado perforado por plomos de bala, enviadas sin saber a quién o a qué le tiraban; pero está tan muerto que es imposible sacarle una palabra.

—¡Entiérrenlo! —Ordena el Sargento a sus subordinados sin tener en cuenta quién era o qué hacía en esos lugares—. ¡De esto... no se habla! —es la recomendación que les da mientras los agentes cavan la fosa y colocan al maleante en su fondo.

Mientras tanto, en la caja del camión cubierto por una loneta y castigado por el rayo del sol de la mañana, el cadáver abandonado en el camino va misteriosamente recobrando nuevamente una delicada textura. La piel toma una tonalidad variada, del cetrino al rosado pálido; mientras las gotas de la helada derretida se refugian sobre la madera del piso del camión. Verduras, frutas y hombre recuperado al desierto viajan cada uno con destinos preanunciados y seguros que nadie puede cambiar. Sin embargo, el cuerpo del hombre helado, ahora derretido por el calor del sol, fue encontrado por almas en pena, que han trepado sobre las verduras y frutas acompañando en forma invisible al hombre de hielo. En la medida que este cuerpo recupera su calidez, se va diluyendo, perdiendo cada parte de su anatomía y el contacto con la otra. Achicándose, como si el evaporarse fuese su destino en la rutina de la ruta. El hombre rubicundo solo atina a tararear una canción pasada de moda envuelto en un romanticismo nostálgico.

El maleante atado y colgado al lomo del caballo protesta, porque nadie sabe en realidad —ni él mismo— el

cubriendo su lado oscuro asesinando jóvenes entremezclados con alquimistas. Héroe o bandido, nadie lo sabe. O de Vincenzo Verzeni, el gato destripador que esparcía las vísceras en ceremonias inconclusas. Pensó en Alticia. Esa mujer a la que prefería, sin desmerecer las bellezas que mantenía en su harén secreto. Como ellos, Apolinario frecuentaba los burdeles buscando siempre encontrar el placer que de joven había descubierto en esas mujeres que tarifican el amor.

El prostíbulo estaba en la periferia de la ciudad. Mantenía un grupo de mujeres alegres, bellas y dispuestas a consentir a su clientela en sus fantasías. Sobresalían, por su belleza y osadía, dos de ellas: Yiung y Ester. Esta última, reconocida como la mujer ardiente de la máscara negra; deseada por su esplendorosa belleza, respetada por su enigmática identidad. Ester hacía del amor una primavera, y sus amantes abandonaban el lecho con la incertidumbre de un rápido y cercano encuentro. Ester había nacido en un hogar de fortuna, de refinadísima educación y extravagantes gustos y caprichos. Siendo adolescente, solía huir en las siestas para jugar con sus amigas de infancia. Ellas se ofrecían, mutuamente mezcladas en la maleza de la selva, a juegos eróticos, descubriendo sus cuerpos, contemplándolos, tocando suavemente su piel, haciendo de esto el inicio de sus placeres.

Exploran los rincones intactos de sus cuerpos; acarician sus pieles tersas; besan sus labios encontrando el calor de la excitación y el misterio. Encuentran en sus formas los dibujos de sus manos, que aún recuerdan esos cuerpos vírgenes, deseosos de placeres ausentes. Están felices de su secreto. Tiempo después, cuando se despierta la primavera en sus deseos, permitieron la incorporación de adolescentes temblorosos y rubicundos de vergüenzas a sus juegos; cada vez más cercanos, cada vez más desafiantes y audaces. Sin embargo, en la rutina de sus actos, permitían que fuesen ellos los que, en adelante, dejasen salir sus demonios para satisfacer sus ardientes secretos húmedos de tanta espera, hasta que

atrapan el sexo del joven, que, sin saber, logra la síntesis esperada.

Ester carecía de límites. Deseaba a todas y a todos, que encimados encadenaban sus placeres. Los fluidos volcados empapaban la piel. Las bocas cruzaban palabras saturadas de erotismo contagiado. De sus tres amigas, sólo dos de ellas permanecieron atrapadas por la fantasía del tiempo. Ya adolescentes, eligieron su camino. Ester, en su mansión abandonada, rutinaria, etérea, trepada en la nube de una aristocracia decadente. Sus amigas, en el trabajo permanente del sexo alquilado explotado en burdeles de categoría, donde señores acartonados buscaban desatar sus fantasías reprimidas para encontrar los placeres de la vida. Ester se escapaba en las noches de luna llena, cubriendo su rostro con un antifaz negro, y se ofrecía también en ese salón secular en tinieblas, resguardada con rojas cortinas aterciopeladas, que controlaban la privacidad de las mujeres desnudas que ofrecían sus cuerpos por hora, por día, por año, por vida.

Ester conoció allí a Apolinario, cuando esa noche llegó borracho y en pena a desahogar sus frustraciones. Había cobrado por trabajos de venganzas ajenas y sus bolsillos estaban saturados de billetes ensangrentados.

— Matar no es difícil, es caro -repetía siempre.

— *Cuidado, Apolinario, estás entrando en cavernas oscuras de futuro. Has perdido tu razón, estás sin tus corazas, entregado a un placer sin el dominio de tu mente hoy atormentada por tus crímenes, que ya son pasado. No permitas que tu alma te transforme en el hombre débil que siempre has combatido. Quítate el alcohol de tu cerebro. Estás en el momento de definir tu vida para siempre —reclaman las voces.*

Ester había decidido conquistar a ese hombre. Desplegó sus habilidades y fantasías. Esa mujer de lunas llenas acumuladas vestía su impudicia con un antifaz. Preparaba su cuerpo y también su alma para la entrega, cubría su cuerpo de colonias de jazmines, mientras colocaba su antifaz delicadamente frente al espejo biselado.

a la patrulla, que solo atina a disparar sin saber a quién o a qué; atenta al movimiento de sombras. Los estampidos de balas naturalmente se pierden en la noche. Alguien tiene como objetivo escapar de esa casa abandonada. Un silencio al terminar la última ráfaga, a los pocos segundos el grito del segundo ocupante con una lastimosa plegaria de vida. “Si eran dos, solo queda uno”, piensa el sargento, mientras corre hacia la derecha para bloquear la salida. Ordena a sus jóvenes camaradas un alto el fuego y por señas conocidas rodean el rancho mientras repite una y otra vez la orden de entrega incondicional.

El cuerpo fue encontrado por un conductor de camión que por exceso de carga o prudencia, circulaba a una velocidad muy lenta. Es un hombre de gruesos cristales, rubicundo, con prominente abdomen. Paró a unos metros del cadáver y bajó mirando hacia todos lados buscando algo que justifique un hombre abandonado en la orilla del camino. Nada. Nadie a su alrededor. Solo un inmenso desierto de piedras y pequeños arbustos. Acercándose al hombre tirado en la orilla del camino y cerrando con sus dos manos el cuello de la campera por el frío intenso de la mañana se dio cuenta de que ese hombre era ya un cadáver. Piel ceniza. Ojos mirando al cielo sin brillo ni color. Labios morados y una notable inmovilidad, absoluta y definitiva. Calculó que tendría menos de noventa años y mirando la barba tupida, se dio cuenta de que una gran cicatriz rodeaba el cuello. “Un accidente”, pensó sin darle mucha importancia. De cualquier manera su intención era levantarlo y trasladarlo al próximo pueblo para entregarlo a la policía o a una funeraria encargada de esas cosas. Hace un esfuerzo y levanta el muerto. Rígido como tabla, no cede ante cualquier movimiento. Esto hace posible que pueda llevarlo con más facilidad al cajón del camión cargado de verduras y frutas. Cubre al finado con una loneta verde y retoma su rumbo llevando ahora sí, el peso de un hombre, muerto quién sabe por qué y para qué.

memoriosos de esos lugares y generosos para un regreso.

Ese cuerpo, dos noches antes de la tremenda tormenta, ha sentido el frío de una helada que lo dejó más rígido que la misma muerte. Si alguien hubiese movido el cadáver seguramente no se habría dado cuenta de que alguna vez tuvo articulaciones móviles. Hoy es una dura piedra helada cuidadosamente abandonada en desiertos de rocas y arena cubierta de nieve. Las almas que rodean el cadáver deciden levantarlo y trasladarlo. Miles de ellas; ánimas desnudas solitarias ayudan a transportarlo acompañados por fuerzas sobrenaturales. Logran acercarlo al borde del camino y lo dejan suavemente apoyado en la orilla más protegida y visible para que cualquier vehículo que circule pueda notar su presencia. Los fantasmas bailan, festejan hasta el asomo de madrugada. Trepan por filamentos invisibles, colgados desde el mismo cielo y desaparecen sin dejar una sola huella. Abandonan un hombre rígido a orillas de un camino cualquiera, e insólitamente, con la primera luz del día, aparece el pequeño hombre que está en todos los entierros. Hombrecillo pequeño de ojos anillados y mirada profunda. Hombre de velorios. Hombre de misterios. Con el sombrero incorporado a su propia piel. Permanece inmóvil. Expectante. Atento a lo que pasa.

A unos cincuenta metros del rancho abandonado el Sargento de Policía ve confusamente las sombras de tirantes de madera en el techo quemado. El viento ha calmado. El blanco de la nieve contrasta con esas estructuras tiznadas y negras, en una noche que poco a poco, se va iluminando en la medida que las nubes son desplazadas por el viento hacia el Oeste. Acercan sus caballos a veinte metros de la vivienda. Toman posición rodeando las dos estructuras y alertan a los gritos que son policías. Ordenan a sus ocupantes que salgan con las manos sobre la cabeza, dejando en el piso cualquier arma disponible, so pena de recibir balas de metralla. Un hombre sale corriendo por detrás de la primera vivienda y sorprende

Admiraba sus delicadas formas, asombrada en realidad de su belleza, sintiendo en su interior un calor desconocido. Una excitación, una mezcla de libertad y gozo que fue cubriendo su exquisita piel. Sus manos acomodaron la cabellera ondulada; los pómulos rosados contrastaban con sus grandes ojos, y sus labios carnosos se movían suavemente en el lenguaje silencioso de la espera. Luego, dejó que su cabello modelara su cuello y bajara suavemente, acariciando sus senos, cubriendo un deseo creciente y contagioso. Logró entonces que sus caderas acompañaran compases de una música imaginaria.

El espejo mostraba la imagen perfecta de una mujer en la plenitud de la juventud. Un cuerpo orgulloso, desafiante, joven, tierno y sensual. El antifaz cubría la mitad de su rostro; aun así, reconocería sus enormes ojos negros que eran buscados conscientemente para entregarse a un lenguaje silencioso de ella y su imagen.

Cubría su pulcra humanidad un delicado género transparente verde, que llegaba hasta la mitad exacta de sus muslos rellenos de perfección; dejaba que las transparencias cubrieran sus sombras. Se ofrecía a sí misma, inclinando el rostro, sobre el espejo, hasta encontrar su boca atrapada en un furioso color rojo, como si fuese un pequeño pimpollo de rosas. Lo besó tiernamente.

Fue al encuentro de Apolinario; tendido en ese enorme lecho de plumas suaves, esperaba, mirándola con la pasión salvaje de un hombre empapado de alcohol y encandilado por la magia de la mujer de la máscara negra. Lentamente le fue quitando la ropa, tirándola a los costados de la cama. Una pequeña resistencia de él la obligó a subirse a horcajadas sobre Apolinario, que aceptaba asombrado la ferocidad domada. En ese momento, el pie derecho de Ester, empotrado aún en el zapato de filoso taco, se clavó en la entrepierna de Apolinario penetrando su carne, dejando que la sangre saturada de alcohol se derramara desde esa pequeña herida que ella rápidamente lamía, con el reflejo del vampiro. Apolinario lanzó

un grito de dolor placentero en medio de una nebulosa escena, que aún no comprende. La vive.

— *Es tu sangre, Apolinario, la que escapa de tu cuerpo, es tu sangre la que bebe esa mujer que ha provocado esa herida para alimentarse. No te abandones, Apolinario, estás en la cornisa de tus actos. En los límites de las tolerancias -corean las voces.*

Ester, abriendo sus piernas, cabalga sobre él, dejando florecer sus mariposas que acariciaban sin manos el sexo de Apolinario. Ester golpeó con sus palmas el rostro sudoroso de Apolinario, quien respondió con movimientos salvajes de su pelvis, colocando su encantado miembro en las profundidades de una Ester desconocida en el gozo incontrolado, dadivoso, copioso, impetuoso de un acto de amor. Son ellos ahora quienes, juntos, galopaban la sensación placentera del encuentro. Son ellos quienes estaban sellando la ternura; son ellos que vibraban en el entusiasmo sagrado del amor incontenible, cada vez más cercano. Son esos dos cuerpos los que habían logrado fundirse en esa imagen inseparable y perpetua de la entrega, donde el umbral del éxtasis los ha purificado desde los orígenes y hasta el final de un arco iris.

Caía Apolinario, dejando que sus fuerzas abatidas recuperaran su heroísmo. Quedaba Ester relajada en su antifaz, que ha cubierto su saciado sexo. Estaba quieta envuelta en la marea del descanso merecido.

Apolinario había realizado el trabajo encomendado. Ya lo olvidó. Esta mujer había hecho el milagro de hacerlo escapar del pozo negro de su vida, aunque fuera por un instante. Ester sabía de este hombre y sus proyectos políticos. Había decidido atraparlo, dominarlo y también cautivarlo, a pesar de no tener los dotes del amante deseado. Le serviría a ella; entendía que su ambición de poder, sumada a la que naturalmente tenía Apolinario, podrían vigorizar sus caminos. Sumaba ambiciones, sin importar los costos o las formas. Apolinario está hechizado, perturbado, alterado, ante esta mujer que había borrado de su mente el cuerpo de Alticia. El despertar de

El cuerpo rígido y ausente espera que alguien lo encuentre. El alma abandonó la carne. Se desprendió esa madrugada. Lluve finamente. Acompaña una helada que cristaliza las pocas gotas de agua colgadas de arbus-tos enanos. Los muertos del desierto siempre tienen la posibilidad de estar acompañados, antes de la salida del sol, por ánimas en pena. Esas almas errantes tienen el privilegio de saber que será del nuevo espíritu liberado, no así de su cuerpo, que solo el anatomista que abre sin pudor el cadáver puede investigar las miserias ocultas por piel. Por eso, en esa noche cerrada, no hay piedra que no esté ocupada por un ánima. Criaturas errantes; figuras transparentes comunicadas por el lenguaje que el tiempo deja en labios sellados. Todas hablan de lo que harán la noche siguiente. Visitarán viviendas buscando el nacimiento de un nuevo ser, como un descanso temporal al incorporarse a esa masa orgánica. Fantasma de figuras flotando. Se arrastran mientras el hombre muerto trata de buscar algún rostro conocido para entender lo que pasa. “¡Cuánta gente pálida y ausente de vida vagando en la noche!”, piensa mientras sigue buscando una figura conocida o alguna señal que le dé referencia al desconcierto y abandono.

Los policías cubiertos con abrigo de cuero enfrentan el viento blanco de esa noche invernal. La nieve volada no permite que los ojos se abran y cubre sus pestañas y rostro con una delicada capa blanca y cristalizada que les borra los rasgos del tiempo. Los caballos siguen el monótono golpeteo de los cascos, manteniendo una fila intacta. El viento azota la bestia y al jinete sin tregua. Todos han perdido la noción del tiempo. No hay forma de señalar el Norte o el Sur. El viento furioso transporta el silbido de la tormenta. Sin embargo, la marcha inexorable hacia el destino fijo continúa sin sufrir modificación alguna. No hay ninguna posibilidad de regresar hasta que la tormenta termine. Se dejan llevar sumisamente por la orientación natural de los caballos, conocedores

vaya a saber por qué causa o motivo. El cuerpo está tendido, mira el cielo. Los ojos abiertos, blancos, sin brillo; sin poder decir nada más que estoy aquí, este es mi sombrero, este es mi cuerpo abandonado entre piedras. No hay una sola huella de golpes en todo su cuerpo, ni siquiera, un pequeño hematoma que hubiese dicho a quién lo encuentre: “¡Me mataron! traté de luchar para que esto no se consumara”. En la mano derecha, cerrada seguramente por su inútil defensa, atrapa firmemente una piedra de punta filosa. Su pierna izquierda, está doblada hacia adentro, como si tratara de escapar de una muerte segura. Los brazos abiertos en cruz, independientes del resto del cuerpo le dan una imagen piadosa. En el cielo, cientos de metros arriba, vuelan en círculo cuervos negros que detectan el cuerpo inmóvil. Pasan una y otra vez, quebrando sus alas, fijando su vista helada sobre el cadáver inmóvil. Siempre temerosos de bajar; pero prestos a concretar su objetivo. El cadáver quiere hablar y decir lo mucho que él sabe acerca de su propia muerte. Pero nadie puede escucharlo. Las aves giran en silencio; miran y buscan lo mismo. Son sordos al reclamo.

La patrulla tiene dificultad para cruzar las piedras encimadas y flojas del camino. Los caballos no pueden colocar sus cascos en tierra firme. Hay siempre una piedra más pequeña que los hace perder equilibrio, lastimando sus tobillos. El sargento a cargo ordena bajar, y avanzar a pie, llevan ahora ellos el hocico del caballo sujeto por riendas muy cerca de sus propias espaldas. Buscan inútilmente una huella perdida en el sendero. Atrás, los cascos incursionan en la noche. Saben que allí, en la cima del cerro, hay dos ranchos abandonados con techos de paja quemados por algún fogón olvidado sin reparo al viento. Ese lugar muchas veces sirve de refugio a fugitivos de la justicia. Es un paso obligado para entrar en la meseta alta de la cordillera, bordeando cada sombra en el horizonte para llegar a la frontera y tratar de ser nuevamente libre de su propio castigo.

sus libidinosos deseos lo había capturado, apresándolo en un placer desconocido, íntimo, esencial.

— *Tempestades, Apolinario, se acercan tempestades. Los cielos estarán plomizos y rojos por meses, el sol será tan débil que la naturaleza no resistirá vivir sin luz* -corean las voces.

A pesar de sus odios incrustados en el alma, este hombre podría ser modelado, meditaba Ester antes de convertirse en su amante. Ella pretendía permanecer oculta detrás de ese antifaz enigmático, que multiplicaba la complacencia del gozo y la aquiescencia del sexo.

Ester, con una peluca pelirroja adherida a su cabeza y su antifaz soportado por un delicado cordel, crea, a su vez, una identidad nueva y doble: una mujer de la noche, envuelta en el enigma que despertaba admiración y temor en los hombres. Una mujer bella, envuelta en misterios de insospechados encantos. Y otra, ingenua y tierna en el día, que de tímida muta a la erótica, fogosa y sensual en las noches elegidas.

Ambas no renuncian, y permanecen apuntando su ambición con una diligente estrategia de conquista a ese animal que ha retozado en su cuerpo. El hechizo categórico se le había manifestado.

Alticia había descubierto ese día una reina de corazón, cuando al tirar las cartas de la sabiduría que diariamente ejercitaba en su habitación, había salido expuesta. Supo entonces que su amante estaba siendo seducido por una “dama”.

— Son las cartas que hablan -pensó Alticia-. Temo que Apolinario encuentre, en la Venus, el olvido -afirmó desconcertada

“En base a mi experiencia, que abarca muchos años, estoy en condiciones de afirmar y aseverar que los Ángeles presentan forma humana. Tienen rostro, ojos, oídos, cuerpo, brazos, manos y pies. Pueden verse y oírse entre ellos y comunicarse, la única diferencia con el humano es que no están revestidos de cuerpo material”

EMANUEL SWEDENBORG

Jonás acompaña su denuncia desconociendo los misterios y magia del lugar. Encontró un cadáver abandonado en el camino y contó los detalles con exactitud sin saber que este hecho contribuiría a descubrir también su origen. Es una noche cerrada y fría; la patrulla policial trepa el cerro Bayo envuelto en un misterioso silencio. El mismo cerro Bayo apunta al cielo de la misma forma que una flecha de filosa punta abre el espacio. Nadie sabe cuántos caminos o huellas fueron tapadas por el tiempo. Por allí transitan pobladores curiosos, enhebrando caminos delgados. La patrulla, integrada por seis policías a caballo, avanza atada por cintas invisibles. Uno atrás del otro en fila india, tratando de no perder el sendero penosamente encontrado luego de haber intentado infructuosamente ascender en cuatro oportunidades. La denuncia tuvo un solo efecto: el envío de ese grupo policial a encontrar sospechosos.

Alguien mató a un hombre en ese desierto de piedras, dejando su cuerpo abandonado para que alguna alimaña devore la carne tibia de una persona recién fallecida,

tando de memoria la isla de los Pájaros; un islote de piedra y musgos verdes con cientos de aves de todos los colores y tamaños, comunicados con la impunidad absoluta de su vida. Está asustado, aterrorizado, envuelto en un sueño de vigilia que lo captura como la misma imagen de esa ave que dibuja su rechazo al cielo. “¡Lo veo!”, se dijo Jonás a sí mismo. “¡Lo escucho, puedo dibujarlo y plasmarlo en color!”, finaliza entusiasmado, mientras mezcla óleos y pinceles. “¿No es herejía lo que estoy haciendo?”, se pregunta Jonás. No habitan en sus visiones demonios alados, ni tentáculos, ni finas lenguas lacerantes de dragones; ni manos filosas como cuchillos que descuartizan criaturas anónimas abandonadas en patios. Tampoco puede ver cascadas de colores con manchas y formas de negras capas en los sombríos rostros que se ocultan a la vista y los sentidos. La herejía que comete Jonás, es haber visto más allá de esa realidad que lo atormenta. Dicen siempre sus amigos pintores y poetas de amaneceres literarios de arte: “Su locura... está reflejada en la sutileza del pincel”. Jonás redobla esfuerzo en la pintura. Tiene la inspiración en su máximo esplendor

Veintidos

“El propósito que lo guiaba no era imposible, aunque sí sobrenatural.”

Borges

Formarían una sociedad secreta, entre el inexpresivo y permanente antifaz que ocultaba una mujer insaciable y la ambición de un hombre salvaje; género y alma serían, más adelante, uno de los logros más perfectos; una alianza fortalecida en los oscuros designios de una codicia enfermiza, inmoral y tortuosa.

— *Que se arrodillen, Apolinario, que se retuerzan en las desgracias, que sus espaldas sean traicionadas y heridas por crueles metales afilados en la envidia. Encuentra en esta miserable mujer la sombra de tu custodia, se avecinan tiempos difíciles, Apolinario, solo no puedes enfrentar el destino; Alticia, ha caído en el veneno del amor, se ha convertido en una mujer débil y vulnerable, Apolinario, ya no te sirve, te consume* -corean las voces en la noche.

Ester tenía, a su vez, como mandato, organizar un grupo de mujeres permisivas a las directivas y caprichos de ambos para reptar entre sus amistades, buscando información. Serían la carnada perfecta para lograr entrar en la intimidad de sus amigos y enemigos. Su obedien-

cia y obsecuencia tendrían que estar garantizadas, en base a su obligada prostitución corporal y mental. Tal como Apolinario deseaba.

Había que retorcer sus mentes, denigrar sus voluntades y colmarlas en fortunas que satisficieran sus expectativas. Tres hermosas mujeres se integraron voluntariamente al grupo selecto y amoroso del poder corrupto. Fueron sus acciones, meses después, las que facilitaron muchas cosas, como destrozarse conspiraciones, enemigos, y también someter a sus amigos.

Ester y Apolinario formaron una pareja entregada a la búsqueda de placeres, y también a las estrategias del poder. Ambos andaban tras sus rastros y fueron construyendo las redes de las intrigas.

Inclinaciones masoquistas de Apolinario y el lesbianismo de Ester, complementaban el círculo perfecto, que gozaban en las fiestas rutinariamente armadas y entregadas con sus cercanos socios. Apolinario necesitaba de Ester; deseaba a esa mujer voluptuosa y depravada, refugiada en ese antifaz encantado, que lo excitaba, porque mantenía el secreto de un anonimato inmanejable.

— *Olvida, Apolinario tus dolores, deja que el viento se lleve tus recuerdos, deja que las tempestades te obliguen a tomarte la cabeza para no perderla, permite la huida de corceles desarmados, las tormentas están rugiendo, Apolinario, están arrastrando los cuerpos de tus enemigos abandonados en la desgracia de las derrotas. Deja que Ester te envenene de odios y disfruta de su cuerpo envuelto en los vahos del infierno -corean las voces alertando.*

Lo subyugaba el misterio, y encontraba en ese refugio el placer de ser amado y castigado; golpeado y acariciado; odiado y amado, sumergiéndolo en ese pantano oscuro de su miserable y obscena vida. Seguiría a sus voces.

Logra que Ester, vestida con atuendos egipcios, permita que su vientre dibuje figuras y dancen con movimientos candentes y dadivosos, provocando el despertar de una lujuria impetuosa, entregando su cuerpo al placer

Jonás sabe mucho de esto. Y prosigue hablando sin parar, ante el selecto grupo de discípulos. Razona arte, razona vida, trata de encontrar explicaciones a interrogantes que siempre tuvo y traslada a sus alumnos cada vez más intrigados: “¡Miren!.. Las turbulencias de los siglos las capturó Van Gogh en sus delirios y locuras rayanas a la cordura más cruel, pudo llevar en sus óleos las pinceladas de movimientos concéntricos, buscando siempre el origen o tal vez el final que él siempre anhelaba encontrar antes que lo atrapara su muerte y los vahos del alcohol”. La enfermedad y el placer. Jonás se compadece de Van Gogh. El color y movimiento caracteriza su obra al igual que su vida tormentosa y desequilibrada que lo lleva a terminar con ella, apagándose al igual que sus girasoles que deslumbran con suaves sombreados de color el intenso movimiento del pincel, cuando son cosechados. “Es un genio deshecho”, dijo Gauguin cuando le preguntaron por su amigo con quien tuvo el privilegio de convivir tiempo antes de su primera internación. Jonás delira sabiduría. “¡Soy un pintor deshecho! ¡Fíjense! —dijo con tono sorprendido—, Gauguin regresó a sus islas de Oceanía, buscando lo que luego sería su obsesión: los cuerpos y las almas de la mujer maorí”. Es cierto. Siempre las pinta con sus hermosos pechos descubiertos, sensualmente delicados, misteriosos, festejados por collares de frutas y flores de millones de colores que la imaginación del hombre permite plasmar en el arte, llevan sobre sus cabezas frutas más frescas que un cuerpo pueda llevar. ¿Cómo es entonces que los pintores pueden atrapar movimientos y colores de la naturaleza? Ese es el privilegio envidiado por quienes al no poder grabar nunca lo que ven; optan por comprarlo. Como si en ese acto se llevaran la vida misma del artista o la historia no escrita de su vida, abandonada en el tiempo o tal vez, como en el caso de Jonás, en las sombras de quienes habitan las laderas solitarias de montañas, donde los genios festejan ocurrencias. La vida es la secuencia de cuadros pasados, Jonás lo sabe, por eso está pin-

Rembrandt, ante la curiosa audiencia compuesta de filósofos y un clero disfrazado de ciencia, presto a acusar de hereje a quién ose dudar de la excelencia de Dios. Jonás piensa cómo hubiese hecho Rembrandt para pintar al viejito de ojos concéntricos, encontrado en las orillas del camino. Por eso deja que una túnica blanca, más blanca aún que la que cubre el cadáver, deje zonas para investigar, para que todos aprendan que las miserias del alma o del cuerpo, están tan ocultas, y que ni aún con el cuchillo más filoso podrán exteriorizarlas. Jonás es capaz de representar esa alma. Esa es la diferencia. Algunos escuchan reclamos observando intimidades del cuerpo sin el fluir de la sangre que les hubiese permitido comprender el ruidoso silencio de enfermedades ocultas por piel. Tal vez, si hubiese existido en ese entonces el oráculo de Delfos; la pitonisa hubiese profetizado otra ciencia, y también, otros misterios, haciendo escuchar voces distintas en los recónditos espacios del Parnaso. Jonás asegura con vehemencia que fue Constantino quien destruyó la sabiduría de los dioses en la tierra. Pero también quedaron testigos de tamaña hazaña y vergüenza. Otros, como aquel escultor, pintor y arquitecto privilegiado por los tiempos y los siglos: Miguel Ángel. “¡Miren!... —grita Jonás a su grupo de pintura— Michelángelo pintó la sibila de Delfos en donde no solo predijo lo que seguiría en el mundo, sino también protegió sus ciencias con el brazo como tratando de dejar en claro, que no es solo el papel escrito lo que marca el mundo, sino también, lo que uno entiende. ¡Créanme!— repite con ojos desorbitados ante una audiencia perpleja—: Si él pudo pintar en la Capilla Sixtina, dejando plasmado en colores y movimientos, la historia Bíblica hasta llegar al Moisés; también pudo colocar al hombre como el modelo perfecto de la creación; y a su vez, esculpir el David, con la opulencia de la perfección, para llegar al esclavo; sugiriendo que el hombre con su poder, aún en toda su plenitud, quedará siempre esclavo, a pesar de la abundancia.”

de juegos amorosos. Arrobandando una pasión nueva y desconocida..

Apolinario, junto a Ester y sus meretrices incondicionales, pasaban horas enteras consumiendo alcohol, dátiles, higos, nueces, mieles y bebidas; vertidas en sus cuerpos para extraer los gustos del néctar directamente de sus pieles ardientes, pastosas, pegajosas.

El poder corría peligro por el abandono. Fuerzas subterráneas comenzaban a surgir contra la autoridad de Apolinario. Las intrigas palaciegas comenzaban a carcomer los pilares mismos de su gobierno. Las voces alertaban, pero Apolinario estaba poseído.

Sedientos, tomaban el brebaje oscuro que nadie conocía de su origen o preparación, que los llevaba a delirios y sueños alucinantes de color, forma y sonido; trasladándolos a horizontes desconocidos e incontrolables. Sus adicciones hacían que su dependencia fuera más intensa. También, sus consecuencias. Ester sabía cómo someterlo, conocía de sus debilidades oscuras. Comprendía cada uno de los actos omnipotentes, porque allí escondía sus deficiencias.

— Veo una mujer sin rostro que ha robado el amor de mi hombre —anunciaba Alticia, cuando terminaba de quemar las raíces del zumú, dejando que el humo tomara las formas de una máscara, de un antifaz que anunciaba un final.

— Me ha traicionado y no sabe que es llevado, por su propio verdugo —sentenció Alticia.

Ester, más cruel que el dictador, podía transformarse en la dueña absoluta del poder, y se escondía en las sombras. Estaba siempre atenta; controlaba los detalles, los errores y los aciertos. Ester, sin antifaz, estaba permanentemente en las habitaciones del poder mismo mostrando su rostro angelical, sumiso e inocente.

Nadie sospechaba de la mujer del antifaz. Hacía que su presencia fuera muchas veces ignorada, pero registraba cuantos defectos se presentaban. Llevaba detalladamente los casos de claudicaciones y traiciones. Luego, acudía

con su antifaz, llevando las novedades al dictador, siempre presto a escuchar sus consejos, sugerencias y amores.

Ester orientaba a sus prostitutas a objetivos claros. Demostrar infidelidades; conocer secretos preservados de sus dudosos aliados; almacenar información sobre todos los secretos tapados que son recursos válidos para el manejo del poder, y, a su vez, evitaba la fuga de lealtades. Ester manejaba, en cierta medida, el poder mismo, independientemente del alma de Apolinario.

Ester cree descubrir que el antifaz oculta su identidad. Se entusiasma al saber que ahora son dos mujeres en una quienes custodian su futuro. Se siente protegida, madura y lista.

Se abrían sus pensamientos con la misma imagen de una centaura, rojo púrpura sostenida en su tallo; convertida en millones que se incrustaban en el paisaje imponente de esos riscos que ponían fin al mar embravecido, furioso, que golpeaba las rocas desafiantes de su avance. Sabía Ester de su fuerza. Su intuición adelanta el futuro y vive un presente en una danza con los recuerdos más recientes. Sentada en el columpio del tiempo, desgrana su felicidad, tomada de las sogas que se anudan en las nubes.

güenza. Vergüenza por permitir masacres cerrando oídos para no escuchar el desgarrador grito del lamento. Vergüenza también por no haber evitado tamaño fusilamiento sin haber concedido posibilidad alguna de defensa. Goya es implacable. Jonás sufre.

¿Cómo un hombre de tanta crueldad, que mata sus propias creaciones pudo pintar una bella y enigmática mujer posando recostada para el mundo mostrando una delicada sensualidad? Jonás entendía. Sabe del contraste que sufre el pintor tradicional en una corte, al más sutil observador de las guerras. Esto le permitió incorporar tragedia a la belleza, por momentos iguales pero en ámbitos distintos. Aún en la guerra y en las crueldades de sus actos, encontró belleza para pintar sobre sangre derramada inútilmente. Cambia colores transformándolos en crudas imágenes ofrecidas al mundo y demuestra ferocidad en los enfrentamientos. Silencio de muerte. Siempre el color; el dolor y la muerte. Jonás busca desesperadamente otros horizontes, otros colores, otras formas. Intenta también incursionar en el muralismo, porque los espacios se le hacen infinitos y puede seguir pintando el mismo cuadro año tras año, dolor tras dolor. Un cuadro infinito. ¿Podría, acaso, Orozco como padre del muralismo influir en Jonás?

Sí; logró en sus frescos llevándolo a esa fuerza inconfundible de la revolución, agregando a la seriedad protocolar de funcionarios atrapados en frac. negros, pulcros. La ideología de la liberación, contrastando con las suaves líneas de rostros de niñas. Jonás pinta, en cambio, el triunfo de la esperanza, que en definitiva es la síntesis de su lucha interna. “¿Cuántas ofrendas entregarán estas mujeres y con qué delicado candor?”, se pregunta. ¡Qué misterioso es el hombre! Cuántas cosas faltan aún de retratar. Jonás piensa que, tal vez, si fuese el anatomista Deyman, podría alguna vez contestarnos. Él investiga cuerpos, se introduce en ellos, pero nunca en sus almas. Sobre un cuerpo inmóvil que yace sobre el mármol frío, manchado de autopsias, pasea

Malena no permanece distante. Cuando Jonás pinta, ella percibe el suave recorrido del pincel sobre la tela virgen. Está segura de que cada movimiento realizado por Jonás, es acompañado por alguna memoria onírica inconsciente por indicación de sus maestros. Está segura de acompañar un genio. Jonás pinta, dibuja, crea con tanta naturalidad que parece estar en un mundo exclusivo, al que nadie puede acceder. Se vuelve como Cézanne, un hombre torpe, tosco y de mal humor. Jonás mira con detalle el rostro que dibuja. Una frente amplia, ceño fruncido y una progresiva calvicie que hace de su frente un extenso papiro desnudo. Contrasta con una barba tupida y gruesa. Tal vez su infancia fue quien selló su obra, al igual que sus sueños y tragedias recientes. Está seguro de que en sus pinturas enmarca el color antes de pintarla, recuerda cuando conoció las pinturas de Van Gogh comenzó una etapa nueva en su arte y también en sus costumbres.

El expresionismo y el cubismo inician prácticamente nuevas ideas y cualidades. Jonás se deja influenciar. Acepta los desafíos de los cambios. Admira las pinturas donde se incorpora color y perspectiva; como en las bañistas acompañadas de suaves curvas de sus modelos que a pesar de desear entrar con sus enormes trajes de baños al mar, lo hacen protegidas de un colorido paraguas o parasoles de esa época. Todas tienen y muestran, impudicamente, un delicado tobillo, así como también un delgado y femenino cuello. Esa armonía sensata, contrasta con el estado anímico de Jonás a veces influido por el terrible Goya Lucientes, que cambia el color del paisaje por una dramática muerte de fusilados en la cúspide de la montaña de Príncipe Pío. Tres cuerpos gritando con desesperación para salvarse de los verdugos, seis soldados temblorosos que levantan sus fusiles, apuntan y ejecutan a los condenados; buscando acallar los gritos desesperados de quienes caen sin vida. Jonás hubiese deseado estar con ellos. Un público avergonzado se dibuja y pierde el resto de la noche. Tapa sus ojos por ver-

“Naciendo / el llanto humedeció tus ojos / Y reímos en torno a tu cuna. / ¡Ojala rías al perder las luces / Mereciendo te lloren en la tumba!”

EBN AL RUMI

¿Ingenuo? ¿Tonto? ¿O acaso una réplica de su propio origen? Jonás está ausente en noches cuando las sombras oscurecen las mentes de quienes dejan que los demonios invadan el recinto del alma: el alcohol, la lujuria, la noche de tormentosas escenas. Duermen deseos en las grutas del sexo. Envuelto en sábanas prolijamente cerradas, evita que abran su túnica e invadan su cuerpo. Sueña Jonás. Pasea por turbulentas vegetaciones del deseo dejando un hálito espeso buscando su presa. Se meja el animal liberado de su jaula. Entre multitudes concentradas, apiñadas en el vacío las bellas mujeres mezclan sus miradas con movimientos sensuales de caderas y dejan suspiros por cada paso perdido. Tienen cuellos delicados, senos turgentes, piernas y manos suaves. Flotan vaporosas en sueños y realidades del día y de la noche. Algunas caretas ocultan identidades de quienes se ofrecen sin decoro. Otras muestran el cristalino pensamiento de lujuria, en busca de ser correspondida, comprendida y capturada.

Jonás duerme entre las pesadillas que toda alma inquieta mantiene en el cuerpo. Nadie más en la noche.

Está solo; aún, cuando otros fantasmas se pintan en figuras sin movimientos en telas vacías. Examina las pinturas. Queda siempre un halo de luz transparente iluminando el rostro limpio y descansado de la modelo. Sabe que la pertenencia de sus ideas viaja en senderos de gran luminosidad, contrastando con cuerpos desnudos, perfectos, de espalda insinuada en el nacimiento de los glúteos. Los senos se muestran presurosos al encuentro cercano. Las piernas abiertas esperan el contacto exacto del sexo correspondido. En sus sueños, vuelan las ninfas. Las hermosas ninfas que llevan sus cuerpos a destino, mientras la espera se torna deseosa al encuentro y a la tristeza por perderlas. No hay forma de conservarla en eternidad plena. ¿Cómo pueden desaparecer en el vacío todas las caricias y los actos y las huellas de noches y amaneceres donde los cuerpos despiertan relajados, sedados de esfuerzo y placer; o en los pliegues del lecho revuelto? Se han despertado en Jonás fuerzas ocultas que nacen de la vida. Jonás captura a esa mujer atrapada en el mismo sueño. El cuerpo espigado, la cintura estrecha y una cadera amplia armonizan con el busto contorneado y firme. No recuerda con claridad su rostro. Pero esa noche más oscura que cualquier noche de marzo sin luna o estrellas ocultas ha llegado. Un camino en la penumbra avanza hacia ese lugar custodiado por árboles de amplias copas. Las mentes confundidas ante lo inexorable mezclan libertad con imaginación, iniciando liberación al éxtasis. En esa habitación de lánguida luz roja, otras tonalidades decoran paredes desnudas de bronce atornillados simulando columnas en miniatura; burletes festoneados y una alfombra azul oscura. La cama redonda presagia un mundo circular que luego girará endiabladamente acompañando contorsiones de cuerpos encendidos. Resulta lo mismo estar de un lado que de otro; pero el centro es el más cercano testigo de la lucha del deseo. Se pegotean, se mezclan. Se pierde raciocinio. Todo pensamiento lógico pudo más que la piel y el enorme calor que los rodea. Hay gemidos y palabras

Veinticinco

“Juguemos, bebamos. / Con mi canto este valle / Espero que algún día / Logrará nombradía. / Convidados, / Muchachas / Esta halagüeña idea / Prueba de mi amor sea, / Mesihí, cando posas / Entre niñas purpúreas como rosas”

MESIHI

A partir de ese momento Jonás fue pura tristeza. Enfrió su corazón. Curiosamente el dolor que lo hirió abrió el camino al arte. Comenzó a pintar simulando genialidades de un Cézanne, Van Gogh, Rembrandt, Goya. Son sus maestros y sus guías. Jonás se incorpora al color a los óleos de contraste. Sus pinceles dan trazos firmes a sus imágenes muchas veces detractadas por ser incomprendidas, pero demuestra, que está en su momento de mayor creatividad. Se encierra en su arte. Su desgracia es incorporada en las partes oscuras de sus cuadros, con sigilo, con esmero cuidadoso. Mantiene vivas pesadillas y profundos temores a pesar de haber abandonado el alcohol. Sueña imágenes de gran contundencia y contenido. Es un privilegiado. Despierta en madrugada reconociendo su propio sudor con una ansiedad casi enfermiza. Inicia cuadros, láminas y otras pinturas. Jonás está en la etapa de mayor producción. Sin embargo, un hielo en su alma le impide festejar como antes sus locuras y placeres.

que nadie comprende. Nadie escucha. El movimiento está ligado a la reserva de fuerza y el final queda sellado en cansancio y letargo. Un enorme espejo de techo fue el único testigo de la irracional lujuria. Espejo que memoriza cuerpos desnudos, húmedos y también rostros descompuestos y mutados, irreconocibles, olvidados después. Ella refleja en el espejo su espalda y sus piernas abiertas cabalgando el pecado. Los brazos estirados, tomando almohadas, desparrama su cabello como una última imagen de una araña que pica al hombre que yace abajo perdido en imágenes y sensaciones; como si una bestia contenida hubiese escapado de escena. Nada puede hacer o decir. Retiro y olvido. Regresa por el mismo camino hasta despedirse esa noche de sombras frías. Hubo un regreso arrepentido y sucio de Jonás. ¿Cómo podrá separar al hombre de la bestia? A veces, repite el mismo cuadro, las mismas escenas y el mismo resultado. El tiempo roba rutina. Sin planes, sin promesas los recuerdos se van perdiendo. Esa vivencia desapareció como si diera vuelta la hoja de un libro. Nada se supo después de ese encuentro. Ella desapareció. No hubo búsqueda, tampoco encuentros futuros y tampoco relaciones programadas. Nada. Solamente olvido para Jonás, tras largos meses alejados. Perdieron un almanaque. Aquel año nuevo que prometía ilusiones se derrumbó. Rompió el festejo inicial. Nada quedó. Ella no dio señales. Pero llegó el día de la venganza del pecado. Se presentó sin anuncio. Desde aquella noche pasada y olvidada ha quedado silencio absoluto. Ahora despunta un globoso abdomen que habla al mismo ritmo de los labios de aquella mujer que ha tenido placer junto a él. Pero nada más. Está mostrando el fruto de esos desvíos. Habla sin parar, desafiante; dice que sus decisiones han sido tomadas en soledad; que no consultó a Jonás por temores, temores que no supo expresar; que imagina la palabra de él, como una sentencia. No quiere escuchar una sola frase que deje sin posibilidad de concebir esa forma clandestina.

Allí quedó plasmada su inconsciencia, traición y venganza. Esta vez sin regreso.

Sobre la mesa están las pinturas de Goya. En una asoma Cloto, Láquesis y Átropos. Las parcas hijas de la noche que están cerca, tocándose apenas con sus manos sin poder reaccionar. Se burlan de Jonás. El mundo da vueltas. Todo parece irreal, fantástico, increíble. Jonás balbucea. Es incapaz de coordinar palabras con su pensamiento. Aparecen furias que no pueden expresarse. Y dolores del alma. Del alma herida que no podrá cicatrizar nunca más. Hay un agobio; desesperanza, confusión. Nada parece corresponder a esa escena trágica, que luego marcará la vida de quienes tuvieron el acto ciego e irracional. Están mudos, mirándose, estudiando cada gesto, buscan encontrar una respuesta exacta o la palabra que rompa un silencio que se prolonga. Entendió Jonás que ha sido robado. Que no ha participado en decisiones y que aún en la trampa de esa noche hubiese correspondido al menos, saber lo que había pasado. Fue la decisión de uno solo. Cobardemente, de uno solo. ¡Ella!, ella sola. Jonás percibe la burla del silencio y no sabe si hay complicidad de terceros. Le arrancó un pedazo de ilusiones, aunque sabe que también es culpable, responsable de por vida. Sola una vez había poseído a esa mujer. Esa vez fue la que hoy enfrenta nuevamente a Jonás. Ella desgarró cruelmente un informe estudiado con frialdad. El martillo de culpable, ‘tac, tac’, está en la mesa. Cada golpe retumba y ensordece a cuanto ser estuviese a su lado a lo largo de los días. Las noches se transforman en largas e interminables agonías. Las horas en pesadillas de presencias oscuras. Su alma está opacada, aplastada por un hecho insólito, inesperado y final. No hay perdón que pudiese alcanzarlo. Él no puede perdonarse. Su vida a partir de ese momento se transformó en una rutinaria supervivencia; así, marcado para siempre. Viaja de ahora en más en tormentos, remordimientos y temores. “¡Me robaron!”, aseguraba Jonás. “Me robaron. Desgarraron mi vida. Me robaron”, pensaba

po. Al frente, una nube de incertidumbre llena con dudas. Era la primera vez que Apolinario medía sus actos. Era un hombre que había perdido su aguijón venenoso. Estaba ganado por la desolación.

Entonces vino a la memoria el anciano del cementerio, que le aseguró entre burlonas carcajadas que el poder había nacido con él, y que debería aprender a modelarlo con el rigor de su perversidad, que aparentemente estaba perdiendo.

Confundido, temeroso, angustiado, se encontró solo. Fue entonces cuando comenzó a alimentarse nuevamente de sus rencores; se reencontró a sí mismo con sus odios amortiguados por esa mujer. Recuperó sus fuerzas ocultas por maldiciones y, ofuscadamente, llenando de sangre su rostro, extrajo el fuego de sus ojos, elevó su mano derecha y, apuntando a su propio retrato con el dedo índice, decidió lo que nadie pudo comprender.

Tampoco hubo quien se atreviera a pedir explicación.

jas, le pedían el alejamiento de Ester de los ámbitos del poder.

— *Debes sacarla cuanto antes, Apolinario, esa mujer será la que te lleve por los caminos de las desgracias. No dudes, mi señor, te lo decimos con el corazón abierto a tu futuro, que hemos cuidado siempre -corearon sus brujas preocupadas, Alticia llorando.*

Apolinario la recuerda en ese momento. El último encuentro, en las orillas de aquella laguna impactada en una selva exótica, verde, acompañada de música suave de pájaros multicolores que los rodeaban cuando entremezclaban sus cuerpos, en la gramilla regalada al trébol y las pequeñas flores silvestres.

Miró extasiado Apolinario la expresión sensual de una Ester que, estirada en la gramilla con su piel descubierta, elevaba el cuello llevando su rostro al encuentro sus labios. En ese majestuoso lugar le había pedido, luego de amarla con fuego, que se casara con él. Que le entregara su vida al destino compartido del tiempo. Que dejara el antifaz negro del burdel para estar a su lado y se colocara el antifaz que su artesano le había confeccionado de piel de víbora, resguardado en una caja de flores de azalea.

Por primera vez recordaba que, cansado de esa soledad vacía de vida, le ofrecía compartir los castillos del poder, sin prometer el abandono de sus vicios y, menos aún, sus odios. Renunciaba a su génesis, buscando la conjura y complicidad de Ester. Las sombras que atormentaban sus sueños se presentaban en plena luz del día. Figuras sin límites, sombras desteñidas, cruzaban los espacios negros del recuerdo; mezclando colores opacos que cobran movimiento cuando se juntan sobre los cuerpos, que pretendían escapar a su voluntad perversa. Quería revertir los presagios de las tumbas.

La tormenta de sus actos aplastaba cualquier ilusión. Quedó solo, sentado en el viejo sillón de madera hecha de abedules. A sus espaldas, una hormaza gris; a su lado, dos figuras talladas en alabastro, dañadas por el tiem-

desconsoladamente en silencio. No hay paz; no puede sentirla. Tampoco perdón. Se siente un miserable. Su rostro se desdibuja cada mañana en miles de formas que da el espejo con figuras geométricas cambiando lugares. Trazos, confundiendo ojos con bocas y orejas. Es una pesadilla insoportable que trata de olvidar. No puede. Dibuja figuras. Todas en desgracia. Sin rostros. Figuras de límites, mezclados sin matices. ¿Qué será de su vida de ahora en más? Quiere borrar esa realidad; comprender su verdadera dimensión. ¿Cómo es posible tener lo que nunca pidió, o querer lo que nunca se quiso? No obtiene repuesta.

Colores verdes, rojos, azules y blancos, mezclándose sorpresivamente en sus ojos. La vista nublada. Movimientos de sombras. Queda refregándose con sus manos los párpados, trata de escapar a la realidad que vive. Hay espinas clavadas en su pecho. Duelen. Lleva sus manos tratando de arrancarlas, pero son profundas, imposibles de extraer. Espinas clavadas en su corazón laten rápidamente, tratando de recordar que la vida pasa más deprisa en momentos álgidos. El sudor frío lo invade. Camina hasta una laguna mansa donde algunos cisnes blancos flotan como boyas de pescadores de mar. Los árboles reflejados en el espejo de agua mansa permanecen inmóviles. Allí encuentra la paz que dura más que su propia guerra. Luego se retira cabizbajo, enojado consigo mismo, dolido de tanta vergüenza; bloqueado para razonar con libertad. Ha quedado hecho piedra, estático, inmutable, perdido en pensamientos mezclados entre una profunda tristeza y una cruel pesadumbre. Esa noche de sombras y figuras desteñidas ha sido tal vez el inicio de una pesadilla que parece no tener límite. Día tras día; mes tras mes, año tras año miles de figuras lo acompañarán desde las sombras. El espectáculo del dolor. Imágenes extrañas, movimientos de alas con espinas, buscan un cuerpo donde descargar sus púas. No hay monje de hábito gris que pueda dar palabras de consuelo y los cordeles que rodean la cintura tienen nudos más

fuertes que los nudos de su garganta que ahoga el grito de protesta o de lamento. Ha quebrado su voluntad, quedó vacío. Cayendo en abismos de interminable fin, su vida está destrozada. Los días en secreto. No sabe aún cuales serán los dedos que lo acusarán miserablemente de su desgracia. Tal vez el primero, sea el propio; el de sí mismo, el de su propia verdad que trata de postergar como agonía de moribundo. Busca alternativas. Busca la forma en que su culpa deje de ser cierta. Evita que ese tormento lo asfixie, permitiendo un respiro piadoso a un alma castigada para siempre. De ese luchador soldado de duras batallas cayeron armaduras una tras otra en silencio. Jonás continúa sentado en el banco de madera mirando un punto inexistente. Cubierta está su cabeza con el casco acerado por un tiempo que no encuentra consuelo. Le esperan tiempos de grises designio

Veinticuatro

“Una mañana, tras un sueño intranquilo, Gregorio Samsa se despertó convertido en un monstruoso insecto.”

F. Kafka

Por alguna razón, Apolinario había recibido las primeras advertencias de sus brujas Alticia y su compañera. Ellas sugerían la separación de Ester de los círculos más íntimos del poder. Entregaron a su señor un cofre de plata labrada, pequeña, del tamaño de un melón, brillante, radiante de luz suave y fría en la superficie. Lo entregaron cubriendo sus manos con dos trapos negros, para no tocar el metal, mientras coreaban palabras ininteligibles, con un final claro y contundente:

“Spectrum divinus trancium”

Terminado el acto, quemaron los trapos y aspiraron el humo negro, en señal de protesta o, tal vez, como pedido ahogado en el temor de sus visiones y comiendo los restos de cenizas.

Apolinario terminaba de llegar de una audiencia pública preparada para recibir una organización que repartía fondos para los países pobres. Quedó paralizado. Dudaba Apolinario y, por primera vez, un frío recorrió su espalda como un filoso sable que corta la piel a lo largo de la columna. Sus amantes, sus esclavas del amor, las bru-

“Qué maldito poder guiará las manos de los soldados de este infame tirano, pues que ni la fortuna les denegó la victoria nunca, ni a sus enemigos ofrece salvación.”

Marlowe

— ¡Maten a las brujas! -sentenció.

— ¡Maten a las brujas! -repetía Apolinario, ante un gabinete de obsecuentes funcionales.

No renunciaría a Ester. El veneno del amor, esos lazos invisibles que mezclan risa con lágrimas, lo habían poseído trágicamente para siempre. Por primera vez el corazón nubló su mente. Su demoníaca entereza quedó expuesta, quebrada. Las brujas, confiadas en su acertada lumbré, estaban realizando los actos rituales habituales. Preparaban los brebajes de Apolinario, también sus lociones y perfumes. Estaban satisfechas.

Sin Ester en el camino, quedarían nuevamente libres de influencias adversas; ambas, en las últimas noches del otoño, habían tenido visiones similares.

— ¡Esa mujer terminará con Apolinario! —dijeron, y por supuesto con todo su entorno a su alrededor.

Saber que el peligro tiene formas y nombres, les había permitido depositar sus sueños en esa caja con sus presagios y temores. Estaban seguras ambas que Apolinario, viendo la posibilidad de una traición tan cercana, podía

cambiar su destino y evitar su caída. Grande fue su sorpresa cuando Lulú, acompañado de los operadores devotos de la crueldad: Piojo y Metralleta, abrieron la puerta de su habitación e interrumpieron el silencio de los sahumeros de amapolas, que flotaban en sus nubes blancas en el espacio vacío del recinto mágico.

Ellos llevaban a la rastra a las dos mujeres condenadas a una muerte premonitoria. Tampoco podrían liberarse de las torturas. Alticia y Amanda, víctimas hoy de su propio veneno, recorrían los mismos caminos de toda condenada en los subsuelos de la casa de Gobierno. Allí, ambas fueron maltratadas y vejadas, hasta que el pedido de clemencia destruyó los tímpanos de sus verdugos, que decidieron acabar con sus vidas. Cremadas, sus cenizas fueron esparcidas en los olivos que marchitaban en su base la gramilla.

Asumido el gobierno, liberado de las brujas, Apolinario logró consolidar progresivamente su proyecto de conducción, trazado durante la última década. Sus ministros, y también los subsecretarios, respondían sin inconveniente a sus directivas. Establecieron de común acuerdo, celebrar una reunión de gabinete quincenalmente, para evaluar los actos de gobierno y los aportes económicos que cada funcionario obligadamente tendría que realizar al soberano como tributo personal a su causa. La caja negra. Un fondo común para los gastos de mantenimiento, de coimas y sobornos, que no se podía disfrazar naturalmente en el presupuesto y utilizarlo para el trabajo sucio: eliminar, desaparecer y extorsionar enemigos.

Otro aporte, no menos importante, era para la cuenta personal del dictador. El resto se depositaba en los bancos de paraísos fiscales, países especializados en captar los dineros mal habidos en el mundo, donde esperaban habilitación cuentas especiales numeradas y codificadas. Cualquier movimiento contable debería tener la firma de Apolinario. Sumaba, sólo para casos especiales, la de sus colaboradores directos: Aurelino, Inocencio, Ángelo y Benigno; este último estaba desafectado temporalmente

Días incandescentes de sol. Noches estrelladas de luna. Nubes y sombras. Luces celestiales derrochando vida, fuerza y magnetismo. Naturaleza deseada sin la menor duda para escapar del marco que la contiene con cipreses orgullosos; mientras los campesinos caminan cansados como Juan de Dios. Como Jonás, como Pedro, a su regreso con la pala atenazada en sus manos, o las varillas afirmadas sobre hombros arrebatados a los surcos abiertos. La tierra fecunda, busca afianzar su presencia. Mientras cierra los ojos toma alcohol y suma su voz a la oración con sus amigos bebedores. Las tardes sepultan el día de hombres agotados. Descubre Jonás a Johanna, la mujer de enigmáticos labios y puede medir el avance de la locura que Vincent perpetuó en ella para no dejarla más.

Malena ve a Jonás. Pronuncia palabras que la obliga a mover lentamente su boca y solo atina a dejar que sus lágrimas caigan en sus mejillas al ver que ya nada puede hacer para que él regrese al mundo de los sueños. Al mundo de las pasiones. Al mundo de los caminos que lo llevarán tal vez a la iglesia de Aburres. Los rayos del sol se bifurcan y atrapan pilares de mármoles tallados. El vitral de colores deja que las luces atraviesen su fragilidad lanzando gamas del arco iris, mientras las campanas retumban en medio de ese caserío olvidado. Esa llanura amarilla de girasoles incansables busca el sol que tanto añora nuestro artista. Jonás descansa en esa marea de formas humanas. Encierra su cuerpo tranquilo y cansado. Jonás sabe que la tierra que cubre su vida, dejará en la cabecera de un pequeño peral en flor, los años que más tarde darán frutas en girasoles y cipreses pequeños. Flores amarillas llevadas por millones de estrellas bailando en la noche. Jonás espera pintar su vida de amarillo, Malena alcanza el pincel de la vieja casa.

radas. Las semillas se esparcen sin complejo en lluvias de granos cayendo benditas. La vieja carreta espera trepada sobre un eje de acero herrumbrado. Sostiene un amplio y añoso cajón de madera. En él quedan algunas espigas de trigo que siempre acostumbran a retratar los noveles del arte. Jonás esta cada vez más arraigado a sus afectos. Sueña Jonás en esa habitación austera. Tiene todo lo que un ser común puede aspirar. Una vieja cama de roble acuna el colchón de lana peinada. Aún cuelgan de sus percheros el toallón de baño y alguna ropa olvidada. Al lado de la ventana, el espejo pendiendo de una cuerda que busca equilibrio. El espejo siempre acompaña el artista porque en él, el rostro se pinta en años dando seriedad al recuerdo. Dos botellas de licor y una palangana descansan sobre la mesa; el agua que supo refrescar su rostro se vierte del botellón extraído del cántaro de barro horneado. Decenas de geranios, llevan sus brotes al mismo lugar donde se encuentra el viajero y pasa por esos cristales que separan el viento y ruido. El jarrón, pintado con antiguos y pequeños trazos de óleos, contrasta con el amarillo dominando un mensaje de otoño permanente.

Campesino y artista son ahora una sola persona. Nadie puede separarlos. Tampoco decir quién es quién: Jonás en su delirio, o Van Gogh en el espacio de locura. El mismo espacio onírico cuando en otoño perdió su oreja cortada por el filoso cuchillo de la incomprensión. Es allí donde la sangre roja se mezcla en colores. Finalmente, su mente enfermiza fue capturada desde un asilo donde impactó el quiebre de su vida, sin momentos de lucidez. Jonás descubrió las pinturas de cipreses; duraznos, lirios y girasoles con movimientos desconocidos por el hombre. Se mezclan; juegan, se cruzan, llenan de vida naturalezas muertas. Los lirios hablan de desdichas, temores, pesares, moviéndose desordenadamente buscando propios retoños. Igual que los árboles en las raíces de la tierra, el cielo gira siguiendo notas de un piano enfurecido que golpea la misma naturaleza.

de esta posibilidad, por desconfianza. Si bien era considerado un hombre viciado y depravante, le tenían temor, por considerarlo más inteligente que ellos. En una de las últimas reuniones se había planteado: ¿hasta qué nivel deberían ellos permitir la corrupción libremente? Fue en ese encuentro donde Apolinario, furioso, bajó las líneas definitivamente claras y contundentes:

— Todos los niveles -afirmó.

Por supuesto, siempre y cuando aportaran el 50% a su cuenta bancaria personal. Para ello, el dinero recaudado tenía necesariamente que pasar por las manos de Lulú, o sea de Inocencio. Él sabría cómo sacar dinero del país y ponerlo a buen resguardo. Lulú, en ese sentido, era de su absoluta confianza. No así en lo que se refería a sus relaciones personales, donde siempre tendrían que cuidarlo. Porque los hombres que se acercaban terminaban en sus redes, como amantes, poniendo en peligro los secretos de Estado. Su Estado.

Para esas contingencias, Apolinario contaba con dos incondicionales: Osvaldo, alias Piojo negro, y Ángel, alias Chanco. Sus operadores más inmediatos en los trabajos sucios de espionaje y delaciones. Eran los únicos contactos directamente autorizados para definir situaciones especiales. Ellos dos mantenían comunicación muy fluida en forma personal y por teléfono con la jefatura de la represión a cargo de: Oscar, alias Metralleta.

— Adrián no responde a tu autoridad, Apolinario -explicó Benigno en la reunión.

— ¿Cómo que no responde? -preguntó Apolinario.

— Así de simple, todas tus órdenes están cuestionadas, e incluso pensamos que tiene fondos propios que no desea compartir y está construyendo un poder paralelo -sugirió Benigno.

— ¡Eso es traición!, Benigno... y grave para nuestra organización -respondió Apolinario.

— ¿Lo limpiamos, jefe? -sugirió Metralleta.

Apolinario quedó pensativo; Adrián era un aliado de segunda hora, pero había establecido un pacto de reci-

prociudad, siempre sujeto a un no cuestionamiento de la jefatura de la conducción. Si bien tenía algunos resquemores con su personalidad, nunca imaginó que pudiese estar construyendo una estructura paralela. No dudó.

— Límpialo -ordenó Apolinario a Metralleta.

— Sobre Adrián ya te lo anticipé, Apolinario, pero también tengo en la mira a Jorge, que ha estado investigando las cuentas codificadas que tienes. Pregúntale a Benigno si no me crees -sugirió Metralleta.

— ¡Es cierto! -dijo Benigno-, Ángelo lo ha seguido en estos meses y está tomando algunos apuntes sobre nuestros giros al exterior y algunas inversiones que hemos realizado en los últimos meses. Personalmente lo he descubierto revisando los papeles en tu escritorio más de una vez -comentó mirando el piso.

— ¿Pero esto es un nido de víboras? -estalló Apolinario.

— Te lo venimos advirtiendo, pero no nos crees, mira esta documentación -dijo Ángelo entregando un folio con fotos, documentos y apuntes.

— Bien -dijo Apolinario-, por el momento se hacen cargo de Adrián; luego, si esto sigue así, lo borran a Jorge. Todo debe estar perfectamente organizado, no quiero sospechas de crímenes políticos- ordenó mirando a sus colaboradores.

— De acuerdo, Jefe, órdenes son órdenes, déjemelo a mí. Cualquier cosa se enterará por los diarios -aportó Metralleta, feliz por la autorización.

Metralleta, hombre ignorante y cruel, lindaba mucho con las perversidades de Apolinario. Era absolutamente de confianza, sobre todo para las tareas más importantes y riesgosas que tenía su gobierno: “eliminar opositores y sacrificar propios” en caso de ser necesario. Metralleta dio cumplimiento a la orden de Apolinario en plazos diferentes. Había ejecutado a dos funcionarios como prueba de lealtad en los siete últimos meses.

Adrián, un hombre que se perfilaba con ideas propias no bien asumió su cargo, pagó tamaña irreverencia con su vida. Era inaceptable desafiar el poder.

convertido de campesino a pintor, regresa a su tierra. Se parece a Juan de Dios. Es un hombre intrépido.

Jonás dormita su historia. Su compañera cuida sueños y pesadillas. Ella está a su lado, desnuda en la penumbra con un hermoso cuerpo destilando frescura. La cabellera de largas trenzas desarmadas para noches de placer, cubren su vergüenza a pesar de que sus senos iluminan la habitación en la oscuridad. La aldea descansa en silencio. Casas y calles desiertas. Techos de tejas rojas desteñidas por el sol. Viviendas con chimeneas escupiendo humo y fuego. En ese imponente marco el campesino pintor se retira para regresar al continente de las luces, al continente de la música y las letras. Si estuviese en las orillas de un mar se iría lejos, en un barco de escuálidas barandas que permitieran filtrar la brisa marina sin rumbo o destino. Naufraga hacia un horizonte sin fronteras. El hombre está cubierto por un saco azul, con sus codos vencidos, rotos y zurcidos. Lleva un sombrero chapaleado de alas levantadas, para que los sonidos se ahoguen en telas vírgenes. La intensidad de la luz del sol se debilita protegiendo los ojos de mirada triste y lúcida. Jonás percibe el color cuando estalla. El color resalta las formas de figuras encontradas en nuevos dibujos. Jonás sin querer casi intuitivamente traza pinceladas parejas, dando un movimiento especial en cada trazo borrando arrugas del rostro cubierto de colores perfectos, confundiendo su barba pelirroja con el color de brazas incandescentes mantenidas en largas noches de frío y misterio. Allí está el campesino pintor.

Jonás mantiene la obsesión de una casa amarilla, en esos sueños donde se ve a sí mismo dando pinceladas finas. Puede entonces captar la inmensa llanura sin fin, discontinuada por grutas naturales. A su lado, emergen empalizadas con varillas recortadas y unidas para hacer un cerco que impide la investigación a cualquier espectador. Todos pueden entrar al paisaje sembrado, encasillado con ligustros que rodean sembrados de trigo, cebada cortada y cosechada en inmensas montañas do-

surcos una y otra vez y también, pisado cada terrón de tierra esperando ansiosamente una semilla. Juan acostumbra llevarlas en delantal recogido y las esparce con ademán seco, provocando su vuelo caprichosamente buscando pequeños huecos de la tierra hasta que la magia del tiempo permite más tarde reventar sus bulbos desde ese lugar subterráneo en raíces de frutos otorgados sin pedir nada a cambio. Un humilde ropaje cubre el cuerpo sudoroso del trabajador orgulloso. Lleva tierra y barro adherida a su piel. Juan mira las semillas como si fuesen su única fortuna. Les habla antes de lanzarlas. Su rostro premiado por huellas de la vida, deja que los poros de la piel respiren madrugadas y atardeceres. El hombre merece sentarse en la oración a comer su pan, porque ese trabajo siempre fue historia. En días de gracias, de gracias al Señor, Juan de Dios cumple acudiendo cada domingo al templo del poblado junto a campesinos reunidos en esa iglesia mitad piedra y mitad madera. En su cúspide, una campana herrumbrada llama cada mañana de esos rutinarios domingos. La capilla está enclavada entre árboles, sus brotes pintan primaveras. En ese recinto se juntan todas las semanas, habitantes solitarios de esa tierra. Juan de Dios y Encarnación están entre ellos. Los ventanales protegidos con vitrales de colores enmarcados en pequeños cuadrados de plomo, dan una imagen de prolijidad desconocida. Los rayos del sol atraviesan el cristal desprendiendo luces de colores para luego transformarse en figuras y plegarias. Santos y santas viven eternidades del mañana o del pasado. No tienen más el gesto bondadoso de quienes se despidieron en vida, de la vida misma, dejando escrito en hojas marrones, pensamientos sintetizados con tinta oscura y negra que en manos de sabios nacen con propiedad y medida. Se alumbran los candelabros de bronce, manchados por una caprichosa cera derretida como serpentina. Busca descanso en su propia ruta. Una cera de superficie delicada imita movimientos del viento. Las llamas flamean distraídamente. Mientras tanto Jonás,

Terminó asesinado en su domicilio. Dos disparos en la cabeza, ejecutado por un familiar directo, pagado por Metralleta. Arrodillaron su osadía. Pocas horas después del hecho, este joven familiar del difunto, enredado en los negociados del poder, sería perseguido por fuerzas de seguridad y, en medio de un descampado y absurdo desierto, fue perforado a balazos, aduciendo que esas fuerzas “encontraron resistencia armada” a su detención.

En realidad, el joven no había disparado un solo tiro, a pesar de tener un arsenal de armas prolijamente ordenadas en su presunta trinchera, fotografiada como muestra de la certeza. Metralleta terminó, en casi 48 horas, con dos problemas, demostrando eficiencia, responsabilidad y eficacia. La víctima y el funcionario ya no molestarían.

El otro caso en que tuvo que actuar eficientemente fue con un colaborador inmediato: Jorge, a quien eliminó colocando un par de somníferos en su cotidiana bebida, en una fiesta, a ochenta kilómetros de la capital. Por supuesto, estos medicamentos quitaron reflejos y destreza necesarias para esquivar tres animales, colocados intencionalmente en fila, cruzando la ruta que tomaría de regreso.

Las luces que abrían la oscuridad en la ruta no alcanzaron a fotografiar el peligro, cuando en forma inesperada enfrentó los animales dispuestos estratégicamente sobre el asfalto. Un destello; un estruendoso choque contra los cuerpos calientes de los vacunos incrustados por el bolido que, a más de ciento cuarenta kilómetros por hora, los enfrentó sorprendiendo la somnolencia de los cuadrúpedos.

Quedó Jorge impactado en su volante, teñido en sangre, inmóvil al segundo mismo de la colisión, abandonado su cuerpo y volando su alma al destierro, asegurando el silencio que había prometido romper. Estrellado y luego abandonado en la banquina derecha de una cinta asfáltica solitaria. Así fue su final. Ambos casos fueron apresuradamente “cerrados”.

Nada de investigaciones.

Lulú viajó con Foca a los países especializados en resguardo y depósitos de dinero proveniente del narcodólar. Dejaron abiertas cuentas codificadas, deseosas de acrecentar mensualmente sus fondos protegidos por el secreto bancario. Apolinario no podía quejarse de sus colaboradores. Menos aún de la oposición debilitada en sus bases y operatividad. Si bien el gobierno funcionaba con celeridad en los casos locales, ya sentían que estaban en condiciones de operar en el exterior. Llegó la hora de los grandes negociados. Lo presentían.

Como su país tenía fuertes reservas de gas y petróleo, que por ley pertenecían a Apolinario, encomendaron a su fantasioso ministro Benigno para establecer contactos con empresas petroleras.

Este hombre, rápidamente planificó viajes al exterior con la finalidad de hacer negocios. Ubicó cuatro empresas petroleras dirigidas por empresarios comprometidos con la corrupción internacional. Demostradas y comprobadas para los negocios sucios.

— No hay corrupción del estado sin empresarios descendientes -decía Apolinario.

— Esto de la corrupción nunca me sacó el sueño; los empresarios quieren ganar dinero, si le ofreces duplicar o triplicar su ganancia, los tienes en tus manos, o mejor dicho te besan la mano, y yo quiero también ganar. No hace falta ni siquiera mencionar la palabra soborno, ésta llega espontáneamente, en sobres o portafolios adecuados -afirmó orgulloso-. Eso sí, elijan siempre empresarios o empresas que tengan antecedentes y estén dispuestos al trato -sentenció.

Eligieron, como caso testigo, una de ellas. Apuntó a la más vulnerable para estas operaciones financieras. Viajó Apolinario con un séquito de muchos amigos, familiares y pocos especialistas, para negociar la explotación de los recursos naturales.

Hoteles cinco estrellas, viáticos y fiesta para todos. Tuvo pocos inconvenientes para concretar. En las primeras

Veintisiete

“Al principio deslumbró / Los ojos con su luz viva / su noble frente a los astros / majestuosa se volvía / reflejando el azul cielo / en sus hermosas pupilas / El esplendor de su voz / más poderosa y más rítmica / que el vasto rumor que dejan / las olas estremecidas como cinturón de flores”

AUGUSTO BARBIER

El campesino permanece sentado en la vieja reposera de madera. El respaldo de esterilla desgastada y ajada por el tiempo lo mantiene con su torso erguido encendido por luces de años, custodiado por dos grandes borlas desgastadas finamente talladas. Juan de Dios está vencido; abandonado al dolor digno de su propia vida pensando en su pasado, trata de recuperar memoria colocando sus dos manos apoyadas sobre la cabeza y las piernas desalineadas echando raíces al suelo desde sus rodillas. Es el retrato perfecto del descanso. Un hombre cansado de caminar sobre heridas de tierra arada. Sus pies, cubiertos con zapatones de punta y taco cincelados en madera de cedro abandonado. Cientos de ladrillos desnudos en la pared, muestran el revoque caído hace mucho tiempo, y los bordes de la estufa de leña permanecen tiznados por fuegos y brazas encendidas sobre la cual cuelga una cadena sosteniendo la pava de agua tibia que él pide diariamente para sus bebidas y caldos reconfortantes en tardes frías y desoladas. Ha caminado esos

Apolinario fue sentenciado, por otras organizaciones satánicas, a la muerte. Seguramente, alguien cumpliría la sentencia. Mientras tanto, como advertencia y venganza, toda su familia fue eliminada y entregada al señor de las tinieblas en sacrificios de una crueldad insólita.

Abolidos los partidos políticos y organizaciones sindicales, potenciaba su aparato represivo y dominante; anulado por decreto la pobreza, terminaba con las críticas de la oposición. ¿Qué podía faltarle a Apolinario Del Manchón, para ser el hombre más poderoso?

Si es que algo le faltaba.

reuniones, ambas partes tenían desconfianza, con cámaras ocultas funcionando y un micrófono con terminal central de acumulación de datos digitalizada. Toda una tecnología sofisticada. Las pruebas actualizadas son más que suficientes y muy cotizadas, lógicamente, para los organismos anticorrupción creados a nivel internacional y siempre dispuestos a recibirlas.

Sin embargo, los contactos filmados como garantía cruzada fortalecieron el proyecto y comprobaron que estaban tratando con especímenes que tenían igual objetivo:

“El dinero encubierto en operaciones clandestinas”, así clasificaba INTERPOL.

Concretado el negocio, comenzaron los beneficios. Apolinario firmó la eliminación de impuestos, de cláusulas de daño ambiental y de cualquier forma de traba judicial para extracción de los recursos naturales. La empresa agradecía con premio para Apolinario: una millonada de dólares y, como prueba de afecto y consideración, una casa de mil cien metros cuadrados en las costas privilegiadas de un balneario internacional, más el compromiso de realizar depósitos mensuales de acuerdo a las ganancias extras de la empresa incorporada desde ahora a: “los amigos del poder”.

— ¿A quiénes les llaman amigos del Poder, Apolinario? —había preguntado Ester.

— ¡A mis amigos, mis socios y mis cómplices, Ester! Son aquellos que diariamente beneficio y me benefician. Financian nuestra banda, ¿comprendes? Todos están ansiosos por participar, no tengas la menor duda —respondió Apolinario.

Contrataron de común acuerdo un especialista en tecnología en mediciones de flujo, en gasoductos y oleoductos. Este hombre, Sr. Huntaamal, ex funcionario, había operado para empresas petroleras privadas y fue quien ideó, casualmente, el equipo de control automático de extracción de petróleo y gas, cuyas fibras ópticas registraban menos de la décima parte de lo que realmente

extraían. Huntaamal fue gratificado por su esfuerzo con abundantes maletines de dólares.

Esta operación, tomada como testigo por Benigno, fue trasladada posteriormente a otras empresas internacionales que siempre piden seguridad jurídica, y que vieron en esta dictadura la oportunidad exacta para realizar grandes inversiones y negociados.

Las petroleras desangraban el subsuelo, le quitaban su líquido negro y entubaban el gas que recorría kilómetros en busca de bocas de negocios, mientras las fibras ópticas de control registraban sólo la muestra de salida, la cabeza de la extracción, para después permitir que millones de metros cúbicos se robaran por esos túneles secretos que perforan las fronteras.

— Qué mejor inversión que un puñado de dólares a esos miserables maniáticos del poder, si sus ganancias quedaban ocultas de por vida para sus millonarios negocios futuros -razonó Apolinario.

Apolinario, Benigno, Aurelino, Inocencio y Ángel se sintieron realmente reconfortados con la firma de otras empresas dispuestas a entrar en el círculo de “los Amigos”. Traerían nuevos ingresos y beneficios, ahora extendidos también a funcionarios de segundo y tercer nivel. Todos contentos e incrementando sus patrimonios en forma envidiable. El proyecto de Apolinario estaba en su apogeo.

Comenzaron así las ostentaciones; los vehículos 4 x 4, las residencias imponentes y los viajes. Siguieron con tarjetas de créditos doradas sin límite, fiestas, orgías que certificaban días de gloria. Las botellas de bebidas importadas flotaban en un canasto de madera en la pileta de natación de Apolinario Del Manchón. No tardó en incorporarse a estas fiestas la droga, y, tal vez allí, comenzó su desgracia y desencuentro. Pareciera que el poder tuviese que medicarse con el tiempo.

— ¡Más poder, más droga! -exclamó Ester.

— ¡Es un círculo, Ester!, necesitamos estímulos -insistía Apolinario-. Por otra parte, ¿quién va a controlar?

— *Vemos la traición, Apolinario, tenemos las manos apretadas, los dedos han cerrado nuestra protesta, vemos una nube roja en el horizonte que descuelga maldiciones de traición, vemos cuerpos doblados por el dolor, por las dagas, por las balas frías que deshacen los tejidos, vemos los ojos cerrados de tus hermanos dormidos para no ver más el sol, vemos que las heridas brotan y derraman su sangre generosa hasta languidecer los cuerpos, vemos traición, Apolinario* -advierten las voces al unísono.

Ese viernes, en el galpón de Avena, más de 260 integrantes de la secta fueron asesinados, entre ellos los sacerdotes que le reclamaban obediencia a Apolinario. Estaban reunidos, esperando la llegada prometida, esperando una redención y una promesa de no marginarlos más de los sectores de poder que habían conquistado justamente.

Pero recibieron la visita de fuerzas especiales, armadas y distribuidas, rodeando el galpón a modo de un cinturón, que se fue cerrando lentamente, escupiendo las balas de metrallas, abriendo caminos en medio de los huecos que florecían en las chapas de zinc del galpón sentenciado. No pudieron escapar por las puertas entreabiertas, tampoco por las escaleras que llevaban al entepiso donde guardaban aún los fardos de alfalfa seca. El desorden de esa masa de hombres y mujeres dispuestos a escapar, cerró los caminos a la racionalidad y compartieron los plomos que perforaban sus cuerpos una y otra vez como si fuesen condecoraciones por la resistencia a la muerte.

A medida que cerraban el cerco de asesinos armados sobre el galpón, disminuían las voces lastimosas de los heridos, que se pisoteaban y arrastraban buscando una luz en medio de esa oscuridad cómplice. El remate con las hordas asesinas encima de sus víctimas fue realizada a boca de jarro, una por una, asegurándose que las voces del reclamo nunca más existirían, nunca más reclamarían sus derechos y menos aún sus compromisos.

— El poder se mantiene si logramos sujetar sus actores, opositores y líderes sociales -repetía una y otra vez Apolinario a sus cuadros de conducción-. ¡A mayor miseria, tendremos mayor obediencia!, mayor dependencia y mayor obsecuencia, bocas cerradas, oídos sordos y manos encadenadas, ésa es nuestra meta.

Controlada la franja humilde de una población cada vez más pobre y dependiente, Apolinario aseguraba el manejo de la violencia en las calles y un alto al reclamo.

Controlada la clase media con créditos sin garantías y subsidios, silenciaba a la burguesía local. Controlada la prensa, condenada al silencio permanente, no existirían voces críticas. Controladas las empresas privadas, por haberlas infiltrado y sometidas al capricho de las compras directas, sumado a las obras entregadas directamente por funcionarios siguiendo órdenes del gobernante, se podía afirmar que manejaba el mercado interno.

Controlados los rebeldes, utilizando el aparato represivo bien aceitado, neutralizaba los ejemplos de lucha. Controlados los organismos del estado y anuladas las denuncias o presentaciones judiciales, aseguraba la impunidad.

Apolinario tenía una deuda pendiente con la Cofradía Noche Roja. Lo habían contactado varias veces, para llamarle la atención. Si bien no participaba habitualmente en los ritos, sí lo hacía el resto de su familia; es más, su actitud había costado ya tres vidas humanas ofrendadas para que el discípulo Apolinario regresara a la comunión satánica. Tres de sus hermanos dieron su vida y, aun así, Apolinario no apareció. Sin embargo, el día aniversario de su ingreso, envió al gran sacerdote Tiburcio una misiva:

“Maestro Tiburcio:

Reúna usted a los hermanos el viernes en la noche. Allí estaré y llevaré un sacrificio para nuestro señor.

Apolinario Reyes Del Manchón”

No olvides que la justicia y las fuerzas de seguridad están bajo mi mando, ja ja -decía haciendo piruetas burlescas sobre la alfombra del despacho.

Apolinario, el más poderoso de la región, y dispuesto a fortalecer su dominio en todas las áreas, lejos de conformarse con estos millonarios y fáciles ingresos, dedicó parte de su tiempo a enmudecer a la oposición.

Para ello creó dos cuentas bancarias disfrazadas por decreto Ley, orientadas al fomento y promoción industrial. Fijó presupuestariamente una partida millonaria y abrió créditos otorgados sin garantía, ni firma de terceros, para todos los funcionarios, pero especialmente para opositores renuentes a promesas. Era la hora de concretar.

Una gran mayoría fue aceptando los beneficios en forma silenciosa. Hicieron estragos en las filas de opositores más duros. Inocencio y Ángel se dedicaron a contactar y quebrar las resistencias. Oscar, alias el Piojo, estaba dedicado fundamentalmente a filmar con una cámara oculta a todos aquellos que se mantenían reacios de ingresar en la corrupción. Con el tiempo había filmado escenas íntimas, en casas de citas, burdeles, intervino los teléfonos, registraba voces, imágenes, para iniciar más tarde extorsiones que mantuvieron efectividad durante el período más nefasto de su gobierno. Apolinario había destruido, para ese entonces, todo tipo de control judicial.

Los jueces fueron evaluados y sometidos al poder. Habían creado un sistema perverso en el manejo de las denuncias. Había decretos que anulaban definitivamente investigaciones y causas penales contra funcionarios del poder. También de aquellos que violaban leyes o la misma constitución, a pesar de estar anulada por decreto.

Los funcionarios judiciales pasaron a ser el brazo jurídico del sistema montado cuidadosamente por Apolinario: los monos del circo y los bufones del rey.

Ángel, alias el Cerdo, se había convertido en el máximo controlador del estado, asumiendo las funciones de to-

dos los organismos internos en vigencia. Lógicamente, quemó los expedientes que demostraban sus defraudaciones por más de dos millones de dólares cuando estuvo a cargo de una repartición pública, antes de asumir el poder. Ángel era el brazo derecho de Lulú, también su amante y proveedor de droga.

Omar, alias Metralleta, actuaba con gran imprudencia (como era su característica) en la función. Se dedicó a encarcelar a todo opositor que pudiese generar problemas internos y externos. Políticos, gremialistas, curas, estudiantes y, fundamentalmente, pobres, saturaron las cárceles con cualquier excusa avalada por la justicia.

Llevó esas reclusiones a los límites de la tolerancia humana. Definiendo a sus ocupantes como traidores a la patria, los sometió durante su hacinamiento a los apremios y castigos implacables. Implantó la tortura como la herramienta de contención de díscolos y cuestionadores sociales. Implementó el régimen de eliminación física de personas bajo sospecha. Y generó una zona libre de controles, para asesinatos y desapariciones en cadena, incorporando los fondos y lechos de los lagos como cementerios invisibles.

Implantó el terror y la persecución a familiares, amigos, parientes. Generó, en definitiva, el perfecto estado del “in derecho”.

— *Vas bien, Apolinario, has logrado que los cultos del misterio se arraiguen en tu pueblo, el temor ha paralizado los espíritus rebeldes, has distribuido las riquezas de las prebendas, has silenciado a quienes te traicionaban en tu descuido, has creado el mundo del horror y el silencio, pero aún te queda pendiente tu deuda con tu secta -razonaron las voces.*

Aplaudido, admirado por sus pares y obsecuentes de turno, sentíase realizado. Pero los conflictos sociales lo acosaban, a pesar de haber decretado la eliminación de la pobreza. Instrumentó entonces, por intermedio de su ministro Ángelo, la estructura más formidable de corrup-

ción en el área social; se podía considerar un privilegiado. A la hora de los honores, recibía todos los premios.

Ángelo tenía experiencias similares en otros lugares y no le resultó difícil instrumentar algo similar. Pero ahora desde el poder mismo. Él había sido tan cruel como Metralleta cuando, valiéndose de contactos en otras dictaduras, había delatado y entregado a conocidos y amigos a la cámara de tortura y muerte por causas políticas. De manera que fue partícipe de instrumentar algo similar, o tal vez mejor modelo, pero en el área social. Lugar clave para establecer un enclave de entrega, delación y castigo a quienes consideraba como potenciales dirigentes de conflictos sociales.

Para ese entonces, Ángelo y Lulú habían estrechado filas. Había cierta atracción entre ellos. Las fiestas, los intensos viajes al exterior, el alcohol y la droga, se apoderaron de ellos. No fue casualidad que esa relación se convirtiera, meses después, en uniones carnales que aumentaron la complicidad y su amistad.

Si bien Lulú estaba definido en su homosexualidad, Ángelo era un ida y vuelta, ya visualizaba sus inclinaciones y también su perversidad. Como para acompañar la moda gay, ambos se fueron integrando felices, con proyectos a largo plazo. A Lulú lo asustaba el pasado cruel de Ángelo, pero no tardaría en olvidarlo.

Ángelo montó un sistema cerrado de control. Manejó directamente y en forma personal la población más humilde, donde realizó un prolijo relevamiento con infiltrados sociales. Sus operadores trabajaron como un órgano de inteligencia.

Los informes tenían todos los datos de los habitantes controlados: sus problemas, sus relaciones, sus defectos, sus contactos y todo lo que pudiera interesar al gobierno para lograr asestar golpes rápidos a la oposición decadente. Sabrían también cuál sería el castigo para los rebeldes. No así los premios para los disciplinados y obsecuentes. Esto dependía del humor del superior inmediato.

sión. Sonríe Malena con ternura tan insoportable como su nostalgia. Lloro Malena su soledad, pero comprende que Jonás, obligado, tuvo que regresar por un tiempo a ese lugar donde sus fuerzas podrían recobrase y aprovechar para visitar a Juan de Dios. Malena se durmió serenamente acompañada de una lluvia mansa y tenue. Sueña con espumas de mar, burbujas caprichosas sobre la arena. Deja Malena que el viento lleve sus cabellos sueltos, a lugares bellos, mientras abre sus brazos para tomar con una mano lo que puede del mar y con la otra, lo que entregue la arena dorada. Entonces las junta transformándola en hermosos corales que coloca a su lado mientras las gaviotas bailan en el aire trazando círculos concéntricos por encima de su cabeza rodeada de belleza. Mira siempre al poniente. Los días escapan sin avisar a nadie. Sueña que Jonás esta a su lado. Siente su piel tan cerca, como el fuego encendido por el recuerdo manteniendo en sus manos la memoria de sus caricias. Imagina Malena su mejor recuerdo en el aire, en el mismo espacio vacío que la rodea. En la brisa húmeda del mar. Luego deja que las palabras escritas vuelen, para transformarlas en alegrías, en cantares y en búsqueda de magias pasadas.

Malena es violentamente despertada, de forma tan violenta, que su cuerpo es tirado de la cama con patadas de botas lustradas y enceradas. Uno de ellos, que llegó a su departamento la tomó de los cabellos y le puso un arma en la boca mientras quitaba su ropa. Luego pregunta por Jonás. Sabe ella que está en la cordillera pero nunca visitó el lugar, nunca fue, nunca estuvo. Sabía que era una enorme cordillera donde un rancho de adobe estaba cerca de un río. La violencia se mezcla a la belleza de Malena. La burla de los uniformados y las amenazas se multiplican. Manosean todo su cuerpo sin respetar su intimidad más profunda. Violencia sin tregua continuada de tortura sin que puedan sacarle datos concretos. Malena tampoco lo sabe. Revolvieron el departamento con un solo objetivo y tuvieron éxito. Encontraron los

Veintiocho

“¿He de decir lo que aún falta, oh dioses inmortales, o será mejor callar?”

Erasmus de Róterdam

Una lucha contra el tiempo. Para esto le quedaban, aún, aliados demoníacos a quienes tenía en permanente contacto y consulta. Ellos, dos en total, estaban encargados de hacer cuantos ritos o magias existían, para protegerlo de sus enemigos y frenar el paso del tiempo en su cuerpo. No podía Apolinario aceptar que su piel comenzara a mostrar años de vida, tampoco que sus músculos se descolgaran como trapos de sus huesos, y menos aún que sus amantes lo miraran con el desdén del desprecio. Había quedado solo en el poder, sus aliados satánicos ya estaban ausentes para siempre. La inmortalidad de los vampiros comenzaba a taladrar su mente, buscando respuestas en nuevos y recientes aliados.

Preparaban las cápsulas de eternidad, usando cenizas de los últimos diez muertos cremados, mezclado con orines de jóvenes púberes y esencias de raíces de pantanos. Dos cápsulas por día, tres veces a la semana, y se juntaban para realizarle las “limpias”, previo a dar sus consejos sobre los temas que Apolinario les planteara.

Una limpia total al mes, rutinariamente realizada en su domicilio para tranquilizarlo, era lo indicado.

En su casa, Apolinario tenía una bañera hecha especialmente a su medida, mezclada con metales preciosos: oro, plata y cobre, que le daban consistencia y belleza; sus siervas se bañaban con él, asegurando la efectividad del tratamiento. Rodeaban la bañera con velas de colores, un plato de bronce donde quemaban fotos de opositores y le clavaban alfileres especialmente fabricados para estas ceremonias.

También, según la gravedad del caso, desangraban ratas tomadas de las cloacas cercanas a los locales partidarios o domicilios de sus enemigos políticos. Si habían convivido con los fluidos y excretas de sus enemigos, eran susceptibles a las magias de la venganza.

Antes del baño, como un rito mágico, embadurnaban el cuerpo desnudo, obeso y deforme de Apolinario con pinturas naturales y lociones inventadas por ellos; aduciendo ser adecuadas para la protección y vida, Apolinario se dejaba llevar, y naturalmente aplicaba rigurosamente los consejos dados por ellos, al pie de la letra. Apolinario era supersticioso, fetichista y maníaco. Evitaba caminar pisando sombras. Cuidaba que los chorros de agua de la canilla mantuviesen un caudal uniforme. Le desconcertaba lo imprevisto; contaba cinco antes de pasar debajo de cualquier marco de una puerta y, cuando masticaba su alimento diario, tragaba el bolo alimenticio con un sorbo de agua tibia salada. En la mañana, al despertarse, respiraba profundamente dos veces boca abajo. Se levantaba saltando la cabecera de su cama y, en puntas de pie, buscaba el baño, lavando sus manos y cara con orina de los brujos que lentamente enjuagaba con jabones de coco, perbonio y glicerina.

Su ex colaborador, a quien había enviado a la muerte, le había entregado poco antes de su desgraciado “accidente”, un libro de tapas duras, antiguo, robado de la biblioteca. Se llamaba “La Nación en armas”, escrito por un militar alemán: Colmar Barón Von Der Goltz. Publi-

lo que pasa. Nadie habla. Es como si los pensamientos encerrados en el temor se licuaran en palabras inteligibles. Todos miran a otro lado, mientras matan en cámaras de tortura; mientras secuestran a la luz del día a jóvenes que luchan esperanzados poniendo sus manos y sus palmas para frenar plomos escupidos por fusiles que buscan silencio. Caen cuerpos y cuerpos en la tierra. En el aire. En el mar. En los lagos, en los ríos. Cascadas de cientos y cientos de cuerpos. Los campanarios repican sonidos en las puntas de las iglesias. Los domingos rezan una oración para tapar los gritos del dolor. Todos han callado. Todos olvidaron lo que vieron. Ahora solo queda seguir persiguiendo a los que probablemente sean culpables. Todos fueron culpables, por eso se quemaron viviendas; se saquearon casas, incendiaron en hogueras los libros. Prohibieron lecturas, revistas, diarios. Enmudecieron a todos lo que hablan contra el régimen y la impecable autoridad genocida bendecida por la Iglesia, protegida por cardenales en templos de oro y plata.

Malena terminó de arreglar la casa; exhausta, quedó sentada en la silla hamaca de esterilla vieja ubicada en un rincón y capturó con sus dos manos recuerdos que flotan cerca de su pecho, desparramados por su piel; como si Jonás estuviese presente. Imágenes vivas. Muchas sin formas claras que alguna vez la llenaron de alegría y nostalgias. Mira Malena la ventana húmeda que deja pasar luces encendidas reflejadas sobre el asfalto mojado. Calles solitarias; calles con enigmas e historias escondidas en cada rincón de la noche. Malena tiene a su lado documentos escritos por Jonás con la fogosidad de sus ideas. Escribe con la misma pasión con que pinta. Sonrió Malena; tiene presente la cara que ponía Jonás cuando trataba de explicar sus proyectos La gran revolución del color, sostenía. La gran revolución social que sospecha se avecina sin obstáculo. Piensa Malena en los gestos graves de su rostro y las sentencias ejecutadas con sus mímicas cuando se aferra a la revolución. Se empapa de ella; se transforma y se funde con otra pa-

inertes. Los castigan, los atan, los golpean y los violan. Lugares donde la vergüenza y la miseria humana no pueden separarse de esos anónimos rehenes en las sombras. Reconocidos por nadie, solo el número marcado y tallado al cuerpo. Lugares donde el diálogo con secuestrados se da por el aliento; toses, respiraciones jadeantes. Temblores de frío después de la picana cavando el alma. Lugares donde cuelgan de sus manos y sus pies, seres que gritan su calvario. Seres castigados con golpes de palos, metales y patadas. Lugares donde se amalgaма la sangre mezclada con el polvo de la tierra y las excretas. Lugares, donde los perros tironean pedazos de cuerpos abandonados en patios abiertos al aire esperando el camión cerrado y blindado para llevarlos en madrugada a entierros en cadena, en fosos de cal viva. La niebla cubre la noche haciendo sospechosa la madrugada. Los camiones vuelcan como arena hombres y mujeres sin vida, sin alma; con el honor del silencio y la vergüenza de la delación. Siempre en madrugada. Cadáveres que años después serán huesos blancos limpios de carne. Huesos quietos, piernas mezcladas entre brazos o cráneos riendo con dentaduras desnudas sin encías. Cuerpos transformados en restos óseos, descubiertos suavemente con el pincel del antropólogo al quitar tierra y arena, para que el hueso aflore y nos dé un nombre. Jonás es buscado por pensar. Por hablar, por escribir sensaciones y por haber participado cientos de horas discutiendo propuestas, aportando ideas. Jonás también ha pintado los días de gloria de un pueblo. Ha comprendido que dentro de su arte puede enseñar con sus pinceles cómo dos fusiles cruzados consolidan utopías, y así ha militado en zonas humildes enseñando arte. Hay cientos de Jonases perseguidos, torturados, desaparecidos y asesinados. El hombre verde rubicundo que ordenó ametrallar a Juan de Dios y Encarnación, ha buscado a ese Jonás intelectual, pensante y revolucionario que lleva una orden de sentencia en su sombra: la muerte. Crece el poder de la barbarie. Contagia el miedo. Todos saben

cado en 1900, con páginas desteñidas y amarillentas por el uso y la vejez. Era su libro de cabecera, junto a Maquiavelo. Ambos señalaban los consejos para ganar batallas y aplicar estos criterios para mantenerse en el poder. Sabía que la humanidad viviría en permanente guerra y con dificultades sociales. No toleraba discutir con quienes embrutecían sus criterios, menos aún con aquellos que los contrariaban.

Apolinario sabía que las consecuencias de los enfrentamientos se evaluaban por la época en que se producían los resultados que obtuvieran y por la forma en que se presentaban. Coincidió con Von Der Goltz, en que los movimientos de masas, como los que hoy tenía, parecían seguir el camino lento de un par de bueyes, pero si cometía un error, éste lo llevaría a la prisa del viento. Debería anticiparse siempre a los acontecimientos, manejando las informaciones que diariamente reportaban sus infiltrados.

Si algo tenía claro Apolinario, era que su déficit intelectual debía suplirse con colaboradores brillantes y perversos, y una red de inteligencia organizada en todos los sectores, incluidos sus propios colaboradores.

Sabía quiénes eran sus enemigos; qué fuerza tenían socialmente; que número de adherentes tenían, y con que reservas contaban. Su contacto con sus informantes era por intermedio de cartas, mensajes enrollados en los cuellos de palomas o en las alforjas de perros amaestrados o directamente de mujeres infiltradas en las familias e instituciones. Usaba también botellas vacías de líquidos, pero con información, abandonadas en los basurales predeterminados para su entrega disimulada.

Sabía que los desertores eran, al igual que los mutantes, los más confiables en la información secreta. Encontraba coincidencias con la estrategia de Napoleón, cuando sostenía que los ataques deberían ser “contundentes, rápidos y cortos”. Entendía que el rechazo a las agresiones en la calle no admitía dilaciones, y acertaba cuando ordenaba avanzar, aun con los máximos costos políticos,

y perseguir a quienes generasen tumultos hasta sus mismos domicilios; y sostenía siempre que las acciones tímidas eran producto de la falta de imaginación de los gobernantes. Sentíase pleno de valor, tenacidad, astucia, previsión, inteligencia, inflexibilidad y arrojo. Todas éstas consideradas como condiciones necesarias y únicas para un buen conductor político.

— *Sí, Apolinario, has recuperado las fuerzas del poder, sobre todo cuando dejaste al corazón que perturbaba tu razón. Hemos acompañado al estratega, queremos acompañar al poderoso hombre que hemos pergeñado. No puedes, Apolinario, dejar que el tiempo de la historia se cruce por tus narices sin que te des cuenta que es tu momento político. No habrá otro, Apolinario, porque las oportunidades que pasan se pierden para siempre -corean las voces.*

Tenía atributos de mando innatos, pero fundamentalmente, y a pesar de sus delirios, era un hombre con memoria; la memoria, curiosamente, es la condición primaria de los líderes. Por algo Napoleón sostenía que “un hombre, con buen juicio, pero sin memoria, es como una casa sin muebles”. Estaba en sus apuntes sobre el poder.

Apolinario tenía grabada su vida y sus carencias a fuego. El poder construido no lo entregaría a nadie, menos aún le sería arrebatado por sus enemigos. Llamó a Piojo Negro y le impartió las órdenes contundentes, mientras sus mujeres expertas masajeaban su cuerpo con emulsiones, acíbares y aceites milagrosos. Piojo Negro mantenía su cámara filmadora colgada al cuello, lista para detectar los misterios de la traición. Su pequeña figura se encendía de luces cuando el dictador le indicaba una misión tenebrosa o fatal. Deseaba servir a su patrón aun con su vida.

— Dile a Metralleta que actúe con la máxima velocidad y crueldad -sentenció Apolinario. Había llegado la hora de las definiciones, al igual que con la secta meses antes. Los problemas que le planteaban, Apolinario los terminaba de raíz. La desesperación de ver grietas en su

tumbas de cadáveres encimados sin vergüenza. Uno tras otro, sin dejar luz entre las almas, impidiendo que la verdad pueda más adelante salir de esas catacumbas múltiples. Los fusiles escupieron balas mortales. Las picanas descargaron electricidad capaz de frenar corazones jóvenes. Las playas están salpicadas de cadáveres abandonados en arena. Algunos fueron recuperados por la marea y recibieron luego un nombre. Hombres y mujeres abandonados en el mar. Empujados al vacío para que vuelen sin alas desde aviones y helicópteros en la noche, sumergiéndose en aguas saladas del océano. Se hincharon tanto que se convirtieron en cientos de balsas humanas flotando en búsqueda de un continente cercano; o en búsqueda de algún lugar que pudiese reconocer sus huellas. Solo está la muerte presente; la muerte que lleva en sus brazos cadáveres mustios; impávidos y quietos a destinos inciertos, mientras alguien llora su desaparición o su ausencia. Todas esas luchas subterráneas se cubren con el paso orgulloso de vehículos transportando soldados de uniformes verdes engalanados por el triunfo, sonrientes del momento vivido, mientras en las orillas de las calles, las personas aplauden y viven el paso de sus verdugos, que después seguramente, perseguirán a muchos de los presentes o a sus amigos, parientes, conocidos. Los uniformados habilitaron esos lugares de encierro y tortura. Lugares anónimos. Ocultos. Escondidos. Cubiertos de misterios. Alejados de centros civiles que puedan escuchar el grito de tortura o el final de una respiración extenuada de tanto maltrato. Lugares sucios, invadidos por sombras y vapores de muerte. Lugares de hombres y mujeres desfilando desnudos, cubiertos por una cinta negra en sus ojos, para que no puedan ver el número pintado en su espalda o en su pecho. Lugares solitarios, rebalsados de excrementos amontonados en rincones húmedos. Charcos de orina que no encuentra salida. Lugares, donde el silencio es obligatorio. Quebrados por el castigo cruel, vil y cobarde del verdugo abusando de cuerpos exhaustos que se mantienen

tela naranja; un sillón tapizado de blanco simula la espera de un lector. La pared del oeste, tapizada con cuadros y pinturas de Jonás colocados sin prolijidad ni esmero está cubierta. Las botellas de alcohol escondidas en un viejo aparador que nunca se movió de la esquina. Muchas veces Jonás ha estado arrodillado en la alfombra apoyando su cabeza sobre los muslos de Malena, mientras ella acaricia sus cabellos para consolarlo después de esas pesadillas que lo atormentan. Son tiempos de cambios. De luchas civiles; enfrentamientos e injusticias. Indudablemente algo ha pasado en ese tiempo. Las armas de la república se han levantado contra un poder civil frágil y corrupto. Los hombres de uniforme sentados sobre calaveras festejan el triunfo de una fuerza formidable ante una sumisión civil pocas veces vista. Vuelan cerca de sus cabezas cuervos negros; negros como las tumbas de miles de hombres y mujeres encerradas en profundidades de la tierra. Hombres uniformados pisoteando baldosas de cuanto edificio público recuperan. Queman bibliotecas. Destruyen museos y monumentos. Encarcelan. Torturan. Desaparecen gente, roban niños recién nacidos. Los venden. Los entregan como venganza. La resistencia del pueblo vencido por la misma historia de armas deja cadáveres abandonados en cientos de lugares, simulando batallas inexistentes. Hombres y mujeres fueron muertos de pura muerte. Otros; desaparecidos sin rastros que puedan identificarlos. Sus cadáveres no existen. Todo ha sido borrado.

Nada queda en pie de las instituciones, ni de los partidos políticos. Tampoco quedan sindicatos y organizaciones sociales. Todos han sido condenados al silencio como tumbas anunciadas. Las banderas de lucha pisoteadas por pulcros uniformes, nada saben después de esas muertes. Como si el olvido fuese una epidemia. Los gritos y lamentos de encierro y tortura se esfuman en cuartos tenebrosos, habitados por hombres sádicos. Nadie recuerda lo que pasó. Amnesia voluntaria transitando un macabro sueño. Tampoco recuerdan donde quedaron las

gobierno lo preocupaba. Había que restaurar la autoridad. Últimamente, hasta las voces que habían acompañado su vida, estaban cuestionando sus poderes y, más aún, lo estaban llevando a una condena progresiva que no toleraba.

Apolinario había decidido asumir nuevamente la conducción del gobierno y la represión. Piojo no cabía de felicidad; partió raudamente a transmitir el mensaje. Apolinario no permitiría en el futuro movilizaciones sociales y, menos aún, políticas en su contra.

— Bien, Apolinario, tus decisiones han vuelto a reavivar nuestra confianza. Deja que la gente siga envuelta en la piedad de las formas, en la espera del Mesías, en la ternura de un nacimiento que nunca llegará. Deja que piensen que los ángeles están sobrevolando sus cabezas o al retablo donde ese hijo de Dios ha sentado sus hue llas. Deja que se iluminen en las noches con las lánguidas luces de los candiles, tú, Apolinario, entras con las luces de las llamas, con el calor que te da nuestro señor desde esos oscuros rincones que ocupamos por seguir a Satanás. Lucha con los ojos abiertos, que nunca la piedad se apodere de ti -corean las voces, contentas por las nuevas acciones y la reacción de Apolinario.

*De la ley con tu espada / armas tus manos / Justicia sin piedad /
siega y destroza / Esos monstruos terribles / inhumanos / que amar-
gan a los altos soberanos / con el puñal que nuestro manto roza.*

AUGUSTO BARBIER

Sola ha quedado Malena desafiando esa anarquía de pinturas, acuarelas, pinceles y paletas. Decidió acomodar y limpiar, sabe que esto cubre un escaso tiempo de su angustia y abandono. En una noche de abril, en esos días serenos que van acumulando nubes negras de tormentas, está en su departamento en el último piso de un edificio viejo, abandonado a su suerte. Le gustaba a Jonás, porque en la terraza puede montar su atelier. El techo reforzado por chapas de zinc, gigantescas latas acanaladas que permiten el drenaje rápido, cuando la lluvia se estrella mansa sobre ellas. Una lluvia de gotas finas hace llorar los cristales de las ventanas que se alumbran en la noche con relámpagos encendidos en silencio, interrumpido por estampidas brutales del trueno. Una cama doble plaza con cabecera de madera lustrada permanece incólume al tiempo, cuelgan de sus bordes dos cascadas de tela cubriendo una entrada de luz. Un enorme tapiz cubre la pared ornamentada con espadas y filigranas doradas de antigüedades encontradas en calles del aburrimiento. Una mesa de roble cubierta con una

se meten en lagunas buscando su presa, escucha música de algunas casas abandonadas en una soledad permanente. De noche, todo el silencio. La oscuridad lo invade. El ruido de sus zapatos contra la arena y la piedra rompe la monotonía de una caminata interminable. Jonás camina solo. Está solo.

Veintinueve

“Lo importante es la memoria de los errores que nos permite no cometer los mismos siempre. El verdadero tesoro del hombre es el tesoro de sus errores, la larga experiencia vital decantada gota a gota en milenios. Por eso Nietzsche define al hombre superior como el ser de la más larga memoria”

José Ortega y Gasset

El joven del pincel mágico, de las formas, de los colores. El joven pintor transformando fantasías en realidades palpables. Maestro de ciencias y arte sin libros o escrituras. Alumno de su propia leyenda, arte, y armonía. Pinta paisajes de otoño en colores ocres. Mientras Malena, abandonada a su propio mundo, es castigada por el tiempo. Cientos de hojas secas abonan la tierra cubriéndola. Simulan una alfombra delicada. Emergen árboles solitarios con delgado tronco, agitándose furiosos por el viento. “Debo ofrecer rosas amarillas y rojas”, piensa Jonás mientras captura el momento. Siempre tuvo admiración por las majestuosas imágenes del otoño; sus colores intensos y los mensajes llevados en cada hoja al interior de su alma. Nadie puede quitarle el perfume que la envuelve. Tampoco su historia.

En la noche, luces fijas de candiles y velas gastadas consumidas en filamentos de cera escuchan historias de ese joven hecho hombre en los caminos de la vida. Caminos

de magnificencia. De intensidad, que no admite permuta entre llanuras y montañas. Horizontes con niebla opaca de amaneceres fríos. Las nubes protegen caseríos, invadidos por historia. Cañadones de piedra afilada esconden sonidos de aves, que cantan en las sombras del corte vertical de la piedra desnuda. Abajo; serpentea un lecho rebelde de agua fría del deshielo transformado en verano. El caudaloso y rugiente río cubierto de tempestuosa espuma enfurecida por intenso recorrido. Senderos de piedra cruzado por mulares y caballos de cascos calientes golpeando cientos de piedras en caminos de peregrinos. Caminos de peregrinos, peregrinos vagabundos. Caminan, escuchan clarinetes imaginarios. Música extraña. Quejidos milenarios patinando superficies lisas de rocas grises salpicadas de manchones verdes, en bosques de araucarias elevándose al cielo, tratando de sostener nubes quietas. Los peces buscan el anzuelo del niño con la caña de pescar que espera capturar el alimento en la profundidad de los remansos. Hombres y mujeres de pieles curtidas. Visitantes diarios de días soleados. El viento continuo castiga rostros. En esas tierras sedientas de agua, los arenales y el pedregullo, se mueven en búsqueda de reparo mientras los caminantes del trabajo, pasan y pasan. Una y otra vez por iguales senderos cavando las superficies del camino alisando un paisaje y buscando el final de plegarias solitarias en cuerpos cansados por trabajos de campo. Los cántaros porosos de barro guardan agua fresca para quienes atesoran sed en el trajín del día terminado. Jonás está finalizando su pintura del viejo poblador abandonado a su destino. Cierta vez lo dibujó cuando miraba el cielo llevando sus rasgos duros y audaces hacia un infinito con una barba blanca agitada por el viento. Ese rostro se confunde con historias secretas del lugar. Hombre nacido en piedra haciéndose viejo, junto a los árboles que hoy tienen ramas secas.

Jonás deja que el último color de sus óleos tenga el movimiento clásico del final, facilitado al girar el pincel en

Jonás busca su ropa, la introduce en el bolso de cuero y luego de trabar la puerta lo mejor que puede, sale caminando a buscar la verdad de tanta tristeza. Jonás se pregunta quién lo busca, por qué y qué razones tan graves habría para que dejaran bajo tierra a dos inocentes habitantes del desierto. La tristeza invade a Jonás. El camino de regreso a la ciudad es lento, busca refugios en las sombras. Trata de repasar nombres y direcciones de amigos que puedan ser solidarios y darle refugio. ¿Quién puede creer lo que ha pasado en la casa de Juan de Dios? Y para colmo de males, si se presenta en la policía o a la justicia, ¿quién le asegura que no tiene ya el pedido de captura?, y ¿qué margen le queda para seguir libre en pos de la verdad? Todo es confuso. Jonás camina toda la noche por la orilla del camino, escondiéndose cada vez que siente el ruido de un motor o ve luces lejanas sobre el camino asfaltado. Es una noche cerrada a la luz y a la razón.

Finalmente, en la madrugada, se deja caer en el interior de un latón de drenaje que le da cierta seguridad de no ser descubierto con la luz del día. Duerme sintiendo ruidos de tiros de metrallicas, metrallicas que no pueden arrancar los gritos de piedad. Piensa en Malena, su compañera que ha quedado en el departamento de aquel edificio derrumbado de la calle Las Flores. Malena, su compañera. La hermosa mujer que siempre está a su lado en las tumultuosas pesadillas. Despierta sobresaltado con la imagen tan nítida de Malena, como si los sueños la hubiesen traído a su lado. “¡Ah, mujer hermosa! ¡Cuánta ternura tienes escondida bajo tu pie! ¡Cuánta magia en tu silencio!”, piensa Jonás.

Malena, la mujer que tiene el corazón en el tiempo exacto de la vida, regresa a su memoria en la oscuridad de la noche, reviviendo amores y temores. Jonás se encamina a su departamento. Camina en las noches. Descansa en el día y bebe agua de acequias o lagunas y se alimenta con sobras de comida abandonada en orillas del camino. Escucha los pájaros. Escucha los ruidos de patos cuando

haber sido baleada; las astillas y agujeros así lo demuestran. Las paredes también están salpicadas de impactos dejadas por balas perdidas. Hay sangre en el suelo y en la pared. Sangre roja, como el rojo de la manta que cubre la cama. Sangre sin nombre; porque pertenece a cualquiera de los dos asesinados. Jonás va al patio trasero, abre la pequeña puerta de madera que custodia herramientas rurales y saca el pico y la pala. Desentierra los cuerpos. Los viste, los cubre con sábanas blancas y limpias y los sube al carro de madera del establo. Busca los arneses y trae el viejo caballo de tiro que pasta sin saber lo que pasa. Va Jonás con dos cadáveres al cementerio que está a unos cuatro kilómetros del pueblo. Va solo, con su carro y dos cadáveres cubiertos de blanco. A mitad de camino, alguien ve esa extraña marcha y se acerca como simple curioso. No tarda en adivinar que se trata de una solitaria marcha fúnebre. El curioso campesino corre espantado y lleva la novedad al pueblo que aún se mantiene dormido. Luego de clavar el filo del pico para iniciar la tumba de Encarnación, Jonás se ve rodeado de pobladores que miran absortos la escena y al muerto que espera turno para bajar a las raíces de la tierra. Cuatro hombres se ofrecen para ayudar a un Jonás impedido de hablar. Son ya cinco los que cavan la fosa. Cinco los que luego toman delicadamente los muertos bajándolos al fondo de la tumba, cubiertos con una sábana blanca junto a otros recuerdos. La tierra tapa la fosa entre rezos de mujeres que ahora acompañan a los hombres. Entierran dos cuerpos muertos de bala por el verde hombre rubicundo que da la orden de matar. Jonás coloca en cada tumba un pincel y deja parte de su arte enterrado junto a sus afectos. Luego regresa con el carro y el caballo por el mismo sendero que lo trajo.

Regresa el joven hecho hombre al rancho de Juan de Dios y allí, con restos de unos carbones secos, dibuja sobre paredes blancas perforadas de balas los rostros de Juan de Dios y Encarnación como homenaje a quien ha conocido y respetado hace ya muchos años. Finalmente

semicírculo. Finalmente incorpora imaginariamente al cuadro terminado la impactante cordillera. En ese momento. En ese lugar; alejado a doscientos metros, la casa de Juan de Dios. La llegada ostentosa de cinco vehículos militares. Verdes de color. Redondos de forma. Todos con acoplados. Lonetas duras cubren tablones que transportan sentados soldados armados con fusiles, apoyados sobre el piso a pesar de la tierra y el polvo. Soldados obedeciendo órdenes emanadas de un hombre redondo de cara y cuerpo. Rubicundo y desagradable; escupe odios y amenazas. Palabras e insultos. Desplaza rápidamente más de veinte soldados y cierra los caminos que confluyen a la casa de adobe. Se acerca a la puerta martillando su fusil y a la voz de un '¡ahora!', atropella la puerta dejando que la madera sostenida por delgadas bisagras caiga sin contemplación, a la vez que se escucha el primer grito de Encarnación, ante un Juan de Dios resignado a los acontecimientos inesperados. Juan de Dios mira sin expresión de asombro a los furiosos seres recién llegados.

—¿Dónde está Jonás? —pregunta enfurecido el hombre gordo y rubicundo.

Encarnación continúa gritando asustada, llora porque el temor y el miedo invaden su cuerpo semidesnudo. Juan de Dios responde con un seco:

—No lo sé.

Entran siete hombres vestidos de verde, como la loneta del camión; con fusiles, como los que traen los soldados del camión; con rostros idénticos a los pasajeros del camión. Dieron vuelta camas, placares y mesas. Rompieron las puertas del baño y también de las habitaciones. Su interior fue revisado descuidadamente rompiendo todo aquello que no tuviese una explicación firme para ellos. Los vidrios de las ventanas crujen, caen en mil pedazos. Jonás no está. Jonás no puede responder las preguntas del furioso gordo rubicundo, porque sencillamente no está. Toman entonces a Encarnación de los pelos; la suben violentamente sobre la mesa del comedor. Atan sus

manos y sus piernas. Desgarran sus ropas, dejan que su cuerpo tenso emerja obediente ante miradas de soldados vestidos de verde que asisten asombrados ante esa mujer sobre una mesa desnuda. El gordo rubicundo comenzó a preguntarle por Jonás, mientras acaricia los pechos rellenos de Encarnación. Encarnación llora confundida. Desespera. Juan de Dios lleva su mano a la cintura, busca el mango de su facón filoso. El gordo rubicundo mete la mano entre las piernas de Encarnación y a los gritos exige que le diga en donde está Jonás. Juan de Dios saca el filoso cuchillo. Se abalanza sobre el gordo rubicundo vestido de verde y alcanza a cruzarle el brazo izquierdo con un certero puntazo. Fue lo último que hizo Juan de Dios, porque en ese mismo lugar recibió la metralla de plomo de seis soldados, El rubicundo jefe vestido de verde, que sangraba su brazo, ríe al ver saltar el cuerpo de Juan de Dios, entre polvareda de balas, sangre y tierra. Encarnación fue acribillada por gritar; por llorar, por ser quien nunca dijo palabra alguna. Ambos cuerpos inanimados dejaron el rancho arrastrados por soldados obedientes, todos vestidos de verde. Sus cuerpos inertes y sumisos por estar ausentes de vida quebraban el silencio de esa habitación humilde entre olores a pólvora, polvo y sangre. Ambos fueron enterrados atrás del rancho en un foso común, donde quedaron también los cuerpos de sus dos perros perforados por ladrar. Quedaron tapados con tierra y piedra en el silencio de una negra oscuridad. Jonás a cincuenta metros de esa tragedia permanece paralizado detrás de una piedra lisa y tan grande como su miedo. Jonás queda así hasta el anochecer. Cuando la casa queda sola y el último vehículo militar se retira llevándose algunas pertenencias como botín de guerra. Recién entonces Jonás baja. Llega al rancho. Jonás está bajo el marco de la puerta vencida al lado derecho de su última pintura colgada en la pared oeste del comedor. Es un rostro viejo que mira el cielo con expresión triste y ausente. Ahora es él quién se mira a sí mismo reflejado por la cara de terror del viejo espejo despulido. El llanto

contenido y sus gritos silenciados de un auxilio que nunca supo como salir de ese cuerpo tan rico en arte pero sin preparación alguna para enfrentar lo que sus ojos han registrado: la muerte. Una muerte vestida de verde. Con armas cubiertas de polvo y tierra. Y un enorme hombre gordo, rubicundo que había matado a sus dos seres queridos dejándolos envueltos en una sucia sábana teñida de rojo en el mismo foso de sus dos perros. Jonás no puede caminar. Menos pensar y pintar. Jonás esta quieto. Su cuerpo rígido como piedra. Pudo llorar. Se desplomó en el piso, se revolcó de dolor y se enfureció consigo mismo por no haber hecho nada más que ver la muerte. Y lloró; porque ahora quiere llorar como si el llanto tuviese un solo momento para aparecer en la vida. Jonás ha quedado exhausto a lo largo de horas dedicadas solamente a pensar y duerme hasta el amanecer.

El rancho de Juan de Dios y Encarnación está definitivamente en la sombra. Jonás pasó una noche en blanco sin sueños mágicos, sin monstruos que lo asediaran, sin ángeles que siempre traían mensajes de las montañas. Jonás despertó pensando que todo había sido parte de sus fantasías, parte de sus ilusiones antes de pintar. Sin embargo, la tierra humedecida de sangre le anuncia que él, Jonás, el pintor de las montañas, se ha dormido en esa casa, la casa de Juan de Dios. Algo pasó y ese algo fue, casualmente, la muerte de Juan de Dios y Encarnación bajo una metralla cobarde por su forma, vengativa, inhumana. Jonás decide que debe desenterrar los cuerpos perforados de bala para darles cristiana sepultura. Sepultura en el cementerio del pueblo sin velorio, sin invitados. Sin parientes. Velados en soledad con esa muerte cobarde que ha llevado sueños eternos. Jonás quitó la puerta, la puerta del rancho de Juan de Dios que en realidad solo está apoyada contra el marco, porque las bisagras han saltado con la patada del rubicundo hombre verde cuando se introdujo sin autorización al interior de la casa preguntando a viva voz por él, por Jonás. La puerta cayó pesadamente. Muestra signos de

Ester lo esperaba con su vestido holgado de seda transparente, mientras apantallaba el sudor con sus abanicos floreados. Tenía una magia especial su mirada, estaba distinta, exultante, dispersa en el tiempo. Sus ojos emitían un brillo con mayor intensidad que de costumbre. Dibujaba una sonrisa tímida. Su cuerpo se perfilaba con toda su intensidad en las formas. La raíz de sus senos amenazaban con buscar el choque del deseo, y patinar sobre el torso de su amante. Era realmente bella, audaz, y misteriosa. Ella lo sabía y con eso especulaba, para que Apolinario permitiera que sus consejos se concretaran.

Ester dominaba cruelmente a su amante; también se burlaba de él. Había logrado que muchos de los colaboradores de Apolinario terminaran sus vidas, por haber insinuado dudas sobre su fidelidad en el marco de las intrigas palaciegas. Todos ellos quedaron atrapados en enormes sacos de redes que cautivaron los cuerpos en el fondo del lago. Ester sabía que su influencia se acrecentaba, en igual medida que las dudas y temores se iban apoderando de Apolinario.

— Más débil él, más fuerte ella -razonaba Ester.

Ese día, ella encontró a su pobre amante asustado, poseído de temblores; en ese encuentro hicieron el amor y consumieron drogas mezcladas con Bromptio y Escualeno, que solamente ella conseguía y administraba a voluntad, entre una espuria neblina con olores a gardenias.

Apolinario, meses antes de este encuentro, había estado con Amanda. Ella también le había anticipado, al igual que Alticia, sobre sus visiones, mientras encendía las velas para proteger al gobernante y lo rociaba con suero de larvas de gusanos de las raíces del guayabo, para que disolviera los sortilegios adheridos en su piel. Sin embargo, no las había escuchado.

— *¿Qué pasa, Apolinario, que estás flotando sin reacciones?, con tu cuerpo inmóvil, convertido en una tabla sin astillas en esa ciénaga de verdes algas. Tienes la*

escritos de Jonás. Cada hoja es repasada con detalle, buscan nombres y direcciones. Son concientes de la ideología de Jonás. También buscan armas y explosivos. Finalmente envuelven a Malena con una sábana, la llevan sin pudor al camión estacionado en la puerta del edificio. Vendan sus ojos, dejan su cuerpo desnudo listo para ser manoseado en el camino. Violaron su sexo una y otra vez dejando a Malena sin sensación de vida, convertida en un objeto. Un pedazo de carne sin sentidos. Malena tiene los ojos abiertos. Abiertos sin poder mirar porque están tapados por una venda oscura. Tampoco puede llorar ni humedecer sus párpados. Ha perdido sus lágrimas. Malena es una masa de carne insensible. La tela negra la separa del negro manto de la noche. La llevan a un encierro. Huele a campo, huele a árboles y bosta de vaca. Está segura Malena que se encuentra no muy lejos de la ciudad, pero más cerca de la muerte. Torturaron a Malena. La sumergieron en agua de cloaca; la estaquearon en el patio de cemento en noches de hielo; le tiraron hormigas y ratas negras y grises para que laman la sangre de sus heridas. Dejaron que las tijeras corten sus cabellos con mechones esparcidos en los retretes, orinaron su rostro hasta asfixiarla; martirizaron su carne y su alma; insultaron su vida y su historia. La picanearon. La violaron con objetos una y otra vez hasta que sangraron sus genitales, hasta que sangraron sus pechos, hasta que su cuerpo se transformó en una viva lla. Entonces denigraron su espíritu. Hicieron de ella una mujer sin voluntad. Malena pide morir. Todas las preguntas giran en torno a Jonás; sus escritos, armas y fabulaciones increíbles de organizaciones a las que presuntamente ellos pertenecen. Malena fue dejada en la habitación del fondo del campo de exterminio disimulado por uniformados como si fuese una granja modelo para jóvenes huérfanos. Allí cayó tirada como bolsa entre medio de piernas y cuerpos fríos, abandonados húmedos, desde donde brotaban voces de dolor, piedad y consuelo. Amoldó su cuerpo a huecos espontáneos que

encuentra entre esas anatomías anónimas para lograr un descanso rodeada de esa eterna oscuridad que nunca más la abandonará. Una montaña de cuerpos grises sin sombras, desnudas, heridas, manchadas con sangre de hermanos; sus amigos invisibles. Juzgados por verdugos que decidieron quién, cuál y cómo seguirían el camino de la tortura hasta quebrarlos; hasta que pidan perdón por hechos que nunca cometieron. Exigen que delaten amigos y parientes que nunca frecuentaron; hasta quebrar su resistencia en un suelo de excrementos donde el honor perdido deja intacta solo la dignidad. Supo Malena entonces que todo su cuerpo envejece de tanto dolor. De tanto maltrato. Toca su rostro que duele. Parece un pergamino de gritos adheridos, es una piel áspera con tierra pegoteada convirtiéndola en un cadáver viviente. Supo Malena dibujarse sin ojos en esa muestra de horror. Todo lo que toca a su alrededor huele a carne podrida. Olores de vivos y muertos juntos, pegoteados sin poder diferenciar nombres o caras, sin poder dar una palabra de aliento a quien ya está llegando a las orillas de la muerte. Malena supo de ese horror. De las tinieblas que nunca había soñado, ni aún cuando trataba de atrapar en el aire los sueños y las pesadillas de Jonás. No sabe Malena cuántas noches y días estuvo amontonada. Sí supo Malena que ese día vinieron cuatro uniformados para arrancarla de esa parva de cuerpos y restos humanos. No se queja. Se deja arrastrar y llevar por pasillos húmedos, hacia una puerta que supuestamente da al exterior porque el aire entra puro, fresco; envolviendo esos cuerpos que han estado sumergidos en vapores de carne deshecha. Los suben al cajón de un camión, el mismo camión que la trajo, solo que ahora no hay uniformados que aprovechen sus manos para maltratar su cuerpo. Su cuerpo está ausente. Es una sombra de su belleza anterior, un descarte lamentable de su vida. Arrancó el camión. Y en un viaje tranquilo, lleva esos cuerpos silenciosos hasta un lugar donde las hélices de un avión están en marcha esperando pasajeros al

Llegó hasta la entrada misma del viejo callejón, custodiado de paredones saturados de graffitis. Estas veces todas estaban dedicados contra su persona. Se sintió agraviado, pero feliz de saber que sólo dejaba esos espacios para el reclamo. De cualquier manera, tampoco debía permitirlo.

Estaba decidido a dar la orden “Demoler los paredones donde figurara su nombre”. Y en ese lugar vacío de insultos, entronizar su escultura. Debería ser más cuidadoso en adelante. Nadie le había informado de esta nueva forma de repudio, menos aún de poderosos agravios. Mandaría a confeccionar cientos de carteles con su foto. Y otros cientos de panfletos donde sus palabras escritas, dirigidas al pueblo, quedarían claramente grabadas como una sentencia a quien se atreviera a violar sus reglas.

Sus dos brujas le habían advertido y predijeron: “Vemos en los cerebros del pueblo nubes negras que tapan la luz del día. Se escuchan voces enardecidas, agresivas contra el poder. No podemos distinguir los rostros de quienes deambulan en las calles, pero sí, su impulso”. Pero ese día, Apolinario las había castigado. Sin embargo, hoy les da la razón. Recordaba su orden: “maten a las brujas”. Ahora, Apolinario se estremecía por el error.

— *¡Ay, Apolinario!, estás envuelto en la incertidumbre, esa túnica impermeable está rodeando tu cuerpo y ocultando tu rostro. ¿No ves a tus enemigos rondando tus espacios?, ¿los ves, Apolinario? Son ellos los que tapan la luz, ellos también los que traen la sombra a tus pensamientos y mueven tu tierra para que sientas cómo tiembla el suelo que pisas. Cuídate de aquel que tiene esa túnica roja que cubre su rostro. No entregues tu futuro, hasta que los infiernos liberen sus cautivos que concurrirán a ayudarte en tu lucha -corean las voces.*

Es ese momento reapareció Ester, con el saludo habitual cargado de ironía y hasta de burla, que nunca supo Apolinario hasta dónde era verdadero o falso.

— Hola, mi amor despreciable, aquí está la mujer de los sueños -dijo alegremente, riéndose de su presentación.

la llegada de sus víctimas atadas a una eternidad desconocida.

Se escucha un réquiem, entonces, desde un coro de voces, se aproxima una sinfonía lejana. Un lamento angustiado, lacerante, sin rostro, sin nombre. Flota en el espacio que los rodea y los circunda en medio de un silencio contagioso, que vence esa enorme fuerza represiva encima de miserias andrajosas de los pueblos sometidos. Todo les fue quitado, están vacíos. Una predicción se viene cumpliendo; ahora les quieren retener también los sueños, como si se tratase de una disección prolija de un bisturí, que busca los secretos bajo la piel, bajo la sospecha que pudieran quedar libres.

Apolinario ríe; pero también teme. Había sometido a su pueblo a un verdadero acoso que comenzaba a manifestar sus primeras reacciones de resistencia. Cadenas invisibles de humillantes vejaciones han llegado al fondo de una tolerancia aletargada, por costumbre sin poder manifestarse aún, en el hartazgo de la rutina.

Lo supo el día que decidió visitar a Ester en su propia casa, disfrazado de poblador anónimo. Lejos estaba del Espartaco y del imponente guerrero.

— *No debes temer, Apolinario. Un día que no puedes recordar, cruzaste tus juramentos con tus hermanos. Estabas contra esa columna griega que te sustentaba tu espalda, elevabas tus brazos llevando el cáliz de sangre, recibías las manos de tus seguidores que apretaban la tuya para que no se te escapara el futuro. Hubo ese día una sola voz, un solo juramento, un solo hombre a quien le entregamos el poder de realizar sus sueños. Eras Tú, Apolinario -corean las voces enérgicamente.*

Esperó la noche que derrumba sombras; colocó almohadas en su cintura, vistió su cuerpo con una túnica blanca, sucia y arrugada. Ajustó un par de anteojos negros en sus orejas, ladeó su sombrero y, así, transitaron las calles habitadas de harapientos mendigos. Nadie lo reconocía. Él tampoco. Hacía mucho tiempo que no salía; no por temor, sí por desprecio.

infierno con bodegas completas de seres humanos o casi humanos. Arranca el avión. Levanta un vuelo rápido. Hay una puerta vacía que deja entrar el ruido de motores y el zumbido del aire colado entre ese hueco y el pasaje amontonado. Asciende el avión. Vuela el avión. Viaja el avión con pilotos felices de cumplir otra rutina, llevar carne a los mares, a tiburones y peces; a los misterios del mar que nunca permanece quieto. En un momento dado los mismos brazos de tenazas que la treparon a la caja del camión, levantan cuerpos suplicantes de vida en un juego macabro tomándolos de pies y tobillos y, hamacando su humanidad putrefacta, los tiran uno a uno, despidiéndolos con risas, con burlas, dejan que viajen por las nubes como una carga abandonada al incierto vacío. Malena supo fugazmente lo que sintió cuando la enviaron a la nada. Al silencio absoluto de las nubes. A flotar sin saber volar ni ver donde caía. Solo flota con velocidad, como un pájaro herido sin defensa alguna. Cae herida de muerte. Malena sigue su viaje para estrellarse en el mar frío con el estallido que su cuerpo no resiste y comienza a morir lentamente, flotando primero y luego, entrando más tarde en profundidades del agua salada, que quema sus heridas. Se ahogó. Litros de agua entraron sin resistencia por su boca. Malena se alejó del mundo entregada a ese universo gigantesco de mar y vio por última vez, lo que había sido alguna vez su rostro perfecto. Esa mirada dulce y serena con su boca sensual que solía adornar con colores que a Jonás le agradaba. Se vio con su cuello cincelado, cilíndrico, suave, hermoso, asentado sobre hombros delicados donde el cabello juguetea. Observó también las manos delgadas, finas y suaves. No sabe Malena que hay una extraña música para acompañarla en la profundidad del mar, hasta que su figura se fue. Desapareció su mente. Su cuerpo se perdió salpicado de espumas blancas.

Deja Malena su mundo. Entra en otro universo de paz, descanso, amor y recuerdos, donde Jonás siempre le

decía: “¡Ve Malena por los colores; ve Malena por esa magia que aún no eres capaz de comprender!” Jonás tiene razón. Malena se sintió feliz aún cuando los restos de su cuerpo fueron encontrados meses después en arenas de una costa cualquiera. Hinchada. Azul. Violeta. Mordida por peces hambrientos y animales que solo el mar permite vivir. Malena está en paz.

Treinta y tres

“Ayer, cuando vi salir la luna, me pareció que iba a salir un sol: tan abultada y preñada yacía en el horizonte. Pero mentía.”

Nietzsche

De aquel pueblo alegre, exultante de armonía, liberado de los estigmas trágicos de la historia, como ha representado Brueghel en su pintura (la danza de los campesinos), donde podía apreciarse la aparición del triunfo de la muerte, cuando galopaba el esqueleto disoluto del fantasma en un corcel sin rumbo, trotando entre víctimas sin voces.

Cuando los hombres dejan que los buitres despedacen sus cuerpos, han sido vencidos. Han caído sus almas en el precipicio del tiempo, y no se han dado cuenta que la inmortalidad sólo existe en el perfume de las azaleas. No supieron encontrar los límites equinocciales, menos aún sus propias fronteras.

Observaba cómo los brazos que vivieron flagelando las espaldas de los esclavos, se levantan sosteniendo los trofeos de una libertad postergada. Esos puños cerrados son los que muestran la fragilidad del mármol. También, los que luego se abran para dejar que las hábiles manos anuden las sogas de las horcas, que esperan silenciosas

“Si tú sigues tu estrella, has de llegar hasta el glorioso puerto, si es que recuerdo aún la vida bella, y si tan pronto yo no hubiera muerto”

Canto XV Dante Alighieri

Pobre Apolinario. Vive en una fantasía que lo impulsa a rincones de la desesperación cotidiana. Está sentado en el sillón de los sueños. El respaldo puede más que su cabeza. Lo supera en más de diez centímetros, dejando un vacío extraño a su lado. Es una imagen ridículamente pequeña perdida entre el tapiz y la madera lustrada. Sus pies no llegan al suelo, asientan en una banqueta especialmente preparada. En esa banqueta guarda Apolinario, en un pequeño cajón, las cenizas de sus más férreos enemigos, y un cristal pulido de siete caras rodeado de ágatas multicolores, remedando un anillo galáctico. Completan siete estalactitas intactas de ópalo, que sus brujas entregaron alguna vez al inicio del mandato con seis piedras de ónix azules, que servirían para generar energía desde las plantas de ambos pies y, subiendo por las piernas en descanso obligado, hasta sus manos, apoyadas en las rodillas. Desde ese lugar llegarían hasta su alma.

Todos los días durante media hora, antes de que el sol cayera sobre el horizonte, debían reproducir la escena.

Apolinario tiene la mirada triste. Curtida en la soledad que se agudiza y lo envuelve.

Su voluntad está relajada, vencida por desprenderse de sus brujas que tanto lo acompañaron. Dolido porque no olvidaba que, en el momento de necesitarlas, pidieron la cabeza de su amada Ester. Habían ofendido su dignidad, estaba furioso, pero ansioso de que ambas cabezas fueran colocadas en el congelador de enemigos, ubicado en la habitación de los suplicios.

Escucha su música preferida: óperas; es la voz de Beniamino Gigli, quien interpreta obras de Verdi, como Un Baile de Máscaras o Rigoletto, o uno de Puccini con Madame Butterfly, que estremecía su cuerpo hasta el paroxismo.

Recuerda que en los ritos satánicos de su niñez, el fondo musical estaba lleno de voces con tenores y sopranos. Piensa, mirando por su ventana, en su gobierno; en su poder absoluto, en sus sueños, en sus odios. Piensa en su soledad, en su terrible temor a la pérdida de ese castillo edificado en base a cadáveres y robos.

Tiembla Apolinario mientras ve caminar a un anciano encorvado (por los años) por esa amplia calle de adoquines lustrados. Lleva un bolso tapado de miseria. Las suelas de sus zapatos perforados de tanto caminar en búsqueda de su destino. ¿Es una ilusión?, se pregunta. No alcanza a ver sus ojos, pero presume que tienen los cristales opacos, nublados, inquietos por recuperar lo perdido. Observa el saco zurcido, raído, sucio; manchado de grasas perdidas en alguna borrachera. Los codos están transparentes. Su cabeza, blanca de edad, tiene la sombra de un sombrero aludo negro, con hilachas sueltas, desprendidas por el viento.

— ¡Ése soy yo! -dijo Apolinario, asustado.

Balbuocéó desesperado mientras sus ojos se cubrían de transparentes lágrimas.

día. Ya no tiene pesadillas; las vive. Tampoco encuentra sus pinceles preferidos. Jonás está entregado a un abandono alcoholizado.

¡Jonás, despierta, Jonás! ¡Vuelve a ese mundo de colores y música y canciones y mujeres hermosas! ¡A ese mundo lleno de vida y risas y placeres y aire! ¡Deja que las cosas más simples habiten nuevamente en tu alma sufrida y golpeada. ¡Vuelve Jonás! Nunca será tarde. Esperaste mucho tiempo; ahora es el tiempo quien te espera!

Jonás escribió en sus últimos momentos de lucidez una carta. Después de ella, transitará por un mundo irreal; donde le espera un destino incierto:

¡Ustedes, soñadores del mundo!, gestores de felicidad, procuradores del amor, lancen sus poemas al viento, gritando el nombre de ella en los cañadones; en las montañas, en los lagos, para que un eco, el eco de su nombre mantenga el recuerdo lamiendo todas las laderas de las montañas como si fuese la piel de su cadera, quitándole miel a su boca. ¡Soñadores del mundo!, cuiden a Malena. Soplen al cielo para que mueva sus nubes y griten al mundo su historia. Soplen también el horizonte para mover mares con fuerza de ciclones y soplen la tierra para que los volcanes rujan y estas palabras escritas en nubes viajeras, lejanas, se transformen en tormentas de letras de un recuerdo que caerá, cubriendo el vacío.

que la caracteriza; fue ella la que se acercó tomando con sus manos la camisa de Jonás arrugada de tantos años. Suavemente, la retiró. Jonás deja que así ocurra. Queda el cuerpo de Jonás desnudo, atento e inmóvil. Ella toma los hombros rudos de Jonás, los acaricia y apoya su boca, dejando caer racimos de besos que penetran su piel. Jonás toma las manos de Malena; las lleva al corazón mismo de sus latidos, se da vuelta buscando los labios encendidos de Malena que estallan al deseo. Jonás le quita su ropa. Puede dejar que toda la piel de Malena brille ante sus ojos y deja que su cuerpo busque la moldura en las formas de Malena, para complementar recuerdos y olvidos. Lleva a Malena hacia el lecho. Sus cuerpos se encuentran después de ese largo tiempo que nadie se atreve a medir. Están allí, perdidos, igual que ese amor que pudo encontrar el éxtasis y el placer; el fuego y los recuerdos. El punto exacto del amor. Juegos de caricias. Estrellas de viajes imaginarios al placer. Cuerpos contorsionándose; sudando, resbalando, uno sobre otro y dejando que los poros busquen la memoria. Un éxtasis que no acaba nunca de finalizar. No hay límite al reencuentro. Malena dejó que sus ojos se llenaran de lágrimas. Jonás las bebe. Busca encontrar el sentimiento que aflora. Busca Jonás el cuerpo de ella. Jonás toma a Malena, la posee. La hace suya. Es él quien habita ahora su intimidad y frescura. Es él quien ha incursionado dentro mismo de su alma. Jonás deja que Malena guíe su encanto. Ambos están fusionados, herméticamente juntos. Han encontrado el punto de inicio y también el final. Nada les es ajeno, no hay horas o minutos. El tiempo es interminable. Gozan de ese amor intenso e inmenso.

Jonás dejó su arte luego de que ella murió estallada en el mar; flota como en sus sueños en aguas saladas y frías que la trajeron a la costa ese día que nadie esperaba. El lienzo de Malena se llevó la historia completa. Jonás logró finalmente despedir su pasado. Jonás camina sin destino por cualquier lado. Busca sus sueños, día tras

— ¡Ése soy yo! -repetía, mientras se levanta para contemplar el final del caminante que, trabajosamente, se perdía en la curva de la calle adoquinada. Llamaba a los gritos a sus colaboradores, llamaba a Lulú, quien acudió en forma inmediata.

— ¡Ve y trae ese hombre que seré! -ordenó-. ¡Ve y trae mi futuro, para verlo ya! -gritaba Apolinario y estallaba en cólera. Se desesperaba de pensar que ese hombre curvado fuera él.

— ¡Ve, imbécil reptil! -gritaba desencajado, mientras Lulú corría por el pasillo.

— ¡Imbéciles, inútiles, quiero las cabezas de mis brujas! Necesito nutrirme de venganzas -afirmó Apolinario. Apolinario explotaba, y las energías de sus piedras escondidas estaban dando resultado. Era él, nuevamente, quien recuperaba el poder y sus fuerzas.

— ¡Gloria a Belcebú! -gritaba por la ventana para que lo escuchase nadie, porque la calle estaba vacía. Ha desaparecido también su futuro.

Mira sus brazos desnudos y cree ver aletas espinadas que llegan hasta su espalda, donde nacen alas que se expanden, que crecen, que llenan esa habitación fría, que se mueven, reptando en las paredes, con sombras demoníacas. Se ve a sí mismo con la mutación en su cabeza, donde brotan hojas carnosas, deformes, gigantes; mientras sus labios se estiran, dejando caer espumas verdosas y pastosas. Imagina Apolinario que en su cuerpo crecen nuevas piernas, delgadas, ágiles y filosas, que lo convierten en un nuevo tetrápodo repulsivo. Entonces es feliz.

Es Apolinario Del Manchón. Aun sin sus brujas, que ya descansan como trofeos, logrando alimentar su sadismo.

sombras y maquinarias frías. Jonás ha logrado representar esos sueños.

Llegó Jonás a su departamento, abrió la puerta y encontró destruido todo lo que pudo ser algo íntimo para él; todo en el suelo y roto. Los sillones tajados, heridos de muerte con trazo preciso de cirujano. Las almohadas descuartizadas al igual que los colchones. Nada quedó en su lugar. Hay pequeñas manchas de sangre en la alfombra. Nada ha quedado de su biblioteca artesanal. Nada de sus anotaciones o cuadernos de proclamas o reflexiones. Todo ha sido misteriosamente saqueado. Pero peor aún, Malena ha desaparecido. No hay una nota en la mesa; tampoco un mensaje. Nada. Solo silencio y desorden. Sus pinturas han sido también tajadas, heridas con filosos cuchillos asesinos de imágenes, como en sueños recientes. Por primera vez, Jonás siente miedo y piensa que Malena ha sido asesinada. Jonás cae inconsciente al piso de la habitación. Nada tiene ahora Jonás. Ha perdido sus afectos, sus pinturas y sus sueños. Ha perdido su compañera. Jonás está tendido sin consuelo; sin lucidez; sin poder pensar nada. Sin estar. Media hora después se recupera creyendo que todo ha sido otro sueño que lo atormenta, pero la habitación y el desorden siguen presente. Malena no esta. Su angustia crece. Sabe que la ha perdido. No imagina que ella navega en el océano y que tampoco podrá aparecer antes que él se vaya. Tomó un pincel y, en un lienzo blanco, dibujó de memoria el rostro de Malena, tal cual como la encontraron después. Dibujó también a sus captores, mientras maltrataban su cuerpo al preguntar con ferocidad: “¿Sabe en dónde está Jonás..., Jonás el pintor?”

Jonás alucina. Percibe una luz. Es Malena que avanza en medio de un cielo inmenso y azul hasta llegar a su habitación con el cuerpo intacto; con sus ojos siempre cálidos y sus manos haciendo gestos de fragantes caricias. Malena baja a su primer encuentro con Jonás, que espera sentado en el borde de su cama revuelta. Jonás espera que ella baje lentamente con ese movimiento felino

que algunos poderosos acumulan monedas de oro robadas. Las bolsas robadas viajan custodiadas por uniformados condecorados con medallas de batallas ausentes. Allí fue donde Jonás hace nacer al rebelde con un fusil en su mano y municiones cruzadas protegiendo un corazón. Una pintura revolucionaria. El alma del guerrero cubre el sol ardiente en los desiertos. Crece en tono naranja. Y el otro protagonista se cuida del cuchillo artero que siempre espera la noche para caer en la traición paga. Dicen que los sueños leen el futuro y que allí, en esas tierras de calaveras tumbadas sobre libros de tapas de cuero nace una civilización ilustrada; una revolución que Jonás intuye está prohibida. Serán testigos hombres de caretas negras representando fases desconocidas del traidor. Nadie se conmueve, salvo Jonás que ignora consecuencias. Y si el hombre o la bestia despierta, tumbarán la cruz y descansará a sus pies. Jonás ahora, duerme.

Sueña Jonás con columnas de mármol; cabezas del Buda sagrado y las esculturas profanas de los tiempos del hacha, donde esta se encarga con su filo de disecar cada elemento, cada astilla, cada piedra que cruza con rabia al rebelde. Sin embargo, en la pintura aparece Jonás como un hombre de acero encima del corcel pisando cuerpos y transformando sus músculos en engranajes perfectos de máquinas sanguinarias. Dará círculos para perderse en el tiempo. Sin una frontera clara, pinta su rostro de guerra con un finísimo pincel blanco, para que resalte la frente y sus órbitas, mientras caen a su lado monedas al fuego, para transformarse en pilar de metales indestructibles, que construyen edificios y ciudades, defensas y muros. Las máquinas han comenzado a olvidar al hombre, y eso, critica Jonás en sus encendidas intervenciones. "Ustedes dependerán de cada polea para girar una cremallera. Miles de estas, harán ejemplares perfectos de metal, porcelana, plástico, madera, o piedras trabajadas que bloquearan la sabia invención de las manos." Jonás sabe de estas nuevas formas de producción, y en su camino imaginario, va dejando atrás,

"Dulces son las lágrimas para los que sufren infortunios y las endechas fúnebres para quien tiene penas"

EURÍPIDES

El aglomerado de piedras rocosas con arena volcánica, semeja un sendero orientado directamente hacia una mina de oro abandonada. Es fuente de múltiples leyendas. La galería lustrada de minerales brillantes incrustadas en paredes está iluminada por candiles de aceite, eternos habitantes generadores de luz tenue, que llevan a Jonás, al interior de la montaña; a las entrañas mismas de una profundidad silenciosa y expectante. En esa oscuridad, existe una mansa y cristalina laguna subterránea. Enorme espejo de agua, absolutamente helada por estar acostumbrada a las sombras. Espera sin aliento una visita. En la orilla, Jonás acomoda sus pertenencias. Quita su calzado, se introduce en el agua, lava su cara después de tomar agua fresca. Reconfortado, sale y tiende una manta de viaje marrón para descansar de una larga caminata. Jonás aceleró sus movimientos sintiendo el cansancio de sus piernas. Desea estar cerca de la ciudad para encontrar a Malena. Acomoda su cabeza en un borde de tierra suelta y se sumerge en una curiosa

reflexión, donde él; Jonás el pintor, escribe por última vez. Usa una pluma vieja para amalgamar con ella las palabras más bellas que generó durante su viaje. Escribe en una cartulina blanca de suave textura que extrajo de su mochila. La cartulina es el único testigo en esa paz subterránea. Así comenzó con letras de tinta roja:

Voy a escribir con palabras ajenas. Sin embargo son mías. Me pertenecen. Fueron escritas con el corazón para una mujer lejana que se quedó en esa ciudad a la cual voy presuroso sin saber qué tiempo tengo para llegar.

Jonás tiene una confesión inconclusa, una confesión oculta, postergada, que navega en el tiempo sin darse cuenta. Lo invade su historia. Recuerda que Malena preguntaba siempre si ha tomado alguna vez miel caliente. Como si el amor de esos años que pasaron juntos no hubiese sido suficiente. Fueron tiempos de fantasías, ilusiones, sueños. Tiempos que encontraron en ella la belleza y calidez de su cuerpo. Una tibieza inocente de amor. Palabras simples despojadas de pudor que permitieron revelar secretos del corazón. Letras punzantes, generosas habitando su alma. Malena tenía un cuerpo cincelado con escoplo de delicado filo llevándola de niña a mujer. Fue cuando Jonás logra incorporarla mágicamente a su propia fantasía; a su propia sangre y deja que ella forme parte de ese inmenso recuerdo. Sabía Jonás que en esas tardes de ardiente verano, encontraron juntos cielos rojos y húmedos compartidos sin perfumes artificiales. Ese tiempo pertenece a su propia poesía. Confesiones capaces de sostener que el goce del deseo gobierna toda razón, porque cuando el diálogo se transforma en silencio la vida se paraliza, mientras el atardecer respira antes de morir. En la noche el viento calma para tener descanso. Jonás despierta. Permite que el papel que ha escrito después de su partida caiga a sus pies. Ignoraba Jonás el destino trágico de Malena. No sabe Jonás que su llegada será el inicio de su propia tragedia.

Jonás ignora su futuro. Puede Jonás leer historias de luchas mientras reposa en un tablón del escenario y acaricia con sus guantes blancos las tapas de libros que cuentan sacrificios y penurias de miles de hombres y mujeres que se quedaron en silencio. Pero no perdona Jonás al asesino que clavó su espada a un cuerpo y le quitó la vida.

La Cruz y la Espada cruzadas durante siglos, como las dos armas más temibles para la humanidad. De esa barbarie Jonás conserva dibujos que funden la cruz y la espada como un signo trágico. Jonás enrolla telas, las guarda para siempre. Piensa Jonás que primero matan hasta la muerte misma, luego son bendecidos y comulgan. Más tarde, cobijan y educan a los hijos huérfanos robados, en sus propias fuerzas. Sentencian también al osado que abre su boca para pronunciar palabras de lucha y a quienes escriben una letra de protesta. El Asesino de Malena es así. Las sentencias la impone el poder. Esas figuras vestidas de verde emergen orgullosas del poder mismo, se desprenden de la tierra, pisan y clavan sus dagas en carnes frescas de la desnuda víctima. Demonios y fantasmas recorriendo noches entre sombras caprichosas transformándolas en incandescentes animales vestidos de humanos. Hombres mutados en bestias deformes. Ojos, orejas, manos y músculos firmes destinados a matar. Mientras imagina mujeres mansas convertidas en mariposas, asentándose a orillas de caminos o volando cerca de pétalos saturados de olores y fragancias. Reaparece el hombre poderoso de las pesadillas violentas, bárbaro, lleno de furia incontenible. Amenaza a los puños jóvenes que lo desafían. Los brazos se elevan, desoyendo gritos de agonías y convierten sus dedos en filosas púas de marfil cargadas de veneno de serpientes buscando una víctima que no encuentran. En esa oportunidad sueña que viaja la cruz y la espada al compás de un corcel brioso, fuerte, orgulloso con sus arneses de plata colgando bozales y cruces aceradas cargadas en hombros anónimos con caretas brillantes. Avanzan descubriendo

mirada ausente, fija en una zona gris de tu vida y has buscado ese reducto aislado del silencio para evitar enfrentar los desafíos que no tardarán en llegar -corean las voces.

Ester llamó a su noble criada negra. Le ordenó que preparara la pócima de drogas para relajar a su señor. También ordenó que dejara su ropa y regresara desnuda para participar de la ceremonia que ella había prometido a su amante. Le daría el placer que otorga una geisha. Estaba decidida a que Apolinario reaccionara nuevamente.

— Estás confuso, Apolinario, temeroso porque has perdido los pilares del poder -dijo Ester-. Y sé también que te arrepientes de haber matado a tus brujas, especialmente Alticia; yo te daré lo que ellas nunca te dieron, verás, Apolinario, con mi sierva negra haremos para ti un altar de amor. Déjate hacer, Apolinario, abandona esas nostalgias, entrégate al placer que te daremos ambas tal como siempre lo has deseado -imploró.

Apolinario dejó sus ridículas almohadas y fue tirando lentamente sus atuendos a los costados de la enorme cama. El temblor crecía; el alcohol ya no producía el efecto deseado. Temblaba sin razón. No podía controlarlo, necesitaba el brebaje que Ester ofrecía. También necesitaba de ella y de su cierva negra de alma y piel. Bebió de un trago el vaso lleno de líquido preparado por la sierva. Se recostó en la cama sin ropas y cerró los ojos mientras se invadía de una placentera pantalla de visiones y sensaciones. Miró a las dos mujeres, negra y blanca, esperando el permiso obligado para entrar en su mundo. Con sus manos tomó a una y otra, notando que volvían a tener la serenidad y poder de antes.

— Vengan mis mujeres; y tú, Ester, te colocas el antifaz de piel de víbora, eres eso. Tú, mi sierva negra, lame mis heridas de mi cuerpo con tu lengua caliente -ordenó.

Apolinario sacó de su bolso un delicado pincel y dos frascos de pintura roja y violeta. Esperó que ambas mujeres estuviesen acostadas, serenas y relajadas, y comenzó a

pintarlas con trazos finos primero; rodeó de rojo los pezones, luego relleno sus puntas erectas. Pasó delicadamente entre los senos dos rayas paralelas de ambos colores, unió su ombligo con una hermosa rosa roja, cuyo tallo llegaba echando raíces en los pubis inquietos de ambas amantes; sacó con cuidado dos tiras de pintura muy delgadas por sus ingles hasta la cintura, donde terminó su obra con un pequeño moño justo a los lados de sus caderas. Dejó que se secaran, y luego les ordenó colocarse boca abajo para desenfrenar su arte en los glúteos amelonados, firmes y sensuales.

Estaba excitado, Apolinario. Más lo estaban ellas en aquel rito improvisado. Luego dejó que comenzaran sus bailes encima de su cuerpo, mezclando los colores de la piel; mezclando las bocas, las lenguas y las manos. Los deseos crecieron en cascadas. Apolinario estaba cautivo en ese mundo del placer que lo enloquecía, y dejó también que sus temores y miedos abandonaran su pensamiento torturado.

Bebió Apolinario otra poción preparada por Ester; bebió con sus labios pálidos y dejó su cuerpo magnánimo suspendido en un estado hipnótico. Podía jurar que ese recipiente era una gigante geoda cuyo contenido lo llevaba a los altares de Eros. Hasta podía verse incrustado, dibujado, coloreado, personificado inmortal: en el centro del Guernica.

Soñaba que Ester, que ha bebido la pócima de la boca de su amante hasta cortar la respiración, está inundado de licores de deseos. Tiene en sus manos la espada que cortó la cabeza de la negra, imitando a Judith que mantiene la cabeza de Holofernes. Mira Apolinario los altares, esculca los detalles de los bronce y encuentra los faisanes que despliegan sus enormes plumas multicolores pletóricos de formas, compitiendo con la belleza misma. Reposa el guerrero sin armadura; desnudo y pródigo, que no puede negar su propio esperpento.

— He logrado fundirlas en una sola mujer, las he poseído. Me pertenecen —pensó Apolinario.

Van por ellos; van por sus cabezas impávidas, pálidas, frías, que nunca podrán tener sus verónicas. Tampoco tendrían el futuro. Estarán suspendidas hasta que el silencio de la tormenta caiga sobre sus cuerpos pendulantes, ahora azules y abandonados. Se inquietan ellos: los metralletas, los piojos, los lulús. Vacilan los bigotes, las focas, temen los poderosos que ya no encuentran lugar, ni refugio. Trepidan todos en esos salones donde impartieron injusticias; donde las lágrimas de quienes acudían a buscar el refugio de sus miserias, eran rechazadas como los leprosos separados de los pueblos, en las cuevas olvidadas de las montañas.

Tiritan pensando que en pocas horas más enfrentarán a miles de encapuchados anónimos, cuyas manos estarán adelantadas a sus gargantas, y que luego llevarán las sogas anudadas como premio a su protervia. Avanzan. Cantan. Gritan. Amenazan. Pero sobre todo avanzan. Es inexorable su llegada. También temida.

Allí están, derrumbando los portones abandonados por los guardias. Aparecen en los pasillos gritando sus nombres, marchan los ejércitos sin plomos, avanzan los miles de hombres y mujeres que los llevarán intactos hasta las plazas; luego serán testigos de sus muertes en el silencio de la admiración por justicia lograda, sabiendo que ya no habrá ángeles para recuperar sus almas. Estarán los demonios esperando descuartizar sus almas, para llevar lo que puedan a sus infiernos.

sus escudos inmortales. Tiemblan, se estremecen, tocan sus gargantas desnudas, frías y sudorosas. Ven su final colgados todos ellos en la plaza central, en la plaza de los homenajes forzados. Ven pendular sus cuerpos como un reloj sin tiempo, hasta que la sogas secciona sus integridades y caigan al piso olvidado, donde el festín de los canes devora sus historias.

Tiemblan de pensar que ya nadie los protege, que sus escoltas corrieron atrás de las hordas rebeldes buscando alquilar sus fuerzas. Tiemblan de pensar cómo les colocarían las sogas y cómo serían arrastrados hasta llegar a los postes preparados para recibir sus pesos. Desbordan de terror, se orinan, permitiendo que las confluencias del líquido perdido genere un espejo mágico donde sus figuras invertidas se reflejan con los ojos del espanto. Un final como éste jamás pudo haberse presentado. Avanza el pueblo encolerizado.

No pudieron ni alcanzaron las vallas, las alambradas, los guardias, los perros asesinos, para frenar esta multitud subida a los carros de la victoria. Arrasaron con todo, convirtieron en olvido y cenizas las propiedades que ostentaron durante tanto tiempo sus verdugos. Ahora van por sus cabezas; no les importan sus fortunas (ya habrá tiempo para recuperarlas). Les interesa el final ejemplar; el cuello de quienes abusaron de su pasividad, su humildad, su paciencia. Es cuando se apoderan de ellos la irracionalidad, las broncas contenidas, las frustraciones y los odios, porque comprobaron que la impunidad se combate con los cuellos cerrados para siempre.

Cae la lluvia como deseando lavar los cuerpos calientes de tanta protesta, de tanto enojo. Están cercando el Palacio; están cercando la banda de funcionarios odiados y temidos, ahora encerrados en su propio pánico. Avanzan con el martilleo de los bombos, los tambores y los palos que tratan de mantener el ritmo impuesto de las broncas.

— Sin denuncias, sin pedidos de justicia vamos por sus cuellos-, cantan los manifestantes.

Estaba exhausto, pero no vencido. Cruzó los brazos sobre el pecho, dejando su cabeza inmóvil en la almohada mientras miraba el techo liso, que se transformaba en una pantalla gigante. Aparecieron cientos de escritorios con luces mortecinas, dejando ver las cabezas de miles de hombres y mujeres, que tomaban apuntes de su exordio y discurso. De los árboles se descolgaban letras que producían cientos de máquinas de escribir apoyándose en cada rama, en cada tronco, en cada descanso de los árboles, y tableteaban mensajes que sólo Apolinario interpretaba. Todos aplaudían; y pedían que les explicara los misterios de la vida y la naturaleza. Él habla sin parar, farfullando sin equívocos, sobre política, historia, arte, geografía, con infinita sabiduría.

— ¡Aplauden, todos aplauden, Apolinario!, aplauden tu sabiduría -cree escuchar a sus voces.

Gritan su agradecimiento en ese marco de esplendor, y se da cuenta que de sus ojos brotan lágrimas transparentes, tibias, que se deslizan por idénticos caminos repasando su piel. Sabe que no son lágrimas de dolor. Tampoco de alegría. Son cristales líquidos de reconocimiento a su saber. Reconocimiento a su propia emoción. Es su epopeya, su triunfo, su encuentro deseado. Es también el rechazo a la mentira de su muerte, de su debilidad, de su caída, es la protección de sus brujas que, desde el más allá, no permiten que lo entreguen a los sepulcros de los Médicis, porque no hay aún hombre o mujer que puedan recostarse en su entrada para burlarse de su historia.

— Ya buscará Apolinario el esbirro que ejecute sentencias, también sus venganzas -se dijo.

Mientras llega ese día, Apolinario goza de sus visiones. Nadie exhumará sus temores, menos aún sus complejos.

Al día siguiente, la noticia se desparramó entre los miembros del gabinete. Metralleta había conseguido el dato justo. En pocas horas más, el mensaje subterráneo de los pobres será: manifestar ante el palacio de

gobierno pidiendo reflotar derechos perdidos y reclamar soluciones por hambre y desempleo. A las seis de la tarde, la concentración, desde distintos puntos de la ciudad, llegaría al centro para terminar en un gran acto de masas que está dispuesta a pedir justicia.

Llevarán pancartas y banderas, protestando contra todo el gobierno. Seguramente, destrozarán todo lo que encuentren a su paso; hay datos ciertos de que incendiarán edificios públicos y producirán escape de agua y gas de todas las cañerías de la ciudad.

— Dicen -termina el informante-, que buscarán a los funcionarios para ahorcarlos.

— ¿Cómo para ahorcarlos? -se inquietaron todos.

— Así como lo escuchan; no habrá más denuncias, tampoco presentaciones judiciales. Desde mañana, habrán pasado a esta nueva etapa: ahorcar los corruptos en todo el país; colgarán a todos en las madrugadas. Las plazas públicas tendrán como adornos las horcas de los corruptos -terminó el informante, sudoroso.

— ¡Pero eso está contra la Ley! -dijo Inocencio, temblando.

— También es contrario a la ley los negociados, los crímenes y el robo organizado nuestro; sin embargo, debemos reconocer que eso no impidió nada. Es más, nos motivó -afirmó Benigno.

— ¡Esperen! -intervino Apolinario-. ¿Este método está relacionado con organizaciones o partidos? -preguntó mirando a Metralleta, que temblaba e insinuaba orina en su pantalón.

— No hemos detectado organización alguna, creo que si se da como él dice, estamos ante la presencia de una forma nueva, donde será difícil detectar a los responsables -afirma Metralleta.

Lulú, el esteta vestido de fucsia, y Metralleta, el que le falta respeto a la vida, esperaban en el salón de ceremonias, rodeados de cuadros ovalados con marcos de algarrobo encerado, que sostenían en su interior fotos de gobernantes pasados. Todos serios, todos muertos, silen-

“Se oyeron gritos en la sala del lado, luego se hizo el silencio, si alguien lloraba lo hacía bajito. El llanto no atravesaba las paredes.”

J. Saramago

Los confraternos no tienen temor, sino terror. Sus rostros son el reflejo más claro al igual que el avance de los romeros en la saturnalia de Goya, donde la sombra domina esa multitud que se reconoce entre la alegría y el espanto. Ahora, ese cielo plumizo, esa cruel tormenta a punto de estallar, es la que acompaña las hordas con amenazantes y trágicos cánticos. Vaticinando los vientos que moverán los cuerpos colgados de las sogas, en las horcas de las plazas. Truena el cielo, lo cruzan los relámpagos. El filo de las espadas de los rayos aparecen sin anuncio, cortando la noche en una lección luminosa. Retumban los ecos y cae la lluvia prometida, reviviendo las esperanzas de quienes marchan buscando justicia. Han quedado las mansiones solas, abandonadas al pánico. Horas más y estarán destruidas, humeantes transpirando cenizas, mientras los gritos de la victoria asoman en los ojos de quienes hoy marchan desafiantes y decididos.

La arrogancia de Inocencio, la crueldad de Ángelo, la frialdad de Aurelino, la temeridad de Metralleta, o la estupidez de Piojo, estaban licuadas en un solo espacio: la soledad temible de quienes han sido abandonados por

ciosos testigos de la barbarie. La mayoría de ellos pertenece a la historia.

Estaban citados en el salón todos sus colaboradores que, presurosos, acudieron para escuchar el informe de los encargados en mantener el orden ciudadano.

— Tenían miedo, mucho miedo -comentaba, Ester.

Los informantes llevaron toda la documentación que detalladamente desnudaban los movimientos de la protesta. Nombres de sus líderes, tenor de los carteles, armas caseras de protesta, palos, hondas, pinturas para dejar la impronta de la marcha en las paredes, y letra de cánticos contrarios al gobierno.

— Presagian las exequias del régimen -pensaron algunos visionarios.

Apolinario escuchó atentamente. El diálogo entre ellos estaba siempre supeditado al primer razonamiento del gobernante. A partir de allí, recién podían sugerir estrategias a seguir. No antes. Y tomó una definición clara:

— Desbaraten el intento, desármenlo -ordenó Apolinario.

Fue su primer pensamiento en voz alta, remedando las estrategias de Escipión, sugerido como orden, y fue más osado al sostener que deberían actuar con suma violencia, sin contemplación alguna y sin tener en cuenta que los escudos de la protesta estarían formados con mujeres y niños.

— Quien detenga el avance de mis fuerzas, recibirá el castigo de muerte -sentenció.

Piojo Negro trató de explicar que estas manifestaciones no tenían dirigentes, todo había surgido en forma espontánea. Sus filmaciones de espionaje social, algo en lo cual estaba ya especializado, habían demostrado que a pesar de mantener los dirigentes de la oposición sometidos a la disciplina gubernamental, las acciones de los nuevos dirigentes sociales estaban rompiendo el cerco impuesto luego de cinco años de poder.

— Balas de plomo -sugirió Apolinario, golpeando la mesa furiosamente.

— Balas, Plomos, Balas. Lo que he construido no puede ser sometido a la voluntad de una población inepta -terminó Apolinario, lleno de furia.

Llamó a su asistente para ordenarle la urgente convocatoria de sus tropas. Dispuso que sus funcionarios diagramaran la represión utilizando todos los organismos de seguridad que el estado tenía, y ordenó la infiltración de sus informantes, igual que los parásitos habitan al cadáver del hombre, y también incorporar a la marcha grupos entrenados para generar violencia.

— Debe ser asumido como una lección contundente y definitiva, coloquen unas cincuenta personas contratadas para destruir vidrieras, saquear e incendiar negocios o bancos. Hay que producir el efecto social del rechazo -afirmó Apolinario.

Definió que, de ahora en más, los funcionarios judiciales estarían presentes para ordenar en forma inmediata los castigos correspondientes, sin juicio previo.

— ¡Tortura, cárcel y muerte! Todo legitimado -sentenció Apolinario, rojo de cólera.

Ordenó que su palabra fuera transmitida por cadena radial y televisiva durante todo el día y que en los intervalos saturasen con su imagen o la de sus familiares directos, para dejar claro su total voluntad de mantenerse en el poder en forma perpetua.

Dispuso preparar un mega encuentro con partidarios y ciudadanos pagados para el aplauso y la obsecuencia. Ordenó pagar a nivel internacional todos los spot, denunciando las acciones de terroristas que pretendían derrocarlo. Llamó a sus dirigentes de la estructura partidaria, para lanzar a la calle su propaganda. Casa por casa, entregando a cada uno dinero para comprar voluntades y adhesiones.

— Utilicen el fondo reservado para estas emergencias, no reparen en tomar medidas drásticas. Utilicen gases y balas de plomo. Los heridos y muertos deben ser eliminados. Nada debe quedar registrado. Los responsables de la represión identificados en tales actos deben ser

Había llantos que acompañaban las amenazas, y también alegrías. Eran los contrastes, como la riqueza con la pobreza; la debilidad con la fortaleza; las risas con las lágrimas que se fusionaban en el camino a la victoria. Abundaban también los palos empuñados por jóvenes, dispuestos a dejar claro que a partir de ese día los espacios en la vida se lo ganan por la fuerza. Cansados de mendigar, estaban dispuestos a morir por quienes han perdido su dignidad y su vida acompañando la lucha por el honor perdido. El “Basta” había invadido a todos, y supieron que durante mucho tiempo habían sido sus propios verdugos. Estaban dispuestos a cambiar. Por primera vez una conciencia colectiva amalgamaba los sueños de libertad.

ban un responso, dejando que la muerte retozara en quienes habían sido sus verdugos.

— *La epopeya de un pueblo cansado, hastiado y dispuesto más que a reclamar justicia, dispuesto a ejercerla. ¡Estás perdiendo el control, Apolinario!* -cantaban las voces.

Epopeya que, de haber sido romana, seguramente sería relatada por la pluma de Virgilio, imitando la Eneida, aplaudida por Augusto. Hoy, son los enemigos de Apolinario quienes iban a escribirla, y sus pintores, artistas del color quienes dejarían las formas de su derrota en su túmulo, imitando las pinturas etruscas que se burlan en el panteón del Leopardo.

Petardos, bombas de estruendo, palos, golpeaban las persianas y cristales por donde pasaba el pulpo revolucionario, que crecía. Nubes de humo tóxico, paralizante, emetizante, lanzado desde los escudos abotinados que martillaban sus escopetas y fusiles nerviosamente. Son los soldados que imitaban los aceros prusianos, las espadas romanas del gladiador, quienes estaban en fila juntando sus escudos, semejando la muralla china de Che Huang ti.

— *¿Cuántas murallas se van a necesitar para oponerse a esa marea humana que se viene en búsqueda de la Bastilla?* -preguntan las voces a coro.

— *¡Eh!, Apolinario, ¿dónde estaban tus poderes y tus aliados omnipotentes?* -continúan.

— *No acudas a las nostalgias, Apolinario, has despreciado y vejado a quienes te protegíamos de este final que hoy vives angustiado e impotente* -acusan las voces.

Quienes caían heridos, doloridos por los impactos del plomo que desangraban su cuerpo, se levantaban ayudados por la dignidad. Quienes ya no podían hacerlo, se arrodillaban y juntando sus manos miraban al cielo oscuro de tormentas, clamando al todopoderoso que no los condenara al fracaso.

enviados temporalmente a otros lugares donde no sean reconocidos. Una vez finalizado el operativo, hay que darles cobertura a nuestros valientes -finalizó Apolinario.

En pocas horas, el aparato represivo estaba montado. Apolinario se retiró a su despacho para establecer el contacto con sus pares.

— *Llega la hora, Apolinario, en que debes mostrar tus fuerzas. No dudes, no tiembles cuando debas reprimir la desvergüenza de la rebelión. No deben existir fuerzas opositoras a tu régimen. Estamos atentas, Apolinario. Mirando tus acciones, nutriendo tus fuerzas* -corean las voces.

El despacho de Apolinario se había transformado en un espectacular escenario de magia negra. La lluvia caía generosa en los techos y lloraba en los cristales de las ventanas. Todo en medio de la oscuridad. Velas de distintos colores encendidas y montadas en candelabros de plata, tallados en fina artesanía, mantenían el ambiente en una penumbra fresca; humos de colores, flotaban y se mezclaban en el techo; animales desangrados, gargantas abiertas y plumas, prendidas en cada foto de opositores reconocidos. Apolinario entró, y fue delicadamente tratado con emulsiones y aceites que cubrieron su cuerpo para protegerlo.

Abrieron las cajas de hielo seco, donde mantenían las cabezas de sus enemigos muertos. Los huesos envueltos en papel madera fueron descubiertos y dejados a la intemperie, mientras rezaban en rituales y danzas sinietras. Las flores de plástico rociadas de gasolina las encienden encima del escritorio lateral; Ester y la Negra trazaban caprichosas cruces invertidas en las telas preparadas para esas eventualidades.

Tres toros de mármol posaban simulando los celtibéricos de Guisando en la mesa anexa, saturada de raíces secas y hongos custodiando celosamente el vicio, mientras el agua de lluvia protestaban su prisión en las gárgolas.

Apolinario sentía que sus experiencias satánicas anteriores estaban dando resultado, y aspiraba ese ambien-

te enrarecido, encontrando en ese instante los olores putrefactos de los cadáveres expuestos: su energía acumulada. Recordaba el anciano de la lápida, cuando cerraba sus ojos y se disponía a contactar con cuanto demonio se presentase. Convulsionaba, acompañado de los cantos de sus brujas ausentes en trance, y dejó que su cuerpo estirado en su escritorio de trabajo se acomodara a la rígida tabla de madera. Tomó con sus manos los bordes laterales y lanzó las maldiciones que le dictaban sus odios, y se entregó ahora a la magia y los misterios. Estaba seguro de entrar por la puerta grande del templo de Poseidón.

zos crispados elevados al cielo, y también a la tierra, se multiplicaron. Los gritos retumbaban en las paredes de los edificios, calles, ventanas, portones de mansiones temerosas, reforzadas por láminas de acero. Hasta las palomas de las plazas, acostumbradas a dar el paso rápido para que no las pisaran cuando buscaban alimentos, se sumaban a la protesta acompañando las enormes columnas de gente que, caminando, cantando y mordiendo sus miserias, se conjugaban en una comunión solidaria.

— ¡El infortunio los unía, sus despojos los fortalecen! - pensó Apolinario.

¿Quién podía explicar al decadente y depresivo Apolinario lo que estaba sucediendo? Y, peor aún, lo que iba a pasar horas después.

¿Quién se atrevía a llevar la información, explicando que se estaban quebrantando las bases mismas del poder? Nadie se ofrecía. Temían todos las reacciones de Apolinario, y también dudaban por sus propias seguridades.

— Las sombras de las horcas ondulaban en la imaginación de todos los cobardes aristócratas, hoy despojados de sus fortunas y, por ende, de su poder -pensó Apolinario, apenado.

Negras nubes, cargadas de agua, rayos y truenos, asomaban amenazantes al poniente. Las figuras de miles de hombres y mujeres perdían la nitidez del contorno, transformándose, cada columna, en poderosos brazos justicieros que, sumados a las fuerzas de sus cuerpos, potenciaban el avance irremediable, inquebrantable e insolente. Todos reptaban atraídos por el Palacio. Los tentáculos sumaban masas de gente en columnas cada vez más compactas en búsqueda de los pérfidos. Los cánticos iniciales permitieron, más tarde, la sumatoria de poesías revolucionarias, mientras los bailes anunciaban las ceremonias de la venganza, que florecían en las columnas impacientes. Contorsiones misteriosas simula-

bir en esos surcos: su frustración. La ropa raída, arrugada, contrastaba con la superficie lisa, plana, de color punzó, que tapizaba el sillón, tan codiciado ayer. Hoy, tan desolado.

Más que reflexiones, Apolinario apostaba al desencanto. Se apagaba el refulgente Régimen con el regocijo de sus enemigos. El quetzal abandonaba a su amo, abriendo sus alas, y huyendo de un final anunciado. Va desapareciendo, cruzando la sabara cálida, para mezclarse luego entre las nubes que quiebran su figura, hasta desaparecer por completo en un espacio sin límites, infinito.

Los sahumeros de Otago perfumaban el ambiente viciado de recuerdos, de épocas de esplendor. Apolinario aparentaba ser un desecho revejecido. El tiempo le había caído encima, como su gran derrota. Había encontrado su propio Waterloo.

— *¿Cuándo los gnomos buscaron los misterios, abriendo las tinieblas para anunciar el fin de las sombras? -preguntan las voces.*

No importaba que el paisaje fuera la maraña de una selva, o el asfalto de una ciudad, porque hoy, en la calle, en las aldeas y ciudades, la gente comenzaba a romper sus ligaduras. Empezaban a liberarse el mismo día que cumplía siete años en el poder. Dejaban que sus voces calladas antes por la represión, brotaran con gritos ensordecedores de protesta. No reclamaban uno o dos o cien necesidades. Eran miles de oprimidos que emergían mágicamente, desde las sombras. Aquellas almas postergadas, burladas, defraudadas y excluidas, hoy se manifestaban. Como si fuesen explosiones, reventando la corteza de la tierra, en búsqueda de ansiadas libertades adormecidas, de tanta sumisión.

Procesiones de pobres; hambrientos, desocupados, ascendían lentamente los podios de la rebelión. Buscando una luz, una esperanza. Buscaban, en realidad, lo que habían perdido. Más oscuridad no podía existir. Tampoco mayor miseria que su presente. Voces enérgicas y bra-

“La paloma está llena de papeles caídos. Su pecho está manchado por gomas y semanas por secantes más blancos que un cadáver y tintas asustadas de su color siniestro.”

Neruda

Los pueblos despiertan su furia ante las injusticias. A pesar y con el pesar de unos pocos privilegiados. Es una explosión sorpresiva y se manifiesta de distintas formas. Habíamos visto cómo un pueblo estaba sometido al silencio. Castigados a una esclavitud y al servilismo más cruel. Una vida miserable. Pero la continuidad de la humillación diaria había roto ese equilibrio invisible. A partir de ese punto de inflexión, Apolinario sospechó que su poder estaba en peligro. Lo intuyó.

— ¿Qué puedes hacer, Apolinario? -se preguntó mirando al vacío.

— ¡Ah!, si pudiese encontrar al menos las huellas del pasado -pensó.

— ¿Qué me ha pasado?, he perdido el control social, no ha sido suficiente utilizar todo el peso de la represión, la delación, la cárcel, el silencio obligado; vuelven a surgir reclamos, no me dan tregua y han quitado mi paz -razonaba en voz alta ante el fiel Atos, que miraba.

— *¡Ríen, Apolinario, se ríen de ti!, de tu poder debilitado. Están en tus espaldas esperando tu caída, esperando*

que muestres un solo día de debilidad para robarte el poder. Cubren sus rostros para que no sepas quiénes van a traicionarte, quiénes clavarán el cuchillo artero y acertarán sus golpes en tu espalda vencida. Quieren verte con tu nuevo rostro; en el lamento solitario, en la expresión del horror, en el grito de socorro que nadie escuchará, y buscarán en tus ojos abiertos las lágrimas que les sacaste. Toda esa vida negra de futuro que entregaste con crueldad. Caminan esas calles que cerraste a la vida, deambulando; conspirando; trazando planes siniestros que buscan quitarte para siempre de sus existencias -condenan las voces a un Apolinario desconcertado.

— ¡Ah... voces malditas, voces invisibles que hoy me torturan! También ustedes me abandonan, o están conspirado para vencerme, para quebrar mi voluntad, pero no lograrán sus cometidos -gritaba Apolinario a las voces, tapando sus oídos con las manos.

— *¡Sobreviven cansados, Apolinario!, cansados que todos quienes te rodean miren ese pueblo y se burlen de sus miserias, paseándose impunemente con la majestuosidad de sus fortunas mal habidas y los bienes que alguna vez les pertenecieron y de que los han despojado; mientras ellos, ese pueblo sufrido, sentía su estómago vacío, frío, suplicante de alimento que has negado -completan las voces en coro.*

— *¡Escucha, tiembla, Apolinario!, porque estás cerca de un final, aunque no quieras escucharnos -coreaban las voces redoblando sus letanías.*

— *Porque tu orgullo, Apolinario, te alejó de quienes te has burlado, siguiendo los ejemplos de tu propia perversidad -reflexionan las voces cansadas.*

“La muerte de Sila profundizó las diferencias entre César y Pompeyo, la dictadura se desmoronó. Huyó Pompeyo derrotado por César justo en la Farsalia, y el César reinó a fuego cuatro años más de su mandato original. Sin embargo, los imperios siguieron cayendo demostrando su decadencia antes y después del César”...

lee Apolinario la cita en el papel abandonado sobre la mesa por Maclovio.

Tantas habían sido las sentencias y castigos, que Apolinario fue quedando solo. Fenecía su régimen; agonizaba su popularidad, se despedazaban sus sueños como las oriónidas que navegan en los espacios perdidos, buscando su origen. Estaba suspendido con hebras de esparto, como las oropéndolas que duermen a la eternidad. Tenía sus días envueltos en dudas; las profecías se cumplían a pesar del sacrificio de sus sibilas por caprichos de los celos. De aquel pugnaz guerrero quedaba sólo la historia contada de su poder. El plebiscito de su pueblo era una realidad probada y cierta. Estaba solo, como las columnas que sostienen la ruina milenaria del templo de Zeus, donde piedras trabajadas con horas de vida de sus artesanos, se olvidaron de sus refugios naturales para ser entregadas a las inclemencias del tiempo; que sin contemplación, azotaron con vientos y agua la furia que el llanto del cielo entregó. Sin embargo, Apolinario era renuente a reconocer alguna debilidad, tampoco pensaba en el ostracismo que lo amenazaba atormentando sus noches de vigilia.

— *¡Mira en que te has convertido, Apolinario!, languidece tu poder. Has convertido en hilachas tu futuro, has defraudado nuestros sueños -reflexionan las voces.*

Del sátrapa presuntuoso, codicioso, ostentoso, inmortal; quedaba sólo la imagen de un hombre pusilánime, vencido, triste de alma, abandonado a sí mismo. Descreído de su aureola de poder en declive. Había sospechado Apolinario que su omnipotencia se fragmentaría, como los sépalos de las flores.

Sentado en el viejo sillón de mando, en esa nave ostentosa de soberbia, iba quedando desarmado ante el abandono. Su cabellera desaliñada, grasosa, desigual, sin forma; la barba crecida, salpicada de algunos manchones blancos que dejaba el tiempo, reafirmaba sus rasgos marcados como si las horas de la derrota pudiesen escri-

en el espacio esquivando las bombas mortales del progreso.

Me dices que rezan las vírgenes del pecado entre las columnas ajadas del Partenón iluminado... Y allí... quedo yo, desnuda de recuerdos abandonada sin consuelo, porque no tengo en realidad, a quién reclamar el afecto que has perdido con tus locuras interminables. Cuando regreses; no estaré esperándote; mi vida ha sido oscurecida por la duda, el deseo y la tentación, pero estoy segura que después de esta carta nada será igual, porque nuestro amor ha sido maltratado para siempre.

Un amor herido es un amor perdido Jonás; a pesar de esto no te guardo rencor; vivo solo un dolor, que no has podido nunca pintar.

Tuya para siempre y lejos.

Malena.

De aquel Jonás que pintaba atrapado por sus visiones fantasmales quedaba un hombre manso y vencido, agobiado por su pasado en un regreso sin triunfos. La carta recibida lo había quebrado. El abandono era su temor permanente y recién ahora, cuando visualizaba que perdía lo que no había sabido conservar en años, decidió rescatar del abismo, la mujer que amaba. Empezó un largo camino a la ciudad en aquella noche tormentosa. Los truenos y relámpagos presagiaban tempestades. Su cuerpo trémulo por la falta de alcohol; los pasos tímidos de equilibrio, le permitían a Jonás avanzar con lentitud. Era un hombre abatido y execrado.

En la medianoche, cuando Jonás llegaba a su departamento exhausto, confundido y envuelto aún en el vaho degradante de la bebida que no dejaba de producirle arcadas y náuseas. Abrió la puerta con temor. Avanzó desconfiado y tembloroso y encontró destruido todo aquello que pudo ser en su cercana relación con Malena algo íntimo. Lo invadió el temor, se detuvo observando sorprendido los muebles fragmentados, sillones violentados con trazos de un bisturí filoso de cirujano; almohadas

Treinta y seis

“A los personajes de mi novela: Saben ellos que estoy contentísimo con su desempeño, pero ruegan que esto lo diga antes de la novela y no espere a su conclusión.”

Macedonio Fernández

— ¿Dónde está Ester, Apolinario? ¿Dónde está esa mujer que te ha llevado a tu desgracia? ¿Qué ha sido de ella, Apolinario, ahora que te encuentras abandonado y en esa soledad que anunciábamos por tus caprichos y debilidades? Has visto esas multitudes haciendo justicia por mano propia. Ahora ves los cuerpos balanceándose en los mástiles de las horcas. Cuando tus brujas anunciaban tu ocaso, preferiste los placeres de la carne. Abandonaste tu propio futuro -corean las voces.

Son las ocho sinfonías de Schubert las que acompañan a Ester refugiada en su casa, al lado de los burdeles cerrados y desolados. Esa noche, entre truenos y relámpagos donde Selene reina, es testigo de la primera rebelión por justicia de los pueblos enfurecidos. Era el contraste entre el arte y la violencia. La paz y la guerra. Ester se buscaba a sí misma.

Ester, al igual que Betsabé de Rembrandt, está en el baño esperando que las esencias y fragancias de sus sahumeros empañen el cristal que refleja su belleza desnuda. Sabe Ester que Apolinario está acabado. Sabe que no hay un solo resquicio que le permita un escape.

Está convencida de su destino, fortuna y un final. Los relámpagos iluminan el baño mientras el cristal del espejo empañado borra su figura anunciando su partida. Los vapores permiten que aspire un aire tibio, cálido, húmedo. Parece una de las tres gracias de Rubens, encendida esporádicamente por los relámpagos. Ester no le teme a los truenos, los espera, los desea porque estre- mecen su cuerpo. Se quiere viva.

Se quita Ester la papalina y cae su cabello en libertad sobre sus hombros. Toma el toallón, seca sus lágrimas y relea la carta de Apolinario adornada, rodeada de una orla de flores que por primera vez la conmueve hasta descubrir el sufrimiento.

“Mi desgraciada mujer:

Cuando leas esta carta ya estaré gozando de una solaz paz eterna. Una población sediciosa habrá derrumbado mis sueños, por lo tanto no se justifica mi presencia en los palacios del poder. Aquel poder que construimos juntos y que hoy ha desaparecido; al igual que mi gente de confianza. Todos me han abandonado, como a Rómulo/Remo, por casualidad resguardada y amamantada por una loba. A mí, nadie me protegerá. Es más, pienso que seré el Pancho Villa de mi país cuando sea asesinado. Recuerda que Villa, en realidad, se llamaba Doroteo Arango, aun así, Plutarco Elías Calles dio la orden “maten a Villa”; Plutarco mató un hombre con dos nombres, Villa y Arango.

Al menos yo seguiré siendo: Apolinario Reyes Del Manchón; un hombre con un solo nombre, y también el elegido; pero también: el condenado.

Seguramente mis ex colaboradores estarán en sus últimas horas de vida. Eso me alegra porque me duele más la traición que mis heridas sangrantes.

Ellos me juraron lealtad, y así los bendije dándoles poder y también grandes fortunas. Los elegí cuidadosamente pero me doy cuenta, tarde, que me equivoqué.

Mi lejano y querido Pintor:

\Esas sombras que capturan el frío de esa habitación transformada en una caverna, no alcanzan a cubrir las imágenes despegadas en paredes brillantes y lustrosas de minerales desconocidos mezclados en tus óleos que cobran vida y te miran, a ti Jonás con un rictus de espanto. ¿Una cara?, ¿dos?, ¿tres?... Miles de Jonás acuden a tu memoria delirante y enfermiza por el alcohol con que has tratado de quitar tus pesares. Avanzan. Sí, llegan a ti sonrientes, burlonas, crueles; para verte, para gozar tu dolor y tu desconcierto. Y ¿tú, Jonás?: sentado, perplejo, mirando el vacío como si fueses un estúpido perdido y abandonado. ¡Das lástima Jonás! No, no te asombres de ver tu propio rostro con la boca desencajada, con los ojos abiertos como dos damascos inyectados de primavera, surcados de lagañas pegajosas. ¡Mira tu piel!, le salen escamas naranjas con pústulas que confluyen arbitrariamente para transformarte en esa melaza que tanto temes. ¿Qué quieres hacer con esa gente fantasmal que flota en la caverna? ¿Quieres ahogarla en esa laguna fría, en ese manchón subterráneo donde flotan plantas verdosas, invadidas de hongos que se mueren sobre baba roja, salpicada de sapos, ranas y otros reptiles deformes con siete patas y tres ojos que escupen insectos cuando dejan de nadar sobre tu cuerpo. ¡Jonás!...avanzas derrumbando barreras invisibles de un espacio reservado para los artistas del pincel. Has sido sometido a un desafío y decides ingresar, como un Júpiter enloquecido luchando contra los gigantes que caerán vencidos ante ti y que ahora ostentas con las veleidades del poder. Termina tu pintura de la cabra danzando ante la mirada de leprosos que sostienen sus carnes muertas, iluminados por una luna transparente y pinta todo tu cuerpo con manchas y figuras rellenas de colores fuertes; y con pájaros y mariposas, tu rostro y tus pómulos. Salpica con tus pies los óleos que se elevan acompañando la música dirigida por un arlequín que flota

por el hechizo y la realidad. No sabía Jonás a quién debía su inspiración, pero era consciente que su obra, aún en ese vaho procaz de excitantes químicos, eran liberados para siempre de su propia conciencia. Muchas veces se veía lejano entre riscos desnudos, fríos, que recortaban el horizonte con trazos finos, incólumes, rodeados de playas abandonadas a crustáceos sin vida, mientras pasaban inocentes gaviotas flotando en cielos naranjas manchadas de nubes blancas. El color carne lo subyugaba en su insania, mientras su propio desenfreno desconocía el tiempo. Pasaban días y semanas ausentes de su casa envuelto en trances que se hacían cada vez más dañinas llevándolo al abandono. Sin duda alguna había cruzado el umbral sin respetar el peligro.

Los días se mezclaban ignorando calendarios. Lejos de él, en noches eternas de espera. Malena; su compañera de siempre, perdía su amor desangrado por una larga paciencia fracasada. Había acompañado al artista por años, entregándole su cuerpo y su alma a ese hombre cada vez más lejano a su propia vida. Ese día decidió escribirle una última carta pensando que el despido o la distancia podrían restaurar su vida atormentada. Su amor no podía soportar más el desborde de fantasías que la dañaban. Pensaba que la distancia debilitaba el amor y que también mitigaba el dolor terminando siempre por borrar imágenes queridas. Quitarse a Jonás de su vida era su desafío y también su tormento.

Ella percibía que parte de su vida acompañándolo se había transformado en una pesadilla interminable, donde el arte, había sepultado la racionalidad, haciendo del amor definitivamente una realidad enfermiza. Sollozando por su acto innoble, pero segura que su camino no admitía más dilaciones, tomó la pluma con sus manos temblorosas. Un dolor quebró su corazón y supo que una mitad del suyo estaba muerto. Comenzó a escribir sintiendo una placentera resignación que le permitió recuperar su propia autoestima.

Yo los había seleccionado por sus deslealtades, por eso me han entregado. Seguramente habrá un Plutarco con una orden cercana. Mi infortunio comenzó cuando tuve que hacer matar a mis dos brujas culpa tuya, ¿escuchas? Por tu culpa, Alticia y Amanda ya no están. Ellas me hubiesen protegido, ¡ah!, los errores. Los pagaré caro.

En realidad, esta carta es para decirte que nunca te he querido; que sé de tus andanzas por los prostíbulos, aun cuando te colmé de riqueza. Sé de tu safismo y también de tus exageradas ambiciones, por lo tanto puedes sumergirte en una cloaca. Tu cloaca.

Yo buscaré una caverna para vivir muriendo, al igual que Quirón, el centauro de Pelión.

Ojala te castigue en vida y sufras eternamente, no podría enviarte un ósculo.

Te maldigo para siempre.

Nunca tuyo,

Apolinario Reyes Del Manchón”

Ester dejó la carta mientras secaba sus lágrimas con el antifaz negro de sus andanzas, curiosamente testigo de los placeres y también ahora de sus fracasos. Piensa en la majestuosidad de los salones del palacio de gobierno; recuerda el ingreso triunfal de su estrella inapelable e implacable cuando abrían las puertas para que ella: la mujer de Apolinario, dividiera la multitud en dos, abriendo un camino entre obsecuentes que destilaban sonrisas obligadas a su paso y ofrecían voluntades serpenteando los mosaicos del mármol blanco. Pasa Ester del triunfo magistral al ocaso del moribundo abandonado en su desgracia; sólo podía acudir a las figuras fantasmales de los recuerdos. Supo Ester cubrirse con “la piel del león” de Erasmo para entender que el final es obra de cada uno; así también, de su propia soledad.

“Mas esas llamas lanzan no luz sino tinieblas visibles”

Fernando Pessoa

Esas dos imágenes vivas y anhelantes, estaban siendo incorporadas al lienzo, en una desesperación que Jonás interpretaba como la repuesta del hombre al placer, al pecado absoluto, a la belleza y su obscena concepción del arte. Jonás mantenía la rigidez de sus brazos y también la sensación plena de una excitación creciente, que obligadamente requería los servicios de dos prostitutas, convertidas en modelos pagadas para posar su impudicia, desafiando a un pintor animal, que retozaba oculto en sus entrañas alcoholizadas. Una y otra vez, babeando sus palabras, descargando sus fluidos en las intimidades oscuras de sus modelos, postergando pinceladas en el lienzo que consideraba perpetuo. Hacía su trabajo con furia desconocida, declamando a gritos que las obras de arte nacen de la pasión rayando una vesania temprana, que fluía sin voluntad.

Su pintura desconcertaba, añadiendo figuras de inspiración diabólica con personajes nacidos de su perversa imaginación. Cuando lograba la simbiosis exacta de sus creaciones, caía sollozando su genialidad en un idioma inconexo bajo sombras imaginarias quebradas con una ventana de luz que descargaba sus rayos en la imagen sorprendida del hombre pintor. Genio o bestia, atrapado

Ellas; esparcidas en posturas provocadoras y libidinosas, festejaban recostadas sobre un sillón su desparpajo. Fundidas entre sí por las cercanías de sus pieles húmedas y besándose sus bocas rojas de carmín, mascullaban palabras entregadas a la impudicia con risas irreverentes, maliciosas, ante las ocurrencias del aciago pintor que las enfrentaba imperturbable”

Treinta y siete

¡Oh!, hermanos míos, no pasará mucho tiempo sin que broten nuevos pueblos, y sin que nuevos manantiales rujan, en nuevas simas. Pues el terremoto ciega muchos pozos, y produce sequía, mas también saca a luz fuerzas interiores y secretas.”

F. Nietzsche

Han llegado. Han tomado a cada uno de los pérfidos colaboradores; rufianes sanguijuelas del poder que se escondían en un cobarde lamento, pidiendo el perdón que nadie estaba dispuesto a conceder, porque las memorias atesoran su negación sistemática a la hora de los juicios y condenas posteriores. Los llevaron, los sacaron de sus nidos de protección. La guardia pretoriana había huido, ahora son ellos quienes debían defenderse. Pero eran tan pusilánimes que sólo atinaban a pedir clemencia, en medio de los reclamos de justicia.

Llevaban a todos a la plaza. Obligándolos a cruzar los pasillos humanos que vomitaban diatribas, escupiendo saliva espesa sobre sus rostros mojados de lluvia y lágrimas. Lloran los sentenciados, claman al mismo infierno donde nacieron. Nadie les tiene la compasión que imploran.

Ha llegado el momento de la verdad. Les han hecho jirones sus ropas y las hilachas cuelgan chorreando la lluvia, mientras los relámpagos transfiguran sus rostros

pálidos de miedo. Han colocado las sogas ajustando los nudos y, en segundos más, colgarán de los mástiles esperando su mortaja.

El pueblo festeja su venganza y promete regresar cada vez que descubran un orgulloso y palurdo corrupto. La procesión está enardecida. Las cabezas violáceas de Metralleta, Foca, Bigote, Enganche, Piojo Negro, acompañan las convulsiones de quienes ya no respiran. El pueblo proclama su justicia. Por primera vez se sienten libres y sin culpas.

Ahora se dirigen a la búsqueda de Apolinario Del Manchón. La tormenta y sus truenos anuncian el final. Los sepulcros esperan. Apolinario está escondido en el granero de avena de la secta. Curiosamente ha regresado al génesis. Han pasado tantos años que nadie sospecha de su refugio. Entró abriendo el portón de madera, repasó el patio de ceremonias y un escalofrío invadió su columna. Se vio adentro de ese potrillo, que relinchaba desesperado mientras evisceraban su abdomen. El recinto estaba vacío pero había a sus costados cuatro candelabros con velas negras sin usar.

Recordó la masacre que él, cuidadosamente, había programado ese viernes de traición. Recordó cada rostro descubierto de las túnicas negras, que mostraban la incredulidad de su muerte. Recordó el rostro del gran sacerdote, que a pesar de estar muerto lo miró tan fijamente que destiñó la retina del ojo derecho y le marcó en ella la sentencia de la cofradía. Sentía Apolinario voces lejanas, cánticos de rezos que acompañaban las ceremonias satánicas de su niñez. Abrió lentamente el portón de madera y vio la columna de sombras negras, que enfilaban hacia el granero portando velas encendidas. Supo que venían por él, para el sacrificio final. La entrega a Lucifer.

— ¿Crees que me he olvidado de tu traición, Apolinario? —sonaba la voz de Tiburcio.

Treinta y ocho Jonás y Apolinario

“La oscuridad es ciega, en cambio la muerte, no es oscuridad ni luz. Solo memoria abolida desaparición y ausencia total. Incineración sin cenizas”

Carlos Fuentes

El Pintor

En una habitación sombría transformada en recinto de placer, Jonás pintaba un mural revelando sin querer los más tenebrosos y siniestros deseos de un hombre perdido. Desnudo; desafiante, colérico, recubierto de mezclas de óleos ocres, rojos y azules suspendidos caprichosamente de sus codos cada vez que el pincel buscaba como destino el lienzo, goteaba en el suelo sus pinturas salpicando los pies lánguidos, pálidos y venosos de un Jonás transformado por las drogas en una bestia desenfrenada. El cabello cubría su rostro desencajado. Las ojeras negras sombreadas de insomnio, custodiaban dos enormes esferas enrojecidas y sórdidas, que miraban exultantes las figuras demoníacas que habitaban el lienzo mezclándose caprichosamente un cuadrúpedo bicéfalo con la serpiente expectante, sumándose a cientos de arácnidos trepando la piel de las ninfas voluptuosas, reproducciones exactas de modelos carnales embriagadas y fascinadas con un hechizo disoluto.

-¿Quién eres? -preguntó Apolinario, tratando de identificar de dónde salía la voz.

— ¿No lo sabes?, Ja Ja Ja -y la risa hizo temblar las estructuras del galpón-. ¡Lucifer! Tu amo y señor de los infiernos, a quien has traicionado. Soy tu conciencia negra. Soy tu ambición. Tus traiciones, tus venganzas; soy tus brujas que mataste, soy todo lo que eres, Ja ja ja ja.

— ¿Qué quieres? -preguntó Apolinario, desesperado.

— Quiero que tiembles, Apolinario, que sudas, que tu cuerpo levite, que se abran tus venas del cuello al igual que el potrillo de tu sacrificio; quiero que tus vísceras sientan dolor, quiero que tu cerebro se desagote de recuerdos, ideas y pensamientos, quiero que te conviertas en un objeto de caminos inciertos, que no sepas quién eres, ni qué desees, quiero que sólo veas en tus ojos sombras negras que mataste sin piedad, quiero que todo lo que te apetezca muera, quiero que seas un alma en pena, no un alma en mis infiernos -sentenció la voz uniéndose al coro.

— Serás para siempre: la nada, ¿sabes qué es eso, Apolinario? Nada, Ja Ja Ja -ríe Tiburcio, y su carcajada retumba en el recinto vacío, mientras se acerca nuevamente una multitud que canta marchas de venganza.

— *Vienen por ti, Apolinario, buscan tu garganta -vaticinan felices las voces.*

Apolinario sudaba; sudaba agua, sangre, suero; sudaba colores, sudaba gusanos, mientras las venas del cuello se abrían con tajos netos, horizontales, finos. La sangre brotaba azul negra y filamentos amarillos colgaban de las heridas, sin caer al piso. Apolinario levitaba, comenzaba a elevarse lentamente, con los ojos abiertos, cada vez más teñidos de negro, sus piernas y sus brazos cuelgan sin movimientos; desparraman gusanos que retozan. Apolinario siente dolores en sus vísceras; dolores intensos que producen el grito brutal de lo imposible. Nota Apolinario que de sus orejas y sus narices salen líquidos blanquecinos, gelatinosos. Descubre que junto a ellos caen sus recuerdos, sus secretos, sus temores,

sus éxitos. Ve que se está vaciando su cerebro, que está olvidando su pasado, que ha perdido los deseos y se han esfumado las siluetas de sus brujas; de Ester, de Alticia, de todas sus aventuras, sus amores, y sus odios. Ve Apolinario cómo, por dos orificios, se va su alma. Siente que está quedando hueco. Su cuerpo está secándose, su cerebro se perdió, su vista sólo ve sombras.

— ¿Hasta dónde, maldito, me llevarás? -alcanzó a preguntar antes de perderse.

— Hasta nunca, Apolinario, hasta tu nada -y rien Tiburcio y Lucifer hasta estremecer el vacío.

Llegan cantando miles de hombres y mujeres amenazantes, deseosas de la venganza final. Cantan; cantan letras de odios postergados, de sueños aplastados, cantan letras de hambre, estrofas de miserias cargadas en sus espaldas por años, por miedos, por amenazas, por vida. ¿Qué pueden cantar los que se olvidaron de los sonidos? Avanzan, llegan, convergen hacia el galpón de avena donde saben que está Apolinario. Llevan en sus manos palos, latas, garrotes, armas, cuerdas, sogas, hierros, púas, cuchillos.

Tienen sus mochilas invisibles cargadas de tristezas, de frustraciones, de humillaciones. Pesan, Apolinario tus daños, has hecho de ellos las sombras que van a perseguirte hasta que te entierren. No tendrás paz, Apolinario. Tampoco sueños. Todo lo que te queda de camino, serán pesadillas interminables.

Apolinario está descendiendo. Su cuerpo que flotaba en el recinto vacío, caía con levedad sin historia, sin pasado, sin presente y sin futuro. Los coros de los manifestantes se acercan pidiendo justicia, y la Horca de Apolinario.

Subió un hombre odiado ayer, baja hoy, una pluma intrascendente, inerte, Apolinario no tiene sangre. Su cabeza ha perdido sus recuerdos, el cerebro ha sido licuado, la piel está fría, seca, arrugada. Apolinario no piensa, no razona, no siente. Apolinario está absolutamente en “La Nada”.

Que el mar y la playa no quieren que deje sus huellas. Que la vida, llena de libertad, vale más que su decadente régimen.

— *Eres un hombre sin destino, condenado a deambular como el leproso en las montañas; has quedado sin razón, sin mirada, sin pensamientos, sin sensaciones y estás como en tu primer día de vida, luego de aquella ceremonia satánica, donde te robaron tu alma -condenan las voces.*

— *Camina, Apolinario, camina por esos senderos abandonados, por esas huellas donde la gramilla ni siquiera crece, donde las grietas de la tierra se parten. Camina, Apolinario, no dejes nunca de hacerlo, ése es tu destino. Llevar la nada a todos, para que nadie te siga -coreaban las voces, que comenzaron a cantar las últimas estrofas del himno satánico.*

Luego, una de ellas, recitó el poema de despedida en un descenso sin fin.

una guerra de revancha, de la lucha salvaje. Aparecen los cuerpos mutilados de cientos y miles de hombres, apilados en los campos, en las cloacas, en las tumbas. Pisa Apolinario sus cabezas, sin importarle su nombre las aplasta, las ignora. Está solo en esa batalla que no sabe aún si está ganada, porque su bandera la tiene una mujer que tampoco es la Afrodita, pero que está envuelta en la plenitud orgásmica.

Acaba de poseerlo; es una mujer que, encima de los cadáveres, levanta una bandera ensangrentada, como si hubiese triunfado. Tiene esa mujer sus senos descubiertos, que ondulan en cada grito, como olas mansas de mar, y acompañan sus brazos que destilan fuerza, con sus puños cerrados, tensos, potentes.

— *Es Eurídice, Apolinario, es ella, la mujer de los infiernos. La mujer que te tiene cautivo, enloquecido, paralizado; es ella la que espera que la música de Orfeo dome las fieras que le impiden escapar a su encuentro - aclaran las voces.*

— *Espera, Apolinario, ésa es tu batalla; esa sacerdotisa que te ha secado, que se ha llenado de tu alma; seguramente te dejará vivo. Piensa, Apolinario, te han succionado cada gota de sangre, te han descarnado tus piernas, se ha bañado con tus fluidos y ha matado tu honor - corean las voces.*

— *¿Qué eres, Apolinario? Nada, no eres nada - dicen las voces.*

— *Eres una masa ensangrentada, vacía y fría. Tu condena será vivir sin nada, por más que levantes tus manos sujetando el escudo del guerrero. Eres la Nada; simplemente así: Nada-, corean las voces.*

Apolinario sigue caminando por las calles, las montañas; deambula, vaga. Es un sonámbulo de la vida, una escoria, descalzada; un retazo del género de la historia. En las enormes y solitarias playas, deja sus huellas en una arena cálida que no soporta ser deformada y acude a las caricias del mar para borrarlas. Diciéndole también a Apolinario, que él nunca pasó por allí.

Está parado mirando sombras negras; está justo en el centro del recinto de ceremonias, al lado de la estaca que supo contener las fuerzas del potrillo. La multitud que aparece gritando y pidiendo venganza, encuentra un serpiente ridículo. Una masa seca, ajada, inerte. Un hombre reducido a la expresión del vacío. Un hombre que sólo puede ver figuras negras lastimadas, agonizantes. Es una cosa cubierta de ropas sucias, vomitadas de odios y saturadas de excrementos fétidos. Se acercan: los palos, las armas y las cuchillas, pero quedan suspendidas en el aire, paralizadas. ¿A quién van a ejecutar?

— ¿Quién es este maloliente instalado en el centro del recinto? -preguntan las masas.

— ¿Eres Tú, maldito? -gritaban en coro todos los justicieros.

— Es la nada -dijo alguien entre la multitud con voz grave.

De la ventana que mira al oeste, se podía divisar un pájaro blanco, inmenso, majestuoso, que sobrevolaba directamente el recinto. Atos había regresado a buscar a su amo, o el despojo que queda de él. Atos cruza la ventana, su plumaje blanco muta en un color negro ceniza. Se posa Atos en la hombrera de Apolinario, se queda estático mirando esa multitud paralizada y desconcertada. Apolinario ya no habla. Atos no escucha. El silencio había cubierto el vacío. Las respiraciones encontraban cómplices para romper esa tumba. Apolinario avanzó abriendo un camino desconocido, entre los manifestantes que lentamente retrocedían haciéndose a un lado; dejando el espacio justo para que Apolinario continuara caminando. Avanza estirando sus brazos, abriendo el aire viciado del recinto. Atos no se despegaba de su hombro; sus plumas cada vez más negras, como el futuro de Apolinario, presagiaban un porvenir lleno de incertidumbre.

— *Camina, Apolinario, trata de hacerlo siempre en línea recta, porque si te desvías harán de ti un cofre de*

restos, un budín de carroña, como lo mereces, como será si no escuchas -aclaran las voces, cada vez más fuerte.

Quienes sobrevivieron a la masacre de la cofradía, se juntaron al centro del recinto colmado de gente excitada, desorientada, confusa. Avanzan las sombras silenciosas en medio de la noche del suplicio; llevan los cirios encendidos protegidos con las manos, para que el viento no las apague. Cantan las sombras; corean el nombre del señor de los infiernos, han regresado de los abismos del dolor, para hacer de Apolinario su sacrificio. El gran sacerdote erguido, orgulloso, sin túnica que cubriera su cuerpo desnudo, lleva en su mano derecha una lanza de filosa punta. Carga en su hombro izquierdo un macho cabrío que protesta su imposibilidad de escapar. Bala, mueve su pata indefensa, pelea su libertad aun sabiendo que será la prenda del sacrificio. Llegan las sombras negras al recinto, truena el cielo, fusilan la oscuridad los relámpagos; lloran las nubes invisibles y cae el rayo clavando su punta en el árbol que muere quebrado, impotente, ante tamaña energía.

Elevan los coros su lamento hasta que unifican las letras, anunciando el inicio de la ceremonia. Apolinario ha quedado solo. Solo nuevamente en el centro del recinto cercano a la estaca, que décadas atrás contuvo al potrillo que lo recibió desparramando vísceras. Rodean las sombras al guerrero vencido, miran su pobre figura atormentada, le quitan su ropa, lo bañan en emulsiones negras que patinan en su piel. Grita Apolinario, grita por el perdón.

Nadie lo escucha, nadie contempla su lastimoso pedido. El coro aumenta. Las voces se cristalizan flotando en la suma de los cirios encendidos que iluminan el recinto. Las sombras escapan, se mueven, se retuercen y confunden con una cuerda con las cuales sujetan el condenado, mientras el sacerdote atropella con su lanza, incrustando su punta en el pecho de Apolinario, que cree revivir la escena como si fuese el toro de Creta al que hubiesen atravesado.

Una sombra negra aproxima una vasija que contiene la sangre. ¿Es la maga Circe, que trae la vasija?, ¿es la mujer vampiro?, ¿es la sacerdotisa?

— *¿Quién es, Apolinario, la que roba tu esencia roja? -preguntan las voces.*

Ella bebe la sangre, moja su rostro, lo cubre de escarlata, mientras sus ojos destilan luces blancas y rojas que cruzan el recinto sagrado. Los lobos negros, erizados por el rito, descarnan los muslos de Apolinario, que desea vencer al coro que silencia su grito de dolor. Deja el sacerdote el chivato, cruza su garganta, estira la explosión de sangre para que caiga lloviznando sobre el maltratado cuerpo de Apolinario.

La sacerdotisa disputa la presa, como Aquiles reclama el botín a Agamenón. Es esa frágil figura la que está llena de odio, la que tiene la fuerza; sin embargo su belleza alcanza para ser Afrodita, mientras que con un enmarañado lenguaje se dirige a su cautivo siervo para anunciarle que, atrás del dolor, viene el placer.

El coro sigue ocupando el recinto de notas, de palabras, de gritos, de súplicas, mientras la sacerdotisa escarlata descubre su belleza tirando la túnica negra. Es cuando, mezclando las sangre de Apolinario y el cabrío, se baña.

Es una mujer ardiente, una brasa rojiza, de bellos ojos negros, como su pelo largo que supera la cintura, la que posee a Apolinario desfalleciendo. Lo atrapa, lo hace suyo, quitándole su alma que fluye por su boca. Y luego, luego estalla el placer con la mirada perdida, quieta, intacta, que mira más allá de las galaxias. Su cuerpo se contrae en un espasmo secreto que atormenta la cintura de Apolinario; lo ahoga.

— *Acaba de comulgar con el demonio -corean las voces.*

Estallan las sombras; los relámpagos disfrutan su luz, los truenos rebotan en las nubes, el recinto esta poseído, atrapado por el demonio que se ha nutrido de un alma más. Hay un enorme fuego sin calor, llamas que danzan entre las sombras sin quemarlos, música desconocida que no brota de las gargantas de las sombras; se enciende Apolinario, lucen las batallas, aparecen las imágenes de

dad! A lo que yo veo; puedo agregarle color y tiempo-, le confesó mientras terminaba un dibujo donde los primeros planos se fundían en un ambiente imaginario con árboles de frondoso follaje con gramillas verdes y flores que asomaban como los grandes espectadores del arte y con un cielo puro cuyas nubes caprichosas permitían al artista disminuir su luz.

— ¿Ves?, esta eres tú. ¡Estás muy bella!, si yo fuese otro hombre diría que es una obra de Renoir-, le dijo mostrándole el bosquejo, donde efectivamente había logrado captarla casi a la perfección: el rostro dibujado reflejaba la bondadosa sensualidad que la caracterizaba y el cuerpo se insinuaba cubierto descuidadamente con un delgado género aún sin color.

Finalmente, Jonás se atrevió a preguntarle, con picardía y riéndose de su ocurrencia, si no quería posar desnuda.

— ¡Ni lo sueñes, Jonás!-, respondió Soledad sonriendo, pero secretamente se preguntaba a sí misma cómo quedaría en el dibujo propuesto

— Tampoco podría desnudarme en la sala, así como así-, dijo, ahora dudando, explicándole y explicándose algo que hasta ese momento nunca había contemplado, pero en el fondo se sentía halagada y excitada al pensar en mostrarle su cuerpo a Jonás.

— Eres muy bella e indudablemente haría una magnífica pintura-, insistió Jonás, seguro de que lograría vencer su resistencia. Él sabía que el ‘no’ de esa mujer era un ‘sí’ encubierto y que en la medida que él avanzara en la propuesta; la tendría.

— Bueno..., ya veremos-, contestó ella entre dudas, dejando abierta la posibilidad de concretar. En la enfermería había una lámina de Monet, justamente La Olimpia posando sin pudicia, con una suave textura de una piel desnuda y con su mano izquierda tapando el pubis como única muestra de timidez, mientras la sierva negra acude a su llamado para homenajearla. Un rubor extraño se acercó a su rostro.

devastadas, abandonadas por el suelo mientras sus plumas flotaban libremente en el espacio. Los colchones lastimosamente disecados con sus bocas abiertas, asomaban al pasillo desangrando resortes.

Decidido a dominar su ansiedad; entró en la habitación desolada e inhabitable. Se veían pequeñas manchas de sangre en la alfombra y en el pasillo. Rojas, deformes, arrastradas por el piso presumiendo violencia. La biblioteca estaba esparcida furiosamente en el suelo. Sus anotaciones y cuadernos, resguardados antes en el estante superior colmados de proclamas y reflexiones políticas; habían desaparecido. Había sido misteriosamente saqueado con furiosa crueldad; se llevaron sus ideas, pensamientos y utopías plasmadas en aquellas páginas en sus momentos de reflexión. Se llevaron sus letras y sus pinturas. Vacieron su historia, su pasado y su futuro.

Malena no estaba. No... No estaba. Tampoco había dejado una nota sobre la mesa, como acostumbraban, para justificar una ausencia transitoria. Tampoco un mensaje en el contestador del teléfono. Nada. Todo era silencio en un desorden violento, sumado la sangre esparcida que ocupaba espacios abandonados. En el retablo sus pinturas habían sido tajadas con filosos cuchillos que exterminaron imágenes y colores.

“Un asesino del arte” pensó Jonás, mientras levantaba bastidores e imaginaba hombres drogados vestidos de negro agitando sus armas asesinas al tiempo mientras escuchaba *Don Carlo* de Verdi: “Per me giunto e il di Supremo... Son io mio Carlo” que aún giraba en el plato del tocadiscos. “Matan el arte; lo denigran, se burlan de él ; luego se esfuman” pensó desolado.

En sus antiguas y acostumbradas pesadillas; las fantasmales apariciones superaban la realidad, esta vez fue a la inversa. Jonás sintió miedo. Lo estremeció su debilidad. Intuyó que Malena había sido víctima de una tragedia. Entonces temió por su vida. Jonás cayó amillanado en el sillón ruinoso ubicado al lado de una lámpara de hierro forjado que había encontrado hacía tiempo en

los basurales. Los intrusos la habían dejado abandonada en el piso con el foco astillado.

“Señales de lucha....alguien se ha resistido”, pensó.

Un extraño, había quebrado la intimidad de la pareja. Nada tenía ahora. Había perdido sus afectos, sus pinturas y sus sueños. También a su compañera. Lo sabía. La figura de Malena se desteñía lentamente, la sentía alejada de sus recuerdos. Su imagen fresca y viva se iba desvaneciendo en un turbulento recuerdo malogrado.

Regresaron sus recuerdos más temidos. Las imágenes de sus padres adoptivos ocuparon por segundos la frágil memoria y recordó al hombre rubicundo vestido de oficial que irrumpió la vivienda de Encarnación y Juan de Dios atropellando sus puertas en una madrugada fría de cordillera para terminar perforando sus cuerpos con balas de acero, brillantes antes, rojas después, de sangre inocente. Jonás había vivido ese despojo y también había presenciado la transformación de cadáveres, en luces de colores serpenteando campos iluminando el nacimiento de flores multicolores con tallos de plata y cálices derramando lágrimas púrpuras. Aquella vivienda invadida antes, huérfana después, había quedado abandonada igual que su departamento donde solo faltaba encontrar el cuerpo de Malena. No había luces ni flores, solo una inaudita incertidumbre.

Jonás quedó postrado sin consuelo; herido en su razón. No imaginaba que en ese mismo momento, a cientos de kilómetros, llevada por sus verdugos Malena navegaba solitaria en un océano infinito, transformada en una inflexible balsa humana flotando sin rumbo en aguas saladas abandonada a su propio infortunio en una soledad sin futuro danzando al compás de olas furiosas, en un temporal desatado para protestar tamaña injusticia. El cuerpo hinchado, marmóreo, se dejaba llevar sin oponer resistencia. Ampuloso y deformado, zozobraría en la bruma de la noche, perdiendo la nitidez de sus formas. La belleza de Malena se había fugado, las gaviotas volaban a gran altura en círculos estudiando ese bulto flotante e

Pronto los dibujos de Jonás acapararon la atención de todo el hospital. Llevaba internado en la sala general, tres meses. El personal y los pacientes dialogaban con él porque encontraban algún tema o excusa para acercarse y admirar su arte. Sus pinturas eran compradas a bajo costo por la población hospitalaria. Él ahorra. La ironía de la vida había hecho de su internación una galería de arte y no debía preocuparse por su comida o un techo como lo hicieron pintores famosos que pasaron hambre y enfermedades por carencia, incluso, se daba el lujo de ahorrar. Pensaba que Van Gogh, o Cézanne, que eran sus ídolos enfermaron de hambre y rechazos hasta la edad madura y él, un joven afortunado en la vida cosechaba dinero vendiendo los retratos del personal del Hospital y sus familiares. De vez en cuando desataba su imaginación y pintaba sus sueños en un torbellino de atormentados pensamientos. Esas pinturas las escondía en su cofre de madera donde guardaba sus pinceles y óleos. No se animaba a mostrarlos por temor y vergüenza.

— ¡Serás famoso, Jonás! aseguraba la enfermera mirándolo con admiración. Pero, pensaba si en ese entonces, no cambiaría su forma de ser, pasando del humilde y querible Jonás, a un orgulloso y despótico afortunado que ni siquiera habría de reconocerlos

— ¡Todos quieren tus dibujos!-, repetía mientras arreglaba la cama y acariciaba la almohada, imaginando que alguna vez asentaría su cabeza en ella para mirar a Jonás en las mañanas durmiendo plácidamente. Ella vivía fantasías y Jonás, se había incorporado a sus sueños.

— ¡No!, exclamó Jonás reflexivo, observando a Soledad con más detalle

— Lo que quieren...en realidad es verse mejor-, respondió sonriendo, convencido de haber encontrado el motivo por el cual la gente pedía sus pinturas

— Un retrato “es ese” momento de la vida, que nunca más ocurrirá, pero podrás guardarlo para siempre, como un pasado fresco e inmortal. ¡Ese es mi secreto.... Sole-

— Adiós, Jonás, estaré ausente unas semanas, había susurrado en el oído derecho y luego sus labios le entregaron ese beso con calidez desinteresada. Podría dibujar sus labios, podía recordar la tibieza de sus manos cuando le quitó el cabello de la frente para dejarle esa muestra de cariño. Estaba seguro de que era ella. Reconocía también la sensación de un calor muy especial cuando diariamente tomaba su mano para contar las pulsaciones del corazón. “Ochenta”... Decía y se quedaba retenándolo con un gesto de entrañable ternura. Entonces él imploraba sin palabras, mirando sus ojos, que no soltara su mano y movía sus dedos suavemente en la palma de ella acariciando el secreto que ambos sostenían.

Durante dos meses siguientes Jonás estuvo en ‘Rehabilitación’, lugar a donde llega un cuerpo sin movimientos voluntarios para convertirse en un producto maleable, golpeado y forzado a mover las articulaciones hasta sus límites, que generalmente era de dolor. Lo llevaban rigurosamente al baño en una silla de ruedas, paseándolo por los pasillos fríos y desnudos del hospital. Ahora lo bañaban con jabón mezclado con agua de miel y grasa de Tambú extraídos de larvas desecadas, refregaban su piel con cepillos gruesos y al final lo untaban con alcohol pastoso revuelto con violeta de genciana, para curar pequeñas escaras y las heridas sangrantes, hasta cerrarlas. Lo aseaban y lo rasuraban cada dos días. El kinesiólogo realizó un trabajo prolijo.

Extrañaba a todos la recuperación acelerada de Jonás. Comenzó a caminar con dificultad y también, hablar y pintar. Las muchachas del hospital incluidas las doctoras, se acercaban curiosas para ver sus rostros dibujados en las carpetas crecientes de Jonás. Admiraban tanto su trabajo que pedían los retratos firmados. Él pintaba, trepado en las sillas, mesas, marcos de ventanas, floreros y aparadores; sostenía que el pintor debía estar siempre por encima del modelo para poder salir de la dimensión humana y corriente.

inerte silenciosamente ajeno a la vida. Un océano gigante rodeaba esa frágil mujer bañando sus recuerdos extinguidos.

Recogió un grafito del suelo, abandonado seguramente en la huida desordenada de los intrusos y sobre un lienzo blanco dibujó el rostro de Malena y su cuerpo, rescatados de la memoria. Los trazos finos comulgaban con las suaves curvaturas de su cuerpo. Le devolvía en cierta forma su vida. Se atrevió también a esbozar sus captores. Pero las imágenes no tenían rostro; tampoco alma. Imaginó a hombres siniestros, temibles e impíos que gozarían torturando el cuerpo de la mujer mientras le preguntaban: “¿Dónde está Jonás? ¿A dónde se fue... Jonás, el pintor?”.

Una desmedida angustia envolvió a un Jonás culpable de haber estado ausente. Se imaginaba como un espectador involuntario de esa tragedia en medio de las figuras violentas de verdugos que azotaban a la mujer desnuda, quien se cubría de los látigos traicioneros y evitaba escuchar las risas y burlas de los invasores, acurrucada en el piso frío. Luego, ellos tomaron su cuerpo lacerado, sangrante de heridas causadas por la ignorancia de un dato que no podía conocer e iban abusando de ella, uno tras otro; descargando sus odios, anticipando sus perversiones y satisfaciendo el morbo acumulado. Reían, se burlaban de una Malena paralizada de terror y callada porque había comenzado a transformarse en un ser insensible. El dolor desaparecía lentamente, como si sus tejidos fuesen muriendo con el último golpe. Se ahogaba en su miedo sin poder manifestarse; sin poder escuchar las voces de quienes atropellaban y torturaban su cuerpo. Comprendía una sola palabra: ‘Jonás’. Todo lo que acompañaba ese nombre, se diluía en una nebulosa inmensurable y extraña, como si flotara buscando un banco de niebla impenetrable.

Jonás desvanece, se pierde, se olvida de sí mismo y cae en el piso. El lienzo se escabulle de su mano, pero los ojos dibujados de Malena siguen mirándolo mientras

buscan, desde el suelo, consolarlo en su desdicha. Jonás está inconsciente; lejos de ese cuadro impactante que lo conmovió hasta el desmayo, su corazón está quieto, cansado de sufrimientos y dispuesto a frenar esa tormentosa vida. Es cuando a pesar del dolor por la incertidumbre, su mente se libera. Entonces ve una luz, una aparición, un fantasma que amanece desde una profundidad desconocida. Ve a una mujer, a Malena que avanza desde un inverosímil cielo intensamente azul y se dirige flotando en el aire hacia su habitación con el cuerpo intacto, sus ojos cálidos y sus manos que hacen gestos de fragantes caricias. Es una reina que bajaba de las alturas revestida de fluidez y armonía.

Malena acudió así, a su primer reencuentro con Jonás. Él la esperaba sentado en el canto de la cama revuelta, permitiendo que ella se acercase lentamente con su delicada fragancia. Malena tomó con sus manos la camisa arrugada de tantos meses de abandono y la apartó suavemente como si se tratase de una porcelana. Jonás consentía complacido, dejando que esa ceremonia se cumpliera. Quedó su cuerpo desnudo, atento e inmóvil. Las caricias se filtraron en una piel cálida, conocida y anhelada. Jonás tomó las manos de Malena, las llevó al corazón mismo de sus latidos y lentamente se dio vuelta para buscar los labios invocantes que estallaban al deseo. Fue deshojando la ropa de Malena en medio de una solemnidad compartida, para que la desnudez de ella floreciera brillante ante sus ojos. Luego, permitieron que sus cuerpos adosaran su moldura a sus formas; entonces, lentamente acunó a Malena llevándola hacia el lecho tibio donde encontraron la síntesis de la espera. Estaban allí perdidos igual que ese amor que pudo atrapar éxtasis y placer del fuego encendido con los recuerdos en su punto exacto. Tiernos juegos de caricias. Estrellas de viajes imaginarios al placer. Cuerpos que se contorsionaban, sudaban, resbalaban uno sobre otro dejando que los poros buscaran memoria, en el embelesamiento del encuentro.

nen de la muerte llegan cansados, como si el recorrido de vuelta a la vida implicara un gran esfuerzo.

— ¿Necesitas algo, Jonás?, preguntó ella excitada sin poder ocultar su alegría y enternecida de tener a este joven a su cargo. Habían luchado largo tiempo por su vida, ella se había encariñado como sucede en todos los hospitales, cuando los pacientes quedan olvidados por largo tiempo.

— Un cuaderno y unos lápices, reclamó Jonás mirando sus ojos y estudiando sus formas. Se dio cuenta que era muy bonita; su cuerpo esbelto, relleno, se mostraba firme, sin complejos. Debajo del camisolín blanco su cuerpo se insinuaba y su rostro sereno demostraba aún la timidez de su edad temprana. “¿Sería ella quien me hablaba, cuando estaba inconsciente?” Se preguntaba Jonás. Tenía una memoria deslucida, pero recordaba en sus planos de inconsciencia cuando estaba con su atril y su lienzo blanco pintando su propia imagen, sentado en un banquillo de madera vieja y vencida y una voz lejana, similar a la de su enfermera le hablaba invadiendo un espacio de hermosos jardines con flores exuberantes, y una cerca de varillas secas sosteniendo el alambre que custodiaba los canteros coloreados de naranjas, ocres, verdes y azules. Estaba seguro de que era ella, porque las voces no se olvidan, se almacenan.

— Bien, trataré de buscarte algo similar, prometió ella decidida, mientras arreglaba la cama y sus pocas pertenencias, mirándolo disimuladamente al notarlo distraído. Le gustaba este joven resucitado. Había algo que no lograba identificar, que le atraía. “Gracias” dijo Jonás resignado, seguro ahora, de quién era esa mujer. Reconoció el timbre de su voz que le había susurrado en los momentos interminables del coma. Estado donde el cuerpo es atendido sin importar lo que el alma desea. La calidez de esa voz le ayudó en su regreso, también recordó la una noche que se había despedido con un beso en la frente, porque se ausentaría una semana. Se estremeció.

los vivos ? “¡Ah!... el mundo de los vivos ”se repetía a sí mismo teniendo presente el último recuerdo de Malena, se preguntaba: “¿Por qué no le habían permitido que se fuera?” ; hay un umbral en el tránsito previo a la muerte donde se pierde el miedo y comienza habitar una paz nunca sentida, en ese momento muchos no desean regresar ” reflexionó. Pasó varios meses Jonás en un estado de coma y luego semiconsciente con estados de lucidez transitoria. Su cuerpo estaba delgado, pálido y sus músculos se habían reducido, como si se marchitaran en vida. Se sentía débil y sus movimientos eran lentos y a veces dolorosos.

A los ocho meses fue llevado a una gran sala donde le asignaron una cama vestida de blanco. Sobre la pequeña mesa de luz estaba esperando su ficha médica; leyó su nombre escrito con marcador negro: “Jonás”, “Oficio: pintor”. Creía haber recuperado su conciencia y también su mundo, comunicado por la palabra o por señas. La ciencia había triunfado; él había sido derrotado. Fue sometido a sangrías con sanguijuelas que se adherían babeantes sobre su piel hinchándose de sangre, cayéndose sin poder mantener su peso. Enemas y purgantes limpiaban el intestino eliminando los residuos alimenticios y las pócimas de beleño, ruibarbo, y escarmonio con cáñamo indiano, mezclado con ajo purificaban la sangre. Diariamente lo sometían a baños de vapor en piedras calientes encerrándolo en una habitación de madera. Luego, lo untaban con corazón macerado de palomas y buches de iguana.

Los kinesiólogos habían producido un milagro en su recuperación, podía moverse libremente evitando esfuerzos, pero aún le costaba caminar, la marcha era zigzagueante, y a veces inordinada; el hígado estaba dañado por el alcohol. Nada menos el órgano que los Asirios consideraban como el resguardo del alma y también la fuente de la vida. La enfermera le ayudó a sumergirse en la calidez de sábanas almidonadas. Se sintió reconfortado, pero estaba aún muy débil, los que vie-

Malena permitía que sus ojos se inundaran de lágrimas. Jonás las bebía anhelante como un néctar buscando en ellas el sentimiento transparente que afloraba en mágica entrega. Poseyó a Malena, la hizo suya con delicadeza desconocida, como nunca lo había hecho y besó su alma, habiendo liberado la memoria de sus manos. Recorría una y mil veces el terso cuerpo de la mujer amada con la habilidad de un Miguel Ángel empeñado en esculpir su obra de arte. Era él ahora quien habitaba su intimidad y frescura e incursionaba dentro mismo de su alma; de un alma sin secretos piadosos. Jonás se abandonaba extasiado dejando que Malena le entregara la plenitud de sus encantos. Ambos quedaron fusionados, herméticamente juntos. Nada les era ajeno. No había horas ni minutos. El tiempo devenía eternidad. Gozaron empapados de ese amor intenso hasta que alguien interrumpió el acto amoroso imprevistamente violentando el deseo encontrado, ignorando que su felicidad había sido alcanzada en un acto pleno de gozo. No atinaba a revelarse. Su voluntad estada adormecida, era incapaz de luchar contra esas fuerzas extrañas que le quitaban su amada justamente cuando habían alcanzado esa comunión rescatando una historia

—¡Apliquen adrenalina intracardíaca! —Y apareció la aguja de diez centímetros de punta biselada, filosa que atravesaba los tejidos de su tórax descubierto inyectando el líquido que resucitaba agonías. Tocó su corazón el filoso metal desparramando el líquido mágico. El contacto con la fibra muscular, despertó un latido seguido de otro, como un eco inesperado que puso la pereza en estado de alerta. Jonás sintió el primer latido como si un dedo extraviado y curioso explorara adentro mismo de su tórax, la posibilidad de encontrar el alma escondida. Su cerebro fué bañado nuevamente con sangre fresca disparadas por arterias revividas facilitando que ese riego nutriente recuperara los tejidos secos. Descubrió que su cuerpo pedía clemencia.

—¡Coloquen el desfibrilador! — Dos paletas lisas, brillantes tocaban la piel levantando su humanidad con el golpe de corriente. Luego, caía en la camilla el peso completo del cuerpo flácido, que se volvería a conmocionar una y otra vez al contacto con los metales. Rebotaba, convulsionaba sobre una camilla dura y fría, como respuesta al ataque grosero de una corriente eléctrica que serpenteaba caprichosamente su cuerpo para despertarlo. La rapidez de la corriente evitaba que su alma escapara y se transformara en fugitiva. La piel donde asentaban las paletas de descarga se amorataban, sudaban heridas lacerantes pero no producían dolor. Solo temblor. Presentía que esa sensación tan extraña como desconocida lo volvería a su vida, separándolo de Malena de quién él se aferraba en su despedida tomándose de sus manos e implorando que lo retuviese..

—¡Mejoren la oxigenación! —ordenaban presurosos los médicos que asistían a un Jonás tendido, inconsciente sobre la camilla encerada. Abrían las llaves del oxígeno, el gas lo inundaba entrando con rapidez por sus pulmones, avanzando por túneles cilíndricos oscuros, mientras se estremecía nuevamente cada vez que la descarga eléctrica invadía su cuerpo y la corriente azotaba sus entrañas. Las dos paletas al asentarse sobre su pecho emitían energía suficiente para sacudir el letargo e iniciar el rescate de su alma que se evaporaba en aquel encuentro tan feliz del cual lo arrancaban con la brutalidad asexual de la ciencia. Los médicos que acudían presurosos ante la muerte, nunca preguntaban si el moribundo deseaba la vida. La ciencia se mide por resultados comportándose así; con ese razonamiento mezquino, menguado y siniestro.

El monitor continuaba estancado caprichosamente en una línea sin fin, línea recta sin figuras que indicasen vida, horizonte alarmante que había señalado el paro cardíaco sorpresivo y que ahora trataban de revertir ignorando el deseo de un Jonás que flotaba en la habitación blanca. Nadie lo escuchaba. El moribundo carecía

— **¿Me** escuchas, Jonás? - le preguntaba el médico, al tiempo que le tomaba la mano registrando el pulso y observaba que los dedos habían logrado recuperar un color rosado y también su temperatura. Repetía varias veces lo mismo, como si la pregunta tuviese que ser empujada una tras otra, hasta penetrar en el cerebro. Era la voz y la figura del Jefe de Servicio, como si fuese el mozo que ofrece un menú y espera un pedido gratificante; pero también, es una orden enviada sin agresión con necesidad de respuesta.

— Sí...-, balbuceaba Jonás sin voz, sintiendo la lengua pastosa y seca, con labios agrietados. Sabía Jonás que es poco probable que le escuchan, porque su voz estaba apagada, débil y con dificultad para articular palabras.

— Si pudiese hablar..- pensaba; les diría que han cometido un error, que mi intención era irme con Malena; que mi vida tiene poco sentido cuando mi compañera me ha abandonado para siempre. Sus ojos se llenaron de unas lágrimas extrañas, sin temperatura y excesivamente cristalinas, que caían lentamente hacia atrás recorriendo sus orejas pálidas.

— Lloro...estoy de regreso-, pensaba con tristeza.

Cada vez que abría sus ojos, veía más cabezas curiosas asomadas a su cama. Le recordaba el cuadro de Rembrandt en Lección de Anatomía, donde los discípulos rodeaban al maestro hurgando el cuerpo inmóvil de un cadáver anónimo; observándolos pensaba: “¿De qué se reirán?” ; le daban acaso la bienvenida al mundo de

de palabras, solamente su pensamiento lo mantenía en vida vegetativa, supo que al estar a borde de una muerte segura, todo lo que sucedía a su alrededor carecía de dirección y ajeno a su deseo. El misterio de la muerte sucede en peldaños claramente delimitados que lleva finalmente a la libertad.

— ¡No me regresen!... ¡No me lleven nuevamente al dolor...no me rescaten de este sueño!- suplicaba Jonás desde un mar de pensamientos sin lograr hacer oír su voz. Estaba perdido en la soledad del moribundo.

— *¡Ah, si los senderos del amor pudiesen escribir la fuerza de sus sentimientos!... Si, al menos, esos recuerdos pudieran quedar enmarcados para siempre en la memoria indivisa de los amantes, custodiando el pasado; inmensos campos de tulipanes rojos mezclados con dalias violetas y los amarillos de las caléndulas darían el color a la imaginación de los que no desean desprenderse de un momento tan anhelado-*. Pensaba en su sueño

Una segunda visión lo regresaba sin querer a la tragedia que parecía haber quedado atrás: Esta vez fué la aparición de Malena arrastrada por pasillos sucios, grotescos, regados de excrementos. La sacaban de un cúmulo de cuerpos abandonados, pestilentes; desgarrados, listos para el sacrificio. Cuatro hombres de rostros enlutados tomaron sus brazos y tiraron de sus cabellos. La llevaron hasta los barrotes de acero transformados en puertas enrejadas que la separaban de la libertad perdida. Abrieron los candados oxidados con ganchos que nunca perdían su brillo y verificaron su identidad en el número sellado en la capucha negra. La subieron a un camión habitado por cientos de deshechos humanos, que igual que ella, se lamentaban sin ser escuchados. Lloraban su vergüenza, su impotencia ante el cruel castigo. Habían sido vejados y humillados por manos que aprovechaban el anonimato. La capucha negra la separaba de la luz, la aislaba de una realidad que presentía como trágica y aguzando sus oídos escuchaba lamentos de seres torturados que al igual que ella deseaban una muerte como

única alternativa para terminar con esos tormentos. Algunos declamaban sus nombres para que si algún mortal presente se apiadara, pudiese contarlos.

El cuerpo de Malena era la sombra de su belleza perdida, un recuerdo atrapado en la violenta realidad ornamentada con acequias de lágrimas, era un descarte ridículo de su vida anterior; una confusa figura trágica. La llevaron por caminos irreconocibles hasta una pista de aterrizaje. Allí depositaron su cuerpo junto al de otros moribundos que sudaban dolor. Girando las hélices de un avión, anunciaron la partida. Durante el vuelo Malena fue testigo de cómo los mismos uniformados luego de drogar los prisioneros hasta dejarlos inconscientes, balanceaban cuerpos anónimos hasta despedirlos por la puerta lateral del avión. Se reían de la historia hamacando su niñez y prodigaban calificativos de desprecio. Uno a uno fueron despedidos al vacío sin poder desplegar sus alas, sin poder reconocer el destino; hasta que llegó su turno que aceptó sin resistencia, que otra cosa podían hacer con ese cuerpo golpeado y torturado. Los irascibles verdugos exhibían su saña durante la temeraria rutina. La enviaron a la nada, no se dió cuenta cuando fue balanceada de pies y manos, tampoco escuchó las burlas y las risas de sus captores. Partió al silencio absoluto de las nubes, a flotar o volar como pájaros heridos que caen sin queja con sus alas inertes. Voló Malena abriendo un largo túnel en el vacío, hasta el estallido en el mar donde incrustó su vida en busca de las profundidades. Y encontró su destino. La oscuridad apacible del fondo del mar y el fin del martirio. Sumergida así en las aguas salobres, fue explorando un nuevo universo cada vez más oscuro hasta que su conciencia abandonara su cuerpo y dejara, lo que quedaba de ella perdido en la oscuridad, imaginaba cuales serían las últimas palabras de despedida de Jonás, que seguramente le diría:

— ¡Oh, Malena que abres tus alas al vacío y que llevas ese dolor atravesando nubes caprichosas de formas ge-

Sus ojos enceguecidos provocaron un parpadeo defensivo hasta que se acostumbraron a su nuevo estado: el regreso al mundo de las formas concretas, regido por leyes que no permitían la libertad de los sueños.

Cinco rostros desconocidos y curiosos lo observan, mientras dos enfermeras regulaban las máquinas que sostenían su vida. Por que será que todos tienen siempre la misma mirada, la misma pregunta y la misma reacción ?. Se mantenían serenos, pero tensos como si esperaran que ese cuerpo inanimado pudiese reaccionar solo a la palabra. Compartían una complicidad al futuro; pero no se animaban aún a dar el pronóstico.

enlozada como a un muñeco inanimado. Pasaban la esponja enjabonada por su cuerpo dormido, insensible; mientras comentaban cualquier tema, menos de su salud. Se reían a veces de sus piernas flacas, chuecas y de los dedos de sus pies que de tanto caminar de pequeño en las piedras, habían quedado separados como un abanico chino. Lo secaban delicadamente en su cama con toallones húmedos y luego, insertaban las agujas en sus venas hinchadas para administrarles los sueros de la vida. Le hablaban mientras volteaban su cuerpo para vestirlo, a la hora de almorzar colocaban una cuchara en su boca con alimento que muchas veces escapaba por las comisuras de sus labios. Jonás estaba cada vez más cerca de lo terrenal. Sabía que la imagen de Malena se iría evaporando a medida que él regresara a su cuerpo; sufría en silencio.

— Yo vuelvo... ella se va-, pensaba mientras sentía la rutina de la limpieza por su piel.

El cielo estaba manchado de nubes que formaban figuras cambiantes; como las de la infancia de Jonás. En esa etapa había aprendido a leer recostado en los mallines verdes, mirando los movimientos caprichosos de nubes grises y blancas que se mezclaban en forma arbitraria. Las gaviotas cruzaban el espacio observando las orillas fértiles de peces, alegres visitantes de aquellos bordes que limitaban la tierra firme del precipicio donde nacía el acantilado majestuoso. Fué cuando vio a Malena por última vez parada orgullosa, con un largo vestido blanco castigado por el viento manteniendo una sombrilla de colores en su mano derecha para protegerse del sol que caía sin piedad en su piel delicada. Ella se despedía, le enviaba su último saludo homenajeándolo con un sentido beso transportado a su mano y soplado como si fuesen mariposas que debían obligadamente viajar hasta el destinatario elegido. Se alejaba Malena; regresaba Jonás. Esa foto imaginaria que flotaba en la nada, se diluyó en forma mágica, cuando involuntariamente sus párpados se abrieron al destello de las luces ocultas hasta ahora.

nerosas, permíteme que bese tus heridas, también que pueda limpiar tus ofensas con mis lágrimas esparcidas en tu cuerpo! ¡Permíteme que robe tu calvario, que sea yo el que me nutra de tus noches de tormento! Deja, Malena, que sea mi cuerpo el que se estrelle sobre el gigantesco mar, para que tú... tú estés nuevamente en la gramilla verde de tréboles donde solías bailar de alegrías- eran ruegos un Jonás silencioso e impotente. Fue su última visión pero suficiente para viajar en paz.

Jonás presentía su regreso. Percibía que lo traían de ese reencuentro a la fuerza. Sabía que había sido desgarrado de las manos de Malena, que nuevamente se alejaba despidiendo su amante con la última lágrima que recorrería su mejilla. Lloraba perderla para siempre.

— ¡Vuelve! —advierde la enfermera encargada de controlar el primer movimiento positivo en el monitor, señalando con el dedo la marca sin quitar sus ojos del equipo de emergencia, como si la vida fuese la línea quebrada por un ritmo que custodia su sueño. Ignorando el deseo del moribundo la eficiente enfermera expresa su alegría porque ha recuperado una vida que dice presente: en líneas que danzan regularmente en una pantalla. Son las palabras del corazón las primeras que se recuperan pero carecen de significado. Pero...que culpa puede tener esa mujer que solo cumple con su trabajo rutinario ?. Cuantas veces ese mismo monitor marcó un silencio de muerte, destrozando sus anhelos por recuperar vidas ajenas ?.

— ¡Está latiendo!-, reitera exultante mirando la gráfica de los latidos en la pantalla del monitor que marcaba los primeros movimientos de vida. Ella se estremece; su cuerpo encuentra una nueva excitación y queda atenta para reproducir el mensaje cuantas veces sea necesaria. No siente cansancio, está tensa, alerta y deseosa de que ese joven regrese a su mundo; sabe que nadie resucita, solamente regresan los que a mitad de camino se les interrumpe el viaje deseado. Este....era uno de ellos.

— Tranquilos, indica el médico mayor que está a cargo de la emergencia, aumentando el flujo de oxígeno y recolocando el catéter por una arteria del cuello, mientras entra silenciosamente hasta el mismo corazón. Aún no es nuestro, falta-. Y se coloca el estetoscopio, presuroso, para certificar la vida

— Verifiquen los signos vitales... Quiero una muestra de gases en sangre, vamos a sacarlo. Ahora sí estoy seguro de que lo traemos- manifiesta triunfante, recordando rápidamente los valores que deben certificar la posibilidad de revivir al moribundo; sabe que esos litros de oxígeno, introducidos por la cánula en la tráquea, oxigenaran un cerebro agonizante y los pulmones podrán intercambiar oxígeno por aire muerto, abandonado en los alvéolos colapsados, mientras Jonás se preguntaba :*¿Era el triunfo de la ciencia, Jonás? ¿Era el cruel destino de tu cuerpo? ¿Era el regreso no deseado e ignorado por esos hombres y mujeres que te rodeaban y festejaban exultantes el final de sus esfuerzos? Han ignorado tus pedidos silenciosos, Jonás. Han escuchado únicamente las voces de la emergencia y te regresan vencidos.*

Recuerda Jonás que había dejado de pintar después de ver cómo Juan de Dios su amigo abandonaba el mundo el día que nadie esperaba, asesinado por su culpa, con las mismas palabras con que Malena había sido atormentada. ¿Dónde se fue Jonás ?..... Llevaba Jonás el tormento de haber sido testigo de tanta maldad. Habían secado sus lágrimas. El dolor había atrapado al hombre y el hombre había abandonado al pintor. El dibujo último de Malena quedó en el suelo. El bastidor de Malena se llevó la historia completa. Jonás lograría finalmente, dejar otra vez a Malena. Este sueño despidió su pasado.

— ¡Jonás, despierta, Jonás! ¡Vuelve a este mundo de colores y música... y de canciones! ¡A este mundo de vida y risas, placeres y aire!- La enfermera que lo asistía le susurraba extasiada al oído, sin poder escuchar las palabras de protesta de ese hombre inmóvil

— ¡Vuelve, Jonás! Nunca será tarde; esperaste mucho tiempo. Ahora; el tiempo te espera.- Alguien le habla. Alguien le suplica. No puede identificar quién, porque sus ojos permanecen cerrados a ese mundo ajeno.

Jonás había caminado; había transitado los caminos de la incertidumbre; del abandono y el dolor. Acababa de tener un sueño que lo había traído nuevamente a la vida. Desgarrado con la ilusión de ver a Malena por última vez, recordó aquellos crepúsculos compartidos muchas veces en silencio.

Estaba inconsciente, alejado del mundo entre cables serpenteantes y sonidos de alarma. El respirador artificial, producía el pintoresco ruido del ffutt con esas gomas espiraladas similares a los acordeones, estaban programadas para manteniendo la respiración y facilitar entrada de oxígeno. En la sala de terapia todos duermen en un estado de indiferencia. Perdida su identidad se transformaban en cama 3, cama 7, todos sin nombre. Jonás era la cama 4 y desde su cuerpo partían cables que terminaban en aparatos cuya tecnología registraba la integridad de su vida. Nadie estaba allí totalmente vivo; todos tienden a prolongar la vida, Jonás también, sumergido en una inmensa y contagiosa paz acompañado de los *pip* de monitores y los *fffutt* de los respiradores.

Jonás se veía sentado sobre una gramilla mezuquina, en la punta de un risco dominando un paisaje imponente de mar, pródigo de olas encrespadas desparramadas al capricho de un movimiento constante. Las toninas y las ballenas nadaban a flor del agua, discutiendo sobre el tiempo, mientras los delfines discutían sobre la conveniencia de explorar las galaxias; de las puntas de las olas, nacían árboles naranjas que descolgaban animales similares a monos de agua, y repetía sus sueños hasta fijarlos. La espuma blanca que nacía de los choques contra las piedras incólumes del risco se transformaba en gotas mansas que salpicaban su cuerpo dándole una sensación placentera de frescura. Ese sueño húmedo era el agua con que lo bañaban diariamente en una tina

se convertía en cama de descanso, rodeado de figuras abominables.

— ¡Nos buscan..., Ester! Vienen por nosotras, decía la negra en medio de sus delirios. Sus visiones eran interrumpidas por paisajes paradisíacos; donde la serenidad de un lago turquesa reflejaba la majestuosidad de una montaña nevada o una construcción oculta que nacía entre el verde intenso de la costa y la arena blanca de la playa. “Cuando mis sueños son bellos es señal de muerte”, le había confesado semanas atrás, al despertar de uno de esos sueños en el Paraíso.

— ¡No vienen por nosotras! ¡Vienen por lo que ellos recuerdan!, le aseguraba Ester.

Retenían ambas, a pesar del tiempo, las imágenes de cientos de personas cargadas de odios y deseos de matar y de matarlas; portaban palos, sogas y cadenas de castigar en sus manos. Muchas veces amanecían con sus ojos abiertos, mirándose entre sí, tratando de no dormir para no separar sus cuerpos entrelazados de temor. En las noches de tempestad repercutían en sus estados anímicos los relámpagos; aparecían figuras sombrías de demonios con cuerpos rojos, manos desproporcionadas, uñas gigantes y cuernos filosos que brotaban en la frente. Ellas se defendían de las sombras de los cuerpos repugnantes repasando las bellas imágenes Ester había cargado con ellas en su rápida huida. No se cansaban de admirar: acuarelas y óleos de todos los hombres del pincel mágico que juegan entre la realidad y la fantasías de sus sueños; maestros que llevaron la ciencia del color y de la armonía al centro del bastidor, al capturar los colores en paisajes de otoño, donde la partida de la lluvia y el viento mueven los ocres que despiden las hojas cuando abonan la tierra; mientras los árboles de delgado tallo se agitan furiosos compitiendo para permanecer en la pintura, más frescos que sus propios años.

— ¡Mira la llegada de este otoño maravilloso! ¡Mira los colores ocres que alfombran los caminos! ¡Mira esas hojas violetas y naranjas con tornasoles del atardecer! pe-

— ¿Sabes, Soledad?, hoy te regalo estas violetas para que el aroma impregne tus fantasías, pero debes saber que esta flor también tiene un solo tiempo para ser pintada, primavera. Quiero decirte que sé esperar igual que tú-, le dijo Jonás convencido de que su estocada lograría conmovérla.

Soledad tomó en sus manos las flores, las llevó a su rostro para inhalar su perfume. No pudo dejar de suspirar al encontrar en su textura el mensaje de Jonás. Apretó el ramo de flores contra su pecho y supuso que abrazaba a un Jonás anhelante. Él sonrió; estaba seguro de que la pintaría. Soledad había sido vencida con tal sutileza que no se dio cuenta. En cuanto a Jonás, como ella lo había cuidado con tanto esmero, llegó a pensar que se había enamorado. Si bien su corazón estaba aún muy dañado y el recuerdo de Malena había congelado sus sentimientos, no le disgustaba la idea; sabía que no podría vivir sin el amor de una mujer. Eran ellas quienes nutrían su arte y hacían florecer sus ideas creativas. No podía dejar de plasmar en sus dibujos y sus pinturas las suaves curvas de una mujer; imaginaba siempre que el arte estaba en ellas; que sus rostros acompañaban la sensualidad de sus brazos, los movimientos de sus muslos y la simetría de sus senos.

“¡Ay, Jonás! —Se lamentaba muchas veces y se preguntaba en sus momentos de inspiración y pasión—: ¿Por qué sientes esta tremenda necesidad de amarlas? ¿Es un mandato divino? ¿Es Dios quién me condena? —y de inmediato se decía a sí mismo, tratando de entender—:

— ¡No saben cuánto sufro!, es una carga que llevaré de por vida, que no podré esquivar. ¿O será un llamado...? Será un mandato del Señor a quién debo obedecer?-, reflexionó. El Génesis, aclara perfectamente que las tentaciones de la carne viajan con el alma misma y penetran por la nariz, absorbidas luego en esa mucosa rosada llevando sensaciones directamente al cerebro para producir la respuesta adecuada.

— Es voluntad del señor... es la ley divina la que te lleva a la pureza que la misma Biblia o Talmud-, y proclamó la palabra amor.

La noche anterior, había tenido uno bello sueño. Aparecían mujeres tan perfectas como la vida. Unas, vestidas con un pequeño tul rojo que dejaba sus piernas y tobillos desnudos. Estaban recostadas sobre la gramilla fresca con la mano derecha elevada, de esa posición caían por encima de sus cabezas, un rosario de flores que se detenían mágicamente entre las piernas; como diciéndole al soñador “ven; este es el lugar mágico que te ofrezco”. Las otras mujeres danzaban vestidas de fiesta, envueltas de amor y cubiertas de caricias. Buscaban a Jonás; se aprovechaban de su debilidad. Lo consumían sin encontrar resistencia. Horas después, inmortalizaba en sus óleos las visiones. Los sueños terminaban en las mañanas. El amanecer derrumbaba fantasías. Jonás se enojaba, porque la luz del sol lo había despertado. Sin embargo, sabía que las mujeres existían y que lo esperaban en algún lugar. Esto le permitía nutrir su arte y despertar su imaginación.

Jonás miró con detenimiento a un hombre que habían internado hacía pocos días. Hasta esa mañana, él lo había ignorado. Estaba a tres camas de distancia. Se veía muy delgado y en estado de abandono. Jonás sabía algo de esto; lo había sufrido en carne propia. El paciente tenía la mirada perdida y a veces balbuceaba sonidos extraños. Nadie lo visitaba. En las noches, solía gritar lastimosamente con voz seca y tajante. Otras veces, peleaba con alguien. Su lenguaje no permitía identificar nombres ni lugares, sólo actitudes desconcertantes y aisladas. El rostro anguloso y pastoso; los brazos delgados, secos, lastimados y sus tobillos que asomaban en la parte inferior del camisolín le daban un aspecto ridículo y lastimoso.

— ¿Quién es?-, preguntó Jonás a Soledad señalándolo con su mentón cuando estaba atendiendo en su rutina diaria.

mas del infierno; pero que increíblemente se llevan el calor del cuerpo, imploró agonizante la sierva.

Se fue consumiendo como una hoja sin tallo; tan seca que el negro de su piel se transformó en blanco grisáceo. Entonces, Ester dejó de llamarle ‘mi negra’ para decirle ‘mi ceniza fiel’. Ella nunca había despedido de la vida a nadie; miraba asombrada como la juventud de esa mujer se iba arrugando empequeñeciendo su cuerpo antes deseado y codiciado por los hombres que la consideraban una reina de ébano. Hoy, era un racimo marchito. Pensó también que la juventud era una etapa fugaz en donde la eternidad irremediabilmente desaparecía y lamentó que su paso acelerado por ella le había impedido gozar de otras cosas que la vida ofrecía.

Quedaría Ester sola, perdida en esa espesa vegetación que había puesto el límite a la impiedad de sus verdugos. Vivía Ester con sus recuerdos, con sus angustias que se alejaban cada vez más. Comía las frutas silvestres y la carne de algunos animales de la selva que cazaba con armas rudimentarias inventadas por la necesidad de sobrevivir.

La belleza de Ester no había sufrido el paso del tiempo consagrado solamente a perdurar. Alcanzaba también a su ropa, producto de su imaginación y fantasía fomentadas por el diseño de modelos que solía regalar a las plantas, que ocupaban el sillón de los espectadores.

Había llegado desfalleciente junto a su sierva a ese lugar privilegiado por la naturaleza: las orillas de un río manso de aguas transparentes, que se salpicaba de espumas al chocar las piedras lisas y suaves que a su vez dejaban pasar los saltos de los peces en sus juegos crepusculares. Las dos primeras semanas, habían estado ambas mujeres tan unidas que nadie habría podido adivinar quién era quién, si no fuera por el color de la piel. Se estaban consumiendo en el abrazo del temor y del terror; abandonadas donde la maleza trenzaba la oscuridad de una selva impenetrable, en una hondonada que

aureola incolora, secando todas las plantas que existían a su alrededor hasta dejarlas marchitas y agonizantes.

— Bebe esta taza de agua; deja que tus labios agrietados de sed calmen las llagas que sangran, cuando los mueves para pedir el perdón que yo no puedo dar, le rogaba Ester a la moribunda bañada en sudor frío.

— Sí, Ester, estamos siendo castigadas por nuestras crueldades, por nuestros desaciertos, por nuestros actos de orgullo y arrogancia, decía la negra, con voz tenue.

La fiebre consumía su cuerpo, no sólo había perdido el líquido que daba lozanía a su piel, sino también su talla había ido disminuyendo lentamente hasta que se convirtió en una muñeca negra. Con ojeras moradas de sombras, los ojos incrustados en sus órbitas semejaban cráteres de volcanes apagados. Así se iba acabando, sin aviso; quedando más cerca de un monigote de trapo que de una persona.

— Prométeme, Ester, que encontrarás lo que haya quedado de Apolinario con vida; aunque sea su cuerpo, que tantas veces hemos gozado. Y le darás al menos un sano cariño en sus últimos años, desvariaba la sirvienta, intentando restaurar conductas, antes de la muerte. Y en su delirio, el ataque de bondad le devolvía su imagen bendecida con el perdón por su arrepentimiento, transportada en un carruaje de oro labrado por los orfebres del Paraíso, que emergía entre ángeles pequeños; mientras los cielos se iluminaban con seres alados, blancos como su conciencia, antiguamente oscura.

— Prometo que así lo haré; lo buscaré para reparar el daño que le hemos hecho-, aseguró Ester enternecida por la simpleza del pedido y su bondad desconocida.

— Pero no creas que la maldad nació sólo de nosotras; él fue un hombre cruel; también merece el sufrimiento >aclaró la negra justificando sus actos. -No importa el daño que nos hagan, lo que interesa es limpiar el nuestro. Ester, te lo pide esta moribunda que tiene estos temblores que convulsionan el alma como si fueran las lla-

— Un vagabundo, Jonás; un hombre que trajeron de las montañas; hombre sin nombre, sin habla, sin parientes, abandonado a su suerte en una sola mugre, que deberemos transformar en persona —respondió Soledad repitiendo mecánicamente las palabras registradas en el ingreso.

— Lo encontraron sentado en la sombra de unas piedras, delirando y comiendo raíces-, agregó Soledad terminando de acomodar la mesa de luz. Luego le contó que los extranjeros lo habían sorprendido flexionado, con su espalda pegada en la loza de una cueva, y que jugaba con pequeñas piedras en las manos recogidas seguramente del lecho del río. Había sobrevivido comiendo hormigas negras mezcladas con raíces secas y malolientes. Estaba perdido, ajeno a todo lo que lo rodeaba, aunque veía a quienes lo miraban con curiosidad. La piel grisácea, pegada a sus huesos flacos y largos le daba aspecto de momia. Había huellas de mordeduras que él mismo provocaba para vaciar las pústulas y los abscesos que florecían en su piel, las mordía, las vaciaba de pus que escupía y luego con su boca, soplabla en sus heridas inyectándole agua para lavar los lechos sangrantes

— Está desnutrido y no habla, creo que está loco-, opinó Soledad coincidiendo con lo que Jonás había sentido luego de haberlo observado esos días. Y agregó, al tiempo que tocaba con su mano la medalla de la Virgen de las Tachas Imposibles que colgaba de su cuello con el nombre Apolinario.

— ¿Apolinario?-, repitió Jonás asombrado. No recordaba un nombre parecido. Cruzó por su mente el recuerdo de Heráclito que había llevado su ciencia y su filosofía a la montaña para dejarse luego morir de hambre.

— ¿Y sabes qué?-, agregó Soledad parándose desafiante con las manos colocadas en la cintura y enfrentando al pintor que la miraba divertido y extasiado

— Estoy pensando en tu propuesta-. Y se fue sin decir más.

— ¡Genial, Soledad....nunca vas a arrepentirte!-, prometió Jonás entusiasmado. Había comprendido rápidamente a qué se refería. Tenían pendiente la pintura de su desnudo. Las imágenes de Julio Romero de Torres, uno de sus pintores preferidos, lo invadió. La muchacha no era andaluza, pero sin duda, su belleza podía compararse con la *Musa Gitana* y el *Retablo de amor*.

Soledad salió de la sala ágilmente como una gacela. Su andar lograba llamar la atención de los enfermos, los cautivaba. Diariamente su llegada en la mañana temprano iluminaba aquel espacio de aire viciado y también los internados. Cada uno de ellos tenía una excusa para llamarla. Ella reía, sabía que estaban todos a sus pies, aunque a veces tuviera que mostrarse molesta por los elogios a su anatomía. Pero, a solas se reía de ellos y aplaudía su belleza. No hay nada mejor para una mujer que sentirse deseada y admirada confesó meses más tarde a un Jonás que dormía a su lado.

Cuarenta y dos

“Vamos de la nada a la vida. De la vida a la muerte. Y de la muerte al misterio”.

León Felipe

Ester se había recluso en las campiñas nacidas en los valles y laderas de montañas ocultas por el denso follaje de su vegetación. En medio de la selva impávida, se instaló con sus escasas pertenencias en una minúscula cabaña abandonada. Huía de las venganzas y de los lazos de las horcas que un pueblo enardecido había impuesto a sus gobernantes. Algunos alcanzaron a huir; los más, colgaban ondulantes en las horcas públicas de las plazas como lección de una triste historia del poder. Ester había sido parte de esa estructura perversa conociendo las sombras intrigantes y las miserias humanas de quienes detentaban el poder político. Alcanzaron a huir pocas horas antes que la turba enardecida llegara al burdel donde ejercía una prostitución secreta, cubierta su identidad por una mascarilla de piel de víbora. Pocas pertenencias y algunos bolsos se transformaron en su equipaje; su sierva negra la acompañó hasta que la fiebre del paludismo minó su vida. Fue tan dramático el final, como el inicio de la enfermedad, que la llevó a los abismos del delirio; la fiebre salía de su cuerpo como una

*“Se que habitan los pozos...frías voces. Que son de un solo cuerpo o muchos cuerpos.
De un alma sola o de muchas almas”*

Rafael Alberti

— ¿Quién eres?-, preguntó Apolinario, tratando de identificar de dónde salía la voz, mientras miraba a un lugar y otro sin encontrar a nadie cerca de él. La voz seguía presente, monótona, seca, áspera; vomitando sentencias y deseando desgracias para ese hombre.

— ¿Dónde están, malditos?-, exclamaba vigilando los distintos rincones oscuros.

Las voces se alejaban cantando. Cientos de hombres y mujeres amenazantes, deseosas todas ellas de un dolor sin fin. Cantaban. Cantaban letras de odios postergados, de sueños aplastados. Cantaban letras de hambre, estrofas de miserias cargadas en sus espaldas por años. Apolinario no razonaba, no sentía. Apolinario estaba ausente..

Estaba parado, contemplando imágenes difusas, negras, con rostros descompuestos, con manos crispadas, con ojos inyectados de odio; y estaba solo, parado en el centro del recinto de ceremonias; al lado de una estaca que antes había sabido contener las fuerzas del potrillo sacrificado en ceremonia diabólica. La multitud que aparecía gritando y pidiendo venganza encontraba en él un esper-

pento ridículo, un cuerpo seco, ajado e inerte; un hombre reducido a la expresión de la nada, un hombre que sólo podía ver figuras manchadas de negro, lastimadas, agonizantes, sin rostros, sin formas que se desplazaban en el aire y tocaban la tierra sólo para el descanso de quienes viven viajando sin tiempo. Eran un espejismo cubierto de ropas sucias, vomitadas de pasiones y saturadas de excrementos fétidos. Se aproximaban estruendosos grupos armados y munidos de palos, armas y cuchillas filosas, paralizadas en el aire. “¿A quién van a ejecutar?”, preguntaba un manifestante ansioso de incorporarse a la violencia.

Avanzaban las sombras silenciosas en medio de la noche del suplicio. Llevaban encendidos los mismos cirios negros de otras ceremonias demoníacas; protegidos con las manos para que el viento no los apagara. Cantaban las sombras, coreaban el nombre del Señor de los Infernos. Habían regresado de los abismos del dolor, para hacer de Apolinario su sacrificio. Son los sobrevivientes de la masacre de la Hermandad que han regresado, que han descendido de los rincones del pasado, envueltos en misterios; son aquellos que reptaban por el suelo, agonizando heridos de muerte, marcados por los plomos que perforaron sus pieles sanas; eran los que se arrastraban dejando sus caminos de sangre cuando buscaban la ayuda que no llegaba; los que tumbaban las mesas, las sillas, los adornos y los canteros con flores cuando buscaban la salida del infierno al que habían sido condenados; son los que habían visto los movimientos siniestros de los cielos entregados a mover las nubes negras que presagiaban sus desgracias, a mover las copas de los árboles para descolgar las ilusiones. Los mismos que, desde el más allá, pidieron una justicia postergada mientras continuaban hundiéndose en el fango, en las ciénagas traicioneras y en el olvido.

El gran sacerdote erguido, orgulloso, sin túnica que cubriera su cuerpo desnudo, llevaba en su mano derecha una lanza de filosa punta. Cargaba en su hombro izquier-

de la camilla y reptaban por el patio evitando que un enfermero los aplastara con una pala. Luchaban por su vida. Apolinario fue internado en una pieza aislada.

— Mientras tenga gusanos, estará aislado, ordenó la enfermera.

Estuvo cerca de un mes despidiendo larvas y gusanos; recuperando la sed perdida y el hambre que lo había consumido. Afeitaron su cabeza y su barba, cuidaron sus llagas y sus escaras hasta que las cicatrices comenzaron a borrar las huellas del abandono. A pesar de los sahumerios encendidos, la habitación olía a carne podrida. El día que autorizaron el traslado a la sala general fue todo un festejo; por fin el personal que lo había cuidado se liberaba de ese cuerpo abyecto.

— To Gua Nardo... To Gua Nardo... To Gua Nardo..., repetía Apolinario en su viaje al pabellón. “Stro Suncaye Surabro”, parecía implorar.

Fue depositado en la cama de sábanas blancas, almidonadas y frescas; rápidamente lo vistieron con un camisolín verde, atado en su cuello. Colocaron en su mesa de luz la imagen del *Penitente*, que golpeándose con una piedra el pecho y mirando al crucifijo dice: “Señor, soy yo, San Jerónimo, el pecador que te pide perdón”. Apolinario no la vio; estaba envuelto en sus fantasías negras, pero percibió un extraño frío en la espalda. Esa imagen estaba bendecida. Él, no.

— Est uere surabro... est surabro uere..., repetía día y noche Apolinario, mirando sus dedos delgados, con la piel enguantada en sus huesos flacos y débiles. Las voces que le acompañaban en su inconsciencia, estaban atentas y no perdían ocasión de lastimar sus recuerdos.

les. El pueblo sabía de que en esa zona de piedras grises, pasaban cosas extrañas. Lozas de casi tres metros de largo encontradas en excavaciones, cubrían cadáveres de aborígenes y a veces encontraban restos de vajilla o flechas. En las noches esos mismos lugares eran zonas donde se producía una luz blanca incandescente, que provocaban a quienes la veían, trastornos de la visión. Es la “luz mala” la causante de ceguera temprana, habían diagnosticado los médicos.

- No sabemos....su apellido, pero tenemos el medallón de lata que dice ‘Apolinario’, agregó el antropólogo señalando el cuello del hombre y la placa que estaba reposando en su pecho

“Apolinario”, anotó la enfermera en la planilla y agregó: “es traído por dos hombres que dicen ser antropólogos y aseguran desconocer el apellido y domicilio Es un hombre de unos cincuenta a setenta años; una masa mugrienta y abandonada que habla un idioma que no comprendemos. Puedo afirmar a simple vista por la cantidad de gusanos y pus....que está podrido”.

— ¡Surabro suncaye to gua mardo stro...! gritaba Apolinario cuando el chorro de la manguera se incrustaba en las heridas abiertas de su cuerpo. Sin piedad, el agua a presión no solo hacía tambalear su espantosa humanidad, sinó que los orificios ocasionados por los gusanos eran penetrados con violencia, saliendo larvas y huevos redondos y blancos al suelo Los gusanos de las piernas se asomaron asustados por el líquido frío que había entrado en sus cavernas.

— ¡Está lleno de gusanos!, le avisaron a la enfermera.

— ¿Y qué otra cosa esperaban encontrar?, contestó ella.

Después de lavarlo con brocha, pincelaron con clorofor-
mo y yodo todo su cuerpo. Cuando el yodo comenzó a lamer sus heridas, los alaridos de Apolinario se hicieron sentir en todo el hospital. Eran gritos desgarradores. “¡Suncaye!”, gritaba; “¡Stro To Gua!”, vociferaba. Los gusanos huían despavoridos del cuerpo de ese hombre que había sido rescatado de una muerte segura. Caían

do un macho cabrío que protestaba su imposibilidad de escapar. Balaba; movía sus patas indefensas. No cesaba de pelear su libertad, aún sabiendo que sería prenda del sacrificio.

Se acercaban sombras negras al recinto. Tronaba el cielo. Los relámpagos fusilaban la oscuridad. Lloraban las nubes invisibles, caía el rayo clavando su filo en el árbol que moría quebrado, impotente ante esa descomunal energía. Subían las voces; los coros del lamento, hasta que, unificando las letras, anunciaron el inicio de la ceremonia.

Apolinario quedó solo, en el centro del recinto, cercano a la estaca que décadas atrás había contenido al potrillo que lo recibió desparramando sus vísceras. Rodearon las sombras al guerrero vencido; miraban su pobre figura atormentada e indefensa. Le quitaron su ropa; lo bañaron con emulsiones negras que patinaban en su piel. Grita Apolinario; grita por el perdón. Nadie lo escucha. Nadie contempla su lastimoso pedido. El coro aumenta sus clamores y las voces se cristalizan flotando en la suma de los cirios encendidos que iluminan el recinto. Las sombras escapan, se mueven, se retuercen y se confunden buscando una cuerda con la cual van a sujetar al condenado; mientras el Sacerdote atropella con su lanza, incrustando la punta en el pecho de Apolinario —quien revive la escena— como si el toro de Creta lo hubiese atravesado. Se abre su piel en el filo de la lanza.

Una figura negra, esbelta aproxima una vasija. Apolinario distingue, a pesar de su confusa situación, a la maga Circe, la sacerdotisa, la portadora del copón con sangre, mujer vampiro.

¿Quién es, Apolinario, la que roba tu esencia roja? — Preguntan las voces—. ¿Sabes qué harán con tu cuerpo, con tu sangre o con tu vida? ¿Lo sabes? ¿Piensas que esto es solo una parte de la ceremonia; o será el final? ¿Lo sabes? —interrogan las voces inquietas acompañando las dudas del hombre a sacrificar.

Ella bebía sangre. Humedecía su rostro y lo mostraba pintado de escarlata, mientras los ojos destilan luces blancas y rojas que cruzaban el recinto sagrado. Erizados por el rito y liberados de sus jaulas, los lobos negros descarnan los muslos de Apolinario, que esperaba vencer al coro con su grito de dolor. Descargaba el sacerdote al chivato y atravesaba con el acero filoso su garganta; una explosión de sangre cae lloviznando sobre el maltratado cuerpo de Apolinario; lo tiñó de rojo.

La sacerdotisa disputa la presa a los lobos, así como Aquiles reclamaba el botín a Agamenón. Esa frágil figura llena de odio ostentaba una fuerza maléfica suficiente para acabar con su cautivo. Con un enmarañado lenguaje se dirigió a él para anunciarle que después del dolor, habrá un vacío. La multitud seguía saturando el recinto con gritos, súplicas, mientras la sacerdotisa escarlata, tirando su túnica negra, se desnudaba y descubriendo su belleza que alcanzaba para ser Afrodita. Luego de mezclar la sangre de Apolinario con la del cabrío, se baña en ella despertando una mujer ardiente. Una braza rojiza de bellos ojos tan negros como el cabello que se extiende más allá de la cintura decide poseer a un Apolinario desfalleciente. Lo atrapa. Quitándole el alma que fluye por su boca, lo hace suyo y estalla el placer: la mirada perdida, quieta, extática se fija más allá de las galaxias y el cuerpo se contrae en un espasmo secreto que atormenta la cintura de Apolinario. Lo ahoga... Acaba de comulgar con el mismo demonio.

— *Llevan tu cuerpo, Apolinario, entre sus brazos, vencidos de placer, vuelan por encima de esa figura encapuchada que sigue orando en un idioma secreto. Son las enviadas de Azatanavof que se elevan sin conocer lo que es el dolor, con sus torsos desnudos*, murmuraban las voces.

Estallan las sombras, los relámpagos disfrutan su luz; los truenos rebotan en las nubes. El recinto está poseído, atrapado por el demonio que se ha nutrido de un alma más. Hay un enorme fuego sin calor; llamas que danzan

de que simulaba una alfombra prolija visitada por pájaros pequeños, alegres que comían desinteresados del peligro las pequeñas lombrices e insectos escondidos en las raíces.

— ¿Qué es esto?, preguntó la enfermera de la guardia, con cara de desprecio mirando ese hombre sucio, llagado y sangrante cubierto por una loneta vieja. El olor fétido atraía las moscas que ya lo rodeaban apoyándose en las partes descubiertas

— Parece ser un hombre, respondió uno de los antropólogos con sorna mientras bajaban al hombre y se cubrían con el pañuelo su nariz y la boca, espantando las moscas con sus manos

— Los hombres abandonados se parecen a las bestias-, afirmó la enfermera pidiéndoles que lo colocaran en la camilla y mirando al paciente nuevamente con desprecio insistió

— Sí, es una bestia, afirmó en voz alta

De inmediato llamó al personal de limpieza y ordenó que lo sacaran al patio y que limpiaran “esa cosa” con la manguera y detergente.

— ¿De dónde lo traen?, preguntó la mujer con la hoja de ingreso en la mano.

— De las montañas. Explicó el mayor de ellos luego de relatar cuales eran sus objetivos antropológicos de su visita y el lugar donde encontraron a ese hombre. Relató también que en el momento del descubrimiento notaron que la tierra mezclada con arena y pedregullo que lo rodeaba, había tenido movimientos extraños, como queriendo esconderse de la vista de los visitantes y en un momento dado cambió el color gris sucio, por un amarillo con negro destilando un brillo extraño y calentando aún más el ambiente. Esa situación duró minutos, regresando a su color natural al igual que la temperatura, y permitía que los antropólogos se acercasen a ese extraño ser.

— ¿Cómo se llama?, inquirió la enfermera prestando atención y poniendo en dudas el relato de los profesiona-

garon de un palo seco de unos dos metros. Así transportaron al hombre abandonado en ese desierto de rocas.

— Surabro yuncaye gua, repetía Apolinario envuelto en la loneta y colgado del palo, pegoteado de larvas aplastadas.

— *¡Eh Apolinario!, los cuatro pájaros que aprisionaron tu podio al vacío del universo están muy enojados de no llevar tu cuerpo envilecido, habitado por los gusanos que ya estaban a punto de consumir tu existencia. No olvides, Apolinario, que estás condenado. Los cuerpos de tus hermanos, a quienes les quitaste la vida, están esperándote aún, silenciosos y fríos, en la tinieblas del Infierno. No creas que hemos abandonado tu destino, Apolinario, te estamos siguiendo...siguiendo. Siguiendo,* coreaban las voces.

— Stro to mardo surabro suncaye gua, refunfuñaba Apolinario excitado y temeroso, rechazando el agua de la cantimplora que los antropólogos le acercaban a la boca.

Estos escuchaban los gritos incomprensibles de Apolinario sin inmutarse pues ya se habían acostumbrado. Sin embargo, debían taparse la nariz con un pañuelo para evitar el olor nauseabundo que destilaba la cercanía de su cuerpo. Durante el viaje, conversaron sobre este hombre: ¿de dónde había salido?, ¿quién sería en realidad?, ¿por qué estaría en ese estado de desnutrición y abandono? También, hablaron entusiasmados sobre cómo habían resistido los olores de la putrefacción los egipcios cuando trataban los cadáveres de los faraones para momificarlos. El caso de Tutankamón les llevó parte de ese camino. Tenían opiniones encontradas. “Las momias no tienen gusanos”, decía uno de ellos convencido. “Tutankamón tenía parásitos”, sostenía el otro justificando la ausencia de los gusanos y describiendo las ténias de más de dos metros que habían encontrado petrificadas en los intestinos de la momia. Por fin, llegaron al hospital, un Hospital pequeño, de techo de tejas rojas, con amplio jardín rodeado de naranjos y un césped ver-

entre las sombras sin quemarlas al son de una música extraña que ya no brota de sus gargantas.

Y se enciende Apolinario. Aparecen las batallas; surgen las imágenes guerreras de revanchas y lucha salvaje. Se muestran los cuerpos mutilados de cientos y de miles de hombres apilados en los campos, en las cloacas y en las tumbas. Pisa Apolinario sus cabezas sin importarle sus nombres; las aplasta. Y queda solo en esa batalla sin saber si la ganará; porque su bandera la tiene una mujer que no es Afrodita, pero que, envolviéndolo en la plenitud orgásmica, acabará por poseerlo. Y Apolinario se dice a sí mismo:

—“Espera, esta es tu batalla. La sacerdotisa que te ha secado, que se ha llevado tu alma, seguramente decidirá también tu suerte .

<*Somos Eurídicés, Apolinario. Somos las mujeres de los infiernos, las que te tenemos cautivo, enloquecido y paralizado. Somos las que esperamos que la música de Orfeo dome sus fieras, que nos impiden escapar del Infierno*-, corean las voces

— *Te hemos succionado cada gota de sangre, hemos descarnado tus piernas, nos hemos bañado con tus fluidos y matado tu honor. ¿Qué eres, Apolinario?, ¿Una masa ensangrentada, vacía y fría? Nada... no eres nada. Eres la Nada. Simplemente así: Nada,* anunciaban las voces presagiando

— *Tu condena será vivir en esa nada, por más que levantes tus manos sujetando el escudo del guerrero.*

Y una mujer levanta su bandera ensangrentada encima de los cadáveres; eleva el estandarte como si hubiese triunfado, demostrando que no hay batalla ganada sin bandera. Sus senos descubiertos y hermosos ondulan con cada grito, como olas mansas del mar y acompañan sus brazos que esparcían la fuerza de puños cerrados, tensos y potentes.

Apolinario volvía a caminar por las calles; los campos, las playas, los senderos y las montañas. Deambulaba vacío, perdiendo en cada paso los secretos de su alma.

Era un sonámbulo de la vida, una escoria desclasada, un retazo del tapiz de la historia. En las enormes y solitarias playas, dejaba sus huellas sobre la arena cálida que, como no soportaba ser deformada, acudía a las caricias del mar para borrarlas. Y ese mar y las arenas blancas le prohibieron que volviera por allí por poner en riesgo aquella vida de libertad

—*Eres un hombre sin destino, condenado a deambular como el leproso de las montañas que esconde sus muñones de la luz. Has quedado sin razón, sin mirada, sin pensamientos, sin sensaciones. Estás como en tu primer día de vida, luego de aquella ceremonia satánica donde te robaron el alma y te quitaron la voluntad. Te robaron la vida lujuriosa y te abandonaron en las cloacas donde navegas sin rumbo*—murmuran las voces y le ordenan—: *Camina Apolinario; camina por esos senderos abandonados. Camina por esos desiertos sin agua, sin alimentos que nutran tu decadencia. Camina por esas huellas donde la gramilla ni siquiera crece, donde las grietas del camino parten la tierra. Camina Apolinario; no dejes nunca de hacerlo. Este es tu destino: llevar la nada a todos, para que nadie te siga, para que te ignoren, aun en medio de tu dolor que crece, Y callan las voces*

Apolinario alejado de la ciudad, del mar, de la selva que lo cobijó en su juventud iba deambulando sin rumbo, sin razón; recorriendo senderos sin nombres, mirando sin reconocer, escuchando sin comprender, hablando sin palabras. Iba bajo las sombras de la noche, el esperpento, el mendigo, y el fantasma con una vida terrenal usurpada.

Allí lo encontraron tirado debajo de una inmensa piedra gris, en medio de la montaña rocosa, escondiéndose del sol abrasivo que ya había desollado su piel. Algunas heridas de sus muslos habían cicatrizado deformando las piernas. El cabello era una maleza sucia. Sus ropas rasgadas eran recuerdo de las hilachas del género que, alguna vez, habría cubierto este deteriorado cuerpo. Se

veía como un esqueleto con vida, cuyos huesos no podían escapar porque su piel aún los aprisionaba. Con sus encías sangrantes y la barba abandonada al crecimiento, balbuceaban voces ininteligibles y palabras fragmentadas; mientras jugaba con sus manos, moviendo los dedos como si contara los días o los años de abandono. Y enseguida, sus ojos vacíos de vida miraban siempre a un más allá; a un rincón que nadie percibía.

—Stro to marado surabro.suncaye-, balbuceó, Maxuntosa gua yomi estuere.

—¿Quién eres? ¡Mírame! ¿Quién eres?, le preguntó uno de los caminantes, asombrado.

—Stro to marado, repitió Apolinario sin mirarlo.

—¿De dónde vienes?, quiso saber el otro hombre.

—Surabro suncaye gua, replicó mirando sus dedos que tecleaban.

—Tiene un medallón colgando de su cuello, advirtió el que más se le había acercado.

—¿Qué dice?, El hombre se aproximó aún más a Apolinario para leer en la medalla de lata.

—Apolinario, leyó en voz alta.

—Est uere surabro, repitió sin moverse, ignorando a los excursionistas que solo atinaban a mirarlo.

En realidad, se trataba de dos antropólogos. Estaban buscando unas cuevas que escondían secretos en sus pinturas rupestres que se encendían en las tardes nubladas. Sus mapas indicaban que las cavernas mágicas quedaban muy cerca de ahí. Sin embargo, cuando uno de ellos se dio cuenta de que los pies de Apolinario estaban llagados y sangrantes. Gusanos blanquecinos se escondían en las pequeñas aberturas a lo largo de sus talones y su pierna preocupada dijo:

—Es una miasis .

—¿Qué es eso?, preguntó el amigo.

—Larvas de moscas. Miles de ellas se multiplicaban en sus heridas.. Envolvieron el cuerpo en una loneta anillada, sujetaron dos cuerdas en sus extremos y la col-

— Esas damas no se prestarían a ser pintadas desnudas, le comentó a Jonás más tarde, cuando retomaron el tema del desnudo artístico.

En realidad, se enteró de que todas ellas se habían apropiado de los cuerpos de las queridas de sus esposos. Era una forma de vengar su humillación, incorporar la belleza de las favoritas a sus rostros.

— Explícame mejor, Jonás — requirió Soledad, atenta a los ejemplos.

Que los esposos tenían amantes no era desconocido por las señoras de buen pasar que se hacían las distraídas. Sin embargo, algunas que mantenían su vanidad intacta encontraron la forma de perpetuarse ante sus maridos al hacer de esas pinturas dos recuerdos: el rostro de ella, atento, elegante, cuidado; y el cuerpo voluptuoso de la amante, deseado y codiciado. De esta manera lograban dos objetivos: robar el cuerpo del deseo y colocarle sus rostros delicadamente trabajados. Lo mismo acontecía con las esculturas, que también cotizaban el orgullo. Las damas más osadas inmortalizaron de esta manera, una combinación perfecta: En cambio otras, las más pudorosas pero renuentes a acoplarse a sus enemigas, prefirieron esconder el rostro, dejando que el pintor o el escultor pintara o cincelase sus cuerpos, de los cuales ellas se sentían orgullosas. Así nacieron las pinturas de Ingres como *La bañista de Valpinzon* y *La pequeña bañista*; o *La mujer del desconsuelo* de Limona, y te diría que *Venus implorando a Adonis* de Tiziano está en la misma tónica.

—Y si quieres más perfección para ocultarse, el ejemplo de Degas en *Entrando al baño*, lograba representar un desnudo de espaldas, que gracias a esa postura alcanza sensualidad perfecta sin mostrar el rostro.

Con esas explicaciones, Soledad se quedó pensando que ella no le prestaría el cuerpo a una doncella:

— Mi cuerpo y mi rostro son indivisibles—. Miró a Jonás convencida de haber comprendido lo que el arte a veces no explica y se retiró..

día Ester a la negra, conmovida con su agonía. El otoño es a veces nostalgia; pero también, belleza, sugería Ester sollozando.

— No puedo ver, Ester; mis ojos oscurecen de grises los paisajes que tú puedes admirar, dijo la negra abriendo sus párpados en busca del color perdido

— Hasta los cantos de esos bellos pájaros que se disputan el amanecer, se han alejado de mis oídos; sólo escucho el susurro de una muerte inminente, acabó lamentándose con dificultad, invadida nuevamente por la fiebre que le producía temblores en todo su cuerpo.

— La muerte solo posterga la belleza; opaca la vida hasta que llegamos a ella, afirmaba Ester, buscando una excusa para tratar de consolarla, de minimizar su situación

— Habría que tirarle rosas amarillas y también rosas rojas que esperan que alguien las admire en sus majestuosas figuras y colores, y también que pueda quitarles el perfume que las envuelve.

Mientras estas mujeres, impactadas con una luz de vela o con el candil de una noche lejana, dejaban que la vista fijara sus propias historias; las voces silenciosas que ellas apesadumbradas escuchaban fijaban igualmente las historias de jóvenes hechas mujeres en los caminos de la vida, caminos de magnificencia, de inmensidad divina; de extensiones que no admitían cálculos entre llanura o montaña.

Ignorando las nubes que envolvían a la naturaleza con sus caseríos atrapados en los cañadones del sumidero, Ester y la negra transitaban en sus mulares los senderos del exilio. ¿Quién diría hoy que esta muchacha campesina había sido la aristócrata y la orgullosa dama del antifaz, entregada a una vida disipada?

Gigantes de piedra biselada escondían sonidos de aves que habitaban el espacio cantando en las laderas Y allí; por el fondo del abismo, pasaba el río tempestuoso, rugiente y fresco, de aguas enfurecidas de tanto recorrido y poco descanso; aguas furiosas, contrastando con las

aguas mansas del llano que permitían a los mulares, que tiraban de los carros indiferentes al tiempo, reposar sus cascos recalentados de golpear las piedras abandonadas en el camino por el andar de los peregrinos perdidos en los senderos, cargados de alforjas con alimentos para el largo trayecto hacia un destino desconocido.

— Te pondré estos paños de agua de manantial fresca para bajar tu fiebre. Te pondré estas hojas verdes y húmedas de la selva, para que absorban tus dolores que te invaden sin anunciar tregua, consolaba Ester, llevando el género embebido de agua y hojas.

— Sea, Ester. Colócalas, si crees que con eso mejorará este padecimiento— asentía la negra dejando que el líquido resbalase por su piel encendida, mientras recordaba los baños en la cascada con sus amigas, cuando jugueteaban desnudas en las orillas del agua burlándose del tiempo, esperando que los rayos del sol envolvieran sus cuerpos vírgenes.

Aparecieron selvas de frondosa vegetación; magníficas playas de una civilización que sólo permitía enterrar los pies descalzos en sus arenas doradas y blancas. Eran habitadas por pescadores que, con la admirable maestría de sus movimientos, recogían redes y atrapaban los peces que, aún cuando se habían negado a salir de las profundidades del mar transparente y a pesar de su lucha por escapar de las redes que impedían su regreso, quedaban desprotegidos frente a la fuerza de la marea. Esas redes tejidas en la luz de un candil sometían los misterios de los mares.

— Podemos llegar a esa aldea, mi negra, sugería Ester a la moribunda, mirando el camino, un sendero custodiado por árboles y piedras que ofrecía el caserío de pescadores

— Tal vez ellos tengan algunas medicinas que puedan mejorarte, afirmó, asustada por el estado de su compañera sudorosa, pálida y con ojeras marcadas como el final de su vida.

“Soy naturalmente poeta porque soy la verdad hablando por error”

Fernando Pessoa

Soledad estaba segura que en la vida, no hay casualidades y que el encuentro con Jonás tenía algo más que un futuro. Su amistad la reconfortaba. Le dio la razón a Jonás cuando discutieron sobre los desnudos y se convenció de que su turbación, pertenecía a una etapa superada. Si bien en los primeros días había sentido vergüenza, ahora la costumbre de desnudarse adelante de Jonás le resultaba placentera y la pintura que guardaba en su casa reflejaba fielmente su belleza.

En la biblioteca, hojeando libros de arte, había comprobado que la teoría de Jonás era relativamente cierta. Los rostros de las mujeres pintados en el Renacimiento parecían no pertenecer a esos esbeltos y sensuales cuerpos. Miraba las reproducciones de Velázquez y se imaginaba que esas señoras de la aristocracia bien podrían haber sugerido al pintor la inmediata incorporación de su rostro a los cuerpos de jóvenes mujeres.

Imaginar a doña María de Austria, a Juana Pacheco o a doña Antonia de Ipeñarrieta en esas poses le causó risa; estaba segura de que ninguna de ellas había posado.

sin control con las sogas buscando cuellos desnudos y la imagen de un hombre con capelina negra que se perdía entre las sombras. Despertó sobresaltada, sudando y temerosa. Vio aparecer de la nada, un pájaro oscuro con alas majestuosas y dos patas con garras afiladas que se escondían en el plumaje durante el vuelo. Dibujaba figuras en el cielo azul, trazando círculos caprichosos.

Ester no pudo contenerse, comenzó a correr hacia el ave que ahora descansaba en un poste seco que alguna vez habría conducido cables del telégrafo. La emoción de ver nuevamente el ave se sumaba a la agitación por correr hacia el lugar donde la estaba esperando. Ella sabía que era la señal esperada. Presumía era el nexo entre pasado y el futuro. Ese animal alado destellaba una luz anaranjada desde sus ojos inquietos dirigidos hacia Ester.

— ¡Atos!, exclamó emocionada, a pocos metros de él, apoyada en una roca

— Atos..., ¿eres tú?, preguntó mientras se acercaba al ave que no se inmutaba y persistía en su mirada fija con destellos de colores

— ¡Atos!, ¡mi Atos!—, balbuceaba Ester angustiada, llorando frente al enorme pájaro negro; similar al cuervo transformado cuando Artemisa mata a Coronis por culpa de esa ave que fué la mensajera de su desgracia.

El ave negra, orgullosamente majestuosa, se dejó acariciar. Segundos después voló.

— Llevo mi enfermedad dentro de mi sangre, Ester. Estos parásitos consumen mi energía, debilitan mi cuerpo y le han quitado su color, ya es tarde Ester. Deja que las cosas sucedan, pedía la negra en voz baja, vencida por la fiebre y la sed que se acrecentaba.

— ¡Estamos tan cerca del mar!... quizás allí mejores, razonaba Ester que no admitía ser testigo impotente de una muerte segura.

A pocos cientos de metros, hombres y mujeres de pieles doradas curtidas, secas, duras como los cueros de titanes sometidos a las luchas por la supervivencia de los relatos míticos, mantenían vigentes sus rutinas, ignorando el progreso. No lejos de ellos; en medio del oleaje jocoso del mar, las aves sobrevolaban cómplices en las aguas que las atrapaban y tiraban una y otra vez sobre las playas burbujeantes de almejas que se enterraban, con la rapidez del oleaje.

Esa espuma tan blanca le sirvió al artista para cubrir la belleza de sus mujeres, luego de un trabajo agotador que premió sus canastas entregadas a la recolección de peces y después de vaciar los cántaros de fino horneado, de agua dulce y fresca para mitigar el calor ; cántaros que descansaban encimados en un canasto de mimbre trenzado. Las mujeres se mantenían sentadas esperando que el pintor dibujara en sus ojos una mirada serena y sensual; o la textura suave, impaciente de la piel bronceada que contrastaba con sus cabellos renegridos en la noche y ensortijados al cielo. Buscaban ellas la majestuosidad de los volcanes; y cerca, las flores blancas y amarillas que caían al suelo cálido de una interminable playa.

— El mar, Ester, entrega su humedad contagiosa. El aire le dará vida a esta piel reseca...; sí, Ester, llévame aunque sea para ver caer el sol en un horizonte que ya no tengo > pidió la sierva sabiendo que ya no sería posible cumplir su deseo.

— Te llevaré > prometió Ester mirando los médanos que se poblaban de sombras en el atardecer. Y la invadió una nostalgia convertida en desazón

— Lo prometo. Estaré contigo, dijo, mientras observaba caminando por la playa, los pescadores que regresaban de sus tareas.

En las tierras sedientas, cubiertas de arenales y piedras cortadas por el filo del tiempo, caminaban mujeres con cántaros en sus cabezas modelando los contornos que rodeaban el paisaje agreste; conduciendo procesiones que sólo la fe podía guiar hacia los mismos lugares de las plegarias, iluminando pasillos solitarios.

Todos los anhelos se traducían en una sola palabra: vida; que descendía del más allá encontrando en ellos el eco, la traducción de voces que se elevaban al unísono igual que las ramas elevadas que, protegidas en carpas naturales, apuntaban al cielo; o las campanas que vigilaban la tranquilidad de los poblados, la curiosa mirada de aves posadas en los jardines, con flores en sus picos.

— ¿Quiénes caminan, Ester?, preguntó la negra impedida ya de ver.

— Familias de pescadores que regresan de los poblados ¿Escuchas?, cantan, dijo Ester.

A pesar del cansancio y las miserias, cantaban ignorando sus carencias eternas. Entonces, se podía escuchar la música vibrante del tambor y el ritmo que marcaba al son del clarinete; e imaginar a bajistas cuyos acordes dejaban brotar una música melodiosa de quejidos milenarios; que golpeaban ladrillones y convertían el piso en una orquesta improvisada.

— ¿No es fantástico, Negra?, comentó Ester

Cómo podrían olvidar la solemnidad del año los humildes habitantes sentados a la espera de la venta de pescados del mar y de vegetales extraídos de la tierra, bajo la sombra de vistosos sombreros hilados y de pañuelos coloridos que cubrían sus frentes de un implacable sol. Las oraciones dedicadas al mar crecían frescas como el mismo océano.

a su memoria la inmensa casa paterna, el jardín exageradamente perfecto, los jazmines que inundaban de aroma las ventanas, los geranios y las lilas que terminaban de pincelar el paisaje. Se angustió al recordar su compañera negra que había dejado en el camino. Fue entonces cuando se sintió segura de emprender nuevamente una vida distinta. Se convenció de que su vida en el burdel y la clientela cada vez más generosa por sus favores, habían terminado para siempre. Es más ; había enterrado junto al cuerpo debilitado de la sierva, el antifaz de género negro que usaba en aquellas noches de misteriosos encuentros rentados. Sólo había quedado en el bolso el antifaz de piel de serpiente, aceptado como prueba de una unión matrimonial consentida.

El camino estaba cercado con alambrados que dividían los campos cultivados con trigo y con alfalfa. El verde contrastaba con la rutina gris de los médanos que rodeaban viviendas de pescadores. Sin embargo, cada paisaje tenía una magia; una música distintiva. Sabía que extrañaría ese lugar y esos mudos acompañantes de su recuperación.

El camino solitario, sumado al calor, se presentaba como su verdugo. El agua de la cantimplora improvisada obligaba a racionar la incertidumbre del tiempo. ¿Cuántas horas estaría en la ruta? No lo sabía. Llevaba más de seis horas de espera. Su cantimplora se había secado. El sol quemaba la piel, las chicharras protestaban sequía y el calor insoportable la invadía. Ester confundía la cinta asfáltica con la superficie serena de una laguna en calma. En el horizonte las imágenes se desdoblaban en una danza repetida. Se quedó dormida a la vera del camino, agotada en sus fuerzas y con sus labios secos y partidos. El sol golpeaba su rostro y los sueños mezclaban el pasado habitando el burdel donde su cuerpo ofrecía los placeres. Las máscaras que cubrían su identidad, las imágenes de las brujas muertas por orden de un cruel dictador, la sacerdotisa pintada de escarlata rugiendo con voz sepulcral la venganza, el temor por su vida, las hordas

cumplir. No podía quedar encerrada en ese lugar. Fue cuando planeó su futuro; un domingo, en sobremesa, aprovechó el descanso para anunciar su partida. El anuncio no fue fácil, comenzó tratando que sus palabras no se consideraran un gesto de ingratitud; pero aseguró que debía continuar su camino.

Continuó explicándoles que su vida tenía que seguir el rumbo que a su entender ya había sido trazado. Ester abrió su corazón a esos dos ancianos que sólo escuchaban. Comentó, a modo de confidencia los últimos días de la negra, y la promesa que tenía inexorablemente que cumplir. Ellos la miraban con una complacencia infinita. Habían llegado a encariñarse con esta joven desbordante de vida, de canto y de fantasías que les contaba en noches de sobremesa. Sabía Ester que era una familia solitaria y que en algún momento de su vida, habrían deseado tener una hija.

El Silencio fue la única repuesta a lo que Ester había desarrollado durante casi una hora de relato. Pero no se sorprendió. El silencio era un hábito familiar.

Ester partió efectivamente a los diez días. Llevaba un bolso con comida que la mujer del pescador había colocado ordenadamente. También llevaba ropa confeccionada con vestidos antiguos que había logrado modificar. Se despidió con un abrazo y se fue caminando compungida con el bolso buscando el camino asfaltado, distante a diez kilómetros de la vivienda. Estaba turbada, le parecía haber detectado un brillo en los ojos de sus circunstanciales protectores, la anciana simulando que se quitaba una arenilla del ojo ocultaba en realidad lágrimas secadas con un pañuelo que siempre llevaba en su mano derecha. Esa vida no admitía lágrimas, tampoco dolor. Ester se conmovió.

Los rayos del sol acompañaban el inicio de una mañana fresca, más tarde el calor sería insoportable. Ester calculaba dos horas de caminata rápida hasta la ruta, donde algún vehículo se apiadaría de su soledad. Iba en silencio recordando sus historias y también su caída. Traía

Ester, señalando las playas serenas, lamidas por espumas y olas interrumpidas con las redes del pescador que al recogerlas del mar, arrastraban cientos de peces que chapoteando protestaban la limitación de sus movimientos, suplicaba:

— Son aldeas de paz, nadie nos hará daño, podemos intentarlo. No llesves la desgracia a quienes no la merecen. Permíteles que vivan su felicidad sin nuestras desgracias...,— dijo Ester a la negra entregada ahora a su destino

— Y déjame esas flores silvestres sobre mi cuerpo para vestirme de primavera cuando sea la hora de mi partida, en ese momento cubre de pétalos también mi rostro. ¿Qué poeta podría escribir sobre flores silvestres o sobre el mismo cosmos con los colores amarillos y naranjas surgido de aquellos lugares como una lluvia de letras, perpetuando esos rincones en la vida eterna?

Quién sería capaz de descubrir qué es más poderoso: las cúpulas de las iglesias, o los peñascos que trepan al cielo envueltos en nubes de tormentas y llegan al infinito? Nadie. Todos quedarían sin palabras, sin movimientos; sin poder expresar más que gratitud a la veracidad de la naturaleza que se humedecía salpicando los cuerpos con aguas de sueño escondido entre arenas finas de playa.

¿Podrían caer atrapadas en ese paisaje majestuoso, imponente, impaciente, que las convertiría de pronto en pequeñas observadoras de la naturaleza? Las aldeas se escondían de los curiosos. Evitaban ser descubiertas por extraños.

Ester llevó a su negra a los arenales blancos que cerraban la entrada al mar. Fabricó un asiento, cavando en la arena, donde acomodó el cuerpo y colocó un rollo de ropas de la anciana en la nuca para asentar su cabeza. Así podría mirar cómo aquel sol abrasivo se convertía en una luna anaranjada, perfecta, que caía lentamente donde el agua del mar mojaba el horizonte. Aquel atardecer, aquella caída de sol era tan majestuosa que arrancaba suspiros a ambas mujeres, extasiadas frente a tanta be-

lleza, en el final de un camino esperado. Ambas sabían que, cuando el filo del sol se escondiera, la noche enfriaría sus sueños. Una de ellas, habría de partir.

El alma de la negra consagrada al atardecer dejaba que las últimas luces del día alcanzaran a abrazar su cuerpo multicolor. Tendió sus brazos y sus palmas acariciaron el cielo. Abrió sus manos lentamente, mientras sus párpados cerraban sus ojos a la tenue luz que se apagaba, para entregarse en una noche serena.

Ester cubrió el rostro calmo con pétalos rojos y amarillos, aspirando su fragancia en medio de un dolor desmedido. Arrulló el vacío. Cantó suavemente la letra de una despedida a quien había acompañado durante tantos años sus caprichos. Los pétalos cobraron forma en una gigantesca flor abierta y generosa, llevando a la negra sobre la bruma de un mar domado; para desaparecer justo en el momento en que la luna asomaba exuberante de brillo sobre aquel atardecer olvidado.

Ester estuvo toda la noche sentada en la playa solitaria; buscando en cada recuerdo la sonrisa de la negra, su generosidad inmensurable y las palabras de consuelo que solía darle en sus momentos de dolor. Dejó que su corazón se abriera por primera vez y avanzó lentamente sobre la arena húmeda buscando el agua fresca de un mar dispuesto a bautizarla. Caminó hasta que una pequeña y mansa ola barrió las lágrimas de su rostro. Permitió, entonces, que su cuerpo flotara sin destino hasta su regreso a la playa donde se quedó dormida, cubierta de una luna cálida que se apoderó de su sueño. Así la encontraron en la mañana brumosa y húmeda: quieta, fría, pero viva. La llevaron a una humilde choza donde un viejo pescador la albergó cubriéndola con estrellas de mar.

recién amasado. Con una cuchara de bronce, le acercaba el alimento que Ester recibía gustosa. Al fin, no preguntó más; se limitó a seguir las indicaciones de la mujer silenciosa. La anciana no la miraba a los ojos; sólo de vez en cuando la observaba de lejos.

<¿Qué edad tendría?>, pensaba Ester al ver el rostro de la mujer cubierto de profundos surcos sobre una piel gruesa, curtida por el sol y las inclemencias del tiempo. Calculó que podría llegar a los cien años... aunque su pelo gris y su boca desdentada le añadían años al tiempo vivido. Sus manos pequeñas, manchadas y delgadas la cubrían de una fragilidad especial.

El pescador llegaba al atardecer con sus bolsas de pescados frescos. Junto con su mujer lo despinaban y preparaban para llevar al mercado sin cruzar una sola palabra, como si el silencio fuese el nexo de la convivencia. Era la rutina diaria que compartían en silencio apenas interrumpido para comentar las características de los pescados que les llamaban la atención, como aquel calamar gigante de Humboldt, de poco más de veinte kilos, que casi rompe la frágil red del hombre de mar. Filetearon una parte para su propio consumo, el resto iba a la venta. Estaban satisfechos de su tarea.

Ester no tardó en adaptarse a la vida de la pareja de pescadores. Pocos días después se integró a las tareas domésticas ayudando a la mujer anciana que resultó ser una buena persona. Lavaba la ropa, barría la choza y ayudaba a tejer nuevas redes hechas con fibras vegetales cuidadosamente seleccionadas en la selva. En las mañanas, acudía a la playa y se bañaba gustosa, sumergida en las olas que acariciaban su cuerpo libre. El alimento y el sol hicieron de Ester una mujer sana. Había recuperado su belleza y también su dignidad. La piel bronceada protegía su cuerpo de los rayos del sol. Ester no podía quejarse. Estaba viva, sana y cuidada por esos dos ancianos a los que había comenzado a tenerles un afecto especial. Pero, su vida transcurría en una rutina que comenzó a inquietarla; pues tenía una promesa que

ducto de la ingesta del Peyolt. Los amuletos que cargaba en su cuerpo eran de huesos de animales, todos fosforescentes que ayudaban a espantar los espíritus malignos que aseguraba el Machi, le había detectado a esa mujer. La ceremonia terminó cuando el médico quedó agotado, delirando a los pies de Ester mordiendo sus dedos. Los pescadores observaban en silencio.

— Si se alimenta, vivirá, afirmaba la mujer del pescador, envidiando la belleza de la desconocida. Se preguntaba si no sería una mujer nacida en el mar y traída a la playa por los dioses para mejorar su vida miserable. Eran dos, razonaba; una blanca y una negra; sin embargo la negra ya no estaba, a pesar de que ellos la habían visto antes. Los pescadores detectaron la presencia de Ester y de su compañera hacía varios meses, cuando ellas incursionaban esporádicamente las playas y se refugiaban luego en la vegetación de la selva, siempre alejadas de las aldeas, de la gente y siempre solas. Eran extrañas para todos. “Son las locas del cielo”, decían los ancianos recordando leyendas que anunciaban aparición de dos mujeres de distinto color, nacidas en la profundidad del mar y criadas en la selva. Ellas traerían dicha y fortuna al lugar; pero estaba establecido que sólo una de ellas sobreviviría al recuperar sus fuerzas.

La mujer del pescador retiró las estrellas de mar blancas antes, grises ahora por haber absorbido la inconsciencia, cuando Ester abrió sus ojos y articuló sus primeras palabras.

— ¿Dónde estoy?, preguntó Ester mientras miraba a su alrededor en el interior de la cabaña, desconociendo ropa colgada, y las estrellas de mar a su lado, las redes de pescador estaban suspendidas de un extremo otro a lo largo de la habitación y a esa mujer extraña que, casi pegada a ella, la observaba.

— ¿Quién eres?, preguntó a la anciana que permanecía inmóvil a su lado.

La mujer del pescador no respondió, pero atinó a traerle un caldo de tiburón con verduras y un pedazo de pan

“La eternidad no se mide por su duración, sino por la intensidad con que se vive. En el amor. En una obra de arte. En un proyecto devorador”

Vergileo Ferreira

— ¡No te muevas, Soledad!, imploraba Jonás a la modelo improvisada que se mantenía de pie con su cabellera al viento, su mano izquierda asentada en la roca oscura de minerales y con el otro brazo cruzado sobre el pecho permitiendo que la mano contuviera el seno izquierdo. Esa imagen blanca de sutiles curvas, contrastaba con el acantilado que custodiaba un mar tranquilo. Las rocas absorbían los ocres de la tarde que había sido para Jonás una perfección, por haber descubierto la belleza de Soledad.

— No pretendas convertirme en piedra Jonás. No lo soy, aseguró Soledad moviéndose, estirando sus brazos y dando algunos pasos suaves. Ella hacía de su desnudez un homenaje al pintor concentrado sólo en el arte, pero ella también descubría el hombre.

— ¡Nunca podrías ser una piedra, Soledad! Eres demasiado mujer para ser tan dura, contestó apresurado Jonás, mientras continuaba dibujando el cuerpo desnudo de Soledad recostada en la punta del risco que cortaba las olas del mar y elevaba su imagen al cielo, defi-

niendo con claridad sus curvas suaves, llevadas por el tiempo a su perfección a pesar de sus treinta años.

— Mira Soledad; te contaré sobre algunas de las pinturas más bellas de mujeres desnudas que pasaron a la inmortalidad, para que veas que vale la pena. ¿Quién no te dice que seas tú la que en años más te vuelvas famosa?, continuó Jonás.

— ¿Cómo quién?, no me digas que como *La maja desnuda*, preguntó curiosa Soledad.

— ¿Majas Soledad?... Muchas. Yo diría que eres más llamativa que la maja de aquel clásico de Goya o tal vez su capricho. Nada te comento de sus similares como la Venus de Velázquez o la de Tiziano. Pero siempre me he preguntado si el rostro pintado con tanta perfección pertenece realmente al cuerpo de esas mujeres > reflexionaba Jonás, mientras retocaba los trazos de su dibujo.

— ¿No será que esas figuras sensuales han sido prestadas a aquellos rostros que bien podrían ser de duquesas o de mujeres que deseaban pasar a la historia?, razonó Jonás en voz alta

— ¿No cambiarás mi rostro, Jonás?, preguntó Soledad, intrigada.

— ¡No!... Serás una mujer íntegra; ya verás, apuntaba Jonás entusiasmado, había logrado llevar a esa mujer a un grado de perfección que asombraba a los dos cada vez que admiraban la tela pintada.

— ¿Sabes, Soledad, cuántas fogatas se han hecho con las obras de arte y pinturas que la Inquisición había prohibido en nombre del Señor?, preguntaba Jonás, al tiempo que pintaba y recordaba esa lamentable etapa de la historia del arte

¡No! Ni te lo imaginas, afirmó furioso al pensar cuántas de ellas habrían sido eliminadas, quemadas, tajadas o manchadas

— También, la Iglesia, en nombre de Dios, blanqueaba los rostros de las pinturas del Renacimiento para evitar que fuesen reconocidos. La Inquisición, veía amenazas

“La belleza pertenece a la imaginación y la imaginación es una forma de poseer lo que no se posee. La belleza escapa a nuestro dominio”

Vergileo Ferreira

Ester había dormido casi cuarenta y ocho horas seguidas. El dolor y el agotamiento presentes luego de la muerte de su sierva habían minado su natural energía. Cuando la pareja de pescadores la encontró tirada en la playa, llevaba varias horas inconscientes. Arrastraron su cuerpo, lo lavaron, lo aceitaron. Y por último, cubrieron cada centímetro de su piel, salvo la del rostro, con estrellas de mar, para que éstas, que traían de las profundidades del océano el misterio de la recuperación, produjeran el milagro esperado: resucitar aquel cuerpo sin vida. Como las cinco puntas de las estrellas se encendían, el cuerpo de Ester parecía envuelto en un manto incandescente. Después, Ester fue regresando a la vida. Los pescadores alimentaban a la mujer inconsciente con un mucílago hecho a base de aceites de tiburones, en donde se habían macerado raíces de la selva, mezcladas con mandioca: un brebaje sagrado. El médico hechicero, a quién habían convocado rodeó la mujer con semillas de calabaza y muérdago, mientras él se untaba su cuerpo sangre fresca de vizcacha y comenzaba la danza invocante con palabras sombrías y disonantes en un idioma extraño, pro-

en cualquier artista o poeta que osara transgredir sus reglas. ¡Pero si los desnudos reflejan la perfección de la naturaleza, Soledad! Siempre se pinta el cuerpo en su momento de mayor esplendor... ¿Te imaginas a Cézanne condenado a borrar las mujeres desnudas de sus cuadros, *Olimpia moderna*, *Siesta en Nápoles*, *La tentación de San Antonio* o a borrar las mujeres de *Las grandes bañistas*?, le sugería Jonás tratando de despertar su curiosidad. Por el solo hecho de escuchar esas historias ella se mantenía estática, permitiéndole a él continuar con sus grafitos.

— Es cierto Pero ¿por qué existe el prejuicio de ser pintada desnuda?, preguntó Soledad que trataba de justificarse, aunque ella lo sabía.

— Porque la desnudez permite la libertad mujer. La belleza de la mujer es casi la perfección de la forma> manifestó Jonás que había dejado el lápiz para descansar, mientras observaba la debilidad de una luz que pincelaba el cuerpo de Soledad.

Regresaron de noche. Jonás no dudaba de haber captado el mensaje de la naturaleza. Dejó a Soledad en su casa, pero antes la besó tiernamente en los labios para llevarse la sensación reconfortante que sólo ella le brindaba. Aún así dudaba, porque creía que no estaba preparado para iniciar una nueva relación. Había dejado de frecuentar la bebida y los vicios que atormentaron su vida y comenzaba a sentir nuevamente emociones que hasta hace poco habían estado encadenadas a su pasado: Malena aún habitaba su corazón y cuando una mujer acompaña los latidos, es difícil separar un duelo.

Soledad entró con su cuadro en la mano, confusa pero feliz de percibir que Jonás había iniciado una primera comunicación con ella. Se sentía atraída por él; lo supo el mismo momento que ingresó inconsciente en el hospital. Buscó un vino blanco y fresco, tapó el cuadro con un lienzo y se recostó dejando que la noche atrapara sus sueños.

Jonás llegó a su pabellón contento. La imagen de esa mujer le devolvía vida; estaba vivo. Espontáneamente amanecía una nueva pasión, y supo entonces que sería capaz de jugar con los colores, sin necesidad de recurrir a licores o a las pesadillas que paralizaban sus actos. Viajó entre los desnudos de Rubens a cuyas tres rellenas y hermosas mujeres homenajearon las flores. Paseó entre las esculturas de Clará, descubriendo *La Diosa; Serenidad y Juventud*. Se quedó contemplando la Olympia de Manet, estirada orgullosamente en su desnudez. Y luego, pasó cerca de la cama de Apolinario que continuaba su balbuceos con frases en un idioma que nadie comprendía. Tomó sus lápices y sin hacer ruido se acercó al misterioso hombre para dibujar sus pensamientos.

“Soy la esponja de los sueños”, solía alardear Jonás ante sus amigos. “El artista puede ‘ver’ lo que piensas. Nadie más” afirmaba a quienes les cuestionaban estas virtudes.

— El artista es como un fotógrafo invisible, repetí solo él puede captar el momento de magia; la luz y el movimiento que vendrá, casi puedo pintar tus fantasías sin que me las cuentes, le decía en las mañanas a Soledad. Logró captar figuras retorcidas, envueltas en llamas; tortuosas imágenes siniestras que se mezclaban con los cuerpos humanos olvidados en unos callejones oscuros. Hasta pudo percibir el olor nauseabundo de un cuerpo en descomposición, mientras una figura similar a de Apolinario estaba en el vértice mismo de una gran pirámide, dando órdenes a sus tropas para que castigaran a una amorfa y desdibujada turba de manifestantes, que llevaban en sus manos sogas con su lazo listo para usar, aunque sin su víctima.

— Te estoy conociendo, Apolinario; hoy pude adivinar tus sueños! No dudo que has vivido envuelto en el espanto y la tragedia nada me dices, pero te aseguro que sabré por qué ese pueblo quería tu sangre, susurraba Jonás en la oreja de Apolinario que seguía ausente, hablando con la nada e ignorando las palabras de Jonás.

Cansado pero feliz, Jonás se estiró desprolijamente en su cama, iniciando el descanso merecido. Esa noche tuvo sueños de colores, de luz, cargados de bellas formas envueltas en una paz deseada: la figura de una negra que llevaba una bandeja de plata, vestida con una bata blanca que dejaba sus hombros descubiertos, se acercaba a un hombre de frac que miraba cómo se abría una ventana sin marcos para dejar que la naturaleza entrara con intensidad, invadiendo una habitación tapizada de terciopelo. Soñó por primera vez con Soledad; ella estaba esperando la decisión de Jonás.

Apolinario, ausente de sí mismo, seguía gesticulando y hablando sin parar, peleándose con sus propios fantasmas, su cuerpo sufría de movimientos incordinados sumados a temblores suaves y aislados, con fuertes convulsiones que le daban una imagen repugnante cuando vomitaba en su pecho un gel verdoso, pegajoso y espumoso.

Soledad aparecía muy temprano en la sala de internación. Besaba la frente de sus pacientes, mientras reparaba medicamentos y un café con bollitos, como desayuno. Cuando llegó el turno de Apolinario, se esmeró para darle en la boca su alimento. De otra forma, él no aceptaba el desayuno. Gracias a esto y a la paciencia de Soledad, en pocos meses había recuperado su estado general y también había subido de peso. Sus muslos habían cicatrizado, pero la deformación de sus piernas era notoria.

— To Gua Nardo, le decía a Soledad cuando la veía. Tal vez pretendía dar a entender que la conocía y que la saludaba agradecido.

— ¡No sé qué dices, Apolinario!, pero sé que tienes hambre, aseguraba ella mientras lo alimentaba.

— Stro Suncaye Surabro, insistía Apolinario, mirándola con ternura y acercando su mano a la de ella, con la excusa de ayudarla con la cuchara. Sin duda Apolinario no estaba completamente ajeno a lo que acontecía a su lado.

— Suncaye , Suncayé — susurraba complacido, estremecido con la piel de Soledad.

— ¡Hoy toca baño y afeitada, Apolinario!, anunciaba Soledad molesta. Porque el esfuerzo para levantarlo e introducirlo en la bañera corría por cuenta de ella. Nadie ayudaba a la joven a pesar de sus quejas. Las escaras del hombre la obligaban a colocarse guantes de látex ya que de esos cráteres de tejidos segregaban aún un pus verdoso.

— Stro To Gua, contestaba Apolinario contento con la noticia; ser bañado por esa mujer era para él más que una ceremonia. Se sentó lentamente cuando le tocó su turno. Soledad le sirvió el mismo desayuno que al resto, pero agregó una gelatina con un pocillo de frutas.

— Es para que te recuperes más rápido, justificó incómoda e inquieta por la forma que la miraba. Algo de ese hombre le producía rechazo, sin embargo lo asistía solícita.

—¿Vamos a dibujar?, > sugirió Jonás a Soledad, entusiasmado por estar nuevamente con ella.

—Cuando termine de repartir desayunos, Jonás. ¡Y no seas meloso!, sonrió Soledad apurando su trabajo. Ella también quería hacerlo.

Jonás sonrió. No le costaba interpretar los sentimientos de Soledad. Es más; se divertía con ella cuando le decía algo subido de tono. Ella respondía poniéndose colorada y nerviosa.

Habían comenzado el dibujo. Ella posaba imperturbable. Estaba resplandeciente.

— Soledad, ¿estás enamorada de mí?, le preguntó alegre Jonás, seguro de haberle sugerido directamente lo que más podría comprometerla.

— ¡Jonás, de ti... jamás podría enamorarme!—, respondió sonriente e inquieta, y agregó

— No sientes amor Jonás, tu corazón es una piedra. ¿Crees que podrás seguir negando la vida?— desafió ansiosa, esperando una respuesta más clara y obligándolo a que fuera él quien diera el primer paso.

— No lo sé, dijo Jonás intrigado, acusando recibo de esa indirecta.

— Pienso que tal vez en algún momento pueda abrirlo para vos, contestó alegremente festejando su ocurrencia ya que no deseaba comprometerse más allá de la palabra.

— Pero no importa; con o sin corazón te seguiré pintando, agregó y lanzó una carcajada por su ocurrencia, aunque estaba indudablemente nervioso. Le intrigaban las actitudes de las mujeres. Pretendían que en forma permanente se les recitasen palabras de amor, como si eso fuese un contrato con mecanismos automáticos de renovación.

— ¿No sientes nada, Jonás, cuando me pintas?, preguntó Soledad, tratando de desentrañar las intimidades del pintor.

—Sí, siento el profundo placer por el arte, dijo Jonás serio, aunque dudando de poder mantenerse incólume

ción, que ante cada palabra de Apolinario las voces nocturnas iban desapareciendo, ya ni las ranas ni los grillos estaban presentes.

— Sí, amigo mío, luces y estrellas-, emulaba contento Jonás, empujando la silla y también; tengo un mensaje para ti, Apolinario.

—*¡Ah, maldita Trampa del Tiempo! ¿Por qué no bajas? ¿Por qué estás allí burlándote de tu triunfo, escondida en las penumbras y en esas sombras en movimiento? Has terminado con nuestra ilusión de venganza. ¿No tienes acaso otra forma de burlarte? Y esa red que envolvía la condena ¿la has destruido? Avisanos Trampa del Tiempo. ¿Quién te ha dado alas para alejarnos; para quitarnos de la sombra de Apolinario maldecido para siempre? ¿Cuál es tu coraje, maldita? ¡Contesta!, ¡no te quedes callada! Nosotras vamos a luchar para darle perpetuidad a la sentencia* >corean furiosas las voces.

—... ¿Sabes, Apolinario?—dijo Jonás cuando entraban por la galería del hospital, pero calló, consideró que no era momento para decirle nada.

— ¡Otra vez, Jonás!... — gritó Soledad desde la puerta de la sala donde esperaba su regreso tejiendo con una aguja el hilo grueso una red de pescadores. El hilo estaba mezclado con escamas de pez volador que daban al tejido un brillo especial y una textura áspera.

—Lu... c... es. Es... tre... ll... as. Vi...da-, insistía Apolinario, sin modificar sus gestos habituales.

Soledad quedó paralizada mirando al hombre de la silla de ruedas. No podía creer lo que había oído. Hablaba y tenía en sus ojos un brillo distinto.

— ¡Habla?- gritó intrigada.

— ¡Habla, Soledad!— confirmó Jonás, admirando la red de Soledad. Imaginaba que en esa tela quedarían atrapados los peces más diversos y que los hilos, a medida que se acercaran al fondo, comenzarían a tener movimiento propio, reptando y saltando al igual que los peces cuando protestan al salir de las profundidades.

Imprevistamente, un relámpago cruzó el cielo oscuro e iluminó todo el edificio. Jonás corrió por la calle buscando refugio de una segura tormenta tropical, que insólitamente se desataba en la noche. También llamó su aten-

ante la insistencia sobre un tema que prefería no discutir.

— Pero... ¿mi desnudez; no te atrae?, preguntó Soledad ofreciendo su mejor perfil y acariciando suavemente su cintura y sus muslos.

—Tanto como el arte,— respondió Jonás confundido y turbado ante su belleza

—Eres mi modelo. Los sentimientos no pueden cruzar ese umbral>agregó tratando de evadir la pregunta de Soledad. Sin duda, su corazón había comenzado nuevamente a inquietarlo y su temor crecía. Eran las secuelas de una soledad prolongada y también, de una confusión extraña. Deseaba colocar un límite y, a su vez, transgredirlo Por el momento evitaba hacer confesiones que pudiesen comprometerlo.

—Tengo que irme, Soledad, anunció Jonás colocando sus pinceles en agua. El pincel rojo dibujó círculos en el agua, anillos que se desparramaban formando figuras; una de ellas sugería la imagen Átropos una de las hijas de la noche. ¿Sería ella quién habría de señalarle a Jonás el bien o el mal? Movié el vaso de agua para hacer desaparecer esa imagen.

— Está bien, contestó ella cubriéndose con una bata blanca. Abandonó el lugar al comprender el mensaje velado de Jonás. Ambos ordenaron sus pertenencias. Soledad pidió que dejara la pintura en la habitación porque estaban los óleos frescos, luego lo acompañó hasta su pabellón en silencio.

—¿Sabes que en poco tiempo más te irás, Jonás?, preguntó ella compungida dándole a entender que no habría muchas oportunidades para definir esa relación.

— Sí, lo sé. Pero estaré cerca del hospital. He decidido rentar una habitación en el hospedaje de la playa. Si logro vender dos pinturas al mes, cubriré los gastos, anunciaba orgulloso Jonás tomando la mano de Soledad y percibiendo la calidez de sus delgados dedos.

Ella respondió la invitación silenciosa. Nuevamente la invadió esa sensación de ternura que la reconfortaba.

Apretó su mano contra la palma de Jonás consintiendo su lenguaje.

— ¡También vendré por Apolinario para pasearlo!, exclamó Jonás para asegurarse de que habría tiempo para todo.

Esa mañana, cuando se había acercado a la cabecera de la cama de Apolinario, captó vibraciones estremecedoras que se sumaban a voces semejantes a cantos gregorianos. Percibió también que Apolinario sangraba los pulpejos de sus dedos, como si hubiese estado arañando paredes de cemento.

— Hay algo en ese hombre que despierta compasión y rechazo; nadie lo ha visitado, nadie lo conoce. Sin embargo todos lo ignoran, reflexionó Jonás en voz alta

— ¿No te parece extraño?, preguntó a su compañera.

—Es cierto; pero pasa muchas veces...,contestó Soledad acercando su cuerpo a Jonás y rozando el brazo derecho del pintor con sus pezones, consciente de su provocación.

Jonás se detuvo tomándola de sus hombros, acercó sus labios y la besó. Ella correspondió sin decir una sola palabra; pero ahora sí estaba segura de que Jonás finalmente había comenzado a transitar el camino del amor; ese camino de luz que aparece sin intención. Nace. Jonás estaba vivo.

titilantes de la noche. ¡Imagínalas, Apolinario! Y ahora; apunta tus ojos a las galaxias y busca una sola estrella, la que te guste; mírala fijamente, con audacia, sin temor y tráela a tu mente para que así me dé la luminosidad que necesito, pedía Jonás mientras mezclaba frenéticamente los colores.

El hombre de la silla de ruedas había quedado mirando al cielo. Sus ojos estaban atrapados por las luces de las estrellas; el mar se había borrado de su retina. Ahora todo lucía brillante, las colas de los cometas cruzaban el espacio estremeciendo a un Apolinario desconocido.

— Lll...uces— dijo el hombre sorprendido por su lenguaje recuperado.

— Estrellas, estrellas..., repetía una y otra vez.

Jonás, emocionado por lo que escuchaba, dejó el pincel y lo miró como si se hubiese producido un milagro. Comprendió que sus palabras habían llegado a la profundidad de la mente de ese hombre, permitiéndole ver en la noche racimos de luces. Supo también que si le hablaba, lograría de ahora en más, traer sus recuerdos en palabras. Por primera vez había entrado en la misteriosa mente de Apolinario y también, había descubierto la fórmula para comunicarse.

Debían regresar. Tomó sus pinceles, los lavó; cubrió la tela pintada con un plástico, armó su pequeña valija de arte y la colgó de su hombro. Finalmente, tomando las empuñaduras de la silla de ruedas, emprendió el regreso al hospital. Si estaba fresco o si la brisa golpeaba los cuerpos sin resguardo no inquietaba a ninguno de los dos, por el contrario, el aire del mar había humedecido el rostro seco del viejo dándole frescura a su piel apergaminada y manchada.

Las letras sueltas habían comenzado a encontrarse. Jonás y Apolinario iniciaron ese día el diálogo tan esperado.

—Lu... ces-, repetía un Apolinario renovado

— estrtr... tre... lla-

do acantilados y las olas mansas acariciando las playas, envolvió la tarde.

Jonás había regalado al pobre viejo un pedazo de alegría. Sentado a su lado dibujaba los primeros bocetos de la que sería su nueva pintura: *El viejo mirando el mar* o *El mar envejecido* o *El hombre nacido en el mar*. No había decidido aún.

—*¡Eh, Apolinario, soñador de alquimias y fantasías! ¿Nos escuchas?... ¿Puedes escuchar el grito del silencio? Tú, genial soñador de letras, ¡deja que cada una de ellas caigan sin pensar y formen oraciones sin sonidos, sin estilo; palabras de regreso, de llegada, de vida y de sueños! —Corean las voces—. ¡Eh, tú, Jonás, generador de pinturas y figuras!, aprieta ese botón de raíces y deja que surjan, entre las nubes que pintas, los vientos que lamen la tierra. Dibuja la mejor imagen del recuerdo de ese hombre en el mismo espacio que lo rodea, en el aire. Luego, deja que tenga vida. Pinta a este hombre viejo sin pasado. Sopla, sopla suavemente para que se libere y deshoje como el capullo en pétalos de monedas de oro, para que descienda al mar sin levantar espuma, viajando sin rumbo al final de algo que no puedes ver. Sigue, Jonás, aunque no nos escuches. Total, es Apolinario el que inspirará con sus pensamientos tu tela—.*

Jonás no escuchaba. Sentía que estaba inspirado. El viejo espejo del abandono de ese hombre había comenzado a provocar movimientos espontáneos de sus pinceles. Los colores aparecían fluidamente, se conjugaban con alegría en la tela y los grises del grafito desaparecían por magia. Los amarillos y naranjas iluminaban una imagen impertérrita de Apolinario que se cubría con la noche. El rojo y el naranja se atenuaban en una incipiente oscuridad. El cielo estaba diáfano, una luna llena asomaba impaciente.

—*¡A ver... Apolinario; escucha mis palabras! Simplemente escucha lo que iré diciendo para que luego pueda captarte en el espacio. Trata de soñar. Trata de ver o imaginar las estrellas cuando viajan; trata de ver esas luces*

“También antes de la rebelión de las sombras y de que al mundo cayeran plumas incendiadas, un pájaro pudiera ser muerto por un lirio”

Rafael Alberti

La vida de Apolinario transcurría entre el monólogo de su extraño lenguaje y la atención de sus compañeros de infortunio. La enfermedad y el dolor eran los lazos que unían a los habitantes de esa enorme sala.

—*¿Sabes Apolinario que esa gente que te rodea se encuentra enferma? ¿Sabes acaso qué es el dolor? Tú no piensas, Apolinario. Hemos quitado tus umbrales de sabiduría y si hoy estás en este lugar es porque descuidamos tu castigo. Los gusanos, redondeando sus formas hasta satisfacer su gula, habrían hecho de ti un animal casi seco. Tal vez escapes de nuestros dominios, pero estaremos siempre cerca de ti, para recordarte que has sido maldecido por tu fracaso, por tu traición—* coreaban las voces.

Las enfermeras se habían encariñado con Apolinario sin importarle qué historia tenía. Ese hombre balbuceante, evadido de la realidad y sumergido en su propio desvelo reflejaba un alma torturada e inspiraba una piedad cercana a la clemencia por un ser oscurecido. Sentado en su cama con su bata humedecida de saliva y manchada con

restos de alimentos, expulsados por el desequilibrio de sus labios, tenía una imagen de miserable abandono. El corte de su cabello y su mentón rasurado dejaban ver un rostro desnudo, marcado con líneas caprichosas que habían decidido quedarse para siempre, transformando sus angulosos pómulos en peñascos inmóviles que se destacaban sobre una piel pálida y porosa.

—“Suncay”- susurraba cubriendo sus piernas deformes con la sábana blanca, cuyas puntas masticaba hasta deshilarlas, e insistía: “Suncayé”. Y apoyaba su cabeza en la almohada que lo recibía sin protesta. Había momentos en que frotaba los ojos, porque las imágenes fantasmales invadían su visión. Están a su lado, las sientes cercanas; podría hasta identificar sus alientos fétidos. “To Gua Nardo Stro Suncaye Surabro”, repetía mirando sus manos como si buscara una repuesta en esa piel ajada, esperando que alguien a su lado escuchara su mensaje.

Soledad descostró suavemente las cáscaras pegoteadas en sus heridas convalecientes; pasó el jabón y el cepillo delicadamente, mientras Apolinario jugaba con un corcho flotante al que le decía alguna cosa que ella no pudo descifrar. Algo le decía y por más que ella intentó enseñarle algunas palabras básicas, como ‘agua’, ‘comida’, ‘pis’, ‘caca’, por respuesta obtenía el *Suncayo* o el *Suncayé*, acompañados de la mirada perdida e indiferente de Apolinario.

En la ventana justo al frente de su cama, estaba posada un ave negra sobre el borde del ladrillo pegado al postigo de madera astillada; dos días seguidos se había hecho presente al atardecer. Esperaba una o dos horas colocando sus ojos vítreos cerca del cristal y luego remontaba vuelo hacia el Norte. Apolinario no lo percibía, porque siempre estaba atento al juego de sus manos, tratando de interpretar el mensaje que las líneas de sus palmas le anticipaban.

— ¡Hola, viejo perdido!, saludó Jonás entre carcajadas contagiosas, ubicándose frente a él y observándolo con curiosidad.

— Te llevaré de paseo a la playa; podrás ver el atardecer. Y yo de paso te pintaré, mientras tú disfrutas.

Tomó la silla de ruedas y sentó al viejo sin pedirle permiso. No era pesado; apenas unos huesos cubiertos de escasa piel fría y seca.

— Stro Suncaye Surabro— protestaba Apolinario quejándose.

—¡Qué ‘Stro, ni. Stro’! — lo reprendió Jonás, lanzando una carcajada burlona

— Las palabras como las tuyas.. Viejo, son letras solitarias que nacen de la nada. Cuando logres juntarlas, entonces sí, habrá mensajes para quienes te rodean-, sentenció Jonás acomodándolo para que estuviese en condiciones de contemplar el crepúsculo.

Apolinario estaba en la silla de ruedas. Por primera vez se dio cuenta de que tenía a su alrededor y pegadas a su cuerpo, mariposas multicolores que aleteando con rapidez, desplegaban sus irisaciones y formas perfectas; y jugueteaban como niños sobre las piernas inmóviles del hombre; mientras sus antenas delgadas buscaban la vibración del cuerpo tanteándolo con calma, independientemente de la agitación de las alas. Una de ellas se posó en la mano derecha con alas abiertas en posición de descanso. Era maravillosamente bella. Apolinario quedó inmóvil para no espantarla.

—¡Mira, Apolinario... el mar! ¿Lo recuerdas?, preguntó Jonás.

—Vvv... iddd... a- respondió el viejo abriendo sus ojos mirando el horizonte rojizo y el gigantesco mar fundidos en un paisaje imponente. Cuando el sol iba cayendo en un bolsillo infinito. Las olas salpicaban con miles de espumas blancas la superficie del océano. A varios kilómetros de la costa, un barco pesquero, con sombras de mástiles sobre el rojizo horizonte. El ruido del mar golpean-

explicarle por qué sus palabras permanecían incomprensibles.

— To Gua Nardo-, gritaba al viento con una energía desconocida y, al no obtener respuesta, balbuceaba melancólico transformando su rostro:

— Stro Suncaye Surabro—.

Nadie a su lado, sólo la hamaca crujía en el mimbre viejo que sostenía el cuerpo arqueado. Soledad le había dejado un vaso de vidrio soplado, en una pequeña mesa, con agua fresca extraída del cántaro de barro. Él bebía paladeando por primera vez ese líquido transparente que lo había mantenido con vida en el desierto rocoso; se sentía satisfecho, aun cuando todavía no recordaba su pasado. Un pelícano, que permanecía silencioso a pocos metros en la horqueta de una planta seca, lo miraba con curiosidad.

—Stro Togua —, decía deseoso de que alguien escuchase su mensaje, aunque fuera un pájaro. Entonces, satisfecho con su nuevo vocabulario se acercó al pelícano y le susurró suavemente:

—Vida, vida...; pero luego, aumentando la intensidad de su voz, gritó: — ¡V ida!—.

Esa tarde, Soledad lo había buscado para pasearlo dentro del jardín del hospital, por los senderos que custodiaban enormes magnolias. Este paseo cotidiano le permitía reconocer las formas de las hojas de los helechos gigantes que destilaban un aroma fresco; y también, escuchar a los zorzales que habitaban pequeños bosques respetados a la naturaleza.

Jonás apareció abruptamente. Llevaba sus telas y su mochila de cuero con los pinceles y pinturas envasadas. Se veía alegre y distendido; se acercó con sigilo a las espaldas de Apolinario y colocó dos de sus dedos en las axilas del hombre, logrando que sacudiera su cuerpo ante la sorpresa.

— Stro Togua — gritó Apolinario sorprendido y se dio vuelta.

¿Te acuerdas de Atos, Apolinario? Tu fiel Atos, quien llevaba tus ojos al infinito, al vacío de los cielos, a los horizontes intangibles; quien pudo llevarte las visiones del mundo que flotan en las alturas, esquivando los latrones inteligentes, llamados satélites del espacio, que navegan y vigilan los movimientos de la tierra y sus guerras; Atos el que comía las sobras de alimento abandonadas por los señores de la riqueza, mientras tú estabas naufragando y desvariando; al que enviabas a matar tus venganzas de furia. Ahora es él quién te busca —corean las voces.

— “To Gua Nardo”-, repetía una y otra vez cuando sus visiones le daban una señal.

La mañana había llevado los rayos del sol naciente a los pies de su cama. La primavera asomaba a su ventana; Apolinario se levantó sin ayuda. Moviéndose lentamente, pisando el mosaico fresco y caminando hacia la luz, atravesó los metros que lo separaban de la ventana que lo había acompañado desde su ingreso. Apoyó su rostro contra el vidrio, de modo que su nariz se ladeó permitiendo que los ojos alcanzaran a ver el jardín colmado de flores multicolores. Entonces, escupió el cristal; si algo le molestaba era rodearse de belleza. Inmediatamente, apoyando sus manos en las bisagras de la ventana, suspiró y habló por primera vez en varios meses:

— Vvv... iddd... a Suncayé Surabro -, fueron sus primeras palabras.

Sus ojos se humedecieron. Una lágrima escapó buscando las grietas perpetuas de su rostro; desde allí se esparcieron hasta quedar colgadas, indecisas de saltar, en el borde de su mandíbula descarnada.

— To Gua Nardo- repetía incesantemente nervioso y asustado hasta que comenzó a articular “Vvv...ida” despertando la curiosidad de sus compañeros que estaban rodeándolo atónitos.

— ¡Soledad!- llamó uno de ellos.

—¡Apolinario habló!- gritaban regocijados uniéndose al festejo general.

Jonás corrió hacia la ventana conmovido. Llevaba en sus manos el grafito de dibujo y la cartulina borroneada en la punta. Inspirado, dibujó el rostro de Apolinario y adivinó nuevamente sus pensamientos, aparecían colores en su vida de sombras, pero las flores que habían coloreado su alma perdida, estaban marchitas.

—¡Lo tengo!-, decía Jonás, mientras dibujaba una cara sombría, de cejas oscuras, que se confundía con rostros difusos surgidos espontáneamente de la pared húmeda

— ¡Ha vuelto!—insistía feliz entregando una filosa daga a la mano del dibujo.

—Suncay... vvv... iddd... a-, machaca Apolinario estremecido sobre el cristal empañado.

Los compañeros conmovidos con el regreso dejaron que gozara de su visión. Nadie se animaba a sacarlo del lugar; hasta que Soledad le tomó las manos suavemente y las desprendió de las bisagras que lo sujetaban, mientras le hablaba:

—¡Vida!... ¡Sí, Apolinario, vida!-, y lo iba llevando lentamente a su cama venciendo su resistencia ante el temor de perder esa nueva visión. Pronto Apolinario se durmió.

Al atardecer, a la misma hora, el pájaro negro visitó la ventana. Apoyó sus ojos vítreos en el cristal y supo que Apolinario había llorado. Esta vez no se quedó. Voló al Oeste. Entre tanto, Apolinario dormía por primera vez apaciblemente, sin sobresaltos.

—*¿Crees que por recuperar palabras volverás a tu vida anterior, Apolinario? ¿Lo piensas? Duerme... Sí, duerme en ese recinto, esclavo de tu locura, para que mañana las vocales encuentren casilleros coherentes. Cruzando tus manos sobre tu propio rostro y tapándote los ojos para evitar ver el futuro, cierra los ojos y escucha nuestras voces—.*

Cuarenta y ocho

“La filosofía es un exceso de arte”

Vergileo Ferreira

Apolinario estaba en la terraza del hospital, sentado en su sillón de mimbre. El camisolín verde contrastaba con su palidez y, a pesar de haberse repuesto, sus tejidos no alcanzaban a sustentar el esqueleto. Con la cara angulosa, los hombros reducidos, sus brazos delgados y consumidos, sus manos entrelazadas sosteniendo una piedra azul; y con la mirada perdida que alternaba entre el mar y la selva repetía palabras de su particular léxico. Pero, cuando por fin emitía ‘vida’, se iluminaba su rostro como si encontrara en esa palabra algo diferente y misterioso. ¿Quién podría sospechar que este hombre decrepito, vencido y humillado había sido el soberbio despota, cuya única ley era su voluntad y cuyos actos de crueldad habían superado los límites de la tolerancia? Si bien su cuerpo se había deteriorado por el tiempo de abandono; sus carnes deshechas por aquellos lobos, que habían tratado de quitar su dignidad, habían cicatrizado deformando sus piernas. Y ahora, Apolinario iba recuperando no sólo la salud, sino también su memoria. Por primera vez había reconocido el azul del mar y el verde de la selva cautivante. Sin embargo, a nadie pudo

nes se apropian de tus sueños; compran tu obra; te llevan a las paredes de sus casas, oficinas, empresas. Entonces, tu mensaje trasciende; cientos de hombres y de mujeres verán tus pinturas. Muchos de ellos recibirán la explicación de lo que el artista deseaba expresar en el instante de la creación. Hasta ese momento eres el dueño; después, serán otros los que lleven tu idea. Eso sí, nosotros seremos siempre los artistas > concluía Jonás entusiasmado.

—Sin embargo, parece que sufres una afrenta, cuando alguien compra tus pinturas — comentó Soledad dudando.

—¡No, al contrario! Son los mensajeros, sin ellos nadie podría ver mis pinturas.

Ese día Jonás vio un enorme pájaro negro volar a media altura. Daba vueltas sobre la piedra en la que él estaba sentado, limpiando sus pinceles en agua. Le llamó la atención su color y las figuras que trazaba en el aire. Sabía algo de pájaros, había estudiado los pelícanos, las águilas y los avetoros. Estaba convencido de que las alas eran el plano de sustentación y la cola llamada timonera daba el curso exacto del vuelo. Aunque en general, este pájaro cumplía con las características de la especie, su plumaje no era tan brillante para ser macho ni tan ostentoso; tampoco coincidía con los vuelos de las aves que escapan al invierno buscando climas cálidos y alimentos de estación. Menos aún era una golondrina y su color lo ubicaba en las antípodas del Espíritu Santo. Jonás tomó el grafito e inmediatamente dibujó aquel pájaro con sus movimientos. El ave quedó impresa en la imagen plasmada en la cartulina. El parecido era increíble. La miró una y otra vez, hasta que se dio cuenta de que las líneas caprichosas, capturadas a los movimientos del animal, tenían una lógica; marcó varios puntos siguiendo un esquema imaginario y los unió. Quedó paralizado: allí había quedado inscrito un mensaje.

“Me voy de viaje.....sigo un viaje. Ya he estado aquí mucho tiempo. El viaje es largo, largo, largo. Uno viaja siempre”

León Felipe

Atos; el ave negra, volaba fortalecido por los reencuentros, entre la bruma del amanecer y una humedad creciente, mezclada con aromas emanados de la vegetación espesa. Flotaba acariciado por la brisa sobre el mar imponente, exuberante, majestuoso, con oleajes mansos abiertos por las aletas negras de algunos tiburones en búsqueda de su presa. Al Oeste, la tormenta tropical había convocado en la noche a un concierto de pájaros felices de su bautismo en la naturaleza plena. Atos se dirigía hacia el pequeño poblado distante a sólo doce kilómetros de la ciudad, donde Apolinario permanecía enredado en su propio lenguaje y ausente de la vida.

Jonás se había mudado a una habitación amplia de techo de madera con vigas despulidas. La ventana de grandes marcos rústicos dejaba entrar una brisa fresca. El paisaje que se contemplaba desde ese tercer piso atrapaba el mar custodiado por la selva de una península solitaria, sembrada de gaviotas blancas que volaban a escasa altura y a pocos metros de las playas.

Ester, como de costumbre, estaba lista para encarar un nuevo día Trabajaba en una casona colonial de tejas ro-

jas despulidas por el tiempo. Era su ama de llaves y a su vez la institutriz de dos niños. No podía quejarse: casa y comida y un sueldo nada despreciable. Ella asumía su trabajo con vocación. El viejo mobiliario contrastaba con los equipos electrodomésticos de última generación, pero todos los muebles mantenían intacta su dignidad pasada. Ester tenía la costumbre de desayunar en el patio lateral, rodeado de magnolias, jazmines y enredaderas que trepaban los muros desnudos. En esos amaneceres, escuchaba los pájaros de la selva en sus diálogos interminables de sonidos perfectos, únicos, transparentes, y respiraba profundamente antes de sentarse a tomar café caliente y untar las tostadas con mantequilla de miel. Contagiaba su energía y su felicidad.

Una de esas mañanas, lo vio cruzar su espacio íntimo. Era Atos que había pasado reconociendo la zona, buscando volver a encontrar el espacio que ya había relevado muchos meses antes. Quería estar seguro de la soledad de Ester y que nadie fuese testigo de su visita. Atos regresó. Volaba en círculos a una distancia prudente, observando la mirada de Ester que lo perseguía con sus enormes ojos en silencio, hasta que decidió posarse en el viejo tronco del árbol colocado en el centro del cantero que poblaban flores destellantes de colores. Las ramas del guayabo daban sombra a los racimos de bocas de dragón, ocultas por los pétalos colorados, azules y morados de las aguileñas. Los crespones de las dalias resaltaban sobre el resto. Atos miraba a Ester atentamente estudiando cada gesto y escuchando cada palabra que pronunciaba, mientras se acercaba.

—¡Atos!..., ¡mi Atos!- exclamaba Ester corriendo, tratando de alcanzarlo en su vuelo rasante

—¿Qué haces aquí?— preguntó inquieta y desconcertada. Sabía que era una señal importante y que su visita formaba parte de la continuación de una historia.

El ave había descendido y esperaba posado en la piedra biselada. No se movió y dejó que la mano de Ester acariciara su cabeza delicadamente. Luego, cuando Ester lo

tomó en sus manos, abrió las alas, pero enseguida las regresó a su lugar sin oponer resistencia.

—¡Cuánto tiempo, Atos!— susurró Ester y le preguntó mirándolo a los ojos.

— ¿Me traes algún mensaje?—

Los ojos redondos de Atos miraron a Ester profundamente. Ella comprendió. Lo colocó nuevamente encima de la piedra y preguntó:

—¿Para dónde, Atos? ¿Cuál es el camino que quieres que haga?

Atos desplegó sus alas y se fue hacia el Norte lentamente, marcándole a Ester su rumbo. Ella comprendió que volvería en unos días. Estaría lista.

Jonás salió, como de costumbre, temprano con sus pinceles y sus telas preparadas para pintar; había encontrado en los pericos y tucanes la combinación perfecta de colores. Hallaba extraña la distribución caprichosa de las líneas en los picos. Copiándolos, recuperaba la seguridad en sus trazos. Era su ejercicio diario, pintar.

Tal como lo había pensado, con dos cuadros vendidos al mes, se daba por satisfecho. Comía, pagaba su alojamiento y compraba el material necesario. Jonás había encontrado en ese lugar una paz casi perfecta. Soledad era parte de este nuevo estado de felicidad. Estaba aprendiendo a quererla, pero por ello no dejaba de pensar muchas veces en Malena. No tomaba, sus insomnios estaban cada vez más espaciados y la serenidad le había permitido iniciar una serie de pinturas de pájaros que cotizaba en el mercado.

—Si antes volaba mi imaginación, ¿por qué no dejar que las pinturas vuelen?— le decía a Soledad, cada vez que terminaba un cuadro.

—Escucha, Soledad —explicaba un Jonás reflexivo— el artista percibe signos que otros no pueden ver; no pueden escuchar ni tocar. Es un momento; una única situación especial que se da, tal vez, sin haber una lógica. Es en ese instante que se manifiesta el arte y podemos capturarlo. Esa es nuestra misión. Después; vienen quie-

El Diablo: “Soy el Dios de la imaginación”

Fernando Pessoa

Hacía unas semanas que Ester tenía preparada, en su habitación, una pequeña valija con ropa. En esos meses, había juntado un dinero para el viaje que presentía que iba a emprender. Esa mañana en la ventana de la cocina, sobre el alféizar que tenía macetas con flores, estaba Atos inmóvil. Ester abrió la ventana suavemente para no espantarlo, aunque el pájaro no aparentaba nerviosismo ni temor. Lo tomó en sus manos; le acarició la cabeza y en voz baja le preguntó:

— ¿Hoy.... Atos?, ¿Has venido por mí?.

Atos la miraba fijamente como la vez anterior. Ester comprendió todo lo que él le decía con su postura. Había llegado el día. Dejó al pájaro en el mismo lugar y dijo:

— Espérame Atos, no te vayas—. Atos picoteaba la tierra de las macetas buscando insectos. Estaba hambriento.

Ester acudió con su bolso y una pequeña mochila cargada en su hombro derecho. Abrió la puerta y fue directamente a la ventana de la cocina donde Atos la esperaba pacientemente. Estaba ansiosa; la incertidumbre y la posibilidad de un encuentro deseado habían despertado nuevamente sus fantasías. Era el día esperado. Atos la vio acercarse, movió lentamente sus alas desperezando

su cansancio y levantó vuelo. Jugeteaba en el aire y avanzaba señalando el camino, mientras Ester lo seguía sin dudar. De vez en cuando, Atos se paraba en un poste y esperaba su llegada, para retomar enseguida el vuelo. Así marcharon durante cuatro horas por un camino solitario y recto, que Ester percibía como un túnel perfecto, estrechado a lo lejos cuando rozaba el horizonte. Cantaba; tarareaba canciones y palabras que dejaba flotando a sus espaldas para que descendieran en cascadas limpias y frescas, poesías sin destinatario, sobre los verdes o las sombras frescas de fresnos rodeados de los aromas de las flores silvestres, que custodiaban los bordes del camino. Eran palabras que llevaban mensajes adornados con sonidos de cuerdas de arpas o de teclas de pianos imaginarios. Los campos cubiertos de espigas doradas brillaban a su paso y las copas de los árboles se incrustaban en un cielo nublado. Caminaban cruzando los sembrados de amapolas que vestían el paisaje de rojo al fondo de la imponente vista con casonas viejas, que guardaban recuerdos de historias familiares.

Sobre el mar, las barcas de pescadores desteñidas avanzaban lentamente arrastrando las redes que acumulaban alimentos. Las precarias naves de madera sujetaban casillas fabricadas artesanalmente por los mismos pescadores, para cubrirse de las inclemencias del tiempo. Algunos veleros, uno que otro, navegaban con las velas desplegadas, infladas por el viento marino. En los crepúsculos las cosas se reflejaban en las aguas quietas de un mar cansado, mientras el sol se desnudaba el dorado, para teñirse de naranja.

Atos voló rasante sobre la playa, hasta que encontró un risco negro donde decidió detener la marcha y posar su figura majestuosa. Las gaviotas hacían sus últimas pruebas casi tocando la arena. La brisa se aquietaba. Ester, asentando sus pies en espumas que limpiaban el espejo de las playas, observaba sus vuelos. Ambos, exhaustos, decidieron descansar una corta noche. Ella desplegó su manta gris sobre las rocas remedando una almohada;

— Ha muerto—, anunció secamente con absoluta claridad, olvidándose de su mutismo y el limitado vocabulario. Lentamente y triunfante, se acostó; cubriendo su cuerpo con la sábana. Se durmió.

mas; mujeres esbeltas con vestidos abiertos en las piernas hasta la raíces de sus muslos y abanicos que alejaban del local impregnado de vapores el humo de cigarros que flotaba en la atmósfera densa. Hablaba de una mujer en especial, cuyo rostro estaba cubierto con un antifaz; detrás del cual se ocultaba alguna otra cosa que impedía averiguar su nombre. Le cantaba a su belleza y a su sensualidad con la esperanza de que se acercara a él, el cantor de la noche, para ofrecerle sus servicios y sus vicios seguramente anhelados y deseados; regocijándose de sus efectos. El hombre gallo perseguía a la damisela; el hombre rey, a su sierva; el hombre fantasma, a la sombra de las damas que esparcían sus encantos en el salón.

Cantó Apolinario sin cesar con una voz metálica, lejana, aturdiendo a su auditorio que perdía la paciencia, hasta que en un momento quedó mudo porque en el borde de ladrillo de la ventana, estaba nuevamente el pájaro negro que, agitando sus alas, le anunciaba su presencia y su visita. Apolinario se levantó ante la mirada atónita de los presentes; se acercó sigilosamente a la ventana abierta y estiró sus manos hacia el pájaro que no se movía, le dirigía palabras cálidas; lo retuvo con su mano derecha y entre sus dedos, observando al auditorio, tomó el cuello del animal, lo retorció una y otra vez hasta que el cuerpo dejó de moverse y las alas colgaron inertes. La cabeza del ave tenía sus ojos abiertos, sorprendidos y ausentes. El cuerpo mantenía un movimiento convulsivo como avisando que había llegado un final no deseado mientras Apolinario, feliz, untaba la sangre en su rostro y con la misma voz metálica y lejana comenzó a recitar sus palabras inventadas para su propia subsistencia

— To Gua Nardo—, comenzó a decir sin inmutarse, luego añadió:

— Stro Suncaye—, y finalizó con malicia:

—Surabro-. Tiró el inmenso pájaro negro por la ventana y regresó a su cama.

sabía que en la mañana encontraría su destino. Se durmió mirando al ave.

*“Hay más peligro para mí en tus ojos Que en veinte espadas
suyas”*

William Shakespeare

Apolinario estaba sentado, esperando la visita diaria de Soledad, miraba la ventana de cristales sucios y vacíos, mezclaba su nuevo lenguaje con el repertorio de palabras articuladas automáticamente que recién ahora cobraban sentido.

— To Guanardo Stro Suncaye. Viii... da. Aggg...ua-, repetía y de golpe, inexplicablemente, comenzaba a cantar una canción sin trabarse. Las palabras fluían sin cesar citando lugares, nombres y promesas. Se había convertido en el centro de atención de todos, pero él los ignoraba. Cantaba mirando la ventana y observando atentamente lo invisible. Las palabras y los nuevos ritmos se multiplicaban con el movimiento incesante de sus dedos que tocaban un piano de teclas imaginarias. El cabello consecuentemente desordenado y los pies que colgaban de la cama bailaban con vehemencia su propia música. La canción describía en detalle un burdel con luces mortecinas, tapizados rojos, muebles dorados; hombres disfrazados de gallos, reyes, príncipes, arlequines y fantas-

— ¿Ha vuelto a la bebida, Soledad?
— No lo sé—, contestó ella apesadumbrada, pero era evidente que está borracho y perdido.
— Ya despertará; debes mantenerle su hidratación-, le indicó el médico y se fue.
— Sí... sólo la hidratación—, repitió Soledad decepcionada.

Cincuenta

“La eternidad bien pudiera. Ser un río solamente. Ser un caballo olvidado. Y el zureo de una paloma perdida”

Rafael Alberti

Jonás estaba en la plenitud de su recuperación. En los últimos meses se había dedicado a pintar y a hablar de su vida. Su corazón se estaba abriendo nuevamente sobre heridas cicatrizadas en tormentosas noches grises de brumas y huracanes. Los cielos eran diáfanos y se alternaban los paisajes de costas y playas rodeadas de exuberancias selváticas, los verdes intensos envueltos en las humedades de sombras; las superficies lisas y espejadas de los pantanos y las figuras de rostros y cuerpos de hermosas mujeres que posaban sin pudor en sus sueños. Cuando no encontraba motivo que lo inspirara, solía ir a los arcos de los arroyos y, parado en la punta de ellos, observaba cómo el agua serpenteaba el lecho con peces zigzagueando, y de qué modo los caracoles permanecían adheridos a las piedras. Las flores silvestres asomaban a su cauce. Allí comenzaba nuevamente a encontrar detalles olvidados.

Esa tarde había logrado rescatar todo el interior secreto de Apolinario, afinando colores en sus ojos y en las delgadas manos crispadas manteniendo esa posición de indiferencia que lo caracterizaba. Pero quedó disconfor-

me, algo faltaba. Sabía que no podría descubrir ese ‘algo’ con los pinceles. Se quedó contemplando su obra en busca de una repuesta. Percibía y coincidía con la visión de Ezequiel en *La resurrección* que tanto admiraba, donde la tormenta huracanada avanzaba contra la muralla de luz sobre las columnas vencidas y quebradas a los pies del profeta. Miles de seres en redención pedían su libertad. ¿Será esta, también, una resurrección?, se preguntaba. Yo la terminaré, no seré el profeta o el poeta consagrado, pero llegará el día en que Apolinario regrese a la vida, pensaba muchas veces. Y resignado, cubría la pintura con un paño para protegerla de los vientos y aguas de lluvias que podían filtrarse por los cristales rotos. Después, sentado en la hamaca de mimbre con piernas cruzadas, encendía un cigarrillo y miraba por la ventana sin saber en realidad lo qué buscaba. Su mente viajaba por los túneles imaginarios del tiempo como si tras pasara la puerta de las serpientes del Yucay, para caer en un inmenso vacío, donde el cielo se junta con la admiración de la naturaleza. Las piedras cortadas por el artesano y encimadas hacían de refugios perfectos.

—Todo lo perenne es piedra-, pensaba y recorría el templo del adivino de Uxmal, las pirámides del Sol y la Luna; el Caracol de Chichén Itzá, la Esfinge de Gizeh; las pirámides de Snefru y Dachur perpetuadas en sus láminas de estudio;

—Todo lo bello es pintura-, aseguraba reconfortado quedándose dormido, cayendo las cenizas en el suelo de ladrillo. Cenizas; sí, cenizas. Y por primera vez tuvo el sueño esperado después de tanto tiempo.

Observó, entre las piedras perennes a un hombre desconocido que era perseguido por historias de sombras. Tumultos de hombres y mujeres gesticulando, decenas de animales descomunales, bicéfalos, enfurecidos, que avanzaban en un desierto de humo pisoteando lamentos y gritos de venganza. Por primera vez; aparecieron las horcas en las plazas, donde las turbas llevaban cuerpos inertes en busca de las sogas justicieras. Vio a un hom-

los parroquianos vecinos a su mesa se daban vuelta. Todos miraban a Jonás, un Jonás desconocido; paranoico y descontrolado. Tenía las venas del cuello hinchadas, el rostro rojo de cólera. Sus labios dejaban caer una saliva espesa y las manos crispadas llevaban el vaso nuevamente a la boca para tapar palabras con bebida que ya lo tenía mareado.

— *Mira, Jonás, en esa habitación gris, donde una lámpara alumbra dos cuerpos caídos encimados de muerte. Mira las manos que empuñan los cuchillos ensangrentados. Mira esos rostros dormidos de dolor, pálidos, fríos como tus manos que pintaron el cuadro de Apolinario. Mira esas muertes que has traído otra vez al presente, cuando un pequeño batallón fusilaba a los hombres de sotanas y capuchas negras. ¿Sabes quiénes son, Jonás? Son hermanos de tu Cofradía, masacrados por orden del poderoso señor que has despertado y que desertó de su amo. ¿Entiendes, Jonás? ¿Ahora puedes comprender?*

— Corean las voces.

— ¡Nooo!—, gritó Jonás y se levantó tirando la mesa y el vaso. Escapó de la cantina a los gritos, insultando a aquellas voces, desparramando alaridos incomprensibles, corriendo por las calles en donde, a su paso, se abrían ventanas curiosas que deseaban saber qué animal estaba aullando. ¡Corre Jonás! Y corría nuevamente sin rumbo, a cualquier lado, en medio del vaho del alcohol que había logrado mezclar su sangre y su confusión. Escapando de voces invisibles que lo atormentaban, huía Jonás hasta que atropelló una raíz próxima a la acequia; entonces cayó golpeándose la cabeza en el filo de la vereda. Allí terminó su infortunada carrera...

— Está inconsciente—, afirmó Soledad curando la herida de la frente, cuando llegó el médico de emergencia, “y bebido” aclaró con desgano y desilusión.

El médico lo revisó. Conocía a Jonás; era quien había hecho su mejor retrato. Comprobó que no había gravedad en las heridas, pero el hedor del alcohol salía de su boca y de su piel. Le preguntó a la enfermera:

“Doble por favor” y se lo bebió de un solo trago hasta ahogarse. Sintió su garganta encendida y el cuerpo acusó recibo de tamaña agresión. “Otro doble, por favor”, pidió más seguro de sí mismo. Llevó la copa a una mesa vacía; se sentó y se quedó mirando el licor fijamente, tratando de recuperarse de su confusión. “¿Será ella?...; el mensaje no aclaraba quién, sólo que llegaría.” Vacío nuevamente el vaso y pidió otro doble. “¿Y si es?; ¿qué haré?”, se preguntaba notando que su cuerpo estaba más relajado. Entonces aparecieron nuevamente las voces:

—¿Y..., Jonás? ¡Mira!, ¿ves a esa muchedumbre en las plazas? ¿Ves cómo se pisotean entre ellos y se desgarran las ropas, arañando sus odios? ¿Ves cómo cortan árboles que luego serán los mástiles de las horcas? ¿Ves a esos hombres y mujeres tiradas en las cunetas, inconscientes? Mira, Jonás, los charcos con barro que han esperado esos cuerpos; mira las casas con los techos destruidos, los esqueletos de las vigas aún encendidas, las paredes escritas con insultos y proclamas. Mira a ese hombre que se cuelga de la sogá gruesa del campanario que truena. Mira esa cara, Jonás; mira esos ojos abiertos más allá de sus posibilidades, que destellan odio; mira esas manos crispadas que toman la sogá que mueve la campana de la iglesia destruida. Mira esas columnas ajadas por el tiempo, descascarándose por los ruidos y los lamentos. Mira esas piernas delgadas, huesudas, pálidas, que cuelgan del campanario, columpiándose. Escucha el coro de las ranas que te envían mensajes de reproche. ¿Recuerdas los pájaros mineros que te perseguían? ¿Recuerdas las anacondas que surgían de las malezas y el agua? Mira, Jonás, esas osamentas que flotan en los pantanos y a esos miles de hombres y mujeres condenados al ostracismo por paganos — coreaban las voces aturdiendo a Jonás.

— ¡No! ¡No me hablen más!. ¡Quítense de mi lado!. No las escucho. No me importa lo que ustedes me quieren hacer ver. Estoy ciego para sus reclamos. ¿Me escuchan?-, gritaba Jonás sollozando tapándose los oídos, mientras

bre huyendo desconcertado a las profundidades del silencio, buscando desesperado un refugio salvador. Era Apolinario que arrastraba su lastimosa y degradante humanidad. Jonás lo llamaba a gritos por su nombre. Quería verle la cara, mirarle los ojos que faltaban en su lienzo. Sería ese, el momento de comprender el detalle huidizo para que la pintura fuera terminada. El último grito obtuvo repuesta. Apolinario dio vuelta su cabeza y miró fijamente a un Jonás absorto. El brillo de sus ojos enrojecidos de odios y rencores apareció con la crudeza esperada. En ese momento, el pintor se despertó asustado, envuelto en un temor extraño. Había encontrado al verdadero Apolinario.

Se levantó temblando, tomó sus pinceles y pudo darle por fin vida a esos ojos que permanecían inmóviles y vacíos. Mezcló colores insólitos y logró que la pintura fuese el fiel reflejo de la vida de ese hombre que durante tanto tiempo había sido una incógnita. Luego, quedó sentado al frente del taburete contemplando su obra dolorido, perturbado ante tanto terror.

— ¡Soledad!—, gritaba en la habitación vacía

— ¡Soledad!—, sollozaba sin obtener repuesta. Adentro de ese cuarto oscurecido por un cono de sombra; lo acompañaba la mirada implacable de la pintura que se había encendido con luces rojas y naranjas, del lienzo que apuntaban a Jonás era la fiel mirada de Apolinario que le reprochaba haber encontrado su origen despertado los infiernos.

—*Este es el hombre de quién te compadecías, Jonás. Tu curiosidad ha logrado revivir su pasado. Has traído maldiciones postergadas. ¿Que será ahora de ti, Jonás?*— preguntaban las voces del coro.

Por primera vez Jonás las escuchó. No comprendía su origen..

— ¡¿Quiénes son ustedes?!—, reclamó Jonás mirando al vacío.

Las luces se retorcían en su cuerpo, atrapaban sus pensamientos y le impedían quitar la vista de los ojos de

Apolinario que ahora reía desde esa pintura con maldad y soberbia, satisfecho de su regreso. La pintura había cobrado vida. Estaba destellante, ansiosa de seguir un camino inconcluso en esa resurrección. Jonás escapó corriendo de la habitación hacia cualquier lugar sin importarle su destino. Corrió desconsolado, sin descanso, hasta caer exhausto en un médano. Allí la noche lo atrapó.

— ¿Existe el destino? ¿Hay alguien que pueda reclamarle al destino su espontánea aparición? El hoy y el mañana estarán siempre separados por una esperanza, y ellos, a escasos metros, por un vacío iluminado por la luna.

Esa noche. Exactamente la misma noche en que Jonás escapaba de su creación, que lo había llevado a enterrar su cansancio en un médano muy cercano a los filos de las rocas, Ester había desplegado su manta sobre la arena para descansar custodiada por el ave negra posada sobre una roca fría. Jonás y Ester estaban separados por no más de cien metros. Ella, cerca del murmullo de las olas que terminaban mansas en la playa. Él; a metros de una calle de tierra abandonada.

Los dos, con sueños distintos, ajenos de esa cercanía, sin embargo, alguien estaba atento a ese encuentro. Atos, el enigmático e imponente ave negra.

“Todo el juego de la vida està en su absurdo”
Vergileo Ferreira

Jonás salió apresuradamente de su cuarto. Le faltaba aire; estaba asustado y muy desorientado. Recordaba claramente a ese pájaro y su señal codificada. Lo que pretendía ser un hallazgo casual se había transformado en una realidad tenebrosa. Su marcha se aceleraba por las calles vacías de la ciudad: al comienzo iba trotando; luego, corriendo agitado y con mucha sed. No tenía un destino fijo; escapaba sin atinar a nada. Sus piernas se acalambraron y tuvo que parar bajo la sombra de un árbol. Al frente había una cantina hecha con cañas secas, sin vidrios en su ventana por donde la música salía buscando clientes solitarios como él.

Sintió deseos de beber algo fuerte, una bebida que hacía tiempo no ingería y de la cual había salido con mucho esfuerzo. Temblaba; el sudor empapaba su camisa. Secó su rostro con el pañuelo y se aproximó lentamente al bar. El ambiente estaba pesado; los ventiladores zumbaban sin refrescar. Los clientes estaban sentados en sillas de madera, acodados sobre las mesas y la cerveza esperaba transpirando el cristal transparente de los jarrones. Se acercó a la barra y, decidido ya, pidió ron:

— ¿Y cómo sabes que está aquí?—, insistió Jonás intrigado.

— Por Atos; un ave—, contestó ella sin darse cuenta de su desliz.

— ¿Atos? — Jonás quedó mirándola absorto. No sabía si en realidad ella estaba inventando una repuesta o si jugaba con él. Sin embargo, el rostro de esa mujer no mentía. Fué entonces cuando súbitamente recordó el pájaro negro que había dibujado hacía poco tiempo y también, el mensaje que había descifrado al unir los puntos imaginarios del recorrido

— ¿Cómo es Atos?— comenzó a interrogarla, ahora más interesado que nunca, presintiendo que estaba por descubrir algo más que mera información.

— Un pájaro imponente que me sigue y guía hace tiempo—, contestó distraída sin darse cuenta que Jonás estaba tenso y asombrado.

— ¿Es un pájaro negro?—, indagó tembloroso Jonás.

— Sí, negro, intensamente negro y grande—, dijo Ester descubriendo un Jonás pálido.

— Es él — confirmó Jonás sentándose en la silla esterillada.

— ¿Él? — repitió intrigada Ester.

— Ese pájaro me dejó un mensaje—, reveló distraído Jonás

— ¿Mensaje?... ¿Qué mensaje, Jonás?

— Nada; ninguno, no recuerdo, tal vez estoy confundido—, se retractó.

Sentía calor en el cuerpo, se levantó para abrir la ventana. No podía comprender lo que estaba pasando, ambos tenían algo en común: el ave. Fue entonces cuando le pidió que se quedara hasta su regreso. Sugirió que si quería podía bañarse y arreglarse. Él iba a tardar varias horas en regresar, de manera que hasta podía dormir en su cama. Le mostró en donde había alimentos y le alcanzó las toallas de baño. Ester no comprendía su apuro; pero aceptó complacida.

Cincuenta y uno

“Ahora aquí en este mundo Todas son estaciones. Luego allá arriba, en el espacio infinito... Todas son estrellas”

León Felipe

Amanecía, el comienzo del día demostraba nuevamente que la luz todo lo puede. La selva ostentaba orgullosa su impenetrable verde, agitando la neblina atada a las copas de gigantes árboles. El mar, desperezaba sin agitarse; estaba calmo y se preparaba para el juego de mareas. Atos, permanecía en la punta del risco, contemplaba los dos cuerpos inmóviles separados por médanos de arena. El horizonte se teñía de rojo y despuntaba el sol, tras la popa de un barco pesquero. Atos intuyó que era momento de volar para cumplir su destino. Movié con fuerza las alas para quitarse el rocío de sus plumas negras y se lanzó hacia la playa elevándose en pocos segundos. Allí comenzó un juego mágico; probando su destreza. Subía y bajaba a ras de agua cepillando olas. La playa se alejaba y el mar opacaba su majestuosidad descubriendo vientos marinos que alternaban con bandas definidas de corrientes marinas atravesándolos con su vértigo. Sus alas respondían quebrando los ángulos para dejarlo caer en el vacío, hasta la línea de peligro, un metro a ras del agua. Era el momento en que abría sus alas trepando las escaleras de las nubes. Por fin, se dejó caer lenta-

mente aproximándose a Ester que dormía. Se acercó suavemente a la mujer y con su pico tocó una y otra vez la mano que ella había dejado reposando lejos de su cabeza. Despertó sobresaltada buscó su mano perdida que estaba siendo tocada con delicadeza y encontró al ave cuyos ojos le ordenaban retomar el camino. Atos se elevó desapareciendo en el cielo iluminado por un sol que prometía lanzar sin piedad rayos de calor. Nada dijo Ester, sólo miró cómo el pájaro se perdía, caminó hacia la playa para lavarse con las cálidas aguas del Caribe. Quitó su ropa y la enjuagó hasta sacarle la tierra pegada del camino, luego la extendió sobre la pared lisa de la roca quedándose desnuda esperando que su piel absorbiera todo el fresco del amanecer. En dos horas estuvo lista para reiniciar la marcha. Calculó que estaba a sólo unos cientos de metros de la ruta, buscó el sendero de los médanos. Por allí fue.

Jonás, sin saber de la cercanía de ella, estaba despertando. Le dolía la cabeza, pero no había rastros de violencia. Observó a ambos lados la soledad que lo rodeaba. Y recordó el sueño con la imagen de la pintura, que invadió su memoria. Decidió volver.

Jonás y Ester caminaban sin saberlo a un mismo lugar; la carretera. El camino de tierra abandonado quedó atrás. Ella lo vio primero. Estaban absolutamente solos, pero no sintió miedo. Continuó caminando impávida, segura de que ese hombre no la había visto. Llegó hasta el borde de la ruta y quedó esperando el paso de algún vehículo. Jonás, que aún no había notado su presencia, caminaba con la cabeza gacha mirando la arena, pensando lo que había ocurrido hasta que fue imposible ignorar la presencia de Ester. Se quedó inmóvil mirando a esa joven mujer. Abrió y cerró los ojos creyendo que era una alucinación, un espejismo. Se frotó los ojos con las manos. Era real, una mujer solitaria en el camino. Ella saludó reconfortada por el encuentro respondió Jonás sin que se le ocurriera otra forma de saludo ante la sorpresa.

Caminaron. Sus historias fueron sintéticas, al haber obviado aquellos aspectos que no podían confiar a un desconocido. No pasaba ningún vehículo; el sol comenzó a apretar. Al mediodía, estaban llegando a la ciudad. Jonás la invitó a su casa para almorzar y ella aceptó gustosa. Nadie la esperaba y tampoco conocía el lugar. No tardaron en llegar. Ester subió confiada a la habitación. Cuando entró, encontró una pieza desordenada. Él levantó en silencio el bastidor con la pintura que estaba caído en el suelo, lo cubrió sin mirarlo y lo colocó contra la pared. Ester seguía contándole de sus andanzas en la casa de los pescadores, Jonás prendía la cocina para calentar agua. Él no conocía aquella playa de los pescadores Ester hablaba ignorando que Jonás había comenzado a observarla detenidamente.

—Seguramente es una mujer comprometida-, pensó mientras colocaba las tasas y los platillos con el pan casero.

— Veo que has pintado mucho, Jonás-, comentó Ester al ver las paredes cubiertas de telas.

—Y no son todas; he abandonado muchas de ellas en otro lado-, dijo ocultándole que en realidad había sido robado y que junto con ese robo tuvo su tragedia.

— Te interesan los desnudos!-, opinó Ester mientras observaba entre otros dibujos el de una mujer pintada sobre la gramilla imaginaria de un valle rodeado de montañas.

— Sí; son mis preferidos, también hago retratos y pintura abstracta-, explicó Jonás, quien estaba despegando los huevos de la sartén para servir el almuerzo. De inmediato se sentaron a la mesa y él, interesándose, le preguntó a quién buscaba.

—A una persona...pero ignoro dónde vive — contestó ella mientras comía entusiasmada.

—¿Pariente?-, inquirió Jonás tratando de acercarse.

— Algo así; podríamos llamarle un pariente querido, pero prefiero no hablar de ello-, respondió Ester convencida de que su pedido sería respetado por Jonás.

—¿Intentarán convertirme en una belleza?—, se preguntó burlonamente y en seguida se preparó para la próxima escena. Dejaría que sucediera. No le disgustaba la propuesta. Imaginó la enfermera dentro de una bañera retozando con él en medio de juegos acuáticos lujuriosos.

El médico lo revisó detalladamente y no dudó de su regresión. Le comentó a la enfermera que era un caso típico de estrés.

— Es frecuente. Lamentablemente estamos como antes, mujer-, aseguró el galeno.

— Haga de cuenta que recién ingresa...aunque puede ser transitorio > destacó y así lo anotó en la historia clínica.

Llevaron a Apolinario al baño. Sumergido en la bañera con agua tibia, el jabón pasaba una y otra vez por su cuerpo. Sintió el placer de las manos suaves de una mujer; no se había olvidado de ellas. Volvieron a su recuerdo sus brujas: Alticia y Amanda. La Negra y especialmente Ester, la dama del Antifaz. Todavía regresaban las imágenes del día que las condenó a la horca por culpa de la prostituta Ester. La lujuria se apoderó de él mientras fingía que estaba perdido. La enfermera, preguntándose cuánto tiempo habría pasado sin una mujer puso distancia. Lo llevaron nuevamente a la cama. Lo taparon con una sábana limpia recién cambiada. Observó a sus compañeros a quienes no podía escuchar,. Entonces, mirándolos, dijo:

— Stro Togua Surabro.

Uno de ellos se acercó y lo observó cuidadosamente.

— Esto pasó luego de que mató al ave negra. Yo sabía que algo raro estaba ocurriendo y no me quedaron dudas cuando ese pájaro desapareció—, comentó..

Por fin, lo dejaron solo. En realidad eso deseaba.

Cincuenta y cuatro

“La Poesía es siempre una despedida”

Anónimo

Soledad se quedó sentada cuidándolo. Sacó de la mochila el cuaderno donde solía escribir Jonás y se puso a leer detenidamente un borrador llamado *Pasillos del Saber*:

*“Túneles perfectos que se estrechan en las distancias/
pasillos vacíos del saber / puertas abiertas al conocimiento y la razón / esperan palabras que floten y retumben / con fuerza ajena a todo sentir / Solo encontrarse haciendo frases / que luego serán libros, poemas y prosas/. Cayendo en cascadas límpidas y frescas / en pasillos que terminan en ventanas de cristales / que miran jardines de verdes y sombras de fresnos; flores y esencias./ saturadas de luces del día que iluminan.... “.*

Al terminar la lectura, sollozó. Tomó la mano de Jonás y se fusionó en la calidez de su piel. Había percibido claramente que esas manos de artista también lo eran de la palabra que fijaba la eternidad de sentimientos tan resguardados en su alma, otra vez atormentada por algo; o por alguien. Lo sabría una vez que Jonás despertara. Controló el suero; el gotero mostraba la rítmica gota de la solución amarillenta que viajaba silenciosa por cánulas transparentes hacia el brazo derecho y de allí al interior de su cuerpo.

— Cuide la hidratación—, le había dicho el médico. Sólo eso. Nadie le había confiado el cuidado del alma; pero Soledad se había hecho cargo de ella. Esperaba pacientemente, e inclusive en las horas de descanso brindaba a Jonás su ternura. Lo amaba. Recordaba cuando le había entregado en un papel con poesías como *Frutos con colores* y también cuando él recitaba sonriendo, tratando de conmocionar su alma y estremecer su cuerpo con el acompañamiento de sueños que permanecían vivos, aún en la inconsciencia o en ese infortunio.

— Es mi fortuna — le decía muchas veces

— Es lo único que nadie me pueden robar Soledad. Cuando descubras el valor de mis palabras, habrás entendido mis sentimientos >. Ahora ella fué quien recitó en silencio *Frutos con Colores*:

“Te he llevado flores de colores./ Ahora descansan en esa fuente de cristal/ para que en silencio/ dejes que esa silla vacía pueda arrancar tus nostalgias/ y guardarlas entre sus esterillas/ trenzadas en perfectos cuadros./ También/ para que me recuerdes/ he llevado esos frutos de variadas formas/ para que pinten el espacio de madera/ de tu mesa de roble./ Y ahora que ya tienes flores y frutos/ en tus delicadas manos/ voy a llevarte a ese lugar secreto/ testigo único de nuestros encuentros/. Sin idiommas/ Sin palabras..../”.

— ¿Eres tú, Soledad?—, preguntó Jonás con los ojos cerrados.

— ¡Sí, soy yo, Jonás! Soy la que toma tu mano y llora tu poesía.

— ¡Ah!, la poesía..., Soledad, a veces lastima y desnuda el alma ¿Te acuerdas de ella?

— La vivo, Jonás; la vivo en plenitud. No me lastima. Pero ¿qué pasó, Jonás? ¿Qué fue lo que te llevó a esta desgracia? ¿Por qué la bebida?—, preguntó ansiosa.

— El mensaje..., Soledad. El mensaje del ave-, respondió apretando la mano de Soledad

agua, jabón y cloroformo mezclado con éter. Los antropólogos americanos que lo trajeron lo encontraron debajo de una piedra, delirando. Pudieron grabar ¿palabras? como *To Gua Nardo*, *Stro Suncaye*, *Surabro* y *Stro Togua*, inexistentes en idioma conocido. También, entregaron el medallón de lata que colgaba de su cuello con un nombre: ‘Apolinario’. No hay parientes ni conocidos...”

— De manera que así fue—, pensó

— Conocen mi nombre; nada más. Estaba perdido, demente, sucio y solo—, se jactó el Apolinario lúcido

— No tengo familia, nadie me conoce; hasta he creado un lenguaje propio-, pensó riéndose de su descubrimiento. Copió en un papel aquellas palabras de las que opinaban que “eran exclusivas del engendro encontrado por los antropólogos extranjeros”.

— ¡Yo...un engendro!—, se dijo regresando la historia clínica a su lugar. Se acostó tratando de memorizar su antigua jergonza que de ahora en más podría usar para no levantar sospechas, cada vez que alguien le hablara.

— ¡Apolinario vamos! a bañarse!—, ordenó la enfermera sin darse cuenta de que el paciente no escuchaba absolutamente nada de lo que pasaba a su alrededor. Por supuesto ella ignoraba la masilla en sus oídos

— ¡Eh!, Apolinario—, insistió colocándose frente a él con las manos en la cintura

— ¿No me escuchas?

— To Gua Nardo—, contestó seguro de haber memorizado correctamente y agregó

— Stro Suncaye—, para deleitarse al ver la cara de preocupación de la enfermera.

— ¡Otra vez!—, exclamó asombrada.

Apolinario, simulando estar ausente, la miró completamente quieto. Ella desapareció de su vista apresuradamente para comunicar la novedad, una regresión.

— ¿A bañarse?—, pensó Apolinario. ¿Esto hacían con él?. Entonces recordó los baños de inmersión de Erzsebet Bathory que llenaba la bañera con sangre de sus víctimas para lograr inmortalidad y belleza eterna.

tenías en tu escritorio —coreaban las voces a un Apolinario estático.

— ¡Malditas!—, susurró. Apolinario sentado en la cama, tapándose los oídos inútilmente pues igual las escuchaba. Renacía otra vez aquel odio que había nutrido su alma durante tantos años. Repasaba su esplendor y su caída su poder y su destierro. Había vivido tanto tiempo con esas voces que ya casi no le importaban. Estaba decidido a seguir adelante con su plan para escapar. Había matado al ave negra, sí ; a su fiel Atos, que lo había regresado al mundo donde antes, lo habían condenado. Sentía que su cuerpo estaba aún ágil a pesar de sus años y el abandono sufrido. Tendría que armarse de paciencia y continuar haciendo la misma rutina para no despertar sospechas.

Apolinario se acercó a la ventana, miró hacia abajo y, efectivamente, Atos no estaba. Era lógico. El ave no era más que un mensajero de su destino. Quitó masilla del borde de los marcos que sostenían los cristales de la ventana, la amasó y luego prolijamente fue colocando en los conductos de sus oídos hasta lograr taparlos en forma definitiva. El silencio se presentó inmediatamente. Comenzó a observar a sus compañeros de sala que hablaban, gesticulaban y caminaban, sin escuchar absolutamente nada. Sabía que no se libraría del coro de las voces, porque estaba en su mente; pero los ruidos y las palabras generados en su entorno habían quedado bloqueados. Este hecho le permitiría simular un estado de ausencia que habría de explotar hasta lograr la fuga.

— Seré un mueble, una cosa, un ente o algo más inanimado—, se dijo a sí mismo mientras regresaba a su cama quitándose la masilla sobrante de sus dedos.

Al pie de la cama, estaba la carpeta con la historia clínica. Esperó a que nadie lo mirara y se puso a leer los datos que le faltaban para comprender su situación. Decía así: “Es un hombre de unos sesenta años, absolutamente en estado de abandono, con las piernas descarnadas, y colgajos putrefactos. Los gusanos fueron sacados con

— ¡El Ave... el ave!—, Y comenzó a temblar antes de entrar nuevamente en un sueño apacible. Repitiendo “maldita ave; es un presagio de tragedia”.

— ¿El mensaje, Jonás? ¿Que mensaje?— quiso saber ella. Pero pronto se dio cuenta de que ya no la escuchaba.

Soledad permaneció a su lado esa noche con lágrimas contenidas. Sabía como sufría Jonás, aunque ignoraba la causa. “¿Mensaje de quién?”, se preguntaba.

“Los años de encierro te parten la vida en tres trozos: Antes-Durante y después”

Mario Benedetti

Apolinario repasó con la vista todo el pabellón. Calculó cuántas ventanas había sin rejas, cuántas puertas sin un enfermero; qué distancia había desde ese lugar a las rejas y del portón de entrada. Memorizó todos los detalles. Comió pan y tomó agua. Era absolutamente consciente de cuál había sido su historia y del porqué de su desgracia, aún no lograba recordar cómo había llegado al hospital. Sin embargo estaba seguro de que tendría que salir de allí de cualquier manera y tan pronto como fuese posible. Reaparecieron las voces que de algún modo, le habían profetizado ese destino incierto cuando la turba se había abalanzado sobre él.

— *¡Eh!, Apolinario, escapaste de tu condena. Has regresado a una vida que no te pertenece, aunque no sabemos cómo. Lo has logrado. Pero, tu destino quedó escrito y fue sellado en el mismo momento en que mandaste a matar a tus hermanos de la Cofradía... ¿Te acuerdas de ese día cuando ellos caían al suelo ensangrentados; perforados por balas de plomo, destrozados sus tejidos; y tú, Apolinario, reías? Gozabas de tu traición igual que cuando mandaste al infierno a tus brujas. ¿Te acuerdas de Alticia, Apolinario? Su cabeza estaba en el frasco que*

“Por las ramas del laurel Van dos palomas oscuras La una era el sol. La otra la luna”

F García Lorca

Ester se había bañado, cambió su ropa, comió unos restos de comida y luego se estiró en el sofá al frente de la pared más alta para observar las pinturas de Jonás, se dio cuenta que tenía estilo. Manejaba los colores con mucha frescura. Irradiaba un cierto respeto cuando se trataba de retratos, siempre serios; siempre rígidos. No así los desnudos en los que su creatividad se potenciaba y daba pinceladas de extraordinaria belleza. A su derecha, estaba apoyado un bastidor cubierto por un paño blanco. “¿De quién será?”, se preguntó sin atreverse a destaparlo. No era correcto hacer eso. Luego leyó un libro de poesías, una antología de viejas tapas duras. Comprendía varios autores, algunos de ellos estaban marcados con lápiz y tenían anotaciones; seguramente escritas por su circunstancial amigo. Así se entretuvo hasta que una mujer entró apresuradamente en la habitación de Jonás. Era Soledad..

— ¿Quién eres?—, preguntó sobresaltada Soledad mirando con detalle la intrusa. Si bien estaba acostumbrada a encontrar huéspedes desconocidos en esa habitación esa la mujer le llamaba la atención

— Una amiga de Jonás—, contestó Ester turbada
— ¿Amiga?—, Se burló Soledad con una mueca de desprecio, sabía que no lo era porque Jonás le hubiese contado
— Bueno, conocida desde esta mañana, él me dejó en su habitación y me dijo que esperara. Pero aún no ha llegado-, agregó preocupada
— ¿Sabes algo de él?
— Está internado desde hace unas horas-, respondió Soledad abriendo los cajones de la cómoda y sacando ropa limpia y planchada. Todo estaba revuelto mezclados con pinceles húmedos..
— ¿Un accidente?—, preguntó Ester interesada
— No, una borrachera que es peor, porque ya no bebía-, contestó Ester
— ¿Y por qué lo hizo?—, inquirió Ester intrigada.
— Aún no lo sé.....dice que había un mensaje.....o algo así.

Soledad acomodó el bolso y salió no sin antes decirle que si quería dormir, usara la cama de Jonás; esa noche no regresaría. Ella había reconocido esa mujer en varias pinturas de desnudos, con seguridad era ella Vencida por el cansancio, se recostó en la cama de Jonás y se concentró en las últimas palabras de Soledad..."el mensaje"; su cuerpo estremeció, las manos se humedecieron. Una sensación de calor reconfortante ascendió por sus brazos, miró las palmas de sus dos manos y observó sangre.....se fue durmiendo lentamente. Soñó que estaba galopando en una pradera verde, su caballo alazán de finas canillas era tan veloz como el viento y sentía que su cabellera se agitaba golpeando los hombros desnudos. La alocada carrera terminó en las orillas de un lago sereno y gigante, donde navegaban cisnes de cuello negro. Las montañas se reflejaban en un agua turquesa, duplicando la belleza del paisaje. En el centro del lago flotaba una isla invadida por pájaros que cantaban a la vida con voces transparentes y plumas de colores. Ella

— Es Lucifer; las tinieblas, y de algo estoy seguro—, aseveró Jonás

— Ester, el enorme pájaro negro y las líneas que alcancé a dibujar de su vuelo junto con el mensaje que descifré al unir los vértices de dichas líneas Anuncian esto Soledad...la llegada del mal—, sentenció Jonás

— También reconoció a Apolinario!—,comentó Soledad asombrada.

— Sí, pero hay algo que no termina de convencerme—, le confió él pensativo.

— ¿Qué, Jonás?

—Su desmayo con la pintura; el ave negra y las voces, reflexionaba Jonás tratando de descubrir la función de cada cosa en esta historia.

— ¿Qué voces?—, preguntó Soledad, totalmente intrigada.

— Las que escucho. Nada te había dicho, porque pensarías que me había vuelto loco. Todo comenzó antes de mi última borrachera. Pero es así, escucho voces que me hablan desde lo invisible, desde las sombras, desde un misterioso lugar secreto—, explicó Jonás..

— ¿Y qué decían esas voces?—, preguntó Soledad compadeciéndose de su amigo.

—Hablaban de lo que estaba haciendo yo; del cuadro de Apolinario y de muchas otras cosas que iban del espanto al misterio-. ¿Había llegado el mal?.... ¿Qué representaba Belcebú en sus vidas?, se preguntaba Soledad siguiendo el paso de Jonás por la vereda.

En pocos minutos el cielo se nubló cubriéndose de espesas, pesadas y negras nubes.

— Significa Satanás, diablo, demonio, cualquiera de ellos—, es el mensaje

Ester recuperaba color, y lentamente abría los ojos. Sus labios pálidos regresaban a un rosado carmín. Se apoyó sobre sus dos manos y se sentó. Los observaba confundida, tratando de recordar lo que había sucedido. Recordó la pintura.

— ¡Apolinario!... ¡sí!, ahora lo recuerdo—, dijo Ester preocupada y se conmovió.

— ¿Cómo sabes su nombre?-, preguntó Jonás intrigado. ¿Cómo lo sabes? repitió ahora con énfasis.

— Lo conozco desde hace mucho tiempo...es una larga historia-, respondió Ester pidiéndole con la mirada comprensión.

— ¡Te lo dije, Soledad!... El mensaje—, intervino Jonás.

— ¿El mensaje?-, preguntó Ester distraída

— ¡Nada que ver!-, sostuvo Soledad tratando de cambiar la conversación y a continuación hizo señas a Jonás para que callara.

— ¿Puedo levantarme?—, pidió permiso Ester.

Soledad la ayudó a ponerse de pie. Una vez parada, Ester caminó hacia la ventana evitando volver su mirada sobre el cuadro que había quedado apoyado sobre la pared. Abrió las dos hojas y se asomó buscando algo que no era el paisaje real que permanecía inerte.

— ¿Buscas algo?—, preguntó Jonás convencido de sus sospechas.

— El pájaro—, contestó distraídamente Ester.

Soledad se estremeció. Las palabras de Jonás ahora sí cobraban sentido.

— ¡No está! La última vez que lo vi fue en la playa-, agregó Jonás mientras le hacía señas con las manos a Soledad para que saliera de la habitación con él.

Salieron de la habitación presurosos. Recién cuando estuvieron lejos de la entrada del edificio Soledad se mostró confundida.

— ¿Quién es Belcebú, Jonás; de quién hablas?—, ¡Por favor!

se acercó a la orilla. Las aguas se abrieron, dejando un camino naranja que le permitió llegar hasta la isla encantada. Los pájaros no se movieron de sus lugares, libre de todo homenaje apareció el pájaro negro que había sido su guía. Voló...hacia ella que solo atinaba a escapar. El pájaro negro volaba sin cabeza y del cogote sangraba un líquido viscoso. Las aguas regresaron a su lugar y comenzó un ruido progresivo, como si algo se fuera partiendo, la tierra firme comenzó abrirse con grietas profundas, en los bordes estaban decenas de prostitutas compañeras del burdel, con máscaras pintadas de fuertes colores, todas reían pronunciando su nombre, llamándola entre burlas y risas. Ella sumergida en un profundo sueño, teñido de color púrpura.

leche humeante. Hablaron de varias cosas a la vez. La información que cada uno sonsacó al otro fue limitada. Ester aprovechó para elogiar las pinturas y opinó que los desnudos de Soledad eran muy bellos. Hasta se atrevió a preguntar por la pintura tapada.

— ¿Por qué está tapada con ese género?—, preguntó tratando de disimular la intensa curiosidad.

— Por seguridad-, contestó rápidamente Jonás, fijando su mirada en Soledad.

— ¿Se puede ver?—, dijo distraída Ester, quien en realidad se moría de curiosidad.

— ¿Puede?—, preguntó Soledad a Jonás.

— No sé...; aún le falta—, contestó Jonás inseguro.

Jonás dudaba. Miró a Ester con cierta desconfianza; el mensaje que aún no le había comentado a Soledad tenía que ver con esa desconocida. Al menos, lo sospechaba por las coincidencias. También recordó el final de la pintura. Completar los ojos había sido revelador de algo siniestro, turbulento, casi secreto y maligno. Pero no pudo oponerse a descubrir la pintura. Fue hacia el cuadro, quitó el paño y dándolo vuelta lo mostró orgulloso a las dos mujeres. Soledad dijo que era realmente asombroso el parecido y la mirada Ester en cambio, quedó paralizada. Palideció, trató de abrir la boca para decir algo y se desmayó, cayendo al suelo. Soledad se apresuró para ayudarla y rápidamente la asistió. Jonás dejó la pintura, levantó a Ester y la colocó en su cama.

— ¿Por qué?... , preguntó Soledad a Jonás sin comprender.

— Te lo dije:...el mensaje-, contestó Jonás

— ¿Qué mensaje?—, lo interrumpió Soledad.

—... del ave, Soledad; del pájaro que dibujé en su vuelo-, replicó Jonás seguro de sí mismo.

— Pero ¿qué decía el mensaje?...! Basta de intrigas!—, agregó Soledad ofuscada.

— Decía ‘Belcebú’...sólo eso—, explicó Jonás confundido y pálido. Eso.

suerte de encontrarla” pensó mirando las delicadas manos que apretaban la suya.

En ese momento, el médico de guardia descubrió a Jonás despierto, se acercó a su camilla y sin ninguna compasión despertó a Soledad.

— ¿Quién es el enfermo, Soledad? ¿Tú o Jonás?—, preguntó fastidiado. Soledad se sobresaltó. Sosteniendo aún la mano de Jonás miró al galeno, lo saludó y rápidamente miró a Jonás.

— ¿Estás despierto?—, quiso saberlo mientras acomodaba su pelo desordenado

— ¿Te sientes bien?

— Sí, pero con mucho dolor de cabeza—, lamentó Jonás.

— La borrachera, amigo, la borrachera—, comentó el médico mientras lo examinaba. Luego, dirigiéndose secamente a Soledad le dijo que podría llevarlo a su domicilio.

— Si necesitas....usa la ambulancia—, le propuso más comprensivo.

Soledad se levantó de la silla y ayudó a su amigo a asearse y a vestirse. Una vez listo se fueron en la ambulancia.

Cuando llegaron a casa de Jonás, Ester aún dormía en la cama del pintor estirada plácidamente con la ventana abierta por donde entraba la cálida brisa de media mañana. Se había acostado vestida, al menos así lo indicaba su ropa. La llegada de Soledad y Jonás la despertó.

— Me quedé dormida—, se justificó ante los visitantes inesperados.

— ¿Cómo estás, amigo?—, Se interesó Ester.

— Bien; al menos puedo caminar—, contestó con alegría y se quedó observándola fijamente, estudiando su rostro, sus ojos y también sus manos.

— ¿Tengo algo raro?—, preguntó incómoda Ester.

— No...es que trataba de recordarte—, se justificó Jonás al tiempo que buscaba sus bastidores observando rápidamente la ubicación de los mismos.

Prepararon un tardío desayuno. Se sentaron a una mesa servida con tostadas, manteca, mermeladas y café con

“Corrompo pero ilumino. Traigo conmigo memorias de cosas que no llegaron a ser, pero que pudieron ser. Las iglesias me aborrecen, los creyentes tiemblan por mi nombre”

Fernando Pessoa

Apolinario despertó al amanecer. Caminó hacia la ventana, se asomó buscando el pájaro negro. Allí estaba; muerto, duro y seguramente frío. No había sido un sueño. Miró su camisolín como si fuese la primera vez y observó a sus compañeros de sala que aún permanecían dormidos. Hizo un recorrido visual de la sala de internación. El pabellón de hombres, tenía unas treinta camas ocupadas. Estaba en el Hospital General. Esto lo confirmó al ver algunos pacientes con los trípodes con suero, los botellones de orina sobre las mesas de luz junto al desorden de medicamentos, cuatro pacientes enyesados hasta sus cuellos. Su primera reacción fue buscar un espejo para mirarse, para reconocerse. Sabía que su memoria comenzaba una franca recuperación. Pudo verse en el espejo del baño, era un hombre avejentado, delgado, ojeroso y pálido. Palpó su rostro como si pretendiera que lo que veía en el espejo fuese una máscara y no, su verdadero rostro. Sin embargo era su él, no cabía ninguna duda. Asustado miró su cuerpo, le llamaba la atención sus piernas deformadas con cicatrices importantes.

“Fueron los perros”, pensó y regresaron aquellas imágenes de carnicería feroz cuando una manada de diez lobos disputaba un pedazo de sus muslos sangrantes. También recordó a grandes rasgos, una importante etapa de su pasado y se estremeció. Pero más se alarmó porque había perdido el destello de maldad en sus ojos que siempre lo había caracterizado.

Se encontraba vivo, viejo, deforme y con un ridículo camisolín verdoso. Lavó su cara con agua fresca y regresó a la cama; se acomodó con un cuidado desconocido cubriéndose con la sábana blanca y se dispuso a repensar su pasado.

—¿Quién lo había traído? ¿dónde estaba?, ¿estarían enterados de quién era?— Tocó la medalla de lata que colgaba de su cuello, la sacó y leyó su nombre: “Apolinario”; nada decía de su apellido.

— Lo saben >, pensó en ese momento de lucidez. Pero, si fuese así; no se explicaba por qué lo tenían en el hospital. En una época cercana, él había habilitado el burdel regentado por su primo.. “Trataré de averiguarlo se propuso y quedó inmóvil, simulando dormir

— Es mejor que crean que sigo ausente de la vida. Atos está muerto; eso es importante, garantiza el silencio acerca de mis orígenes—. Luego se puso a atar cabos sueltos de imágenes que reaparecían en racimos vertiginosos.

Por la mañana temprano, como todos los días, llegó la enfermera. Visitó uno a uno a sus pacientes entregándoles medicamentos, tomando la presión y anotando en la hoja de controles los signos vitales: la cantidad de orina juntada en los papagayos y la temperatura. Cuando llegó a Apolinario, Soledad lo saludó:

—¿Cómo estás? Me dijeron que ahora cantas— le dijo en forma jocosa. Él nada respondió, sólo la miraba mientras le tomaba la presión y la temperatura. Los senos se insinuaban descuidadamente, sin que ella se diera cuenta, por el escote de su delantal blanco.

— Estás mejor que nunca...Apolinario—, comentó al confirmar su buen estado y cuando terminó de asearlo

— Avisame cuando vayas a cantar—, le dijo caminando hacia otro paciente que estaba a pocos metros de esa cama.

— ¿No habla?—, preguntó otro paciente a la enfermera.

— Parece que no—, contestó ella.

— Pero ¿sabías que anoche mató un pájaro negro y lo tiró por la ventana?—, comentó el paciente seguro de dar una noticia extraña

— ¿Por la ventana?—, dijo ella desconcertada.

— Sí, mientras cantaba... lo descogotó y lo tiró-, agregó encantado con su morbo.

— ¿Por cuál ventana?—, repitió ella intrigada

—Por aquélla-, indicó el paciente señalando justo al frente de la cama de Apolinario.

— A ver—, dijo Soledad y fue hasta la ventana, donde se asomó. No hay nada.

— ¿Nada?!—, exclamó desconcertado el paciente.

— Al menos allí, no se ve ave alguna—, contestó ella dirigiéndose apurada a otra cama para terminar su rutina.

Entretanto, Apolinario acostado en su cama y con los ojos cerrados recordaba haber visto esa ave. Era Atos y él, le había dado muerte. Rogaba que nadie supiese quién era; al menos, hasta haber salido de ese hospital. Pero ¿adónde iría? ¿Acaso contaba con medios para valerse por sí mismo? Tenía muchos interrogantes para los que aún no había encontrado una respuesta. Decidió entonces no hablar; seguir simulando que estaba ausente hasta conocer cuáles eran sus verdaderas posibilidades de escapar.

Mientras en la sala de guardia avanzada la mañana, Jonás abrió sus ojos. El dolor de cabeza era intenso. A su lado encontró a Soledad adormecida, tomada de su mano. Seguramente había pasado la noche cuidándolo. No se movió para que ella no despertara. La observó detenidamente aunque se la veía extenuada. Era una mujer hermosa y en su rostro descubrió una bondad infinita. “Tuve

— Pero no te puede escuchar, Ester; te dije que tiene una regresión, no habla, no siente, no mira, no contesta. Es una cosa— , recordó Soledad inquieta.

— No importa; me escuchará—, sostuvo con firmeza Ester.

El pintor y su amiga encontraron razonable la última propuesta. Si la aceptaban postergarían la verdad por escasos minutos y la pesadilla terminaría definitivamente. Accedieron al pedido de Ester y se aprestaron a salir. Cuando ya habían bajado las escaleras, Ester les pidió que la esperaran; se había olvidado de un papel que tenía que entregarle a Apolinario. Subió y, a los pocos minutos, regresó.

— Ya está— , dijo agitada.

— ¡Vamos!— , ordenó Jonás, salieron caminando hacia el hospital. La furia de la tormenta recrudecía en la noche.

— Es época de agua— , opinó Jonás observando el cielo. Ester llevó su mano al muslo derecho y se aseguró que ese objeto estuviese presente.

Ester había quedado sola en la habitación. El cielo se iba tornando plomizo, los truenos y relámpagos, anunciaban una tormenta tropical. Los ojos dibujados de Apolinario, la perseguían sin parar. Aunque tenía miedo de mirar nuevamente la pintura, decidió enfrentarlo. Se sentó contemplando el bastidor que retenía a un Apolinario diabólico. La mirada del retrato expresaba la maldad de ese hombre; todo su resentimiento y su odio. Recordó cuando lo conoció en el burdel, escondida tras el antifaz negro; con su cuello desnudo y el escote de su vestido que exhibía sus senos generosos. Recordó la noche en que ese hombre había desatado la bestialidad de su sexo y el diálogo frío que mantuvieron para acordar el pago de su entrega. También; cuando le prometió ser parte del poder que él había construido durante tantos años. Mientras Ester rememoraba así su pasado, volvieron Jonás y Soledad. Prepararon la comida en silencio; todos colaboraron. Los tres tenían temor de abordar los detalles ineludibles. ¿Qué relación existía entre el ave, Ester y Apolinario?, ¿quién era en realidad Apolinario?, ¿cómo lo había conocido?, ¿Qué pasaría a partir de ese momento con ellos? Y obviamente, ninguno podía ignorar las coincidencias entre el mensaje del ave y la realidad, que ese día se había presentado súbitamente.

La tormenta se desató con fuerza, los relámpagos se mezclaron con una lluvia intensa.

— Ester..., comenzó a hablarle Jonás, mirándola atentamente

— Tenemos algo que preguntarte.
— ¿Qué?—, dijo Ester secando su boca luego de terminar el almuerzo.

— ¿Quién es Apolinario?—, inquirió Jonás deseoso de tener referencias concretas.

Ester dudó, sabía que ese mediodía, las preguntas comenzarían a revolver su pasado. Se dispuso a dar sólo algunos detalles esperando saber lo que Jonás y Soledad conocían de la vida de Apolinario, pero antes preguntó ansiosa:

— ¿Lo podré ver...antes?—, preguntó Ester
— Sí; después que contestes lo que se te ha preguntado—, prometió Jonás.

— Un hombre, un hombre perdido hace unos años—, comenzó Ester a contar

— Tiene un pasado muy triste. Una historia regada de sombras y crueldad...la vida de los gobernantes corruptos, de los dictadores y de los asesinos—, se detuvo

— Pero antes de hablar con ustedes, me gustaría poder hacerlo con él.

— ¿Puedo?—, rogó Ester.

— ¿Y el Ave negra?—, interrogó Jonás, dispuesto a no ceder su interrogatorio

— ¿Atos?... es el ave mensajero—, contestó Ester aturrida.

— ¿Mensajero de quién, Ester?—, requirió Jonás

— Del pasado—, replicó Ester nerviosa y agregó contundente

— Atos es quien me condujo a este lugar para encontrarme con Apolinario—.

— ¿Y él lo sabe?— interrogó Jonás seguro ahora de encontrar una explicación a sus sospechas.

— No puedo afirmarlo; Atos solamente mostró el camino >.

Jonás miró a Soledad, ambos estaban inquietos y deseosos de saber más de toda esta historia que los había envuelto de una forma incierta. Ester sollozaba, mos-

— Alto, delgado, envuelto en una capa con el cuello levantado y un sombrero de ala ancha. Tenía una mirada inquisidora que daba miedo—, detalló Soledad.

— ¡Tiburcio!—, exclamó Ester descontrolada. Los relámpagos iluminaron la sala, la luz se cortó, el viento azotaba furioso.

Jonás y Soledad la miraron desconfiados. Ella sabía más de lo que demostraba. Ahora, también había adivinado el nombre del personaje misterioso. Conocía el nombre de Atos y sabía de Apolinario por una pintura. Todo coincidía. Jonás estaba seguro de que Ester les ocultaba la clave del misterio. Se decidió a hacerla hablar; el hartazgo lo invadía.

— ¿En dónde está el hombre, Soledad?—, preguntó Jonás.

— ¡Desapareció frente de mí!—, contestó ella aturdida.

— ¡Es él!—, confirmó Ester abatida.

— Bien, muchacha, es hora de que hables con claridad. Nosotros estamos a tu lado, te apoyamos, pero vienen ocurriendo cosas muy extrañas desde que llegaste y ahora nos encontramos en peligro con un hombre desconocido que desaparece como un fantasma—, exigió Jonás levantando su voz y golpeando la mesa con la palma de su mano

— Esto ha llegado al límite, Ester. O hablas o debes irte definitivamente.

Ester estaba pálida y sudorosa, sabía que no había otra alternativa más que explicar su historia. Estaba dispuesta a ello, pero quería antes ver a Apolinario. Necesitaba decirle una sola palabra en su oído derecho antes de desnudar la historia de ambos. Tenía un claro mandato que no podía eludir. Entonces, tomó la iniciativa de hablarles a Jonás y a Soledad claramente. Les rogó que la llevaran al hospital, entraría sólo un minuto para darle a Apolinario un mensaje. En cuanto se lo hubiera dado, estaría dispuesta a relatarles su historia.

Jonás consultó a Soledad con la mirada.

— Mató al mensajero— , dijo Soledad sentándose en la primera silla que encontró.

— ¿Qué mensajero?— , quiso saber Ester ansiosa.

— Tu ave.....Apolinario mató a Atos— , contó Soledad pidiendo un vaso de agua a Jonás.

— ¿Por qué?— , intervino Jonás mirándola incrédulo.

— Nadie lo sabe, Jonás. El ha sufrido una regresión, habla su idioma, está sordo y ha perdido la sensibilidad en su cuerpo— , contestó Soledad mirando a Jonás. Ester al escucharla se detuvo junto a la mesa, temblando.

— Es signo de tragedia-, Ester dejó escapar su comentario sin que nadie le hubiera pedido

— Ahora regresarán por él— , anticipó desencantada. La tormenta recrudeció y el viento agitaba las hojas de la ventana

— ¿Quiénes regresarán por él?— , preguntó Jonás.

— Ellos... la Cofradía— , contestó fríamente Ester. Debo verlo, es urgente pidió mirando a Jonás que no atinaba a nada.

— ¿Cofradía?— , repitió Jonás cansado de misterios

— ¿De qué me hablas, Ester?— , dijo Jonás

— No puedo decirlo sin antes hablar con Apolinario-, insistió tomando las manos de Jonás entre las suyas para pedirle que la llevara a verlo.

— ¡A esta hora, ni lo pienses, Ester!— , intervino Soledad.

— ¡A ver!... vamos a sentarnos y hablar de una vez por todas-, propuso Jonás con un tono resignado. Llevó nuevamente a Ester a una silla, sirvió otro vaso de agua para Soledad y él también se sentó.

— Hoy me siguieron, Jonás— , anunció Soledad con voz entrecortada y agregó

— Un hombre siniestro me siguió y me preguntó por Apolinario.

—¿Qué está pasando Soledad; ahora todos conocen este hombre?— , manifestó Jonás asombrado.

—¿Cómo era?-, se interesó Ester.

trando un grado de angustia que producía compasión. Decidieron terminar el interrogatorio. Levantaron los platos, los lavaron y Soledad se despidió porque era su turno en el hospital. Jonás había decidido ir a la playa para pintar. En realidad era una excusa para tomar aire. Estaba asfixiado. La lluvia había cesado y la humedad crecía.

— Nos vemos en la noche—, dijo Jonás saliendo con Soledad que llevaba el maletín con sus pinceles y pinturas, y dos bastidores en su mano izquierda.

— Puedes hacer lo que quieras, comer, dormir, salir a caminar. En fin; debes sentirte como en tu casa—, dijo Jonás despidiéndose.

Ester quedó otra vez sola. Estaba ansiosa de ver a un hombre que había marcado su vida y tenía en su mente años de recuerdos que resolver. Acomodó sus cosas, barrió la habitación y cuando guardó los cubiertos encontró una impresionante cuchilla de cocina que tomó mirando detenidamente su filo y se quedó un tiempo pensando mientras apretaba el mango con ira. Vio la hoja del cuchillo mancharse con sangre que se escurría en formas caprichosas. Pasó su mano sobre ella y no se manchó. La sangre recorría la hoja del cuchillo pero sus manos, no se contaminaban Le pareció el inicio de un presagio..

— ¿Qué opinas, Jonás?—, preguntó Soledad a Jonás

— Estoy confundido—, respondió él

— Pero sé que la clave del mensaje está en ellos dos. Por lo pronto, sabemos que el ave era sólo el mensajero.

— ¿De Belcebú?

— No lo sé—, contestó preocupado

Al llegar a la puerta del hospital, el sereno la saludó y le comentó:

— Tu protegido tuvo una recaída, Soledad-, dijo el sereno

— ¿Apolinario?—, preguntó asustada.

— Sí....el hombre de las palabras secretas. Se volvió nuevamente estúpido—, anticipó distraído cerrando el portón.

Soledad apresuró el paso, tenía un presentimiento. Todo había sido tan confuso que no sabía en realidad qué era lo que pasaba. Llegó a la sala, le entregaron la guardia con las novedades que corroboraban una regresión de Apolinario.

— Ocurrió después que mató al ave negra. Bueno.... dicen que él la mató porque en realidad nadie encontró su cuerpo—, dijo la enfermera saliente.

— ¿Un ave negra?—, preguntó Soledad.

— Sí, un ave que siempre se paraba en la ventana que está frente a la cama de Apolinario-, comentó la enfermera.

— El mensajero-, pensó Soledad

— Mató al mensajero, es un hecho.

— ¿Alguien lo vio hacerlo?—, interrogó Soledad.

— Nadie, Soledad. Te digo más, tampoco encontramos su cuerpo—.Tomó sus carpetas y fue asistiendo a cada paciente de la forma más espontánea y despreocupada que le era posible, sin demostrar su ansiedad por llegar a la cama de Apolinario que estaba acostado e inmóvil y hablaba nuevamente su lenguaje. Ella lo escuchaba; sí, eran sus vocablos. Sin embargo, percibió algo en el tono que lo hacía menos delirante de lo que había sido en los inicios de su internación. Había algo distinto, como si la expresión estuviese bajo un control casi voluntario.

Al tocarle el turno a Apolinario, Soledad se acercó como solía hacerlo, hablándole con afecto, pero se le cayeron imprevistamente las bandejas con frascos al lado de Apolinario que le daba la espalda. Él no acusó recibo. “No oye”, pensó Soledad. A continuación provocó otros ruidos con el latón de la bandeja. Nada, ni un solo movimiento. Rodeó la cama y se enfrentó a un Apolinario distinto. El brillo de sus ojos había cambiado, tenían la fuerza de la pintura de Jonás, esa misma fuerza que había devuelto a Jonás a la desesperación y la bebida. Sintió

Jonás llegó antes que Soledad. Encontró a Ester dormida en su cama con la ventana abierta. La pintura de Apolinario estaba en el mismo lugar que la había dejado. Fue directamente hacia ella y la cubrió con el paño blanco. Jonás estaba seguro que los ojos de Apolinario espiaban la casa, no lo soportaba, había comenzado a odiar esa pintura.

En la cocina, los utensilios estaban limpios y ordenados. Adentro de una olla de aluminio encontró comida preparada y sobre la mesa, una botella de vino. En la mesada había un poco de fiambre. Abrió el cajón de los cubiertos y sacó la cuchilla filosa. Cuando la tomó, sintió el mango pegajoso; estaba impregnado de sangre fresca. Espantado la tiró en la pileta y dejó correr el agua para que se lavara. Ester despertó.

— ¡Hola, Jonás!, me quedé nuevamente dormida. Es como si recién ahora estuviese reponiendo fuerzas— le dijo levantándose cubriendo su cuerpo semidesnudo. Jonás observó en detalle la mujer buscando algún rastro que justificara la sangre de la cuchilla. Sin embargo, por el estado de Ester nada le había pasado, no tenía huellas de haber sido herida Su rostro estaba tranquilo y la mirada serena. Pensó que era una mujer indudablemente bella.

— Está bien. Lamento haberte despertado con el chorro de agua. Es que la cuchilla estaba sucia— dijo Jonás sin alterarse observando si la mujer tenía alguna reacción extraña. Tomó el cuchillo nuevamente para secarlo. En ese momento llegó Soledad agitada.

— Si hay una capilla a la entrada de la sala— , dijo Tiburcio confuso.

— ¿Una capilla... una capilla?— , pensaba Soledad en voz alta mientras repasaba mentalmente los pasillos del hospital.

— Sí, hay una capilla... está en la entrada a los pabellones—, indicó.

— Gracias— , dijo Tiburcio y tiró una moneda en la calle que estalló en el asfalto produciendo un ruido distinto al metal, pero que obligó a Soledad a seguirla con la mirada un instante. Enseguida volvió los ojos hacia su interlocutor. Pero éste ya no estaba. Tampoco había nadie en la acera ni en las esquinas. La llovizna se transformó en una fuerte tormenta

— Este hombre ha desaparecido—, dijo en voz alta y salió corriendo en busca de Jonás. Su mano derecha estaba húmeda. Se detuvo abajo de un farol para mirarla. Pegó un alarido. Era sangre fresca, sin embargo, ella no estaba herida

miedo. Tomó el brazo del paciente para colocarle el mango del tensiómetro y notó, en dos de sus dedos, que debajo de las uñas tenía restos de una pasta amarillenta. Cuidadosamente la quitó con su alicate. Era masilla, adivinó enseguida por el olor y la textura. ¿Para qué habrá tocado masilla?, se preguntó y comenzó a peinarlo. Entonces fue cuando descubrió los orificios de los oídos de Apolinario taponados con el mismo material. No dijo nada. Terminó su tarea en forma natural y se retiró. Colocó la muestra de masilla en una bolsa de plástico y la guardó en su bolsillo. Se la llevaría a Jonás, era una nueva prueba de su sospecha. Apolinario no era el mismo de antes. Estaba segura.

Soledad no salía de su sorpresa, el mensajero estaba ligando a todos los personajes extraños. Y lo peor de todo era que tanto ella como Jonás estaban en el medio de alguna conspiración, sin saber de qué se trataba ; qué buscaban o qué pretendían de ellos. El dato del ave no era menor. Coincidió con lo que hacía pocas horas habían contado en el hospital.

— ¿Para qué lo busca?— , preguntó Soledad curiosa y más tranquila tratando de disimular su ansiedad y temores

— Tiene que pagar una deuda— , dijo serio Tiburcio. El viento respetaba la figura naranja de Tiburcio mientras sus delgadas y pálidas manos destellaban un brillo acerado.

—No podrá hablar con él— , se escudó rápidamente Soledad.

— En realidad sólo pretendo.....¿Está allí?— , Los relámpagos iluminaron por primera vez en forma total el rostro del hombre misterioso mostrando sus bordes angulosos

— Sí...pero... estuvo por explicar Soledad cuando el hombre la interrumpió.

— Ya lo sé. Me dirá usted que él está ausente y que se expresa en un lenguaje incomprensible-, adelantó Tiburcio sorprendiendo a Soledad. que quedó con la boca abierta.

— ¿¿Cómo lo sabe?!— , exclamó desconcertada.

— Sé más de lo que usted cree Soledad— , le advirtió el desconocido recalcando su nombre. Una llovizna acompañó el último trueno que estalló entre nubes negras y el relámpago partió en dos un árbol cercano a Tiburcio que permanecía impávido.

— Pero ¿qué quiere de mí?— , dijo Soledad atemorizada, temblando.

— Sólo dos saber..... especificó Tiburcio, con voz metálica y seca.

— Una ya la tiene, es sobre Apolinario. ¿Cuál es la otra?

fumaban en la vereda del frente y tenían una botella de vino en el piso.

El hombre salió de la sombras. El sombrero no ocultaba completamente su rostro; se podía, al menos, adivinar sus rasgos. Le pidió calma a Soledad y trató de explicar su actitud.

— No la sigo—, explicó con voz grave y extraña

— Sigo a un hombre que usted conoce y que tengo entendido, ha cuidado Soledad-, pensó en Jonás era el hombre que no sólo había cuidado, sino también amado. La voz de ese hombre se endurecía.

— ¿De quién me habla?—, preguntó ella con autoridad disimulando su confusión.

— De Apolinario—, contestó el hombre del sombrero aludido levantando la cabeza y dejando ver por primera vez sus ojos que paralizaron a Soledad.

— ¿Usted también lo conoce?—, preguntó desarmada Soledad.

— Era mi discípulo—, un trueno acompañó el final de sus palabras

— ¿Y usted quién es?—, atinó a preguntar Soledad.

— Mi nombre es Tiburcio. Estoy hace mucho tiempo buscando a mi alumno—, contestó con amabilidad para no asustar aún más a esa mujer de quien él esperaba obtener información.

— ¿Cómo ha llegado usted a esta ciudad?—, inquirió Soledad tratando de ganar tiempo para poder encontrar una explicación coherente del nuevo escenario.

— Hubo un mensajero—, dijo Tiburcio y una luz naranja rodeó su lóbrega figura marcando su cuerpo contra la negra oscuridad de la noche

— ¿Quién?—, insistió Soledad aterrorizada ya por las coincidencias.

— Atos, el ave negra gigante que ha desaparecido en la mañana—, La suave brisa dio paso a un viento frío cortante.

Cincuenta y nueve

Jonás como de costumbre se dirigió a unos cinco kilómetros de la ciudad, a su lugar preferido: un enorme risco de altura considerable que se introducía en el mar. El peñasco de roca negra terminaba cortado en un acantilado que caía en el agua, donde las olas golpeaban furiosas contra la pared rígida. La espuma que dejaban después del choque no terminaba de desaparecer, pues una tras otra se encimaban entre las piedras lustradas por el mar. La brisa marina castigaba el cuerpo de Jonás que permanecía sentado con su maletín cerrado. Necesitaba ordenar los acontecimientos; descubrir la progresión en las casualidades que se habían dado hasta ese momento y de qué forma se acomodaban sus sospechas con respecto a Ester. Esta mujer parecía ajena a todo, pero ella también conocía al hombre rescatado del abandono. Le había impresionado su reacción cuando le mostró la pintura de Apolinario.

Recordó que él también se había turbado con ese cuadro que impactó en la profundidad de sus temores. El día que terminó de pintar los ojos, descubrió imágenes que, sin su pincel, aparecían misteriosamente. Esto lo llevó al estado de desesperación por el que se refugió en la cantina, donde trató de desprenderse de las voces que lo atormentaban, ahogando su ansiedad con ron. Recordaba la mano de Soledad en el hospital mientras él se recuperaba de su borrachera.

Extrañamente, la imagen del ave seguía estando presente, aunque no la había visto más. Desde ese peñasco, Jonás observaba el cielo tratando de encontrar en el vuelo de las gaviotas, la sombra de las alas negras del ave ausente. Sin embargo, no aparecía. Una roca negra emergía de la playa con orgullo, fue el último lugar donde Jonás había sido observado por el pájaro. Sabía que era el mensajero de Ester; ella lo había reconocido. Además, tenía nombre, vale decir que escondía una historia aún no desentrañada. Jonás se esforzaba por adivinar cuáles serían los lazos existentes entre Ester y Apolinario; entre un hombre abandonado, viejo y esa mujer sin origen claro, que había sido conducida por el ave a ese lugar desconocido. Ambos, por distintas razones, tenían aparentemente nexos misteriosos.

Si bien en sus escasas décadas de vida, su experiencia había sido dura; tanto en su infancia como en aquellos momentos en que la bebida y las drogas se habían apropiado de su cuerpo, los sueños demoníacos que solía tener Jonás y que en definitiva lo habían llevado a crear sus primeras pinturas sombrías, deberían de tener alguna relación con el mensaje captado de Atos. Aquella tarde en la playa, Jonás, más tranquilo abrió su maleta y comenzó a ordenar las pinturas y pinceles. Acomodó el bastidor en la estructura de madera plegable. Con grafito, comenzó a dibujar un mar encrespado con enormes peces sentados en barcas de papel que devoraban vegetales y frutos de una selva generosa. Dibujó también, la cabeza de un cabrío asomándose entre dos rocas y colocó la imagen de una mujer caminando en la playa dorada arrastrando un pájaro negro, con una cuerda rígida atada al cogote. El cuerpo arrastrado, borraba las huellas de sus pasos dejando plumas esparcidas que luego las olas llevaban silenciosas a distintos lugares. Una de esas plumas se había erguido. Parecía escribir palabras sobre la misma superficie del agua. Aunque eran letras aisladas imaginó que en algún momento su nombre iba a estar entre ellas. Pero no le interesó hacerlo. Simple-

algún ruido cercano se producía, él no lo escuchaba. Pero su vista, no podía disfrazarla. Soledad estaba frente a él nuevamente mirándolo con curiosidad, estudiando sus actos. No había podido encontrar detalles que la alarmaran o que llamaran su atención. Estaba como el día en que había ingresado, cuando los antropólogos lo trajeron; pero ahora se lo veía limpio y alimentado. Con mucha audacia, Soledad extrajo un alfiler de costura grueso y se lo clavó en la pierna derecha. Apolinario sintió el filoso punzón entrando en su carne. Pero no se inmutó, a pesar de que el dolor podría haberle extraído un espantoso alarido, o desencadenado un movimiento de protección encogiéndose su pierna. Como no reaccionaba, Soledad clavó dos veces más el punzón y tampoco obtuvo repuesta. Apolinario se estremecía de dolor, pero no lo demostraba. En venganza se puso a recitar el idioma particular:

— To Gua Nardo Stro Suncaye... Soledad se dio por vencida; Apolinario era una masa insensible, un hombre vacío que había tenido una regresión, como había anunciado el médico luego de examinarlo.

Habiendo llegado el final de su turno, Soledad entregó la guardia y se fue rumbo a su casa. Debía comunicarle a Jonás el estado actual de Apolinario y anticiparle a Ester que si pretendía comunicarse con ese hombre perdería el tiempo. En el camino de regreso notó que alguien la seguía con pasos silenciosos. Apuró su marcha; la sombra, también. Ella se detuvo frente a una vidriera; la sombra, frente a una pared. Decidió entonces enfrentarla. Era una mujer de agallas. Se dio vuelta violentamente sin darle tiempo a esa sombra de cambiar de posición. Encontró a un hombre lóbrego envuelto en una capa gris de cuello alzado. Cubría su cabeza con un sombrero de ala ancha que le permitía esconder su rostro y proteger sus gélidos e inescrutables ojos negros. Apenas dejaba ver sus manos de filosos dedos pálidos.

— ¿Quién es usted? ¿Por qué me está siguiendo?—, gritó Soledad llamando la atención de unos hombres que

que ejercitar plenamente su mente soslayando detalles que aún lo confundían. Ya no era el mancebo de años atrás. Se había convertido en un hombre desgarrado y limitado por una condena vigente pero no cumplida, que debía sortear. Estaba exultante; dispuesto a una vindicación impía.

—*¡Regresaste, Apolinario!*— coreaban nuevamente las voces inquietas y disgustadas.

—*Pero vendrán los inquisidores, sabrán de tu pasado y tu lengua adormecida por tu voluntad saltará como un áspid llevando tu veneno a quienes te rodeen. Sin embargo, aún debes rendir cuenta de tus actos y traiciones. ¿Recuerdas a Tiburcio, Apolinario? ¿Recuerdas a tus abnegadas Alticia y Amanda? ¿Recuerdas al ilustre Maclovio confesando sus debilidades? Nosotros sí los recordamos. Y nos encargaremos de recorrer el paño de olvido que pretendes, mientras te sumerges en ese callejón oscuro de la negación. Allí están, por más que cierres tus ojos, los cuerpos rígidos, las calaveras vestidas de fiesta, las ciénagas donde tiraste otros cuerpos para que no hablaran, los cadalsos en aquellos patios solitarios, el crucifijo que mandaste a destrozar por las hienas cuando lo rociaste con la sangre humana de tus víctimas*— le recordaban las voces elevándose con tonos graves.

— ¡Poco me importan ustedes voces del infierno! Pasaron sus vidas ocupándose de mi castigo y no pudieron vencerme. Ahora me protegeré con las cenizas de los sepulcros a quienes ustedes temen; regresaré al poder que me quitaron y a las glorias postergadas—, contestó Apolinario mentalmente como había aprendido a comunicarse con las voces de las profundidades.

A partir del momento en que había recobrado su memoria, Apolinario juntaba las cucarachas y moscas de la basura que pasaban cerca de él. Las guardaba en sus medias y las comía cada dos o tres horas. Necesitaba reforzar sus energías. El alimento convencional no le era suficiente. El silencio, producido por los tapones colocados en sus oídos, era absoluto. Si alguien le hablaba o

mente preparó la mezcla de colores y comenzó a rellenar espacios que había dibujado con tonos de intensos colores, mientras pensaba cómo se llamaría esta obra: “*El pescado de mar; Navegante letrado; El mar culto invadido con barcos de pescados*”. No se le ocurría nombre pero se desprecupó. Intuía que la mujer de la playa tendría una función en el momento de definir el título. Finalmente así fue. Lo tituló *La mujer solitaria que espera un poema del pescado pirata*. Una vez finalizado el trabajo, estampó su firma en la esquina derecha; y se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no firmaba espontáneamente una pintura. Últimamente las había hecho a pedido. Sabía también que no había poesías acuáticas; que el pescado no podría vivir fuera del agua; que los barcos de papel terminaban siempre hundidos y que una mujer no podría caminar indefinidamente arrastrando un pájaro negro muerto. Pero eso era lo que había salido. “¿Cómo habrían matado al ave? —se preguntaba mientras volvía sus pinceles limpios al maletín—; tal vez ella no la mató; lo encontró muerto en la playa como las aves que aparecen cubiertas de petróleo, asfixiadas por la contaminación de los buques petroleros que se rompen en sus rutas mercantes”.

Satisfecho regresó caminando. Esperaba que pudieran sonsacarle a Ester más datos de su misteriosa vida con Apolinario, para echar luz sobre todos esos interrogantes que se le iban planteando aceleradamente.

— A medida que me entero de más cosas; más preguntas tengo—, repetía en su viaje de regreso. Tal vez, la mujer solitaria que llevaba pintada en su bastidor tuviera que ver con esa otra mujer: Ester. Pero.... ¿y el pájaro muerto?

“Las Pasiones Son siempre insensatas y se apoderan de los seres humanos el mismo modo fatal e inevitable que las enfermedades”

Tomás Eloy Martínez

Apolinario permanecía regocijándose de su repentina e insospechada recuperación. La persecución implacable contra él en el pasado, había dejado profundas huellas en su vida y también en su cuerpo. A pesar de todo, sus vengadores: los hermanos de la Cofradía, no habían logrado mantenerlo de por vida en aquella condena que habían pretendido eternizar. Las imágenes de sus consejeras brujas a quienes personalmente ordenó ejecutar, no lo atormentaban tanto como las imágenes de las traiciones de quienes lo habían rodeado en sus momentos de esplendor y dominio. Su memoria, enmohecida por el tiempo de ausencia recobraba rápidamente el vigor. Las imágenes de Alticia, su bruja preferida a quien eliminó; Tiburcio, el hombre del misterio que lo conectó con las tumbas y los rituales para contactar con los muertos con la posibilidad de iniciar el camino hacia el poder, estaba presente y desafiante. Maclovio; aquel pretensioso y ambicioso empresario a quién dejó en la miseria como venganza a su éxito, aparecía velozmente pero sin una relación cronológica. El silencio adoptado como táctica en esta desconcertante etapa le permitiría ordenar sus recuerdos sin temor a equivocarse en el tiempo. Tendría

impide quedarse; espera unos minutos con los ojos cerrados para acostumbrarse a ella. Cuando los abre, descubre que está en una inmensa caverna de sal; las paredes se unen en una cúpula de donde se desprenden estalactitas filosas que gotean sobre una laguna calma con bordes blancos. De las sombras, se desprenden figuras deformes y grotescas que se desplazan en el vacío, burlándose de él con sus rostros sarcásticos.

— *Mira esos rostros, Apolinario. ¿Ves sus espantos? ¿Ves esas huellas del horror en sus ojos? Te han esperado años en esta soledad y sabían que algún día llegarías. Mira en ese rincón a esos hombres envueltos en paños negros que ocultan su rostro y te miran con odio. Mira esas estacas de filosa punta atrapadas por sus manos delgadas, descarnadas y sucias. Ellos han cavado tu sepulcro en esta misma caverna, en las entrañas de esta mina de sal que será tu casa para una eternidad que no envidiamos, Apolinario*— corean las voces.

— Son mendigos errantes—, grita Apolinario y las maldice a las voces.

De los rincones más insólitos aparecen rostros; cabezas descubiertas y encapuchadas, una encima de la otra, todas con gestos de un desgarrante dolor contenido; sombras y figuras que flotan en el aire; miles de caras que clavan los ojos en su figura sangrante. Apolinario no alcanza a distinguir los cuerpos; parecen fusionados en uno solo. Lo rodean, lo persiguen tras cada paso que da cuando trata de esquivar un cuerpo tirado en el suelo que eleva las manos hacia él. Una calavera con un dedo intacto lo señala silenciosa, al lado, una mujer vieja de cientos de años ríe satisfecha. A su derecha, está el anciano de la tumba que él había profanado cuando buscaba su camino décadas atrás. Tiene ahora un rostro sereno, su barba blanca ha crecido desprolija y las dos manos se asientan en un bastón de caña curva. Una luz surge en el centro de la laguna, el agua se cristaliza. Aparece un hombre con una capa gris y cuello de piel,

“Las guerras terminan si los muertos pudiesen regresar”
Stanley Baldwin

La costa del mar estaba barrida por espumas de olas enardecidas; el océano se mezclaba con una intensa bruma húmeda cuyo vapor se elevaba para confundirse con nubes cada vez más negras y el viento huracanado acompañado con esa lluvia torrencial, recobraba una fuerza y energía inaudita. Cientos de kilómetros se sumaban al fenómeno meteorológico hasta que comenzó a formarse el centro de un huracán que crecía por minutos. Un gigantesco embudo nacía en el centro del mar atrapando con furia la atmósfera descompuesta con casi sesenta kilómetros de alto, el embudo se trasladaba lentamente a la costa, atrapando en su ojo vacío, los objetos que en su recorrido succionaba sin límites. De sus paredes se desprendían tornados y los truenos y relámpagos sacudían las costas. El huracán hacía gala de las leyendas que siempre lo rodearon: el gigante que lleva la tierra en su cabeza; el pez que lleva las rocas en su dorso; el ángel furioso que envía Dios golpeando la tierra; el Dios Loki, asesino atado en una roca profunda en el mar; el pez gato-namanzú enroscado en el fondo del mar; el Diablo rasguñando la tierra; las cavernas submarinas que abren sus compuertas a las tempestades. Todas las leyendas confluían en ese siniestro espectáculo que el huracán inmisericorde desataba ya en las costas. Las calles se

agrietaron, los árboles se hundieron; los postes de luz cayeron desprendiendo sus cables que chispeaban en el suelo ; desplomaban las viviendas ; los habitantes corrían desesperados sin rumbo. Pálidos, gritando un auxilio imposible de ser escuchado, llantos y rezos en las calles, en las plazas, en cualquier lugar que hubiese un pequeño resguardo. Incertidumbre, temor, terror y desconsuelo. Sin embargo el hospital estaba intacto, hasta que la punta del huracán afiló su aguijón para entrar por los pasillos en búsqueda selectiva. La capilla estaba entre dos pasillos que conducían respectivamente a las puertas de las dos salas de internación. La imagen de la Cruz impactada en la pared resaltaba por su tamaño; era de madera sólida, algarrobo; Cristo estaba en la clásica posición de sacrificio con su corona de espinas que capturaba el dolor. A su lado, las estatuas de santos y vírgenes piadosas parecían escoltarla. Seis bancos alargados, dispuestos esmeradamente uno detrás de otro, daban la sensación de un orden casi perfecto. Las últimas oraciones acompañadas de coros elevaban sus voces a las criptas. Un violín, un solo de violín atravesaba el espacio haciendo de sus cuerdas un lamento melodioso, empaquetado al sufrimiento y al llanto, de una música de notas imaginarias, hasta que sumó el sordo sonido de los contrabajos mezclados con los cornos, las tubas cilíndricas, doradas; y trompetas que anunciaban la llegada o la partida, de un deseo; con los trombones secos, rítmicos angustiantes. Un clarinete desgarró el final terminando en el silencio contagioso de la sacristía oculta, donde reposaban las hostias de la mañana.

Fueron apenas unos minutos o tal vez segundos cortados por las grietas que aparecieron en la cúpula de frágil vejez. El material vetusto fue cayendo como las hojas en otoño. El derrumbe, levantando polvo hacia un espacio vacío, desmoronaba cuadros y estatuas esculpidas sobre yeso añoso. Se derrumbaba una historia. El Cristo resistía con estoicismo negando la posibilidad de abandonar el lugar que por justicia le pertenecía. Nadie en la capi-

Apolinario continuó el viaje apresurado al interior de la selva, escapando de sí mismo en busca de refugio. Notaba en su rostro el nacimiento de heridas cortantes, que extrañamente no le producían dolor, de allí manaba sangre que se mezclaba con sudor. Las antiguas escaras masilladas se multiplicaban. Se había convertido en una llaga viviente. El hombre de la capa con el cuello levantado y del sombrero negro de ala ancha seguía pacientemente la huella de Apolinario en la tierra húmeda y en el follaje pisoteado; le era sumamente fácil encontrar las hojas manchadas de sangre; era cuestión de tiempo.

— *Te han descubierto, Apolinario. Nada puedes hacer que no esté ya escrito en tu destino. Tu carne apesta. Eres un hombre en desintegración. Corre, corre, Apolinario, cruza esa selva y también los pantanos donde te esperan los animales que necesitan el festín prometido*— corean las voces ocultas en la selva.

El fugitivo busca desesperadamente el camino tropezando y cayendo una y otra vez, desgarrando la ropa; lastimando sus heridas. Nada puede hacer para cambiar su ritmo y tampoco encuentra un lugar seguro, porque sabe que Tiburcio está atrás de él. Divisa, a unos cien metros, unas piedras grises encimadas y la entrada de una caverna casi oculta por la maleza. Tiene que descansar; alimentarse y planificar su ruta. Entra en ese hueco desplazando ramas y plantas. La oscuridad no le

lla. Nadie cerca de ella. Todos estaban durmiendo el cansancio o la rutina de su internación, hasta que un estrépito despertó a esa población ausente de peligro.

Los ladrillones de adobe se desintegraban transformándose en pedazos abiertos de estructuras vencidas, que rellenaban los bancos de madera y tapaban todo escape a la tragedia inédita. Finalmente, el Cristo fue vencido con su enorme cruz de madera y desgarrado de sus clavos eternos, que sostenían su orgullosa abnegación. Cayó el Cristo: se fracturaron sus brazos y sus piernas y su torso estalló sin contemplación. La capilla se había transformado en un pequeño cementerio que se llevaba los pecados, tantas veces confesados en las rejillas de madera de los confesionarios labrados por algún hábil artesano.

Nada había quedado en pie. Sin embargo, no existía causa que justificase esa tragedia. Pacientes y empleados del hospital asistían aterrados al dantesco espectáculo; mientras en la calle, un hombre delgado, disfrazado de sombra, envuelto en una capa gris de cuello levantado y con un sombrero aludo se alejaba sin emociones. Sólo un paciente había permanecido en su cama. El hombre, que no pudo escuchar el desastre por los tapones de masilla en sus oídos, lo percibió con la piel; era un presagio. Estaba paralizado, espantado. Si era el viejo edificio de la capilla el que había desaparecido; el derrumbe solitario anunciaba la pérdida definitiva de la protección divina. El huracán aspiró las pertenencias divinas destrozando sus restos en su túnel. Supo que había llegado su hora; la hora en que tendría que levantarse sobre sus deformes piernas laceradas por los perros de caza y caminar antes que la vida descubriera su origen. En el jardín del hospital pastaba un caballo blanco, de lomo pronunciado, manso y silencioso, resignado a llevar todas las noches las bolsas de basura en su carro desvencijado.

— *¿Piensas escapar, Apolinario?*— preguntaron las voces—. *¿Piensas que ese caballo blanco que imaginas*

montar será suficiente para escapar de quienes azotarán tu cuerpo? Un látigo ensombrece tu figura, mientras los corceles que aparecen en el horizonte, desde un lugar impreciso. Avanzan sobre ti. Tu rostro adusto observará asombrado tus pesadillas que de ahora en más vendrán por tu recuerdo aun cuando tomes la guadaña curva para defenderte. ¡Apolinario, ella indica la declinación de la vida que creías haber recuperado! Tampoco será la selva quien te esconda a pesar de que su follaje eterno crezca y una sus caprichosas formas. Mira esas flores de tallo delgado que se desprenden de la humedad del suelo virgen. ¿Puedes verlas? Cubren los ojos de los animales de la selva que te están esperando; no podrás resistirte a sus instintos salvajes. Te vigilarán apenas entres a las sombras— sentencian las voces orgullosas.

— ¡Mienten! Ya verán cómo puedo sortear los límites que ustedes me imponen. Esta vez no podrán vaciar mi alma. Ya está fortalecida. Mis rencores han nutrido otra vez mi cuerpo—, masculla Apolinario enfurecido. Había pensado en el caballo blanco; había pensado en la selva. Pero no se había imaginado que esa noche la capilla se iba a fracturar. Había llegado el momento de escapar, cuando sintió las voces de Jonás y Soledad en los pasillos gritando su nombre.

— ¿Qué hacen ellos aquí a esta hora?—, se preguntó. En su almohada aparecieron tres plumas negras. Las quitó con violencia. Sabía que eran de Atos, el ave que él había matado.

Jonás se sumó a la gente que sacaba escombros para dejar habilitado los pasillos. En tanto, Soledad avanzó sobre el derrumbe hacia la sala de Apolinario. Era el único paciente que no había abandonado su cama. Lo encontró sacudiendo su almohada vacía. Soledad se acercó hasta colocarse frente a él e inspeccionó detalladamente su rostro que permanecía inmutable; como si si-guiera ausente, fundido en sus palabras incomprensibles. Desde allí llamó a Jonás quien acudió con Ester asustada. Apolinario no pudo fingir locura ante su pre-

tarlas. Les habló de su vida aristocrática, del burdel en donde ejercía prostitución cubierta con un antifaz. Les contó cómo llegó a ser la amante preferida de un Apolinario en la cumbre del poder. Les contó de las desmedidas ambiciones y los crímenes que cometía cotidianamente; les habló de los robos, los saqueos del sometimiento a gente, las muertes por encargo y la desaparición de opositores; de la magia negra, de los ritos a los que se sometía y habló de las multitudes enceguecidas por la revancha en la noche tormentosa que colgaban a los corruptos en las plazas públicas. Les contó cómo habían derrumbado al gobierno; cómo los funcionarios lo traicionaron, cómo murieron asesinados amigos y amantes. Contó Ester todo lo que recordaba en un vértigo de palabras, visiones, angustia, llanto y maldiciones. En definitiva, los hizo entrar a ese mundo tenebroso por las puertas del poder, logrando que se descompusieran y odiaran tanto a ese hombre al que tenían por desvalido que no iban a permitir su regreso.

Soledad y Jonás habían quedado atónitos, impedidos de reacción alguna, temblorosos y estupefactos. Ester aprovechó ese momento para tomar el cuchillo y correr hacia la pintura. La disecó lentamente en un ataque inusual de fuerza, tajando el rostro de un Apolinario acabado, despedazándolo y esparciéndolo en el suelo. Un llanto inconsolable la estremeció. Nadie atinaba a nada. Los tres habían quedado paralizados. El amanecer se anuncia.

Ester mantenía la mirada fija en la pintura, ella recordaba cuando habían tenido el primer encuentro con Apolinario. La había hechizado, perturbado, ante su propia mujer que temía de borrar de su mente; la bruja Alticia. El despertar de sus libidinosos deseos lo había capturado apresándolo en un placer desconocido, íntimo, esencial; mientras ella permanecía oculta detrás de su antifaz enigmático que multiplicaba la complacencia del gozo y la aquiescencia del sexo. La peluca pelirroja adherida a su cabeza y su antifaz negro, sujeto con un delicado cordel, le conferían a Ester una identidad nueva y doble, creando una mujer de la noche, envuelta en el enigma que despertaba admiración y temor.

— ¡Ester!— , gritó Jonás tratando de traerla de sus visiones.

— ¿Sí?... — dijo Ester confusa.

— ¡Habla, dinos toda las verdades!— ordenó Jonás inquieto y al ver que nuevamente llevaba la mano al muslo buscando algo le preguntó

— ¿Qué buscas, Ester?

— ¡El Cuchillo!— , respondió, levantándose el vestido y descubriendo el muslo torneado, blanco, tapado por la cinta adhesiva que iba quitando en forma automática. La herida no sangraba.

— ¿Qué haces ahora, Ester?— , exclamó Jonás alarmada.

— Te lo devuelvo— , Y le entregó la cuchilla impregnada en sangre coagulada.

— ¿Por qué tiene sangre?— , intervino Jonás abrumado

— Este era el mensaje— , contestó indiferente Ester

— Pero ya es tarde para entregárselo.

Por fin Ester levantó los ojos y decidió hablar. Les habló del origen de Apolinario, de su entrega cuando niño a la secta satánica, del paso por el vampirismo y la brujería, de los logros políticos para llegar al poder absoluto en un país hoy perdido en una agonía definitiva. Les habló de las brujas que lo rodeaban y de la cruel orden de ma-

sencia. Recordó a Ester tendida en el pantano estirando su cuerpo con los brazos abiertos inmóvil. Sin duda era ella, la mujer que había amado y también que lo había condenado a su ruina ; sin poder disimular sus palabras afloraron incoherentes..

Ester en cambio, encontró un hombre desencajado, arrugado, con los ojos perdidos en las órbitas agrandadas con un rictus en la boca que denotaba desprecio su camisolín sucio, deshilachado, con sobrantes en los hombros empuñados las mangas no alcanzaban a cubrir sus manos cadavéricas de largas uñas filosas. Jonás sin intervenir captaba un rechazo mutuo. Pensó Ester qué lejos estaba del hombre soberbio y relleno que había conocido y que le había regalado el antifaz de piel de víbora. Desilusionada vio ante sí, un abandonado esperpento exhibiendo su decadencia.

— ¿Apolinario..., me escuchas?— , preguntó Ester con voz temblorosa.

Él no podía dejar de mirarla, estaba tan asombrado que le resultaba imposible articular ni siquiera los vocablos del absurdo idioma aprendido de memoria.

— Soy Ester, Apolinario!— , insistió extendiendo su mano hasta tocar el brazo delgado y frío del hombre que había sido su amante y protector. La piel estaba fría, débil, tenía pliegues y manchas, la mano colgaba inmóvil del borde de la cama sosteniendo un medallón de lata que se había arrancado.

— No te escucha— , intervino Jonás.

— Tengo que decirle el secreto— , replicó Ester dirigiéndose a Soledad.

— Tal vez mañana u otro día— , le sugirió Soledad.

Entre tanto, Jonás descubrió la masilla.

— ¡Ha colocado masilla en sus oídos! Ester, hasta que no logremos limpiarlos, él no te escuchará— , le dijo convencido Jonás.

— El Secreto, el secreto— , repetía Ester mientras se tocaba la cara interna del muslo. En realidad, acaricia-

ba el mango del cuchillo sujeto a su pierna con tela adhesiva y una herida en su muslo sangrante
— ¡Mañana, Ester!— , reiteró Jonás decidido y se llevó a las dos afuera de la sala..

Sesenta y cinco

Jonás trataba de mantenerse sereno. Al menos, así deseaba mostrarse; aunque interiormente se desesperaba por que esa mujer hablara. Los tres tenían polvo del derrumbe en la cara y en la ropa; las cenizas se habían adherido sin que se hubieran dado cuenta. Soledad iba tomada de la mano y Ester caminaba silenciosa a la par de ellos. Ella se tocó el muslo derecho antes de entrar a la casa de Jonás y subir las escaleras. Comprobó que el cabo del cuchillo estaba bien adherido sobre la piel por la cinta adhesiva con que lo había pegado. Subieron las escaleras en silencio. Jonás abrió la puerta de la habitación y entraron. Soledad se puso a preparar café, encendió la cocina y puso agua en la pava. En tanto, Jonás sentado a la cabecera de la mesa esculcaba una Ester sombría que miraba el bastidor de Apolinario, cubierto por el paño blanco. Vio como se estremecía el cuerpo de la mujer; pero no sintió lástima, ni trató de consolarla. Soledad sirvió las tazas humeantes de café, acompañadas de panes y dulce. Jonás le hizo una seña con los ojos a Soledad para que interrogara a la mujer. Ya no podía disimular su ansiedad, además, notaba que los nervios se habían mezclado por primera vez con un rencor que no conocía.

— Estoy cansado— , pensó y permaneció mirando a Soledad.

—Bien Ester es hora que termines la historia— , dijo Jonás abruptamente.

Apolinario había reconocido a Ester, la había olido y había sentido su piel tocando la suya. El huracán había pasado y destrozado el pueblo, el hospital era el único edificio intacto. Apolinario decidió que esa noche tendría que intentar escapar. Ella; seguro había dado todo su historial a Soledad y Jonás. La destrucción de la capilla era el aviso de que Atos había sido descubierto por alguien más; su muerte no había garantizado el anonimato. Ahora peligraba su vida. La Cofradía estaba en el camino correcto. Vendrían por él. Apolinario no pudo conciliar el sueño, de vez en cuando lanzaba alaridos con su vocabulario inventado para no dar signos de lucidez. Las sombras nuevamente incursionaban junto a las voces que se hacían más poderosas y amenazantes. La masilla de sus oídos ya no cumplía función alguna; es más, le restaba audición para mantenerse alerta. Con un palillo fue quitando el material hasta sentir que la punta de madera, al tocar los tímpanos, le provocaba dolor. Recogió sus pocas ropas, un pantalón, la camisa blanca y sus zapatillas, y se fue vistiendo debajo de la sábana. Colocó en una bolsa de tela unos panes que tenía en la mesa de luz, un queso de cabra y un pequeño cuchillo que usaba para untar la manteca y el dulce del desayuno. Calculó que serían las tres de la mañana. Esperaría a que el enfermero del turno de la noche hiciera el último recorrido. La rutina se iniciaba a las cua-

tro y demoraba unos treinta minutos. En ese lapso, debería salir por la ventana cuya hoja se había cuidado de dejar abierta cuando se asomó por última vez, antes de acostarse obligado por orden de la enfermera de la noche. Por suerte, el derrumbe de la capilla había dejado extenuados a todos.

El amanecer no tardaría en dar sus primeras luces. Apolinario acomodó su almohada en forma vertical, junto con una frazada enrollada para darle más volumen a ese nuevo paciente que habría de suplantarle en la cama por unas horas; las suficientes para alejarse rumbo a la selva. Lentamente, fue abandonando su cama; en cuclillas cruzó el espacio que lo separaba de la ventana, que era una de esas con marcos antiguos de las casonas coloniales; la hoja abierta le permitió salir sin problema. Se colgó del borde y suavemente se deslizó tomándose de los ladrillos salientes de la pared vencida por el tiempo. El cantero de flores le sirvió para descansar sus manos. De un salto, cayó en el jardín. La noche estaba cerrada; la luna había quedado en el almanaque. Vio un farol colonial cerca del portón de hierro forjado y, a su derecha, al caballo blanco, flaco y viejo que pastaba indiferente. Fue acercándose sigilosamente, hablándole con suavidad para no espantarlo. El caballo, que movía la cola azotando sus caderas para espantar los insectos, advirtió la cercanía de Apolinario; levantó la cabeza y lanzó un breve relincho.

— Tranquilo— , dijo Apolinario en voz baja y le colocó un bozal fabricado con un cordel que había sacado del cajón del jardinero. El animal se mantuvo calmo. Luego, Apolinario cargó su bolsa en el lomo del caballo y lo llevó a la rastra hasta el portón. A esa hora el sereno, como era su costumbre, dormía. No le costó abrir uno de los portones de hierro y cruzarlo limpiamente con su animal. Se subió al caballo y apuró el paso taloneando y golpeando con el cinto el anca del animal. “Caballo viejo, trote lento”, pensaba mirando la calle que atravesaba la

— Derrumbas mi gloria Alticia— , comentó Tiburcio.

— Tú derrumbaste mi paz, Tiburcio—, le reprochó Alticia y se dio vuelta nuevamente para mirar el féretro del panteón custodiado por dos columnas de mármol negro, mientras dos gatos jugueteaban trepándose a los troncos de las acacias.

— No, Alticia, él lo hizo— , insistió Tiburcio y le recordó cada palabra de la sentencia de Apolinario: “¡Maten a las brujas!”; y cómo las habían llevado arrastrando los cuerpos y del modo en que las habían maltratado, vejado y torturado; hasta que los pedidos de clemencia destruyeron los tímpanos de los verdugos que les colocaron la soga en el cuello como si fuese un collar de perlas maldecidas. Luego tiraron de ella hasta que los movimientos espasmódicos anunciaron la muerte

— ¿Recuerdas, Alticia?— , preguntó Tiburcio con sorna

— ¿Puedes negar que ese niño se llamaba Apolinario?, preguntó ofuscado ahora Tiburcio.

Ella no pudo negar nada. La cofradía ‘La Noche Roja’, nacida en otro cementerio lejano al actual, había sido testigo de la consagración de un hombre para el servicio de las tinieblas. Las reglas de los ritos satánicos, que extremaban la necesidad de mantener a sus discípulos en el anonimato cómplice, se habían quebrado. El sacerdote de Lucifer; desnudo en el recinto había realizado el rito de entrega del niño que levitaba igual que Tiburcio, el Sacerdote. Los ojos del niño incandescente, fijo, imperturbables miraban al infinito. De sus manos brotaban las luces rojas del infierno, en destellos tan insólitamente reales que quemaron las túnicas negras de quienes asistieron. La sangre fue recogida en un cáliz de oro. Uno a uno, los integrantes de la secta comulgaron en silencio sorbiendo la sangre tibia del potrillo.

El silencio agrietó las voces de Tiburcio y Alticia; ambos buscaron las sombras de las lápidas; se fundieron en ellas. Pertenecían a el.

Usaba el sombrero de ala ancha negro que le consentía esconder el rostro a plena luz del día ocultando los ojos profundos; gélidos, inescrutables que paralizaban a quien mantuviese la vista fija en su retina. Era un hombre perverso y cruel. Levitaba cuando se transformaba en una figura siniestra, figuras que hoy se repiten. Entre esas formas geométricas que las noches enciman pidiendo clemencia, jugueteaban los gatos apostando en la carcería de los ratones curiosos de hambre. Dos columnas de piedra negra custodiaban a una mujer que miraba el féretro que se asomaba del panteón derruido. Tenía un vestido largo que cubría sus tobillos delgados. Se abrigaba con un tapado ajado, gris, con una estola de zorro plateado; el cuello asomaba pulcramente delgado. El pelo recogido se escondía debajo de un sombrero con ala festoneada que en el lado derecho lucía dos plumas negras. La mujer sabía que Tiburcio estaba a sus espaldas. Sin darse vuelta preguntó:

— ¿Lo encontraste?

— Sí, lo encontré— , afirmó Tiburcio.

La dama permaneció inmóvil. Tiburcio, que sabía de su dolor, no atinaba a consolarla. Encontraba un cierto placer en el duelo de esa mujer; el pesar lo reconfortaba. Ella se dio vuelta lentamente; el rostro mantenía la lozanía de los mejores años; pero su cuello conservaba las marcas de las sogas que se habían llevado la vida y los ojos brillaban sin lágrimas. Finalmente, tendría que asistir a un escenario que ella resistía y rechazaba.

— ¿Sabes que no estoy de acuerdo, Tiburcio?— , le dijo impávida.

— Sí, Alticia, lo sé... Pero eso no lo decides tú— , recordó Tiburcio resignado, sin perdonar las señales de piedad que mostraba Alticia, la misma bruja leal a quien el propio Apolinario había mandado ejecutar cuando cayó seducido por la mujer del antifaz negro, en las noches de prostíbulos y alcohol.

— Lo decidió él— asintió contundente Alticia, frotando las manos pálidas y frías.

ciudad y se sumergía en zonas rurales. A unos tres kilómetros del final de la calle estaba la selva.

La madrugada era fresca y soplabla una brisa que iba atenuándose a medida que se alejaba. Calculó en una hora su llegada a la vegetación espesa. Dio vuelta su rostro mirando al Este donde una pequeña luz rompía en el horizonte. “Cuando el sol se esté asomando, yo estaré entrando a la selva”, se dijo a sí mismo.

— *¿Piensas que tu escape te dará la libertad que pretendes, Apolinario?* —Coreaban las voces—. *Te han descubierto, poco falta para que se cumpla tu destino. Eliminaste a tu ave, Apolinario, a tu fiel Atos. Ahora escapas de Ester, pero llega Tiburcio; ¿lo recuerdas?* —Preguntan las voces, mientras Apolinario se tapa sus oídos y canta incoherencias—. *Por más que tapes tus oídos; nos escuchas, Apolinario. Estamos en tu mente, en tu cuerpo, en tu sangre; porque nos perteneces*— , le recordaron las voces

— *Tiburcio ha destruido la capilla; ¿sabes por qué? Porque era la única que podía impedir su entrada. Pero le has facilitado su tarea. Vas a internarte en esa selva espesa que supo esconderte una vez; aunque sabes que atrás viene Tiburcio implacable a buscarte. No podrás ocultarte mucho tiempo, Apolinario; él sabrá ubicarte* — le anticiparon las voces.

La maleza sólo le permitió avanzar unos cientos de metros, la espesura impidió que el caballo sorteara la frondosa vegetación, el paso con un animal de ese tamaño era imposible. Apolinario desmontó, tomó el bolso, le sacó el bozal y lo azotó para que regresase al hospital.

— Los regresos son siempre más cortos— , pensó mientras observaba al animal trotando con más energía, ahora que estaba libre. Volvió a caminar siguiendo los túneles naturales que dejaban las plantas, evitando cortar ramas para no dejar rastros. Cuando encontró un remanso del río, se sentó en una piedra, se sacó las zapatillas y puso los pies en el agua fresca; mojó el rostro y tomó agua con las manos. Luego decidió bañarse, quitó

la camisa, el pantalón y se sumergió en agua profunda. Tenía tiempo, recién amanecía. Cuando los rayos de sol se filtraron entre las copas de los árboles, notó que el agua se había transformado en una gelatina roja espesa y pastosa. Salió del río apresuradamente y maldiciendo. Con las hojas verdes de un helecho, intentaba quitarse la baba pegada a la piel. El cuerpo súbitamente se llenó de escaras que desprendían un olor nauseabundo.

—Quedaron gusanos—, pensó buscándolos con avidez. Sin embargo, ningún gusano asomaba de las heridas que se abrían linealmente. Las untó con queso de cabra para cerrarlas y se vistió lo más rápido que pudo para retirarse de ese arroyo transformado en un gelatinoso e impenetrable sendero rojo. Apestaba.

“Te doy tres reglas para tu buena conducta: Mata a tu enemigo y llóralo un mes. Si vas a ser verdugo asegúrate ser invencible. Tenle miedo al fantasma del enemigo que has matado”

Carlos Fuentes

El regreso de Tiburcio fue triunfal; la espalda absorbía los ruidos del derrumbe, la capa de cuello alto y el sombrero aludo negro transformaron su figura en una sombra más de esa noche. Caminó hasta el lugar que había elegido para permanecer oculto: el cementerio de la ciudad. Enorme mansión con lápidas silenciosas, secas de lágrimas, con leyendas de amor y despedidas para verse en el más allá. Cruces que esquivaba con el reflejo de sus piernas. Algunas flores secas permanecían sobre las tumbas desparramando pétalos que viajaban con la brisa caprichosa. Las fotos de algunos finados permanecían en esos cuadros ovalados que siempre miran al curioso que pasa por los senderos del ayer buscando la razón del silencio.

Tiburcio era un hombre oscuro. Aunque hiciera calor, frío o lloviera; siempre iba cubierto por la capa gris de cuello alto. Dos orificios laterales le permitían sacar los brazos moviéndolos con libertad, las manos delgadas, blancas y pálidas frotaban encimadas su piel lampiña.

un sombrero negro de ala ancha y lleva en su hombro derecho un pájaro enorme, vivo e inquieto que mira a Apolinario con desprecio, aborreciéndolo por su deslealtad.

— Ha llegado tu fin, Apolinario—, anuncia Tiburcio parado en el centro de la laguna.

— Estas sombras de cientos de hombres y mujeres de la Cofradía recibieron tu plomo. ¿Recuerdas, Apolinario? Tal vez no lo quieras recordar; pero yo aún retengo en mi memoria los gritos de dolor que ignoraste. Fuiste condenado a la nada y durante años no exististe, Apolinario. Eras un vegetal condenado a la eternidad vacía. Pero algo rompió el hechizo y te regresó a la vida. ¿Y qué hiciste, Apolinario?; continuaste matando a tus hermanos; los que cuidaron de ti en la época de tu inmenso poder; a aquéllos que traicionaste porque sí y los condenaste con desprecio; continúa con voz grave pero serena Tiburcio, en el medio de la laguna que se va tornando rojiza

— Ahora debes acostarte Apolinario, tú solo, sin que nadie toque tus carnes laceradas. Todo lo que pase de ahora en más será por tu voluntad. Estas sombras que llevan sus estacas y sus aceros en las manos esperan mi señal.

Tiburcio, levantando la mano derecha y apuntando con el índice el centro del cuerpo de Apolinario destella odio. Apolinario obediente, permanecía acostado mirando la cúpula de sal que brillaba y dio la orden:

— ¡Entonen todos el *Himno Satánico*!

Iniciaron el coro miles de gargantas que por primera vez en años recobraban sus voces. El clamor iba creciendo a medida que se sumaban nuevas multitudes. La caverna comenzó a temblar. Apolinario visualizó las grietas en la cúpula. Nada podía hacer; las sombras habían cubierto la entrada de la caverna. Estaba paralizado, el cuerpo no le obedecía; y el coro aumentaba, lo aturdía... hasta que los tímpanos estallaron en el momento que vio como se descolgaba del techo una gigante y filosa

estalactita de sal que descendía silenciosa, atravesando el vacío, buscando el centro de su pecho. Quedó clavada limpiamente, perforando un cuerpo que ya estaba condenado.

Se terminó de imprimir en Unquillo, Provincia de Córdoba en el mes julio, año del Bicentenario -2010-, en los talleres gráficos de narvaja editor. Tel:0354-486201

Treinta.....275
Trenta y uno.....285
Trenta y dos.....289
Trenta y tres.....297
Trenta y cuatro.....309
Trenta y cinco.....317
Trenta y seis.....321
Trenta y siete.....325
Trenta y ocho.....335
Trenta y nueve.....337
Cuarenta335
Cuarenta y uno.....365
Cuarenta y dos.....377
Cuarenta y tres.....387
Cuarenta y cuatro.....393
Cuarenta y cinco.....399
Cuarenta y seis.....405
Cuarenta y siete.....409
Cuarenta y ocho.....413
Cuarenta y nueve.....421
Cincuenta.....425
Cincuenta y uno.....429
Cincuenta y dos.....433
Cincuenta y tres.....437
Cincuenta y cuatro.....441
Cincuenta y cinco.....445
Cincuenta y seis.....449
Cincuenta y siete.....457
Cincuenta y ocho.....461
Cincuenta y nueve.....467
Sesenta.....471
Sesenta y uno.....477
Sesenta y dos.....481
Sesenta y tres.....487
Sesenta y cuatro.....491
Sesenta y cinco.....495
Sesenta y seis.....499

Capitulos

Uno.....7

 Dos.....17

 Tres.....35

 Cuatro.....49

 Cinco.....59

 Seis.....71

 Siete.....81

 Ocho.....91

 Nueve.....103

 Diez.....111

Once.....117

 Doce.....127

 Trece.....141

 Catorce.....151

 Quince.....157

 Dieciseis.....161

 Diecisiete.....167

 Dieciocho.....177

 Diecinueve.....195

Veinte.....201

 Veintiuno.....211

 Veintidos.....221

 Veintitres.....225

 Veinticuatro.....231

 Veinticinco.....235

 Veintiseis.....241

 Veintisiete.....255

 Veintiocho.....261

 Veintinueve.....267